

FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR

LEJOS DEL
SAUCE
CURVO



FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR

LEJOS DEL SAUCE CURVO

EDITORIAL NUEVO LIBRO

ÍNDICE

[EL AUTOR](#)

[DEDICATORIA](#)

[CITAS](#)

[1. EL DESVÁN DE LOS RECUERDOS](#)

[2. TÚ, ESCRÍBELO](#)

[3. AQUELLOS INTERNADOS](#)

[4. LA COMUNIDAD DE LOS PEQUEÑOS](#)

[5. MADRID, MADRID...](#)

[6. AQUELLOS DENSOS VERANOS EN EL SAUCE](#)

[7. UNA BREVE ESTANCIA EN EL INTERNADO DE HUESCA](#)

[8. LA COMUNIDAD DE LOS MAYORES. EL PRIMER BESO](#)

[9. AQUEL RAYO CEGADOR](#)

[10. CIMIENTOS PARA EL FUTURO](#)

[11. ¿ESTUDIAS O TRABAJAS?](#)

[12. LOS 18, ESA MAYORÍA DE EDAD](#)

[13. LLEGA LA TRANSICIÓN. NOSOTROS TAMBIÉN QUISIMOS SER
REVOLUCIONARIOS.](#)

[14. LOS VIENTOS DEL CAMBIO](#)

[15. HACIÉNDONOS ADULTOS](#)

[16. FUERA DEL SOÑADO PARAÍSO](#)

[17. NO MIRES ATRÁS. AQUEL VIAJE INICIÁTICO](#)

[18. LA MILI Y EL FIN DE LA INOCENCIA](#)

[19. DUEÑOS DE NUESTRO DESTINO](#)

[20. EL SECRETO DE CLARA](#)

[21. EL REGRESO AL SAUCE CURVO](#)

[22. LA VIDA SOLO ES ESPERANZA](#)

[DEDICATORIA ESPECIAL](#)

[OPINIÓN Y VALORACIÓN DEL LECTOR](#)

[ADVERTENCIA](#)

EL AUTOR

FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR es escritor y cineasta, con una extensa obra a sus espaldas.

Nació en Sacecorbo (Guadalajara) en 1957, denominado por su nombre original “El Sauce Curvo” en algunas de sus novelas ambientadas en él.

Estudió Economía y Finanzas Internacionales, ámbito en el que ha desarrollado su carrera profesional como ejecutivo de una importante multinacional española.

Actualmente se dedica en exclusiva a su gran vocación: la literatura y el cine.

OBRAS LITERARIAS:

Thrillers: *El astrónomo*, *El cazador de la Patagonia*, *El claxon*, *Cinco estreme-cimientos*.

Literatura y ficción: *Lejos del sauce curvo*, *Memorias del sauce curvo*, *El donante*, *El día que fuimos dioses*.

Novela sobre el mundo de los negocios: *Soñadores*.

Autoayuda y ensayo: *Mil palabras para la felicidad*, *Mil palabras para el optimismo*, *Los mejores 101 momentos de amor y de desamor*.

Antología poética 2010-2020: *Poesía, vida mía*.

OBRAS CINEMATOGRAFICAS: guionista y/o productor ejecutivo.

Largometraje: *Hoy es todavía* (2023).

Cortometraje: *Por fin me jubilo* (2023).

Largometraje: *Aquí y ahora, vida* (2022).

Documental: *El amor se multiplica* (2022).

Largometraje: *Victoria 2030* (2021).

Documental: *Tenedores y violines* (2021).

Largometraje: *Semillas de alegría* (2019).

Cortometraje/teaser: *Delirium*, con Lydia Bosch, (2015).

Cortometraje: *Victorita, Victorita...*, con Imanol Arias (2013).

Página de Amazon: <https://amzn.to/3p2G2YD>

Página web de autor: www.franciscorodrigueztejedor.com

Blog literario: <http://eldiaquefuimosdioses.blogspot.com/>

Facebook: www.facebook.com/frfrancisco.rodrigueztejedor/

Linkedin: <https://bit.ly/3DElSbt>

Twitter: <https://twitter.com/RodriguezTejedo>

Email: francisco.rodrigueztejedor@gmail.com

Copyright 2023 Francisco Rodríguez Tejedor.

Copyright 2023 de la presente edición: Nuevo Libro Editorial.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, de acuerdo a la ley.

DEDICATORIAS

A todos los que vivimos nuestra adolescencia y primera juventud lejos del lugar donde habíamos nacido, pero sin poder olvidarlo nunca.

A nuestros padres y a todos los que hicieron posible la Transición y pusieron las bases de un país mejor. En agradecimiento.

A mis compañeras y compañeros de infancia y de juventud de Sacedorbo, denominado aquí también Sace y El Sauce Curvo, de Sigüenza y de Madrid por compartir aquel trozo de vida juntos que hoy nutre nuestra nostalgia

CITAS

“El camino de la juventud lleva toda una vida”

PABLO PICASSO

“Poder vivir de los recuerdos es vivir dos veces”

MARCO VALERIO MARCIAL

“Todos tenemos dos vidas: la verdadera, que es la que soñamos en la infancia, y que continuamos soñando, adultos, en un sustrato de niebla; y la falsa, la que vivimos en convivencia con los demás, que es la práctica, la útil, aquella en que terminan por meternos en un cajón”

FERNANDO PESSOA

1. EL DESVÁN DE LOS RECUERDOS

Hoy llueve en Madrid. También hace frío. A pesar de que estamos ya a finales de mayo, o a primeros de junio, no estoy muy seguro. Debe ser cosa del cambio climático, del que todo el mundo habla. Pareciera que ahora la gente echara de menos cómo era todo hace unos años, cuando éramos pequeños, cuando éramos niños. Sí, yo también pienso que entonces todo era más bello, más profundo, más puro y humano. Y llovía, y nevaba, y hacía calor cuando tocaba. A lo mejor lo que pasa es que solo éramos más jóvenes y con los ojos más limpios. Y por eso veíamos todo mucho más hermoso.

Todas esas sensaciones las recogí yo en mi libro “Memorias del Sauce Curvo”, que llegó a publicarse y todo, según me dice mi mujer, Clara. Yo tenía un ejemplar por aquí, en la mesa de mi despacho, al lado del ordenador, pero ahora no lo veo, no sé, a veces la mente se me llena de confusión y no estoy seguro de nada.

Enciendo el ordenador, me gustaría escribir sobre lo que pasó después, sobre todos esos cambios que experimentamos cuando fuimos dejando la infancia atrás y nos fuimos haciendo adultos. Quizás ahí está la raíz del cambio climático que ahora sufrimos. Hoy me ha dado con el cambio climático, cuando una idea se me mete en la cabeza me está zumbando en la mente de un sitio a otro y no me deja concentrarme en ninguna cosa más.

Quizás, por ello, no logro acordarme de nada. Es como si mi mente se hubiera instalado en un presente eterno que recogiera solo lo que estoy haciendo y poco más. Así que, frustrado, dejo el ordenador y miro por la ventana de mi despacho. El cielo, gris y húmedo, parece el vientre oscuro de una ballena enorme vista desde el fondo del mar, o a través del cristal de un acuario inmenso, yo la veo muy bien desde mi habitación, cuyas ventanas parecieran las paredes de vidrio de ese mundo submarino.

Entonces me entra un miedo intenso, pienso que los cristales no podrán aguantar por mucho tiempo la presión de tanta agua, o que la ballena podría destrozarlos con un simple coletazo repentino. Sí, eso es lo que va a hacer, las nubes se mueven rápido por el cielo, pero no son las nubes, es la ballena que me ha descubierto y quiere castigarme con su gran cola rompiendo las ventanas de mi casa.

Me tapo la cara con las manos y, además, cierro los ojos, inclino la cabeza hacia mis rodillas, hasta tocarlas, y espero así, en posición fetal y lleno de tensión, la venganza de la ballena por descubrirla. Aguanto la respiración, agazapado debajo de la mesa y, entonces, oigo un ruido ensordecedor. Una gran explosión, como la de una bomba de racimo de las que se usan en la guerra de Siria, según dice la televisión.

Un instante después los añicos de los cristales, aunque no puedo verlos, saltan por el suelo en una cadena de impactos sonoros que me aterrorizan. Me pongo a gritar como un loco, siento ya los dientes de la ballena que se aproximan y anticipo el dolor en cada una de las partes de mi cuerpo por las que me imagino que penetrarán. Lloro desconsoladamente, inerte ante lo que se

me avecina.

De repente, siento que me abrazan por detrás, quieren sujetarme, me revuelvo como una fiera, dispuesto a enfrentarme a la gran ballena, hasta que oigo su voz. Su voz, su voz... Su voz es lo único que me tranquiliza, lo único que es capaz de protegerme, de apaciguarme, en este mundo tremendamente hostil que a veces me envuelve y me aprisiona.

—Germán, Germán..., perdóname, tesoro. No tengas miedo, es que se me ha caído el bol de la ensalada. Ya pasó, estoy aquí, contigo —me susurra mi mujer, mientras me besa el pelo.

Su voz me tranquiliza. Porque siempre me dice la verdad. Yo respiro aliviado.

—Ah, Clara, qué sería de mí sin ti. ¡No podría sobrevivir! Menos mal que te tengo, ¿verdad?

Ella me da la mano y acaba de sacarme de debajo de la mesa, mientras su voz me dice eso que quiero oír.

—Sabes que sí, ¡toda la vida! Y yo te tengo a ti, ¿verdad?

—¡Claro que sí! —le digo muy contento de que alguien me necesite—. Aunque yo ya no valgo nada —añado con tristeza y con una lágrima asomándose a mis ojos.

Ella me mira con dulzura y me dice con convicción:

—Tú eres mi hombre, siempre lo has sido y siempre lo serás. Y, además, eres el escritor más interesante del mundo.

—Ya no tengo nada sobre lo que escribir —le digo apesadumbrado—. Ya no tengo recuerdos.

Clara, acusa el golpe, yo, que la conozco bien, se lo noto, aunque, rápidamente, se recupera y dice con su voz cantarina:

—Eso es porque todavía no has comido. ¡Te he preparado un pulpo, que ni los gallegos lo hacen tan bien! ¡Vamos a comer!

Y me coge de la mano y tira de mí hacia la cocina. Yo me dejo llevar, mientras miro por la ventana y un rayo de sol brilla entre las nubes. Sí, quizás, todo es según los ojos con los que lo miras, me digo en mi interior, tratando de elevarme la autoestima tras lo sucedido.

El rayo dura solo un instante, las nubes grises vuelven a cubrir todo el cielo. Pero ya no pienso en el cambio climático, una evasión como tantas otras en las que me sumerge mi mente para no pensar demasiado en la realidad en la que vivo.

Luego, comemos mientras vemos la tele. Hoy las noticias machaconean una y otra vez con el cambio climático, se aproxima una Dana que va a traer un tiempo inclusive peor. Dana es el acrónimo cuyas siglas corresponden a “Depresión aislada a niveles altos”. La gente escucha Dana, pero no sabe realmente lo que significa, yo mantengo algunas inercias del escritor que fui y, cuando escucho una palabra que no entiendo, rápidamente la miro en el diccionario, si es que encuentro el diccionario, claro.

Sí, la gente se queda con las palabras que entiende y, en vez de Dana, habla de “gota fría”, que es la traducción vulgar de aquella. Yo soy, o era, escritor y debiera manejarla con más precisión con las palabras, pero tampoco sé nombrar lo que me ocurre. Esta enfermedad que me corroe desde hace tiempo.

Sé que es una palabra extraña, escueta y terrible pero nunca la recuerdo por más que lo intento, entonces le pregunto a mi mujer, Clara, y ella utiliza un eufemismo conmigo, un eufemismo literario y hasta romántico que yo le agradezco.

—Mi hombre tiene la enfermedad del olvido, pero yo seré tu memoria y tus ojos y alumbraré con ellos todos los huecos que vayan dejando en tu mente los recuerdos marchitos.

A veces, cuando vienen a mi cabeza estas palabras que me dijo, y me dice, me pongo a llorar de una forma desconsoladora pero también gratificante, al notarme tan afortunado de que una persona me ame como Clara lo hace.

Terminamos de comer y yo le ayudo a recoger la mesa. Luego nos solemos echar la siesta, ella en la cama y yo en un sillón abatible que tengo en mi despacho. Así que le hago una seña cómplice, cerrando los ojos, y me dirijo hacia allí. La oigo decir a mi espalda:

—Mi rey, voy a bajar un momento al garaje, creo que me dejé en el coche tus medicinas, cuando salí esta mañana a la farmacia. Duérmete, ahora subo.

Así que me tumbo en el sillón y me echo una mantita hasta la cintura. Pero, hoy, no sé por qué, no me duermo, la mente se me va, sin que pueda evitarlo, a las catástrofes que va a provocar esta Dana. Hielos que machacarán la agricultura y que harán subir los precios todavía más, inundaciones que arramblarán con todo lo que encuentren, —hace unos días una riada arrancó a un pequeño de los brazos de su madre y el pobrecito no se ahogó de milagro—, y meterá a la gente en sus casas todo el día con el miedo en el cuerpo.

No sé el tiempo que llevo discurriendo, a veces se me van las horas sin enterarme, pero me extraña que mi mujer no haya subido todavía. Aunque a lo mejor lo ha hecho y yo, absorto en mis pensamientos, no me he dado cuenta. La llamo:

—Clara, Clara, ¿estás ahí?

Pero solo me responde el silencio.

Trato de no preocuparme, a lo mejor solo ha pasado un minuto, a veces discurro tan deprisa que me desoriento con el tiempo que no va tan rápido. Decido cerrar otra vez los ojos y contar ovejitas, siempre funciona.

Alguien me sacude por los hombros. Abro los ojos.

—Eh, dormilón, ¡despierta! Voy a bajar al trastero, ¿me acompañas? —me dice una sonriente Clara.

Yo me despabilo, abro los brazos y la cojo por la cintura.

—¿Y qué vas a hacer en el trastero?

—Tengo que subirme los zapatos y las zapatillas de verano, que guardé en una caja.

—¿Verano? Si ahora viene la Dana...

—¿Y qué? Solo durará una semana. Así tengo la oportunidad de limpiarlos. Luego, dicen que entra el buen tiempo, por fin.

Y sin darme ocasión a responder, tira de mí fuera del sillón. Me pongo un batín y la sigo hasta el ascensor. En él, la noto risueña, con una alegría solo levemente contenida.

—¿Te gusta el buen tiempo, eh? —Le digo.

—Me gustas tú.

A veces pienso que sin Clara no tendría ningún sentido mi vida.

Llegamos al trastero, ella, que lleva las llaves en la mano, abre la puerta y da la luz. El trastero

es una habitación de unos seis metros cuadrados, llena de estanterías, cajas y maletas. Clara es una mujer ordenada a la que le gusta tenerlo todo bajo control.

Por eso me sorprende el desorden que observo desde el pasillo, justo detrás de ella.

—Eh, pasa conmigo, no te quedes ahí, como un pasmarote —interrumpe Clara mis pensamientos con un animado timbre de voz.

Así que pasamos los dos juntos al interior del trastero, casi no nos podemos mover en él.

Clara, rápidamente, localiza la caja de sus zapatos y la abre, coge tres o cuatro pares de ella y los mete en una bolsa de plástico grande que ha traído consigo. Yo echo una mirada distraída por mi zona, no tengo nada que buscar por mi parte.

Clara, saca un zapato y lo pone sobre una maleta que está tumbada en el suelo, a mis pies.

—¿Recuerdas este zapato? Me lo compraste en París, aquella vez...

Pero yo ya no la escucho. He sentido un aldabonazo en mi interior. Mis ojos se van hacia la maleta donde lo apoya. Es una maleta muy vieja, de otra época. Es de cartón duro, que simula piel, y tiene unos protectores de cuero marrón en sus cuatro esquinas, un asa saliente y rígida y dos cierres plateados, que se muestran llenos de óxido, uno a cada lado de la misma.

Rápidamente me agacho, la toco, la acaricio, me llega su olor, que tan bien conozco, y que penetra hasta el más profundo interior de mi mente. Anhelante, desplazo sus dos cerraduras de muelle y saltan como dos resortes ambos pestillos, franqueándome la entrada.

Clara me observa en silencio. Con una sonrisa también anhelante, esperanzada. Pero yo no la miro, levanto, ávido, la tapa y recorro en un instante su interior. Reconozco todo lo que se muestra, varios cuadernos de muelle, carpetas de goma elástica y notas escritas sujetas con un clip o con una pinza.

Entonces me vuelvo hacia ella.

—¿Sabes qué es esto?

Ella duda un momento. Sin saber hacia dónde tirar. Como los tenistas a contrapié.

—Sí, digo no, —balbucea—, cosas tuyas que guardaste hace muchos años —dice, por fin, con voz más firme.

Yo la miro, lleno de gozo.

—Aquí están los recuerdos que me faltan.

Por un momento me vienen de nuevo a la mente sus palabras:

—“Mi hombre tiene la enfermedad del olvido, pero yo seré tu memoria y tus ojos y alumbraré con ellos todos los huecos que vayan dejando en tu mente los recuerdos marchitos”.

Fugazmente discurro que tal vez no bajó Clara al garaje, sino al trastero a buscar estos recuerdos para mí. Por eso tardó tanto.

Pero mi mente no me deja tiempo para el agradecimiento, si es que fue así, solo me impele a agarrar la maleta y subírmela conmigo a mi despacho. Como si fuera el más preciado tesoro.

—¿Te lo vas a subir todo? —dice, sonriendo, Clara, contenta de verme tan animado.

—Y más si tuviera —le respondo, raudo, tirando de la maleta hacia el pasillo—. Hoy, Clara, comienza para mí una nueva vida.

2. TÚ, ESCRÍBELO

Hoy estoy contento. Está lloviendo todo el día, pero a mí me da igual. Tengo la maleta a mis pies, en mi despacho. Ayer la estuve inspeccionando, releiendo mis diarios y mis notas de aquella época. Siento que mi memoria es como el huerto que yo tenía de niño en mi pueblo, Sacecorbo, cuyo nombre proviene de El Sauce Curvo, yo lo regaba con doscientos cubos sacados del pozo que allí había y entonces el huerto exhalaba aquel perfume de humedad y de vida que hacía crecer a las plantas y daba aquel colorido a las flores que llamaba a las abejas y a las mariposas de alas vistosas y mágicas. Así siento mi memoria hoy, inundada de recuerdos, llenos de color y de vida. Sí, mis recuerdos...

Un día de aquellos, de cuando yo tenía nueve años, a mediados de los sesenta, don Olegario, el maestro, me dijo a la salida de la escuela:

—Germán, me gustaría hablar con tus padres, ¿tú crees que estarán ahora?

Pero mis padres trabajaban de sol a sol, máxime entonces que acababan de perder a una de sus dos mulas por enfermedad, entonces no había seguros y solo quedaba tirar de los escasos ahorros y apretarse, todavía más, el cinturón. Mi padre labraba con una mula prestada por mi tío Ricardo y mi madre y mi tía Teresa cuidaban de un rebaño de ovejas que encerraban al anochecer.

Así que don Olegario vino ya de noche a casa y les vino a decir a mis padres lo siguiente:

—¿Han pensado algo para la educación de Germán? Es un chico muy desperto, con un nivel de inteligencia que me ha sorprendido. Sería una pena que su futuro quedara limitado por falta de una educación superior.

Mi padre se giró hacia mi madre, ambos se miraron orgullosos.

—Eso ya lo habíamos notado nosotros, don Olegario. En todo lo que esté en nuestras manos, ayudaremos a llegar a nuestro Germán lo más alto que pueda, el problema es que nuestros medios son muy escasos.

Don Olegario sonrió satisfecho. Al menos, no eran del tipo de padres que sacaban a sus hijos de la escuela para que les ayudaran en los campos.

—No se preocupen, yo me encargo de prepararlo para una beca del Ministerio. Si la gana, tal y como espero, no les costará casi nada.

Apenas había cerrado la puerta don Olegario, mi hermana Tere me rebajó mi euforia.

—¡Que no se te suba a la cabeza, Germán! Yo te veo más bien normalito —luego se me acercó, cariñosa—. Sé que sacarás la beca y yo podré salir de este pueblo cuando vaya a verte a Sigüenza.

Mi hermano pequeño, Pepín, que jugaba por el suelo con su coche, ni se enteraba de lo que pasaba.

—¡Germán, quítate de ahí, que estás en mi carretera!

Sí, hoy estoy contento. Tengo recuerdos, tengo memoria de nuevo, eso que alguien importante definió como “fuente de vida”. Para mí es más que eso, es vivir de nuevo la vida que viví una vez. Mi vida actual es rutinaria, monótona y limitada. Solo me quedan los recuerdos que tengo en la maleta. Ellos me traen de nuevo el color de aquellos días luminosos de mi infancia y de mi juventud.

Clara se acerca y me sonrío.

—¿Vas a escribir otro libro?

Extiende su brazo y me acerca un ejemplar de “Memorias del Sauce Curvo”. Me emociono, me tiemblan los dedos cuando lo cojo.

—Así que es verdad. ¡Lo escribí! A veces dudo de ello. El otro día lo busqué y no lo encontraba, pensaba que era otro sueño extraño de mi mente.

Clara se acerca y desliza su dedo índice sobre mi nombre impreso en letras de molde sobre la portada.

—¡Lo escribí para ti! —le digo—. Para compartir mis raíces y mi infancia contigo, ya que apenas puedo compartir nuestro presente.

Ahora la que se emociona es Clara, yo se lo noto muy bien porque la conozco como a mí mismo, o eso creo. Ella se repone en un instante.

—¿Y por qué no lo continuas? El doctor Parrondo cree que es muy positivo para tu “enfermedad del olvido”.

Yo no recuerdo en absoluto quién ese doctor Parrondo, pero hoy estoy muy contento, y más con mi libro entre las manos, y mi maleta con todos mis diarios y notas que yo escribí en mi adolescencia y juventud.

—Sí, lo haría. Pero un libro siempre se escribe para alguien. Si hubiéramos tenido hijos a los que pudiera servirle...

Clara se emociona todavía más, aunque trata de ocultarlo, se gira y endereza un cuadro de la pared. De repente, me acuerdo, no sé por qué, de oírla hablar por teléfono con el doctor Parrondo.

—Escríbelo para todos los hijos de El Sauce Curvo, que salieron de su pueblo para luchar por una vida mejor —me dice—. Sería un bonito homenaje a toda la gente de tu generación.

Sí, eso me gustaría mucho, pienso, aunque no se lo digo. Ahora estoy con el doctor Parrondo en mi cabeza. Cuando algo se me mete en ella ya no hay sitio para más.

—El doctor Parrondo no te deja que me lleves a El Sauce Curvo, ¿verdad? —le digo con dolor.

Clara se sorprende, le cruza una culebrina repentina por todo su cuerpo, como un pequeño espasmo, yo se lo noto muy bien. Luego se recupera, una idea nueva pasa por su cabeza, y me mira con esos ojos por los que yo daría la poca vida que me queda. Esos ojos que se revisten de una alegría que querría trasmitirme.

—Escríbelo e iremos a presentarlo a El Sauce Curvo, te lo prometo.

—¿Y el doctor Parrondo?

—¡Que le den al doctor Parrondo! Tú, escríbelo.

Le sonrío. Ella respira satisfecha, sabe que ha ganado. Sí, Clara me conoce a fondo también, sabe que he aceptado el reto, quiero dedicar este libro a todos los que luchamos en aquel tiempo de los sesenta y setenta por hacernos unos hombres y mujeres de provecho, cruzando la adolescencia y primera juventud con aquella ilusión que quedó grabada como a fuego en nuestros corazones. Con aquella ilusión que era igual a la de nuestro país, que también luchaba por un futuro mejor...

—¡Sí, que le den al doctor Parrondo! —grito yo también ilusionado y con ganas de empezar

Clara se marcha satisfecha. Yo abro el ordenador. Mientras se configura, pongo a mi lado uno de los cuadernos que había en la maleta, aunque lo voy a necesitar muy poco porque ya sé lo que dice, la sangre fluye, rauda y veloz, por mis dedos hasta las yemas, que buscan y contactan con precisión con las teclas del ordenador, igual que los recuerdos, que navegan ya de nuevo por los antiguos recovecos secos de mi mente.

Al poco tiempo de aquella conversación de don Olegario con mis padres un nuevo revés económico zarandeo a nuestra familia. La única mula que nos quedaba, “Castaña”, al cruzarse simultáneamente con un automóvil y con un conejo que le pasó entre las piernas se espantó y acabó despeñándose junto con el carro de madera del que tiraba por la cuesta del Picozo.

Recuerdo cómo lloraban mis padres. Mi hermana Tere nos abrazaba a mí y a mi hermano pequeño, Pepín, que contaba entonces con tres añitos, y todos los vecinos del pueblo vinieron a consolarnos y a ofrecernos ayuda para volver a empezar.

Pero mis padres contaban ya con cuarenta y dos años y tres hijos a sus espaldas, se les hacía duro comenzar otra vez, como si fueran unos recién casados. Sobre todo, porque otras familias, en los últimos tiempos, habían decidido vender su pequeña hacienda en Sacecorbo y emigrar a Madrid, a Barcelona o a Zaragoza y volvían los veranos por el pueblo, si no como potentados, sí exhibiendo un progreso mucho mayor que aquellos que permanecían en el terruño.

El problema era que mis padres no tenían dinero para comprarse un piso, ni grande ni pequeño, en Madrid, Barcelona o Zaragoza, así que tenían que buscarse la vida de otra manera.

—Pues tendremos que conseguir una vivienda de otros modos —nos dijo, convencido, mi padre un día.

Empezaron a hablar con toda la familia y con todos los contactos que tenían con emigrantes de El Sauce Curvo y surgió una oportunidad en Madrid. Mi tío Pepe tenía una habitación disponible en su pequeño chalet de la Colonia Iturbe y a mi padre le salió un trabajo como dependiente en una tienda de ultramarinos del barrio.

En unas pocas semanas despedimos a mi padre en el coche de línea y también a mi hermana Tere, que contaba entonces catorce años y decidió acompañarlo.

Nosotros tres, mi madre nos llevaba a sus dos hijos de la mano, nos volvimos a nuestra casa. Apenas habíamos andado diez pasos mi madre empezó a llorar de forma desconsolada.

Entonces recordé lo que me había dicho mi padre:

—Germán, sé fuerte. Todos los días. Que ahora eres tú el hombre de la casa.

Fue un dolor muy grande ver cómo mi familia se rompía, pero no había otra. Mi madre tenía

que quedarse administrando nuestras cosas en El Sauce Curvo, mientras cuidaba del pequeño Pepín, y también de mí, que en poco tiempo me presentaba a la beca del Ministerio. Cuando mi padre consiguiera una vivienda para la familia, nos reuniríamos todos en Madrid.

Recuerdo de aquella época que me convertí, con diez años, en el hombre de la casa y, de una infancia traviesa y juguetona, pasé a ser un chico quizás excesivamente serio y responsable. Con la buena preparación de don Olegario, aprobé la beca del Ministerio a finales de aquella primavera y mi madre hizo la inscripción en el internado del Sagrado Corazón de Sigüenza para cursar el primer curso de Bachillerato que comenzaría el 1 de octubre.

Nunca olvidaré el último verano en El Sauce Curvo, vivido intensamente, a sabiendas de que ya no viviría allí otro igual en mi vida. Nunca había salido del pueblo y contaba los días y las horas en que tendría que abandonarlo. Mi madre me enseñaba a hacer la cama, a ordenarme la maleta, incluso a coserme un botón, para mi próxima experiencia de vivir solo, mientras disimulaba el dolor de pensar que otro de sus polluelos se alejaba de sus alas protectoras.

La última noche me llevó a despedirme de los abuelos, de los tíos y de los vecinos. Fue una tarde de abrazos y de besuqueos sin fin. Algunos me daban algo de dinero, otros alguna estampita de la Virgen y todos me deseaban mucha suerte. ¡Pareciera que me iba a la mili!

Por fin volvimos a casa y estuve jugando un buen rato con Pepín y sus coches y sus soldaditos.

—Germán, pero las navidades están lejísimos. ¿Es que no puedes volver antes? —me dijo.

Se lo estaba pasando bomba conmigo, claro.

—Ya verás qué pronto se pasa, Pepín —le contesté a él y, sobre todo, a mí mismo.

Nos fuimos a dormir como siempre los tres juntos en la cama de mis padres. Allí le pregunté a mi madre.

—¿Cómo te encuentras, mamá?

—Muy bien, Germán. Ya estoy contenta. Todo está preparado por fin. Ahora te toca a ti. Y yo tengo mucha confianza en ti. Como en nadie en el mundo.

Y yo me dormí arrullado por aquellas palabras aunque, luego, en sueños, también apareciera la fachada de aquel colegio imponente y antiguo.

Nos levantamos y nos vestimos. Repasamos una vez más las cosas que llevaba en la maleta y mi madre me entregó las llaves de la misma.

—Lleva cuidado Germán, que no se te pierdan.

Luego apareció la abuela Leonor para quedarse a cuidar de Pepín, que seguía dormido como un tronco, durante todo aquel día. Y por fin salimos a la calle para ir a coger la trillana, que paraba un centenar de metros más allá. Nos juntaríamos con mi padre en Sigüenza que llegaba en tren desde Madrid y se volvería allí ese mismo día.

Alcanzamos la parada un poco antes de las nueve, que era la hora cuando llegaba el autobús, y estuvimos esperándolo en silencio.

De repente, miré hacia mi calle y comenzaron a desfilar por mi mente todos aquellos años y todas aquellas personas que yo había conocido. Los vi a todos como en un segundo, como dicen que ocurre a las personas, cuando saben que van a morir y repasan toda su vida en un instante.

Llegó la trillana y Facundo se bajó resoplando del autobús y colocó la maleta.

—¡Lleve cuidado con la maleta, Facundo! —le pidió mi madre.

—¡Claro, como con todas, no se preocupe, señora! —le contestó el conductor cuando ya cerraba la portezuela del portaequipajes.

Subimos al coche y yo le pedí a mi madre ponernos en la última fila de asientos. Me levanté y estuve viendo por la luneta cómo nos alejábamos del pueblo, San Roque arriba. Sentía que iba dejando atrás algo muy querido.

Pero no eran las calles, ni las casas, ni los huertos, no era ninguna cosa que fuera ajena a mí, lo que yo sentía que dejaba atrás.

Me di cuenta, mientras sobrepasábamos la ermita y el cementerio y enfilábamos la recta del Empalme, cruzando la Vega, que lo que quedaba, esparcido por todo aquel paisaje, como una fina capa de rocío que lo inundaba todo, era una parte, la primera y quizá la más querida, de mí mismo.

3. AQUELLOS INTERNADOS

Los internados en aquellos años cumplían una función esencial para aquellos pueblos perdidos y hermosos, que ahora creo que los llaman la España Vacía, según he escuchado en la tele, a lo mejor es porque les han hecho el vacío, precisamente, y los han cubierto de olvido. Dado que en las escuelas de los pueblos solamente se facilitaba la Educación Primaria, la única vía que teníamos los niños de estas localidades para cursar el Bachillerato y luego acceder a la universidad era a través de los internados.

Los internados eran un submundo aparte dentro del mundo. Sus altos muros trataban de proteger de los impactos exteriores a aquellas gavillas de niños de diez años en adelante, arrancados prematuramente de los brazos paternos, con el fin de que recibieran una educación académica y de vida que les permitiera en el futuro divisar otras cotas que estaban más allá de las lindes de su terruño.

Aquel de mi ingreso en el colegio fue un día muy bonito para mí, un medio día, quiero decir. Ver juntos otra vez a mis padres y sus gestos de complicidad y cariño me llenaban de orgullo y de satisfacción. Me ponía en medio de ellos al caminar por la calle, como si fueran dos altas torres que fueran a protegerme de cualquier peligro.

Comimos juntos en El Mesón y mi padre no paraba de hablar de Madrid y de las oportunidades que representaba.

—Dentro de poco nos daremos cuenta de que la pobre mula “Castaña” nos ha dado la mejor oportunidad de nuestra vida, empujándonos a irnos a Madrid —decía, con un optimismo desmedido, mi padre siempre era optimista.

Mi madre, mucho más sensible, solo hacía que mirarme. Yo sabía lo que pasaba por su cabeza, aunque no lo decía.

—Mi familia está rota, a partir de hoy estaremos en tres sitios diferentes. Y no veré crecer a mi pequeño Germán, ¡que es igual que yo! ¡Dios mío, ayúdanos para que volvamos a estar juntos!

Así que yo no podía permitirme pensar en lo que me esperaba, sino en disfrutar de aquellos momentos que tardarían en repetirse y en ofrecer a mi madre mi mejor sonrisa para que ella, al menos, no se preocupara de verme a mí con la angustia que me crecía por dentro a medida que nos acercábamos a las cinco de la tarde, la hora en que cruzaría el gran portón del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús y entraría en un mundo nuevo, totalmente desconocido para mí, que no había salido de mi pueblo nunca, salvo aquel viaje a Guadalajara para examinarme de la beca.

Con esta actitud me despedí de ellos, mostrándome contento, casi eufórico, para que se fueran tranquilos. Cuando el bedel cerró aquella puerta enorme, se me cayó la careta y corrí a acercarme a la ventana, los vi alejándose del brazo. En unos pasos, mi madre volvió la cabeza, la vi un segundo, tenía lágrimas en los ojos, y yo me retiré rápido de la ventana para que no me

viera.

El bedel, cariñoso, me dijo:

—Has hecho bien, que no se preocupen. Aquí no tendrás problemas, por aquí he visto pasar a centenares de chicos —pero a continuación me avisó—. Claro, te tendrás que portar como es debido.

A eso y a mucho más estaba yo dispuesto en aquellos momentos, para poder pasar aquel trago al que me había empujado el destino.

Me llevaron a la que sería mi cama. El dormitorio estaba en la segunda planta del edificio central del colegio. Era un espacio inmenso que ocupaba casi la totalidad de la misma. Allí había, quizás, cien literas, con dos camas cada una, en cuatro hileras larguísimas, , aunque el total de internos, repartidos por otras plantas y otros edificios anexos se situaba en unos mil.

Me habían dado la cama 27A, la que estaba arriba de las dos. Allí me encontré con el que sería mi compañero de litera, un chico esmirriado y bajito, aunque con unos ojos chispeantes y vivos.

Se llamaba Fermín Palazuelos, como si ya en la pila bautismal le hubieran apretujado el nombre, convirtiéndolo en diminutivo, previendo su corta estatura posterior. Entendí en cuanto nos presentamos por qué nos habían puesto juntos, por riguroso orden alfabético: Germán Palafox, Fermín Palazuelos...

El chico me cayó bien, me dijo que era de Torralba, un pueblo de Soria cercano, para tantearlo le solté:

—¿Qué pasa, que no tenéis colegios en tu provincia?

Me embistió como un toro bravo.

—Y tú, qué, de Guadalajara, lo que dicen por la noche, por la mañana no hay nada.

Nos miramos los dos, cada uno con nuestra maleta en la mano, y nos echamos una carcajada.

—¿Te gustaría dormir arriba? —vi que al hombre se le iban los ojos hacia lo alto, debía estar acostumbrado a ello.

Se le abrió el cielo. Nunca antes habría observado el mundo desde aquella perspectiva. A mí me interesaba más estar cerca de mi maleta, los dos la colocábamos bajo la cama de abajo.

—¿De verdad me dejas?

Fue mi compañero por excelencia durante toda mi estancia en aquel colegio, que duraría seis años. Pensé en aquel momento que Fermín nunca podría defenderme de otros chicos mayores que yo, aunque él siempre repetía lo que ya me dijo aquella noche:

—Yo soy de Soria, pero no tan blando como su mantequilla, ¿eh? — y se estiraba, levantando los talones, para parecer más alto, mientras lo soltaba con voz firme.

Aquella noche, cuando apagaron las luces, y la oscuridad y la soledad nos envolvieron a cada uno, escuché cómo lloraban varios chicos que dormían alrededor. Yo no lloraba, me había endurecido mucho el último año, pero la tristeza me inundaba tanto como la incertidumbre.

Sí, era muy duro, tanto para los padres como para los hijos, aquel desapego tan temprano. Nosotros nos criaríamos ya sin referencias paternas y sin poder pedirles ayuda o consejo ante

un día aciago que nos golpeará con saña. El cordón umbilical que nos unía a ellos era muy débil: las cartas trataban de suplir esa deseada presencia, pero cada vez se alejaban más del día a día y solo escribíamos, pasado el tiempo, de cosas y deseos generales ante la impotencia por la no inmediatez de la respuesta.

Además, no sé con qué fin, decían que era para detectar a tiempo cosas importantes, debíamos echar sin cerrar las cartas en el buzón del colegio, los tutores tenían pues acceso a las mismas. Eso nos inhibía de abrir nuestro corazón y tratábamos de rehuir el relato íntimo de lo que nos pasaba.

Con el tiempo descubrimos un apaño para lo de las cartas. Fermín Palazuelos me dijo un día:

—Te tienes que hacer amigo de Antonio Ruigómez.

Antonio Ruigómez era un externo, es decir, un chico que iba a estudiar todos los días con nosotros, pero que vivía en Sigüenza. Quizás por ello, nos miraba por encima del hombro o, tal vez, es que su carácter era así de altivo y orgulloso.

—¿Por qué? —le dije sin muchas ganas de intentar una amistad con el tal Ruigómez.

—Pues porque le das tus cartas cerradas y él te las echa en un buzón de Sigüenza.

Me rasqué la cabeza. Yo en aquellos primeros meses iba palmo a palmo y con el freno echado.

—¿Y por qué sabes que no las abre él y se lo pasa bomba con nosotros?

—Joer, Germán... Pues las pegas bien pegadas, yo pienso echar pegamento en la solapa del sobre y aquí paz y después gloria. Por si acaso le preguntamos a nuestros padres si alguien ha manipulado el sobre.

A mí, de pensar en explicarle a mi madre tal chapuza del pegamento, me entraba un dolor de cabeza preventivo. Aunque pasado el tiempo vino otro externo a nuestra clase, Rodolfo Segontia, que me ofrecía mejores vibraciones y muchos le entregábamos nuestras cartas y sin pegamento.

El teléfono no existía. Yo creo que solo había uno en Recepción y otro en Dirección, que solo se usaban para casos urgentes y, por otra parte, casi ninguno de nuestros padres tenía coche, por lo que sus visitas al colegio se espaciaban una al mes como norma general y, en mi caso, con la situación tan complicada de mi familia, solo los veía en vacaciones.

Sobrevivir así, en la masa, sin ningún referente de apoyo paterno, criaba en nosotros un espíritu de resistencia y resiliencia sin límites. Sin nadie a quien quejarte, nuestra lucha existencial, al menos al principio, era la mera supervivencia. Éramos niños metidos en nuestra concha, a la que tratábamos de dotar de púas disuasorias como los erizos. Nos costaría años abrir nuestra intimidad a extraños cuando nos hiciéramos adultos, y más si intuíamos algún peligro.

Pasado un tiempo, en unas vacaciones, mi hermana Tere me lo dijo:

—¡Uy, chico, hay que sacarte lo que piensas con sacacorchos!

Nosotros no éramos conscientes de ello, de aquella modificación de nuestro carácter a otro más reservado y defensivo. Por contra, éramos trabajadores y disciplinados a más no poder. Y deportistas. Descubrimos muy pronto que, como en las universidades americanas, allí los únicos

que triunfaban y recibían el reconocimiento del colegio eran los estudiantes excepcionales y los deportistas excelsos.

A mí, un niño mucho más dotado mental que físicamente, aunque también era alto y fuerte el deporte nunca me movió lo más mínimo, me aplicaba en los estudios como nadie. Sobre todo, porque el internado era un colegio privado que costaba su dinero y mis padres, sin la beca que me daba el Ministerio, me habrían tenido que sacar de allí ipso facto si me la quitaban.

Me apliqué tanto que fui el número uno de mi clase, cuarenta y cinco alumnos, durante los seis años que estuve en los corazonistas de Sigüenza y casi todos los años también el número uno de las tres clases que había por curso, unos ciento treinta alumnos en total. De ahí debía venir el dicho de hacer de la necesidad virtud. Y yo, qué remedio, llegué a ser un virtuoso de los estudios, era muy conocido por ello y muy querido por muchos profesores.

Dejo de teclear en el ordenador y pienso en aquellos sufridos profesores, y también en los de ahora, enseñar nunca fue fácil, aunque para mí tengo que es una de las profesiones más hermosas que existen. ¿Quién de niño no ha soñado con ser profesor de mayor?

Pero a veces tiene que ser de las más frustrantes, pienso también, cuando ponen todo su esfuerzo y dedicación, como lo hacían aquellos curas y profesores seculares, y no obtenían el resultado que ansiaban. Por ello, cuando un profesor descubre en un alumno que algo de su simiente está fructificando, se vuelca en él.

A mí, don José Luis, que era el profesor de matemáticas de Primero, rápidamente me cogió en gran estima. Él sabía mucho pero, de verbo conciso y parco, a veces los alumnos no lo seguían. Yo leía su pensamiento y lo captaba todo muy bien. Él, habitualmente frustrado, encontraba en mí un remanso de satisfacción docente. Y, cuando algún alumno seguía sin entender sus explicaciones, me invitaba a mí a salir a la pizarra:

—A ver, Palafox, —nos trataban y nos tratábamos siempre por el apellido, salvo en las conversaciones privadas con algún amigo—, ¿tú sabes lo que he querido decir?

Y entonces salía yo y, con mi lenguaje infantil y más pegado a la edad de mis compañeros, acercaba aquel problema a la mente de aquel chaval perdido que acababa por conectarse a la luz.

—¡Ahora sí, don José Luis! Ahora lo entiendo todo.

Don José Luis, que tenía unos treinta años, también estaba interno en el colegio. Vivía en una pequeña habitación del mismo. Se compraba todos los días el AS y un día se le debió ocurrir cómo premiarme. Me llevó a su despacho y me dio el periódico del día anterior.

—Métetelo bajo el jersey, que no te lo vean los curas— me dijo—. Te lo daré todos los días.

Con la sorpresa, me llevé un soponcio, pero de alegría. Aquello era un tesoro. Yo, que probablemente era el niño más pobre de la clase, si no del curso —mis padres, hacían lo que podían, pero apenas me dejaban dinero para gastos particulares sobre todo los primeros años— conseguí con el AS, mira tú por cuánto, enderezar mis paupérrimas finanzas.

Aparte de trapichear con las fotos de los jugadores, las del Madrid se pagaban muy bien y aquí Fermín Palazuelos me ayudaba mucho, luego repartíamos las ganancias como buenos socios, descubrí un día el diamante de los cien quilates.

Se me acercó una tarde lluviosa y aburrida un chico de Tercero, que tendría unos catorce años.

—Oye, ¿qué haces con la chica de la contraportada?

Yo, al principio, no caía.

—Sí, la del Buenos Días del AS, que sale en bañador.

Entonces sí que caí, claro. Era una chica espectacular que llenaba la mayor parte de la penúltima página del periódico. Acompañaba a la foto un texto a tono con la misma, picante y levemente erótico, que firmaba un tocayo mío: Germán Hebrero San Martín, lo recuerdo como si lo estuviera viendo. Nunca supe a qué venía esa sección en un periódico deportivo, salvo si iba destinada a incrementar las ventas, claro. Allí, en los corazonistas, los chavales en edad suspiraban por la misma.

—No hago nada en especial con ella —le dije.

Me miró y, bajando la voz, me habló casi en un susurro.

—Dime cuánto quieres.

Tardé un momento en contestar. Me acordé en aquel instante del pobre Fermín Palazuelos y de mí mismo, que ya sufría algunas tirrias de mis compañeros. Mira por cuánto podía haber una solución, aunque opté por ser cauto.

—Nada, nada en especial —le dije.

Él se me quedó mirando, un tanto perplejo, desde su uno ochenta que medía.

—¡Pues, gracias! Vendré a buscar la de mañana.

—De nada.

Y ya cuando se giraba para irse le solté.

—¡Me debes una!

Él se volvió y me contestó con naturalidad.

—Claro, hoy por mí, mañana por ti. Dime en lo que pueda ayudarte, ¿estamos?

—Estamos, eso haré.

Aquel chico se llamaba Esteban Gómez y, con el tiempo, se convertiría para mí en un faro que me alumbraría el tiempo futuro de los cursos superiores que me esperaban.

Como decía antes, en la masa todos criábamos unas púas disuasorias como los erizos. No quedaba otra que hacerte respetar. A mí no me preocupaba pelearme de igual a igual con los de mi edad. En general había buenos sentimientos, pero la envidia y la frustración aparecían de vez en cuando. A Fermín y a mí algunos nos llamaban Palacio y Palacete y cosas parecidas, y mi éxito en los estudios acarreaba el inevitable empollón, enchufado y pitagorín. Pero otra cosa eran los mayores, aquellos que se sacudían sus frustraciones y desgracias acongojando a los pequeños.

Ahí tenías pocas opciones, salvo sufrir en silencio. Otra cosa era ser amigo de Esteban Gómez, el chico más fuerte de Tercero, el último curso de la “Comunidad de los Pequeños”. Y que todo el mundo lo supiera, por supuesto. El grandullón Esteban Gómez, un chaval excelente, por otra parte, al que le empezaban a gustar, como a un tonto una onza de chocolate, las chicas de bandera. Como nos ocurriría a nosotros en no mucho tiempo, ni más ni menos.

Don José Luis, aquel profesor tan bueno en los números, que las palabras se le daban rematadamente mal, no sospechaba, ni por asomo, cuánto nos ayudó a todos.

4. LA COMUNIDAD DE LOS PEQUEÑOS

El internado se dividía en dos comunidades que, aparte de estar separadas físicamente, una a la izquierda de la entrada, la otra a la derecha, gozaban de libertades muy distintas, dentro de la disciplina y el conservadurismo que reglaban la vida en el internado.

La nuestra, la comunidad de los pequeños, a la que pertenecíamos los chicos de primero, segundo y tercero, es decir, hasta los catorce años, más o menos, estábamos a la derecha de la entrada, la comunidad de los mayores a la que pertenecían los chicos de cuarto, quinto, sexto y COU a la izquierda. Y digo chicos, porque allí no había chica alguna, ni pequeña, ni grande, quiere decirse mujeres, salvo las cocineras del comedor, que más que grandes eran ya abuelas, y un antídoto contra la lujuria, de las que ya hablaré más adelante.

Los chicos de la comunidad de los pequeños no salíamos por la ciudad de Sigüenza nunca. Permanecíamos siempre en el colegio, salvo de dos y media a cuatro que íbamos, salvo mal tiempo mayúsculo, a un campo de deportes que estaba a las afueras de la ciudad. Para mantenernos controlados, a una masa de cuatrocientos niños y preadolescentes, nos aplicaban un horario rígido e infernal que se cumplía a rajatabla, allí siempre estabas ocupado.

Nos levantaban a las siete de la mañana, encendiendo las luces de golpe o batiendo las palmas, desde entonces conservo la costumbre de levantarme de un salto. Quince minutos para asearnos, cara y manos, y luego bajábamos la escalera en silencio hasta la capilla, donde íbamos diariamente a misa.

Después, también en silencio, nos llevaban al comedor donde, de pie, al lado de unas mesas de mármol blanco, escuchábamos la bendición de los alimentos. Cuando por fin podíamos sentarnos, estallaba un griterío monumental y devorábamos lo que nos ponían, pan con mantequilla y mermelada y café con leche, que ya estaban sobre la mesa. Allí, si no andabas listo te birlaban tu ración.

A veces, durante aquella explosión de libertad hablante, se nos subía la autoestima y practicábamos el juego de la palanca, sobre todo si estaba a nuestro cuidado un cura gordito y bonachón, don Unilo, que tampoco tenía una vista de lince.

La palanca consistía en situar sobre el extremo del mango de la cuchara un trozo de mantequilla y dar un puñetazo fuerte sobre la cazoleta cuya parte cóncava quedaba a unos centímetros de la mesa y hacía de palanca. La mantequilla volaba hasta el techo y, algunas veces, se quedaba pegada en él, lo cual lo celebrábamos con un griterío todavía más ensordecedor. Si no lo alcanzaba o se despegaba, solía caer en la taza de algún despistado y le ponía todo perdido.

Cuando el cura de comedor descubría las mantequillas en el techo o sus manchas, hacía una pregunta retórica:

—¿Quién lo ha hecho?

Digo retórica, porque en toda mi estancia allí, nunca nadie confesó su autoría ni, por

supuesto, los demás lo delataron. Por lo que todos los castigos en el internado, salvo casos cogidos in fraganti, acababan siendo colectivos.

—Nadie lo sabe, ¿no? Pues esta noche en vez de iros a dormir, iremos media hora a la raya blanca.

Entonces se iniciaba una ola de murmullos de protesta.

—Vaya, tenéis ganas de juerga, ¿eh?, pues serán tres cuartos de hora en la raya.

Los murmullos bajaban a la mitad.

—Vale, chicos, vuestros compañeros quieren una hora, pues una hora será.

Entonces se acababan los murmullos. Siempre acabábamos en una hora en la raya blanca. Era como un rito de protesta sindical que siempre ganaba el patrono tras el desahogo de una pequeña huelga.

La raya blanca era una fila larguísima de baldosines de ese color que había a cada lado del pasillo principal que separaba las clases. Allí, en fila de a uno, un alumno por baldosín, aguantábamos a pie firme la hora de rigor, sin movernos, sin hablar y muertos de sueño. Para el cura era muy fácil controlarnos desde atrás, si alguien se movía o hablaba le esperaba una colleja que volvía a ponerlo en el sitio.

Así que terminábamos el castigo sin ganas de repetir la revuelta, hasta que se nos olvidaba, o amenazaba tormenta y la electricidad del ambiente nos sacaba de quicio y volvíamos a las andadas. Aquellos curas, que eran muy pocos, observaban siempre el tiempo y sus vaivenes a fin de estar prevenidos ante los movimientos de la masa.

Nosotros, en general, apreciábamos a nuestros tutores, muchos eran entrañables, al fin y al cabo llevaban prácticamente la misma vida que nosotros, una vida de encierro y convivencia juntos, en la que siempre se encariñaban de sus alumnos, y sus alumnos pasábamos por sus manos y nos íbamos a otro curso, o a la comunidad de los mayores, o terminábamos nuestra estancia en el colegio y nos veían partir, pensando en su interior, como cualquier padre, si habrían acertado o no con la mezcla de disciplina y cariño que nos fuera útil.

Había algún cura pegón y arrebatado, que solventaba su escasa pericia en manejar la masa a bofetadas, como don Reinaldo, que una mañana de domingo en que nos levantábamos más tarde, detectó ciertos murmullos por la zona donde yo dormía, se acercó a nuestra litera, nos despertó a Fermín y a mí, dormidos como un tronco, pudiendo comprobar que nosotros no habíamos sido, pero aun así, hizo que nos levantáramos y allí nos pegó dos tortas a cada uno, y aquí paz y después gloria.

Don Reinaldo se debía preguntar por qué era tan torpe en aplicar la disciplina y sus alumnos le obviaban y se alejaban de él. Y por qué su coche, a final de curso, era el único que acababa rayado entre los de todos sus compañeros.

Hoy he visto en la tele que en España hay un porcentaje del 40% de jóvenes que toman o han tomado alguna vez medicamentos contra la depresión. Y la profesión de maestro es una de las más afectadas por esta misma enfermedad. Yo pienso que la raíz es que no se cumple el viejo axioma de “disciplina con cariño”. Cuando nuestros padres nos llevaban al internado el tutor les decía: “Aquí, disciplina con cariño, pero disciplina”. Y los padres se volvían a sus casas tan contentos, sabiendo que su hijo estaba controlado y creciendo en fortaleza para luego hacer

frente a las dificultades de la vida. Hoy en día, los maestros tienen menoscabada su autoridad y, cuando la ejercitan, los padres, lejos de apoyarlos se les echan encima y los maestros se frustran y acaban pensando en su interior: “pues si a usted no le importa su hijo, por qué me va a importar a mí”.

Sí, a los jóvenes de hoy en día, los padres los protegen de toda contrariedad, a la par que invierten en ellos una cantidad ingente de recursos: cursos de violín, viajes al extranjero, clases de submarinismo, móviles desde que les salen los dientes, con la esperanza de que luego todos ellos lleguen a presidentes.

Chicos tan mimados, tan poco ejercitados en el esfuerzo, en superar la frustración, y tan presionados por las altas expectativas que recaen sobre ellos, cuando llegan a adultos y se enfrentan al mundo real sufren tal decepción que acaban en la tristeza y en la depresión. Y qué decir de los profesores, que son conscientes de este proceso, pero que se sienten atados de pies y manos por unos padres que no soportan escuchar la verdad sobre sus hijos, y acaban tirando la toalla o deprimidos también ante la inutilidad de su esfuerzo.

Allí salíamos disciplinados a más no poder y trabajadores a más no pensar, pero también marcados por aquella gestión colectiva de la masa. Aquellos castigos para todos de la raya blanca nos moldearon en no destacar, en no sobresalir, en buscar un perfil esforzado y discreto que se acomodara al grupo.

Sí, hoy pienso en la educación, en lo importante que es, y me quedo con la “disciplina con cariño, pero disciplina”, con los medios suficientes, claro, no como en aquel internado en que una docena de curas tenía que controlar a mil estudiantes. Y tenían que tirar por la calle de en medio, es decir, por una gestión colectiva y poco individualizada. Hoy, con clases de 25 o 30 alumnos y medios tecnológicos por doquier, duele la situación que pinta la tele. Aunque yo no soy ningún especialista, ni siquiera he tenido hijos, pero hoy me funciona bien la cabeza y me da por escribir sobre estas cosas.

Cuando termino, me levanto y voy a la cocina y sorprendo a mi mujer Clara con la cara empapada de lágrimas. Pero ella disimula y me dice que ha estado pelando unas cebollas. Yo allí no veo cebolla alguna. Miro sin que ella se dé cuenta al cubo de la basura abierto por si estuvieran allí las mondas, pero no veo ningún resto. Me empiezo a poner triste, ella se limpia la cara y me pregunta:

—¿Qué tal vas con tu libro?

Yo me lleno de alegría.

—Muy bien, Clara, me acuerdo de todo y hoy comprendo muchas cosas, estoy como loco por continuar.

Ella recupera la luz que siempre tuvo en sus ojos, en su sonrisa:

—Pues, anda, ve. Escribe lo que te traigan tus recuerdos.

Y me vuelvo rápido a mi ordenador. Con esa alegría que da bucear por el mar de tu niñez.

Al día siguiente de los tortazos de don Reinaldo tenía que ir yo, previo permiso del tutor, a un centenar de pasos del colegio, donde paraba la trillana, —cuyo nombre provenía del pueblo de Trillo, de donde eran sus dueños—, aquel desvencijado autobús que conectaba Sigüenza con El Sauce Curvo. Mi madre me enviaba la bolsa —una de tela blanca con mi nombre bordado en

color azul y el nombre del Colegio en rojo, que me había hecho ella misma— con la ropa limpia todos los lunes y yo se la enviaba con la ropa sucia todos los viernes. Era de los pocos niños que no lavaba la ropa en el internado, este sistema era más trabajoso, pero más barato.

Estaba dolido por lo ocurrido con don Reinaldo y deseoso de contárselo a mi madre y obtener su reparación y consuelo. En la bolsa sí podíamos mandarnos sin ningún problema cartas de verdad. Aunque yo trataba de no preocupar a mi madre, que bastante tenía la pobre viendo a su familia dispersa entre Madrid, Sigüenza y Sacedorbo.

El conductor, Facundo, al darme la bolsa me dijo:

—Germán, hoy pesa mucho, seguro que tienes una sorpresa.

La abrí allí mismo. La sorpresa era un bote grande de leche condensada. Una de las cosas que a mí más me gustaban. Junto a ella, media vuelta de longaniza casera, que me enviaba todas las semanas y una carta, en la que siempre me daba ánimos y que yo releía todas las noches en mi cama, hasta que apagaban las luces. Sus palabras eran como un bálsamo para mí y un acicate para estudiar duro y sobreponerme a las dificultades, así como a las bofetadas de aquel bruto de don Reinaldo.

Sus palabras las paladeaba yo en la oscuridad, antes de quedarme dormido: “mi querido Germán...”, “estoy tan orgullosa de ti...”, “no decaigas nunca que, aunque no estemos contigo, te llevamos en nuestro corazón”, “este esfuerzo que estás haciendo tendrá una gran recompensa, no lo olvides nunca”, “mil besos de tu madre que te quiere” ...

Aquella noche, decidí que el bote de leche condensada sería mi recompensa por lo de don Reinaldo y que no le amargaría a mi madre contándole lo que había sucedido. Se me había ocurrido una idea estupenda para saborearlo.

De los muelles de la cama de Fermín, até un cordón largo que abrazaba y sujetaba el bote al que había hecho dos aberturas opuestas con mi abrelatas. Si yo lo inclinaba para adelante, la leche condensada se deslizaba desde su abertura, se convertía en un fino chorro hasta que alcanzaba a mi boca abierta y expectante. Era un placer estar metido en la cama en aquellos fríos días de diciembre y recibir, como de un surtidor del techo, aquel manantial de leche y azúcar. Me di unos cuantos tragos en la oscuridad y ya cuando me dispuse a dormir eché el bote para atrás y el chorro se extinguió.

No sé lo que debió ocurrir durante la noche. Pero lo cierto es que cuando dieron la luz por la mañana para levantarnos el bote se había volcado hacia abajo y yo tenía una plasta de leche condensada sobre la mitad de la cara que también me tapaba el ojo y el oído. La misma se había quedado dura y yo no me la podía quitar. Rápidamente Fermín llamó al cura, afortunadamente aquella mañana era el bueno de don Unilo.

—¡Hay que llevarlo al ambulatorio, a ver si se le va a dañar el ojo!

Todos los chicos se acercaban a verme y observaban con regocijo el artificio del bote. Era el héroe del día, y hablarían de mí durante todo él.

En el ambulatorio al que me llevó en coche don Unilo, me lo quitaron con agua caliente y un disolvente y me lavaron el ojo y el oído con agua abundante desinfectada.

Cuando el enfermero terminó, le dijo en plan relajado a don Unilo:

—A ver si les dan mejor de cenar, este chico se moría de hambre, ja, ja, ja...

Don Unilo, que era la bondad en persona, no echó en saco roto el comentario y lo debió hablar con el rector. Así que, en los siguientes días, nos dieron unos pastelitos tras las cenas, ante el temor de que el artilugio de la leche condensada se extendiera entre los chicos como la pólvora. Poco a poco fueron espaciando los pasteles, hasta que tras las vacaciones de Navidad, aplicaron el “año nuevo, vida nueva”.

Con Fermín de altavoz, mi reputación ganó muchos enteros en el grupo, ya no era solo un empollón odioso, sino poco menos que un rebelde sindicalista que había conseguido aquella mejora alimenticia para todos. Fermín también elevó su estatura y ya no éramos Palacio y Palacete, sino que nos convertimos en: ¡Palafox y Palazuelos son la leche!

Como decía, nos mantenían siempre ocupados. Además de misa y rosario diarios —este último con el tiempo lo quitaron siempre que lo rezáramos nosotros en nuestra cama por la noche (toma del frasco, Carrasco)— teníamos cinco clases diarias de una hora más cinco horas y media de estudio —una hora de preparación antes de cada clase y otra media de preparación del día siguiente— en total diez horas y media de trabajo.

El resto del tiempo se repartía entre dos pequeños recreos de quince minutos cada uno por la mañana, en los que salíamos a un patio, que se inundaba de nuestro griterío tras tantos minutos de silencio y otro por la tarde de media hora para merendar, siempre un trozo de pan grande y una onza de chocolate pequeña. Aquel era el momento para subir al dormitorio, abrir nuestra maleta y rebuscar entre las latas y la comida de casa. También para cambiar cromos por cromos con otros chicos, o también por latas de sardinas o mejillones.

Ahí es donde Fermín y yo explotábamos el AS de don José Luis.

—La foto de Amancio marcando el gol en la Copa de Europa vale una lata de foigrás.

—Esto es una estafa —bramaba Ramón Santaella—. Un abuso.

—Bueno, vale, te damos también otra de Pirri, de media página, para que la pegues en tu taquilla.

El tal Ramón Santaella que jugaba, además, muy bien al fútbol y estaba en el equipo de la clase, accedía:

—Bueno, eso es otra cosa... Pero no se lo digáis a nadie, ¿eh?, que luego creen que soy un blando.

—¡Pero si nos has sacado más que nadie!

Y Ramón Santaella se iba tan contento y, además, por si acaso, luego contaba que no le gustaba el foigrás. Pero Fermín y yo nos lo untábamos sobre el pan con fruición para compensar la escueta onza de chocolate.

Después de la comida íbamos en fila hasta más allá del castillo de Sigüenza que muchos años más tarde sería uno de los paradores más bonitos de España, hasta el campo de deportes del colegio que se llamaba “El castillo de los deportes”, precisamente. Allí había una docena de campos de fútbol, un par de ellos reglamentarios y los otros más pequeños donde se lanzaban a practicar los jugones como Ramón Santaella, y una gran piscina, cuyo agua estaba helada inclusive en verano.

Íbamos todos los días a “El castillo de los deportes”, aunque cayeran chuzos de punta. Los curas sabían que varios días sin salir del colegio suponía que la electricidad del ambiente

subiera muchos voltios con la reclusión y nos pusiéramos nerviosos. Así que en invierno no nos quedaba otra que estar apretujados bajo el porche del vestuario de la piscina o en las numerosas rocas que había en los alrededores a los campos de fútbol y aguantar el frío como podíamos. Los más pequeños no regulábamos bien el vestuario que nos convenía según el tiempo y a veces cambiaba este, nos pillaba sin abrigo, y tiritábamos allí durante horas. Yo me inmunicé tanto sobre el frío que jamás cogí ningún catarro hasta cinco años después de salir del internado, con eso digo bastante.

Los sábados y los domingos nos íbamos a hacer deporte el día entero, salvo las pausas para comer y para la misa. Yo alguna vez jugaba al fútbol, como no era muy habilidoso, el capitán me decía:

—Tú, Palafox, que eres alto, de defensa, y ya sabes, si pasa el balón que no pase el jugador.

Pero yo me desconcentraba y a veces pasaba no solo el balón sino dos o tres delanteros contrarios y dejaba vendido a nuestro portero, Pedro Vaquerizo, que me decía:

—Palafox, tú serías un buen delantero —pero yo sabía que me lo comentaba solo para alejarme de su portería.

Así que dejé de jugar al fútbol y me integré con los grupos de no deportistas, una fauna variada que nos dedicábamos a cosas muy diversas. Me encontré con Fermín que me dijo bromeando, pero muy contento de tenerme a su lado:

—Ya sé que querías abandonarme, pero con nosotros estarás mucho mejor.

Se nos unieron a nosotros otros dos chavales, un chisgarabís tan enano como Fermín, pero muy gordito que se llamaba Serón, la gordura le debía venir de familia, Mariano Serón Barrilero, y un chaval alto como yo, bien parecido y lector voraz, al que se le daba el fútbol tan mal como a mí, que se llamaba Pedro Valtierra.

Nosotros aprovechábamos para jugar a las cartas, en alguna de las muchas cuevas que había por los roquedales que daban al río, contestar las de nuestras familias y leer novelas del oeste, Pedro Valtierra me inició en las de Marcial Lafuente Estefanía que, por aquel entonces, debía haber escrito ya más de mil novelas de las dos mil seiscientas que escribiría en su vida hasta que falleció en 1984. Pedro decía que se las había leído todas.

En cada página Marcial Lafuente mataba a un par de bandidos, pero también buscaba para el protagonista unas chicas lindas y amorosas que, según fuimos cogiendo edad, nos encandilaban sobremanera. También jugábamos al ajedrez o a las damas, con unos minijuegos de Fermín (en él todo era mini). Pero, lo más excitante era hacer una mini fogata en la cueva que echara poco humo, para no despertar el interés de los curas y que nos conservara calentitos.

Mariano Serón era un aficionado a los insectos, reptiles y cualquier animal pequeño que circulara a su alrededor. Sentía una atracción ineludible hacia ellos y llevaba siempre un frasco de cristal en el bolsillo, con un tapón agujereado para que respiraran, con sus últimas conquistas. Le gustaba experimentar con ellos y nos involucraba en sus experimentos. Uno de los que más le gustaba era coger a una lagartija del rabo, colgarla boca abajo y ponerle debajo un mechero encendido.

La lagartija, para huir del fuego, empezaba a balancearse de un lado a otro hasta que,

cuando no podía más, se le rompía el rabo por la mitad y entonces ella caía al suelo y escapaba en un santiamén. Mariano Serón ponía en la tierra el rabo, que se movía como si tuviera vida propia, y nos decía:

—¡Qué animal más inteligente! ¿Habéis visto? Para salvarse decide perder una parte de su cuerpo. Y, además, el depredador se despista con los movimientos del rabo, mientras ella se pone a buen recaudo. ¡Qué lección!, ¿no creéis? Aquí se aprende más que con don Roberto.

Y nosotros nos quedábamos boquiabiertos con lo que habíamos visto y aprendido.

Don Roberto era el profesor de latín, un mal profesor que martirizaba al pobre Serón. Sobre todo, después de que un día se le escapara a este una rana del frasco y empezara a dar saltos por la clase. ¡Qué jolgorio nos pasamos tratando de coger al pequeño batracio!, hasta que el anfibio saltarín de un brinco se subió a una mesa y de allí en otro se escapó por la ventana. Pero, a partir de aquel día, don Roberto le tenía una tirria bereber a Serón, aunque también se las tenía a otros sin venir a cuento.

—A ver Serón, Seronis, Seronus —lo sacaba a la pizarra a traducir la frase más intrincada del día.

Y el pobre Serón, claro, se devanaba la cabeza, pero no daba ni una.

—Te voy a tener aquí hasta que llores —le recriminaba don Roberto.

Y Serón, para acabar aquel suplicio, empezaba a llorar como un magdaleno. Y entonces don Roberto daba por concluido el castigo.

Pero, cual sería nuestra sorpresa, cuando después de tamaña humillación, al día siguiente, lo volvió a sacar a la pizarra.

—A ver, llorón, lloronis, lloronus... ya sabes lo que tienes que hacer.

Al pobre Mariano Serón se le saltaron las lágrimas, esta vez de verdad, de humillación y vergüenza.

Y nosotros nos quedábamos boquiabiertos con lo que habíamos visto y con lo que no debíamos haber aprendido.

A don Roberto también le rayaban el coche al terminar el curso y al final acabaron por prescindir de él en el colegio. Sus alumnos obtenían un nivel de latín más bajo que el resto. En su último día, con la maleta ya hecha, le oyeron dar alaridos en su habitación; al parecer, de una manera misteriosa, habían entrado un par de culebras de agua en su cuarto que le salieron debajo de la cama. Nosotros cuando nos enteramos sentimos un extraño regocijo.

Pero, afortunadamente, don Roberto y don Reinaldo, a los que Dios tenga en su gloria, pero tras un largo y previo paso por el purgatorio en el que volverían a su niñez y recibirían diez mil clases cada uno para que aprendieran a ser buenos profesores, eran las excepciones en aquel grupo de curas cercanos, que llevaban una vida como la nuestra, que vivían únicamente para sacarnos adelante poniendo en ello todo su empeño y dedicación.

Recuerdo a don Malaquías, a don Francisco, apodado “el Fransuá”, que nos enseñaba el francés cantando, a don Segismundo, el profesor de dibujo para el que retratábamos unos caballos de pelo brillante y ojos melancólicos que nosotros luego enseñábamos con orgullo en casa, a don Ezequiel, que se llamaba como mi tío, y que nos daba literatura leyendo todos en voz alta a Cervantes, su príncipe universal de las letras, y a San Juan de la Cruz. ¡Cuánto

aprendería yo de él en mi vocación posterior! A don José Luis con aquel, para mí, AS salvador, siempre bajo el brazo. Y a tantos otros. Sobre todo, al vicerrector que se llamaba José Antonio Camino, al que llamábamos simplemente “el cura”, un andaluz que sabía llevarnos más tiesos que una vela, pero con un cariño de padre inteligente y sabio. Sabía practicar como nadie la disciplina con cariño.

Así que cuando salíamos de aquel internado nuestro nivel académico era tan alto que podíamos irnos a otro colegio o a la universidad sabiendo que el primer año lo pasaríamos con la gorra. Sí, señor, así fue en mi caso y en todos los que conozco.

Para mantener el pulso académico, organizaban todos los años, lo que se denominaba Las Competiciones, un torneo en el que, liderados por un capitán, en mi clase fui yo por mejor nota media, se seleccionaba un equipo de diez chicos que se enfrentaría a los dos equipos de las otras dos clases del curso, para determinar y premiar al mejor. Nos examinaban de todas las disciplinas en una especie de Pasapalabra divertido y aleccionador.

Mi clase ganó dos veces y perdió una en aquel trienio de la comunidad de los pequeños. Durante aquellas semanas a mí me subía la autoestima hasta niveles estratosféricos, tanto que Fermín me decía por las noches desde su cama.

—Germán, recuerda que eres humano.

Pero, ¿quién era humano, cuando te sentías y te trataban como a un dios?

Como dije antes, en el internado se premiaba el éxito académico, los que lo conseguíamos éramos los dioses de las aulas, pero también se premiaba el éxito deportivo, sus dioses reinaban en las clases de gimnasia y en El castillo de los deportes.

A mí, Dios, o el diablo, o el destino, me castigaban duramente cualquier exceso de autoestima académica cuando llegaban las clases de gimnasia. Sobre todo, aquellas donde había que saltar aquellos aparatos llamados el Caballo, el Potro y el Plinto. Nos ponían en fila para saltarlos uno detrás del otro, a mí me parecían altísimos e infranqueables y me iba quedando el último, inclusive detrás de Fermín que, por su estatura, para él era cuasi milagroso sobrepasarlos.

Los saltones me miraban con condescendencia, con una mirada tipo la que les dirigía yo cuando se enfrentaban, obnubilados, a una ecuación difícil o a un problema de cálculo. Entonces alguno soltaba aquello de:

—Don Jacinto, súbale las patas al caballo, que se ve muy fácil hoy.

Entonces se volvía a armar la fila y yo iba retrocediendo de nuevo hasta el último puesto, por si alguna otra ocurrencia me retrasaba o inclusive se acababa la clase antes de que me tocar saltar. Una vez, con el potro en lo más alto, no me quedó otra que saltarlo y me pegué tal talegazo que me rompí, al caer, un dedo. Nunca en mi vida obtuve mejor premio que aquel, que me liberó durante meses de aquellos ejercicios dignos del Circo Price.

Fermín me lo aclaró aquella noche.

—Germán, hoy sí que has sido humano. ¡Y de los bajitos! ... ¡Más que yo!

Sí, en aquel colegio aprendí yo muchas cosas, entre ellas la disciplina del esfuerzo y la cultura de la humildad. Dos buenas muletas para transitar en aquella etapa de nuestra vida en la que nos adentraríamos muy pronto: la adolescencia. De la que todos contaban que diéramos por seguro que uno no saldría nunca como había entrado.

Para esa etapa todavía quedaba. En la comunidad de los pequeños no salíamos nunca a la ciudad, es cierto, pero teníamos los domingos por la tarde algo que, para nosotros, en aquel tiempo, era extraordinario: la magia del cine.

Bajábamos, expectantes, al salón de actos, nos sentábamos en aquellos asientos abatibles de madera y nos quedábamos boquiabiertos mirando la gran pantalla blanca delante de nosotros. Era como una gran ventana al exterior tras aquellos altos muros que nos encerraban. Cuando apagaban la luz y veíamos al león de la Metro o a los focos oscilantes de la Twenty Century Fox, sabíamos que entrábamos en un mundo mágico e inolvidable. Entonces la tele era en blanco y negro y nosotros apenas la veíamos, algún partido de fútbol y poco más, así que aquella pantalla enorme que se llenaba de colores vivos y radiantes era todo un espectáculo para nosotros.

Bajábamos por la escalera los cuatro de mi pandilla juntos: Fermín, Pedro Valtierra, Mariano Serón y yo, para luego poder comentar todos los detalles. Íbamos apretujados para ser los primeros pero, sobre todo, para que no nos separaran, como si separados no viéramos la misma película.

—Eh, Serón, que se te cuele Remacha —entonces Serón movía la cadera con sus enormes flotadores y cortaba el paso a Remacha.

Otra cosa es que fuera un chico de tercero que nos llevaba dos años, Policarpo Viñedos, a quien por lo bajinis llamaban “El escapao”. Cuando llegó al colegio se había jiñado de miedo y una mañana aprovechó para fugarse a su pueblo en la Campiña de Guadalajara. Lo pescaron andando por las vías y avisaron a su padre que le dio un par de tortas en la propia puerta del cole a la vista de todos. A partir de aquel incidente, aunque había habido otros casos de fugas como el suyo, crio un carácter hosco y agresivo, sobre todo con los pequeños a los que, siempre que podía, martirizaba.

A lo que iba. Nos echaban sobre todo películas de aventuras: de “espadas” o del Oeste. Veíamos desfilar a Gary Cooper, a Clark Gable, a Charlton Heston, a John Wayne, a Robert Mitchum, a Kirk Douglas, a Robert Taylor o a Gregory Peck. La época dorada de Hollywood. Si tuviera que elegir una del primer año, serían dos: Espartaco y Ben Hur. Las luchas entre los buenos y los malos, y la espectacularidad de los decorados de aquella Roma imperial se nos metían muy dentro, tratando, sin duda, de forjar en nosotros una mentalidad de héroes, como aquellos que veíamos en pantalla.

Cuando ya rondábamos los trece o catorce aparecieron las féminas. La primera, que me tuvo abducido durante años, fue la italiana Virna Lisi, a la que vi junto a Alain Delon en El tulipán negro. Aquella rubia con el lunar junto a la boca, invadió mis sueños durante mucho tiempo, justo hasta que apareció Marilyn Monroe y se convirtió en mi diosa del celuloide para siempre.

Mi fascinación por el cine se incrementaba a través de los anuncios que aparecían en el AS sobre los estrenos en la Gran Vía madrileña. Aquellas imágenes que sustituían a lo que hoy son los tráileres de las películas revestían mi mente de un mosaico de magia y exotismo que compensaba con creces aquellos meses de invierno, fríos y lluviosos, encerrado en mi prisión.

Yo los recortaba y los pegaba en un álbum casero que miraba, una y otra vez, cuando estaba triste o solo.

Sí, así me evadía yo de lo antinatural que es tener encerrado a un niño de once, doce o trece años, que ve la calle solo a través de los cristales poblados de las lágrimas de la lluvia. Con aquellas imágenes yo los traspasaba, pero no para pasear las mojadas calles de Sigüenza, sino los luminosos escenarios de aquel Hollywood dorado y soñado.

Sí, el cine fue mi gran evasión en mi niñez en el internado, como quizás hoy me evado también escribiendo este diario de recuerdos, tal vez para no pensar en la amargura de esta vida confusa y limitada que llevo. O para olvidar las lágrimas de mi mujer, a la que no acabo de entender, aunque la quiera tanto.

Clara debiera estar alegre porque he vuelto a recordar y no tan triste como la sorprendí el otro día. Ella, cuando está conmigo, se muestra contenta, pero ¿por qué entonces llora a solas cuando no la veo? O, a lo mejor no llora, y son imaginaciones mías, a veces no estoy seguro ya de nada, confundo el pasado con el presente y mi mente me juega malas pasadas.

Seguro que el que lo sabe es el doctor Parrondo, pero ese nunca habla conmigo, sino solo con mi mujer, como si yo fuera ya alguien subsidiario, sin ninguna autonomía ni decisión. A veces llama el tal doctor Parrondo y Clara descuelga el teléfono de la cocina y baja la voz.

Así que yo me refugio en mis recuerdos y entonces se me va la tristeza. Porque también había días, llenos de alegría, en los que salíamos fuera, sobre todo dos al año.

Sí, cuando entraba la primavera y llegaba el buen tiempo hacíamos una especie de juegos lardero en el vecino pueblo de La Cabrera, que estaba a nueve kilómetros de Sigüenza. Íbamos todos los pequeños juntos, unos cuatrocientos, como si nos hubieran soltado de la cárcel, correteando y gastándonos bromas unos a otros. Venían tres o cuatro curas con nosotros y ese día se relajaban y nos contaban su vida de antes del colegio y hasta se soltaban con los chistes, a su lado revoloteábamos nosotros como unos cabritillos.

La Cabrera era un pueblo pintoresco, hundido en un valle, junto a aquel río de nombre de pastelería, el río Dulce, que lo llenaba de verdines y choperas. Por aquel entonces aquel famoso naturalista y divulgador, Félix Rodríguez de la Fuente, ya lo visitaba porque anidaban por sus riscos águilas reales y buitres y vivían otros animales típicos de la fauna ibérica.

Serón disfrutaba allí como un enano y, según nos comentó mucho más tarde, cimentó, en aquellas excursiones, su vocación del famoso biólogo español que llegaría a ser. Pedro Valtierra, por una vez, dejaba sus novelas del Oeste, siempre llevaba una en el bolsillo trasero del pantalón y los cuatro, como la inmensa mayoría, nos metíamos en aquel río de aguas heladas que a nosotros solo nos parecían refrescantes. No tenía profundidad, así que chapoteábamos en él y nos salpicábamos y nos hacíamos bromas sin parar. También cogíamos cangrejos para una paella que nos pondrían en el colegio en los siguientes días y a la hora de la comida llegaba una furgoneta con un catering a base de bocadillos de jamón y de tortilla que nos sabían de perlas. Aquellos momentos llenos de luz, de risas, de amistad y de naturaleza forman parte de la colección de momentos más inolvidables de mi niñez.

Sí, hoy me doy cuenta de que con muy poco se puede ser muy feliz. Tres o cuatro personas que te quieran y una ilusión que te haga disfrutar de todos tus sentidos. Nada más.

El que no disfrutaba nunca era Policarpo Viñedos, pintaba en su cara siempre un gesto hosco y desabrido. Uno de aquellos años sus compañeros de clase por ver si se le quitaba el muermo le

hicieron una aguadilla que el chaval se tomó muy mal. Así que luego él estuvo acosando a Fermín y a otros chicos de apariencia endeble.

Al final la tomó con Jesús Oliveras al que le hizo una aguadilla que lo dejó medio inconsciente. Por fortuna se recuperó al poco. Pero don Reinaldo se puso muy nervioso, agarró un cabreo bereber y le pegó un quantazo a Policarpo que sonó como una estruendosa palmada en el silencio de la noche.

Sí, a veces las cosas se tuercen y cada día que pasa se enroscan un poco más en el ovillo del agravio y del resentimiento. Yo, doy gracias a Dios, de que, por el momento, solo unas pocas veces la tristeza me hinca su afilado diente, aunque, no sé por qué, siempre que pienso en el doctor..., vaya, ahora no recuerdo su nombre, mi cara se avinagra un poco. Menos mal que me queda mi maleta llena de cuadernos, quiero decir de recuerdos, la ventana de mi despacho por la que veo los jardines de mi urba y el cielo azul, mi ordenador y, sobre todo, el amor de mi mujer, Clara, que son las cuatro cosas que llenan mi ilusión.

La otra excursión inolvidable era a Barbatona. En este pueblo minúsculo, muy cercano a Sigüenza, se veneraba a una virgen milagrosa que, según cuenta la leyenda, se le apareció a un pastorcillo que tenía a su madre enferma y la sanó. Desde entonces se la conocía como la Virgen de la Salud y su romería congregaba a miles y miles de fieles.

Para nosotros era la única oportunidad de estar rodeados de otras personas y observar cómo se relacionaban entre ellas, particularmente las mujeres que, para nosotros, eran como seres de otra galaxia. En el internado solo veíamos a las señoras de la cocina que servían aquellas fuentes de cocido gigantescas, siempre de luto y con aquellos moños sin gracia, que no evitaban que algunos cabellos se desprendieran y acabaran entre la sopa y a la postre en nuestras gargantas. Como creo que ya he dicho eran un buen antídoto contra la lujuria.

Sí, nos fijábamos en las mujeres, hartos de ver pantalones y sotanas en el internado pero, sobre todo, cuando ya estábamos en edad, no le quitábamos ojo a las chicas jóvenes.

Estas se hinchaban por dentro como globos, ante aquella marea de chicos que las devorábamos con la mirada y se pavoneaban delante nuestro con tanta soltura como poco disimulo, lo cual incrementaba nuestro deseo, tanto como nuestra timidez, a niveles estratosféricos. En Barbatona di yo, años más tarde, mi primer beso de amor o, quizás debiera decir, lo recibí, cuando ya estaba en la comunidad de los mayores, ya hablaré de ello cuando llegue su tiempo.

El templo de Barbatona tenía las paredes repletas de ofrendas, de exvotos que los fieles colgaban en agradecimiento a su mejoría o sanación o como símbolo de la promesa que hacían para que la Virgen no se dilatara en su curación. Se veían muletas, brazos y piernas de cera y, en el caso de las mujeres, muchísimas trenzas, larguísimas, rubias o negras, que se ofrecían como su más íntimo tesoro. A su lado, el relato manuscrito de su problema, o de su curación.

Un año de aquellos, recorría yo las paredes de aquella iglesia leyendo los escritos de los exvotos, que me gustaban mucho, quizás ya bullía en mí, todavía durmiente, mi inquietud literaria. De repente, me fijé en una chica como de unos catorce años, con los ojos llorosos y una carta en su mano. Miró hacia los lados, pero nadie más que yo estaba cerca, y a ella seguro que mi persona no le preocupaba mucho.

En un santiamén se quitó el velo, que sería su ofrenda, puso sobre él el manuscrito y los prendió con una chincheta en la pared del templo. Estuvo un momento rezando frente a él y, luego, me echó una sonrisa y desapareció entre la gente.

Yo, ávido de saber, me acerqué a leer la ofrenda, decía así, lo recuerdo muy bien:

—¡Virgen mía, ya sé que tú solo curas la salud del cuerpo, pero si no me ayudas yo pronto la perderé! Él me ama, aunque sus amigos lo distraen y no se da cuenta. Está comenzando a olvidarme, ¡ya no acude a nuestras citas detrás de la catedral! He de decirte que yo no puedo vivir sin él, sin el amor de mi vida. ¡Virgen mía, ayúdame! Ilumínale para que él también vea mi cara en la oscuridad de sus sueños. ¡Si no vuelvo a verlo sé que enfermaré y moriré de amor por él! ¡Ayúdame, Virgen mía, y yo te veneraré y agradeceré por toda mi vida!

Aunque yo no estaba todavía en edad, me impactaron aquellas líneas escritas con aquella letra tormentosa, llena de emociones, sin duda. Seguí recorriendo aquellos muros y cuando ya estaba en la pared de enfrente se me encogió el corazón: el sacristán de la iglesia estaba arrancando el velo y la nota de la muchacha, con cara de enfado. Lo seguí con la mirada y vi como a la entrada de la sacristía los echaba en una papelería que allí había. Deduje que los había retirado por inapropiados para el recato y decoro que debía exigir aquel templo que no se podía romper con asuntos de amor terrenal.

A veces, por las noches, cuando yo estaba en mi cama y apagaban las luces, me acordaba de esta muchacha que tal vez estaría llorando por su amor perdido, metida también en su cama o, a lo mejor, ojalá le deseaba yo, estaría viviendo radiante y feliz porque la Virgen le había devuelto al amor de su vida.

Nosotros, unos niños de diez, once, doce años, a veces también llorábamos en silencio, y si te oía don Reinaldo encima te pegaba dos tortas. Nos tapábamos la cabeza con la sábana para que no se oyera nada y llorábamos así, llenos de soledad y desconsuelo, chapoteando en el agua como podíamos, sin ayuda alguna, como hacen los bebés cuando los lanzan a la piscina para que aprendan a nadar. Llorábamos cuando se presentaba un examen difícil o cuando teníamos que saltar el potro, o el caballo o el plinto en las clases de gimnasia, o cuando Policarpo Viñedos u otros de su calaña la tomaban con algún pequeño como nosotros.

Entonces recurríamos también a la Virgen, o al Niño Jesús; a Dios Padre, no, porque nos infundía mucho respeto. Y les entregábamos nuestro corazón haciéndoles partícipes de nuestras más íntimas confidencias y, sobre todo, les pedíamos ayuda, y hasta socorro, cuando nos veíamos en la mierda.

En el internado, la religión lo impregnaba todo, ya dije que íbamos todos los días a misa y al rosario y suplía en nuestra mente y en nuestro corazón de niños la ausencia de nuestros padres que no podían ayudarnos.

Ahora que soy viejo, me pasa lo mismo, mis padres ya murieron y los que los hemos perdido sabemos que su amor es el más grande y generoso de toda nuestra existencia. El de pareja es un amor muy grande y muy bonito también, pero equilibrado e interesado, y así tiene que ser.

Así que, cuando no puedo más, le rezo a mi Virgen, que es la misma de entonces, que me conoce muy bien, para que no me deje sucumbir ante esta corriente de fango que a veces envuelve mi memoria y mi voluntad.

5. MADRID, MADRID...

Hoy me levanto contento y noto cómo la alegría le sube a los ojos a Clara al verme así. Desayunamos juntos y hablamos y nos gastamos bromas como cuando éramos jóvenes. Recogemos las tazas y los platos y, cuando Clara se dispone a meterlos en el lavavajillas, la abrazo por detrás y nos sentimos por un momento como dos novietes.

Aunque ella no sabe el motivo de mi alegría que, en realidad, es doble:

Todavía en la cama, pero ya despierto, he recordado, como en un fogonazo que, al año siguiente, cuando fuimos a Barbatona, en la romería de la Virgen de la Salud, me encontré con la muchacha de la ofrenda del velo. Iba radiante y feliz, colgada del brazo de un muchacho moreno y alto. Aunque yo no sabía quién era, quise suponer que era el mismo por el que el año pasado suspiraba la muchacha y que la Virgen la había escuchado, a pesar del retrógrado sacristán, y la había ayudado a conservar su amor.

En un momento determinado nuestras miradas se cruzaron y sé que me reconoció, porque me echó una sonrisa como cuando la descubrí poniendo la ofrenda en la pared, pero mucho más abierta, inmensamente más feliz, porque el amor cuando lo sientes a tu lado, lo llena todo.

Sí, estoy contento por eso, porque no estamos solos en esta vida y alguien en el cielo vela por nosotros.

Y también porque hoy voy a escribir de cuando vine a Madrid por primera vez y de mis vacaciones en la capital, cuando yo venía aquí desde el internado.

¡Ah, Madrid, Madrid...! ¡Quién sabe qué mágico significado se escondía en mi mente de niño, de un niño que jamás había salido de su pueblo salvo para ir al encierro del internado de Sigüenza, cuando escuchaba o me decía yo mismo en mi interior esas palabras!

Ya mi hermana Tere, siendo ambos muy niños, me había imbuido de la fascinación por aquella ciudad, por la que ella soñaba. Sí, soñaba con que un día nos iríamos a vivir todos a Madrid y ella por fin dejaría de ser una paleta de pueblo y podría vestirse como una auténtica señorita.

—Hay muchos coches y tranvías y la gente lleva paraguas y lee el periódico. Y yo estoy allí, vestida como una señorita. Llevo guantes y sombrero. Y zapatos de tacón... Madrid, Madrid... —me decía, dando a su voz un tono fascinante y soñador.

Y ese momento había llegado. Mi padre, ¡por fin!, había conseguido una vivienda para todos. Aunque la vivienda no era nuestra, claro, pero nos dejaban vivir en ella, que era lo importante. Iba acarreada con el puesto de vigilante y portero de un economato para funcionarios que había en la calle Marqués de Zafra, en las postrimerías del barrio de Salamanca, ya lindando con el barrio de las Ventas. Mi padre abría la tienda, pedía a los socios la tarjeta a la entrada del local y luego la cerraba y dormíamos todos en una vivienda en el ático, un tanto destartada pero amplia, que tenía un patio para tender la ropa con vistas al parque de la Fuente del Berro y a la Plaza de Toros de las Ventas.

La vivienda la había conseguido mi padre, como se conseguían entonces todas las cosas, por enchufe o por referencias de confianza. El director del economato, un tipo soltero y tímido, que vivía con su hermana en la cercana calle de Alcalá, don Braulio, tenía como asistenta desde hacía muchos años a una señora de Sacecorbo, la tía Pili, a la sazón prima segunda de mi padre. Cuando oyó un día a don Braulio hablando por teléfono y mencionar que el vigilante del economato se jubilaba, se le encendió la bombilla y se acordó de su primo, mi padre, que el pobre estaba en una situación muy precaria, con su familia partida en tres sitios y medio arruinado tras la pérdida de sus dos mulas. Don Braulio llamó a mi padre:

—No me falle, este es un puesto de confianza. Y espero que usted se la gane a pulso—le dijo. A mi padre se le abrió el cielo. No, mucho más, el universo entero.

—Quede tranquilo, don Braulio, Pili y yo somos primos. Ya la conoce a ella. Yo soy todavía más cumplidor— y el trato quedó cerrado con un apretón de manos.

Eso había sido a mediados de febrero del año 1968, un año que sería de revueltas y revoluciones en París, dicen que los franceses siempre van por delante. Mi madre y el pequeño Pepín abandonaron El Sauce Curvo, después de malvender todas nuestras pertenencias, excepto la casa, para reunirse con mi padre y con mi hermana Tere que ya contaba entonces quince años.

Así que yo, aislado en el internado, sin haber participado todavía en el reagrupamiento familiar, ansiaba con reunirme con mi familia después de tanto tiempo y, también, conocer por fin la que sería mi ciudad del futuro: ¡Madrid!

Llegaron las vacaciones de Semana Santa y Pedro Valtierra, que vivía en un pueblecito cercano a Alcalá de Henares, convenció a su padre para que me acercara al metro de la Avenida de América, que no estaba lejos, donde me recogería el mío.

¡Nunca olvidaré la entrada a Madrid! Ya en la anochecida, iba con mi cara pegada a la ventanilla del coche. Me invadía la magia de aquellos miles de luces que brillaban en la oscuridad formando un inmenso árbol de Navidad, qué digo un árbol, ¡un bosque entero plagado de bombillas incandescentes!

Mi padre me recibió con los brazos abiertos.

—¡Cuánto has crecido! —me dijo.

Hacía seis meses que no nos veíamos.

—Y tú, ¡qué cambiado estás! —le dije yo mirando su uniforme.

—¿Qué te parece Madrid?

—Jo, papá, es sobrecogedora y maravillosa.

—Germán, esta es la ciudad del trabajo, aquí vamos a ganar mucho dinero —me dijo él, más práctico y menos poético que yo. Eso es lo que le debía ocupar su cabeza en aquellos momentos.

Fuimos en metro hasta Manuel Becerra. Recordé las palabras de mi hermana Tere en sus cartas. “El metro es como un tren de miles y miles de kilómetros que cruza la tierra por debajo. Porque esto es importante, no como ese pueblucho...”. Yo estaba anonadado, salimos y la noche, y los coches y las luces, me envolvieron de nuevo. Yo ni siquiera había visto Sigüenza de noche.

Llegamos al economato, mi padre me dijo:

—Dale a ese botón.

Pero eso yo ya me lo sabía, por las películas.

El ascensor subió hasta el quinto. Mamá, Tere y Pepín, salieron al pasillo nada más oírlo. Y allí sí que me emocioné de verdad.

A mamá y a Pepín los había visto en las vacaciones de Navidad en El Sauce Curvo, pero a mi hermana Tere hacía seis meses que no la veía. Cumpliría quince años dentro de poco y a esa edad medio año es muchísimo.

Cuando nos quedamos a solas, no pude por menos que observarla de arriba abajo. Todavía iba con ropa de calle y muy arregladita, con los ojos pintados. Ella, tan lista como siempre, se percató:

—Aquí vamos todas así. ¿Y tú qué tal con los curas?

Me di cuenta que había entrado en Madrid, pero que tendría que adaptarme, y mucho, a aquel mundo nuevo.

—Ya estoy adaptado —le dije al hilo de mis pensamientos—. ¿Esa tele del salón es nuestra?

—Se la dejó el anterior vigilante. Y tenemos agua caliente, calefacción, ascensor... ¡Esto es Madrid, chico!

Me miró, yo estaba como un pasmarote, surgía la distancia entre nosotros, que habíamos estado tan unidos en nuestra infancia en El Sauce Curvo. Me sonrió con ternura.

—Yo sigo siendo la misma, ¿eh?

Y se me acercó y me dio un beso. Olía a una colonia que yo no conocía.

Mi hermana Tere llevaba ya un año y medio en Madrid. Cuidaba a dos niños de tres y cuatro años por la mañana, hasta que su madre salía de trabajar, y por las tardes iba a una academia de corte y confección.

—Yo ya podría pagarme mis cosas, aunque le doy todo el dinero a papá —me dijo tan pizpireta como siempre.

El único que no aportaba nada a aquella casa era yo, que me sentía a veces como fuera de ella, tan lejos. Ella se percató y trató de arreglarlo con una confidencia graciosa.

—¿Te acuerdas de Isabelita?

—Sí —le contesté—. Alguien me dijo que se había venido a Madrid.

—Sí, a la pobre la metieron de interna en una casa de lujo, por Goya. El primer día le dijo la señora: “límpiame bien el cuarto de baño”. Para ella estaba todo limpiísimo, lo único era aquella agua que había en la taza del váter. Estuvo sacándola con una bayeta hasta que la dejó seca —mi hermana se partía de la risa.

Sí, todas aquellas luces tan bonitas de Madrid tenían un submundo de adaptación y esfuerzo para todos aquellos paletos que osábamos conquistarla.

Aquella noche mi madre me contó la película completa, cuando le pedí que me enseñara Madrid al día siguiente.

—Ya me gustaría, Germán. Pero, de lunes a sábado, por la mañana voy a casa de don Braulio. Vive con su hermana, pero ésta está en silla de ruedas. Les hago la casa y la comida.

—¿Y la prima de papá, la tía Pili?

—Se jubila. Por eso le han dado a papá esta casa, ¿por qué si no? Por las referencias que dio

la tía Pili y porque yo le resolvía el problema a don Braulio.

Acabáramos. Aquí, en Madrid, funcionaban las cosas como en todos los sitios. Como decía el refrán: “en ningún sitio se atan los perros con longaniza”.

—Por lo menos te pagarán —me temía lo peor.

—Sí, algo, no está mal.

—A ver, mamá, que nos conocemos.

—Germán, digamos que se ahorran un treinta por ciento conmigo. Pero a nosotros nos hace el apaño, con el sueldo de papá, el de Tere y el mío aquí podemos ahorrar mucho dinero.

De repente, notaba que el dinero se había convertido en una cuestión existencial en nuestra familia. En Sacecorbo también era importante, pero fuera porque era difícil conseguirlo o porque todos estábamos equiparados en pobreza yo no percibía esa obsesión. De repente, caí:

—¿Y quién se queda con Pepín? —Mi hermano tenía entonces unos cuatro años.

—Anda, pues con quién se va a quedar. Me lo llevo conmigo. Le pongo la tele y a veces me ayuda con el plumero. Y cuando tenga seis años lo llevamos al instituto.

Cuando me metí en la cama aquella noche, mi cabeza no paraba de dar vueltas.

Sí, a aquella generación de nuestros padres, trabajadores y austeros como pocos, cuando emigraron a Madrid y se les abrieron horizontes nuevos, se dedicaron en cuerpo y alma a progresar, que para ellos sin duda era ahorrar y ahorrar, para no volver a pasar nunca más las estrecheces de la postguerra. Se iban a enterar los madrileños, los iban a dejar sin trabajo, o por lo menos sin aquellos trabajos que los madrileños que se lo podían permitir rehuían.

Hoy miro por la ventana, un día lluvioso, y veo a los emigrantes marroquíes en una zanja metiendo los tubos del gas y la fibra óptica, y a las chicas peruanas, o dominicanas o ecuatorianas cuidando de nuestros niños, llevándolos en sus carritos bajo el paraguas al médico o a la guardería. Madrid es una madre inmensa que acoge a todos sus hijos que se acercan a su cobijo. Madrid, Madrid... con el tiempo sería mi ciudad más querida, pero Madrid, como una mujer bella y complicada, tiene muchas caras y yo tuve que conocerlas todas para llegar a amarla tanto como la amo hoy.

Aquel Domingo de Ramos fuimos todos a misa, entonces no era extraño sino frecuente ver a toda la familia junta en la iglesia, o comer de una única fuente en la mesa, o ver la televisión en su único canal, el segundo, llamado UHF, apenas ofrecía cobertura. Y eso que las familias tenían entonces, en el baby boom, de media cuatro o cinco hijos.

Hoy Madrid es una ciudad casi de solitarios, yo los veo por las tardes desde mi ventana paseando cada uno a su perro, mirándose unos a otros con frialdad, cuando no con desconfianza, donde solo se busca la satisfacción individual y no queda tiempo para los niños. Yo no sé por qué no tuvimos niños, no lo recuerdo, por falta de amor no sería, yo ya estoy acostumbrado a ello, claro, pero noto que mi mujer, todavía hoy, se altera cuando lo menciono. Debe ser por el instinto maternal que nunca desaparece, digo yo, porque si no después de tanto tiempo no lo entiendo, una cosa más que me sorprende de Clara, últimamente no dejo de ver cosas extrañas en ella, aunque sé que me ama tanto como yo a ella, si no más.

Después de misa fuimos todos en tranvía a Sol, a la Plaza Mayor y luego a la Puerta de Alcalá y al Parque del Retiro. Yo, seguía anonadado. Mi madre echó unos bocadillos y los

comimos frente al lago, luego mis padres junto con Pepín dieron una vuelta en el barco y Tere y yo nos atrevimos con una barca de pedales. Aquello era jauja.

En la barca, Tere me preguntó aquello que también me preguntaría mi padre, se lo agradecí porque me sirvió de ensayo.

—Pues no lo sé, Tere. Estoy lleno de sensaciones y la cabeza me da vueltas. Todo esto es muy nuevo para mí. Allí, en Sigüenza, ya estoy adaptado y los estudios los llevo con el dedo. Si vengo aquí, lo mismo me desconcentro. Y ahora, además, me voy tranquilo, toda la familia está bien.

—Chico, qué buenecito te has vuelto. Ya te decía yo en el pueblo que tú no saldrías de allí, ja, ja, ja...

—¿Lo echas de menos?

—Pero, Germán, si solo nos vemos con gente de allí, hay un montón de emigrantes de Sacecorbo, Canales, Abánades... ¡Somos los paletos reunidos de la Alcarria! Pero, te entiendo —luego continuó con cierta sorna—. Siempre supe que tenía un hermano listo.

Nada más decirlo, Tere se arrepintió. Dejó de pedalear en la barca y se puso seria. Me miró con cariño. Con la misma mirada que tenía en El Sauce Curvo.

—Germán, aquí estamos bien, pero no todo es tan idílico como cuando soñábamos con Madrid, allí, en el pueblo. O, tal vez, es que nos vamos haciendo mayores, ¿no crees? —yo no sabía qué contestar, era cinco años más joven que ella, aunque alguna cosa también había notado en mi cabeza con el paso del tiempo, así que ella continuó—. Papá está seguro de que te vas a quedar en el internado y yo creo que él además lo prefiere, dice que él aquí no te podría pagar una educación de tanta calidad, así que no vas a tener problemas con eso.

Me puso una mano sobre las mías que descansaban en el regazo. Y le volvió el optimismo.

—Además, así podré ir a verte en el tren. Ya lo tengo hablado con mi amiga Pili.

Le cogí su mano entre las mías.

—Jo, Tere, nada me gustaría más.

Y entonces sentí que aquella distancia que se había instalado entre nosotros, por la lejanía y por la edad, se reducía un poco. Ojalá no perdiera a mi hermana en aquella travesía de la vida que nos esperaba a los dos, con sus ojos acechantes, lejos de El Sauce Curvo.

Decidimos entre todos que continuara en Sigüenza, siempre podría volver a Madrid si las cosas no me pintaban y ellos irían una vez al mes a verme, ahora que volvían a tener algunos ahorros en la cartilla.

No volvería hasta los dieciséis, cinco años más tarde, así que viví a Madrid de forma intermitente, como un amor ocasional, solo en las vacaciones y, además, en verano, me iba a El Sauce Curvo, con mi abuela Leonor, la mayor parte del tiempo.

Como en Madrid no tenía amigos, mis primos Javierito y Ricardo vivían en Vicálvaro y Leganés y solo nos reuníamos de vez en cuando, me acercaba a personas mayores que vivían en el mismo hábitat, es decir, en el barrio. Fui descubriendo que, bajo su apariencia grandiosa y enorme, Madrid entonces era como un conjunto de pueblos, y cada pueblo era uno de sus barrios.

El lechero de Marqués de Zafra parecía un chino, con aquel bicicarro con el que repartía la leche fresca. Pedaleaba como Bahamontes, a pesar de su metro y medio, y había embarazado a

su esposa la no despreciable cantidad de cinco veces. Cuatro chicas y un chico. Eso sí, todos sordomudos. Y no perdía el humor.

—Germán, ¿que si sabemos por qué? Porque a mí me gusta el silencio, que nadie me tosa en casa —y se partía de la risa.

Luego se ponía más serio.

—Nadie te pregunta, Germán. La vida viene como las tormentas, sin avisar. Tienes que apechugar con lo que te ocurra. ¡Son sordomudos, pero más listos que nadie! ¡Y mis chicas más guapas que el sol!

Yo lo veía levantándose sobre el sillín en las cuestras, con sus cien o doscientos litros de leche encima de su carricoche y admiraba cada vez más a aquella generación de mis padres que estaba levantando el país a pulso. Sin facilidades. A pleno pulmón. O a pleno pedal.

Un país al que el progreso y el desarrollismo llevaba a meter en sus casas los primeros electrodomésticos y a acabar con ciertos oficios.

Jacinto atendía la “Tienda de Hielo”, que así se rotulaba su negocio. Tenía una gran despensa donde guardaba media docena de barras de hielo enormes, como vigas de hierro. Las señoras entraban en la tienda y él les cortaba un pedazo y les hacía trozos pequeños con un cincel y un martillo.

—Es que mañana viene mi hija a comer a casa y voy a comprarle pescado, para que esté bien fresco.

Ya por entonces su negocio menguaba a ojos vista. En dirección opuesta al incremento en la venta de frigoríficos. Yo lo notaba muy bien de vacación en vacación. Así que se inició en un negocio de futuro, el reciclaje de papel, qué listo era Jacinto. Tenía una red de porteros por el barrio que en vez de tirar los periódicos y las revistas se los vendían a él y él se los revendía a las compañías papeleras, para que los utilizaran en los nuevos periódicos. Yo, sin nada que hacer en las vacaciones, me iba por su tienda a leerme las revistas y a recortar fotos de actrices de cine y de ciclistas.

—Germán, tengo que llegar a los 65 como sea. La necesidad aviva los sentidos, el papel me está salvando. Y tú, no te dejes llevar por el glamur de esas, que la vida es dura y hay que concentrarse en lo importante.

Yo lo escuchaba, pero luego me iba con mis recortes y los pegaba en un álbum casero. En Madrid la vida también era dura y yo me refugiaba en mis sueños. Me evadía, en tanto llegaba mi turno de adaptarme aquella ciudad enorme que yo todavía desconocía.

El sereno de Marqués de Zafra iba de noche golpeando con su chuzo por las aceras. Avisando que andaba por allí a los eventuales ladrones, violadores y demás miembros del club de la mala ralea. Y también a aquellos despistados que se habían olvidado las llaves en casa.

—¡Damián!, —le decía yo—, ¡qué sería la calle de noche sin ti!

—¡Pues no nos valoran, Germán, estamos sentenciados!

Yo no me lo podía creer, pero tres años más tarde, en 1971, liquidaron a los serenos y empezaron a arrancar las vías de los tranvías, que no contaminaban, y las sustituyeron por autobuses a diésel. Empecé a descubrir que en Madrid había mucho iconoclasta, gente que seguía la moda del momento y no miraba a largo plazo. Porque eso de no dejar ni un tranvía, ni

un solo sereno..., ni uno, oiga..., ¡exterminio total! No aprendíamos de Londres con sus taxis antiguos y sus cabinas viejas. Y yo, reflexionaba en estas cosas, sin buscar, ni querer, amigos de mi edad en Madrid. Ya habría tiempo cuando acabara el bachillerato y continuara mis estudios en la capital, me decía.

Un día, mi padre me dijo que tenía que integrarme con los chicos del barrio. Me llevó a la esplanada por donde iría luego la M-30, en construcción en aquellos momentos, a la altura del Puente de Ventas. Allí iban los chicos del barrio a jugar al fútbol y allí me introdujo mi padre.

A mí el fútbol no se me daba bien, aunque me gustara ver al Real Madrid en la tele, así que estuve maljugando aquel día y ya no volví.

Con quien me pasaba yo buenos ratos era con Julián, el portero de la casa de la gasolinera. Un andaluz con mucha retranca. Nos cogimos mucha confianza, tal vez porque él no tenía hijos y yo hasta le vacilaba.

—Ya verás, Julián, cuando te conviertan en portero automático.

—No se atreverán, Germán. ¡Por estas! —Y se sacaba una medalla de la Macarena y la besaba.

Por fortuna, no pasó como con los serenos y los tranvías, y los porteros siguieron manteniéndose en las casas grandes. Julián se convirtió poco a poco en un mentor mío, sobre todo en aquellos temas que no se hablan mucho con los padres.

—¡Aquí, en Madrid, hay unas chicas guapísimas! ¡Te lo digo yo! ¡Déjate de soñar con las actrices y baja a ras de tierra, Germán!

Donde yo bajaba de noche era a acompañar a mi padre que, en su lucha por progresar, se había empleado unas horas como portero de la discoteca Danubio que estaba allí mismo, en la Plaza de Manuel Becerra. En aquella época no faltaba trabajo para todos aquellos emigrantes que quisieran aprovecharlo. Y mis padres se ponían las botas a trabajar. En un par de años ya estaban pensando en comprarse un coche de segunda mano.

Mi padre se encontraba incómodo porque yo, un chico de doce o trece años, me diera cuenta de los clientes de la noche.

—Hala, Germán, vete a dormir, ya han entrado todos —me decía, no queriendo que yo estuviera allí cuando comenzaran a salir, borrachos, besuqueándose y toqueteándose con aquellas chicas súper maquilladas y de falda más corta que el mes de febrero.

También veía mucho la tele y me encargaba del pequeño Pepín. Pero, en lo que más soñaba, era en que llegara el uno de julio y me mandaran dos meses con mi abuela Leonor a El Sauce Curvo. Allí, empezaban entonces mis verdaderas vacaciones.

Hoy veo por mi ventana las calles de Madrid, una ciudad en la que he vivido, sufrido y amado tanto. Una ciudad en la que conocí al amor de mi vida, Clara, ya hablaré de ello, a la que ahora siento cómo trajina en la cocina preparándose la comida. De repente, llueve, estamos en una primavera alocada, debe ser el cambio climático que lo pregonan tanto. Se forma un atasco de coches, los parabrisas son como el rabo de un caballo, que va de un lado a otro, espantando las moscas. A mí no me gustan los coches, no me monto en ellos, solo paseo la ciudad.

Cuando tocan el claxon —los conductores están frustrados con el atasco— me pongo muy nervioso, como ahora, y me parece que el teléfono suena en la cocina, Clara descuelga, y es el

doctor Parrondo. Yo me tapo los oídos con las manos, para no oír los cláxones ni al doctor Parrondo.

Menos mal que pronto sale el sol y todo se normaliza. Así que voy a la cocina y allí está Clara, que me recibe con su mejor sonrisa. Yo llego y le doy un beso mientras le digo:

—Después de la siesta voy a escribir sobre mis veranos en El Sauce Curvo, de cuando yo era un chaval y estudiaba el resto del año en el internado. Eso me va a gustar mucho.

Y Clara se alegra de verme tan contento y me besa ella también, los cuadernos de lo que escribí entonces con mi letra de preadolescente me esperan dormidos en la maleta.

6. AQUELLOS DENSOS VERANOS EN EL SAUCE

Sí, aquellos veranos en El Sauce Curvo eran todo menos aburridos. Nuestra mente y nuestro cuerpo se desarrollaban en paralelo a la evolución de aquellos pueblos, a los que poco a poco llegaba también el progreso con sus muchos pros y algún contra que provocaba la resistencia de algunos a su avance.

Uno de aquellos veranos llegó la concentración parcelaria a Sacecorbo. Todos sus habitantes cederían sus decenas de pequeñas fincas agrarias para hacer una sola. A esta parcela inmensa se la dotarían de caminos, barrancos para canalizar el agua e infraestructuras para poder ser explotada de forma más eficiente por los nuevos tractores y cosechadoras que ya había en el mercado. A cada vecino propietario se le asignaría una o varias parcelas de una calidad y extensión similares a las que tenía.

Pero, ¡ay!, no serían las mismas que habían arado sus antepasados, ni estarían en el mismo sitio. Y, otra cosa, quizás peor, acabarían en manos de alguien frívolo que no las apreciaría ni les sacaría todo su rendimiento.

Esos sentimientos eran muy humanos, pero una cabeza sensata ponía en la balanza las cuestiones sentimentales y las prácticas y todos los vecinos del pueblo fueron aceptando la cesión de sus tierras para obtener aquella millonaria inversión del Estado en las nuevas. Al final se decían: mis padres y mis abuelos estarían orgullosos de ver sus tierras ahora más productivas que antes. Son los tiempos de ahora, ellos las gestionaron como supieron en los suyos, ahora nos toca a nosotros hacerlo. Y el futuro iba ganando al pasado, como es ley de vida, en las decisiones de todos los vecinos.

De todos, no. Del tío Fulgencio, no. El tío Fulgencio era quien mejores tierras tenía en el pueblo, dentro de un orden, claro, porque eran todas bastante parecidas pero, digamos que su media de calidad era más alta, con más tierras en La Vega que nadie. No podía soportar que aquellas fincas suyas del alma, acabaran en manos de cualquier otro. Aunque le aseguraron que las que él recibiría serían de una calidad y extensión parecidas se lo llevaban los demonios con solo pensarlo.

Una mañana de aquellas empezaron a sonar las campanas de la iglesia. Sus tañidos rompieron la paz de la amanecida. Los trigos del pueblo, ya maduros para la siega, ardían por las cuatro esquinas del término.

—Es el Fulgencio, que está con una tea prendiendo todo lo que encuentra —gritaban unas señoras asustadas.

Con el trigo seco y el viento que se estaba levantando, en poco tiempo todo el cereal sería pasto de las llamas, y en aquella época no existían los seguros agrarios, sería la ruina para todo el pueblo.

Todos los vecinos se pusieron en pie, yo también me levanté y bajé a la calle, allí mi abuela Leonor me esperaba con dos cubos en la mano, uno para ella y otro para mí, el abuelo Joaquín

ya estaba cerca del fuego.

Mis primos Javierito y Ricardo también bajaron a la carretera. Jesulín me gritó desde la esquina de la tía Vitorina.

—Eh, chicos, esperadme, que esto no me lo pierdo.

Hicimos una cadena humana con cubos de agua desde el navajo de La Vega y una segunda desde la fuente, en la otra punta del pueblo. Mis primos Jesulín, Ricardo, Javierito y yo nos sentíamos importantes, insertos en la cadena, como si ya fuéramos hombres de los que contaban y decidían en la partida de la vida.

Antonino, el hijo mayor de Fulgencio, corrió a detener a su padre, que seguía con la tea en la mano. Cuando ya estaba cerca de él, hubo un cambio de viento y las llamas rodearon a Antonino. En un momento le empezaron a arder las ropas y cayó al suelo, entre gritos de dolor.

Fulgencio soltó la tea, la pisó y corrió hacia su hijo, ya envuelto en llamas. En segundos se aceleró la cadena y una lluvia de cubos de agua cayó sobre padre e hijo, este, con lágrimas en los ojos, trataba de apagar los últimos rescoldos en la ropa de Antonino.

—¡Hijo mío, qué he hecho! ¡Todo me ha salido mal...! Yo quería, yo solo quería...

Apareció el veterinario y, en su coche, se llevaron en volandas a Antonino y a Fulgencio a Cifuentes, el pueblo grande más cercano de Sacdecorbo. En el coche del cura iban tras ellos dos vecinos más del pueblo, el presidente y el secretario de la Concentración Parcelaria.

Allí examinaron a Antonino y les dijeron que necesitaba urgente una transfusión de sangre. Con su grupo sanguíneo solo era compatible el del secretario de la Concentración Parcelaria, Matías, que se ofreció de inmediato. Fulgencio, con el que Matías había tenido no pocas discusiones, se le acercó.

—¡Gracias, Matías! —y le dio la mano.

Matías se la estrechó.

—Fulgencio, estamos para eso. Para ayudarnos unos a otros, ¿no?

Fulgencio comprendió que su hijo iba a vivir gracias a la sangre de su vecino, hasta entonces enemigo, Matías. Y que no por ello iba a dejar de ser nunca su hijo. Aunque ya no llevara solo su sangre.

Aquel mismo día firmó adherirse a la Concentración Parcelaria. La inclusión de sus fincas ayudaría a la salvación de aquel cuerpo que constituía la totalidad de tierras cultivables del pueblo y comprendió que las que él recibiría a cambio, serían tan suyas como las anteriores y las amaría igual, aunque hubiera corrido antes otra sangre por ellas.

Solo quedaron, de aquel drama, cinco o seis feas cicatrices en el cuerpo de Antonino, por fortuna ninguna en la cara y que Fulgencio tuvo que rascarse el bolsillo para reparar todo el daño causado, aunque el pueblo fue un poco generoso con él, tras la alegría de completarse la concentración que garantizaba su porvenir.

Cuando uno no ve el tren del futuro, este acaba arrojándolo, como me dijo mi tío Ezequiel, ya muy mayor y cada vez más filosófico.

—Fulgencio ha pagado un precio pequeño por un fallo grave, aunque muy humano y comprensible. El pasado si no sirve para mejorar el futuro no es nada. Y con los años todos

vamos siendo solo pasado, ahí está el drama si no sabes verlo.

Nosotros, cuando terminamos de apagar el fuego, nos miramos sonrientes e importantes. Con esa sensación de trascendencia, de sabernos parte del futuro. Mi primo Jesulín, que siempre sabía captar el momento, nos espabiló:

—¿Qué, cogemos la bici y nos vamos por ahí?

Y, en momentos como aquel, nos montábamos en ella y nos íbamos a cualquier sitio lejos, cruzando aquellos horizontes de trigos en sazón, para hablar de nuestras cosas, fumar, beber vino con gaseosa y envolvernos en aquella sensación, difusa todavía, de que nuestro tiempo no tardaría mucho en llegar.

No sé dónde escribí que mi primo Jesulín no volvió desde que se fue a Barcelona. Pero no es del todo cierto, volvió al pueblo por los veranos, pero solo unos años. A todos los chicos de nuestra edad cuando llegaban las vacaciones y se terminaba el colegio nos mandaban con la familia que quedaba en el pueblo.

En aquella época los jóvenes empezaban a trabajar muy pronto, a los catorce, e inclusive antes, como ayudantes, pinches o botones. Al que no le gustaban los libros, como a mi primo Jesulín, lo ponían de productor, como se nombraba entonces, en un eufemismo, a los trabajadores. Él fue de los primeros en cumplir aquello de “estudias o trabajas” y reducir sus vacaciones en El Sauce Curvo. Yo disfruté de algunos veranos más en Sace como estudiante, sin saber que luego me esperaba aquella fórmula al cuadrado de “estudias y trabajas”, la “y” se solía remarcar mucho para ahondar en la desgracia del penado.

Levanto la vista, miro por la ventana y veo a muchos viejos, como yo, aunque yo todavía no lo sea tanto, caminar con su bastón por las calles o sentarse en un banco en la plaza y disfrutar de una buena sombra, hoy hace un día soleado de junio. Mientras observan, ellos a su vez, ensimismados, cómo pasa la gente, los viejos, los jóvenes, los niños, es decir cómo pasa la vida, que es una de las cosas más hermosas que nos ofrece esta a los que ya la hemos recorrido en un buen trecho.

Uno de aquellos días de verano en que la vida nos sorprendía con experiencias nuevas como la del incendio de Fulgencio, que era lo que nosotros, en el fondo, buscábamos, decidimos, los cuatro primos, ir a pasar la tarde al Barranco de la Hoz, un paraje bellísimo y casi salvaje que estaba en las lindes del término del pueblo con Canredondo y Ocentejo. Por allí discurría un arroyo de agua fresquísima rodeado de choperas recónditas y un molino antiguo y abandonado que queríamos explorar.

Pero la sorpresa surgió antes de llegar. A Jesulín se le empezó a mover el vientre y nos dijo apartándose de aquel camino de mulas:

—Chicos, voy a un sitio donde no me podéis acompañar —y se marchó mientras se aflojaba el cinturón del pantalón.

Lo vimos agacharse detrás de un espino entre dos rocas y, cuando nos disponíamos a echar un pitillo de los que sisábamos en casa, yo al abuelo Joaquín, al que la abuela Leonor no podía meter en vereda con el tabaco, escuchamos un alarido de Jesulín.

—¡Ah! Maldita avispa. ¡La hija de perra me ha picado ahí!

—¡Dónde, dónde, Jesulín! —soltó Javierito, tronchándose de la risa—. ¿En los cataplínes?
La respuesta de Jesulín tardó en escucharse. Hasta pensábamos que podía haberle dado algo.

—¡Chicos, venid, venid aquí! ¡Esto es la leche!... ¡No os preocupéis, que no había empezado!
Nos acercamos y vimos a Jesulín, blanco, señalando con el dedo a una oquedad que se abría entre dos rocas en el suelo.

Cuando estábamos muy cerca lo entendimos. A treinta centímetros del suelo, asomaba parte de una calavera.

Ricardo soltó lo que todos estábamos pensando.

—¿De quién será? Seguro que es de cuando la guerra...

Javierito no hacía más que rascarse la cabeza.

—Podría ser mi tío Mayórico, un hermano de mi abuelo Tomás. Su madre se murió la pobre sin haber encontrado el cuerpo de su hijo y poder darle cristiana sepultura.

—Hay que avisar al pueblo, no podemos dejarlo aquí por más tiempo —añadí, luego me acordé del alarido de mi primo—. Jesulín, ¿tú qué tal estas?

—Bah, lo mío no es nada. ¡Vamos de vuelta para el pueblo!

Otra vez aquel sentimiento de trascendencia, de que nos íbamos acercando a ser hombres. Fuimos directos al alcalde, Domingo. Avisó a los concejales que estaban disponibles y, al ponerse el sol, llegamos al sitio. Habíamos traído un pico y una pala y los dos concejales apartaron parte de la tierra que cubría al cadáver.

—¡Basta ya! —mandó el alcalde.

Se había hecho de noche y con la luz de la linterna de Domingo todo se revestía de una apariencia extraterrenal aún mayor.

El alcalde cogió un pequeño hueso y lo envolvió en un paño blanco que había traído.

—Para que le echen un vistazo los forenses de Guadalajara.

Luego extrajo de su bolsa una manta y cubrió con ella el hueco que habíamos desenterrado.

—A ver, Germán, Jesulín, traed unas piedras para ponerlas encima de la manta. ¡Grandes!
—Por eso se dirigió a nosotros dos, que éramos los más altos de los cuatro—. ¡Para protegerla del viento y de las alimañas!

Tapamos así la improvisada tumba y volvimos al pueblo envueltos en un silencio que llegaba hasta cuando la guerra. Nunca se hablaba en el pueblo de esta. Eso que El Sauce había sido impactado por ella de forma importante: durante un tiempo fue tierra de nadie entre los dos bandos, aposentados cada uno de ellos en los oteros de Sacecorbo y Canales del Ducado y las mujeres y los niños, para evitar males mayores, habían sido evacuados a la provincia de Cuenca.

El alcalde solo nos dijo:

—Prohibido hacer especulaciones y remover cosas del pasado, ¿eh? —y nos miró a nosotros cuatro, pero habló para todos—. Lo más importante es que este hombre pueda descansar en paz en el cementerio del pueblo y su familia pueda recuperar su cuerpo por fin.

No hizo falta consultar a los forenses. Al día siguiente llevaron al abuelo Tomás, el hermano de Mayórico, y dijo:

—Desenterrad la pierna derecha. Se le rompió cuando era un chaval y se la aseguraron con un clavo.

El clavo seguía allí, claro. Vino la guardia civil, se hizo un atestado y después de hacer algunas averiguaciones más les entregaron el cuerpo a su familia, ya solo un esqueleto carcomido por el tiempo. Lo más bonito fue cuando lo enterraron en el cementerio. En la misma tumba que su madre Concepción, que lo había esperado tanto tiempo. ¡Por fin podrían descansar eternamente juntos!

Nadie removi6 nada del pasado. Aquella generaci6n de la posguerra haba visto tanto, haba sufrido tanto, que no querían que aquella paz que haba costado aquel ingente esfuerzo se quebrara por especulaciones sin base cierta. Así, de esta manera, poco más o menos, con un olvido y perd6n mutuos se llegaría años más tarde a la Transición. Aquel periodo donde se asentaron las bases para el progreso definitivo del país.

Sí, hoy pienso en la generaci6n de nuestros padres y de nuestros abuelos y todavía les doy más mérito. Además de aquella pobreza extrema de la posguerra, tuvieron que lidiar con un país dividido en dos y agraviados unos contra los otros. Por nada del mundo querían echar la vista atrás. Solo querían trabajar como bestias para ahorrar y ahorrar y no volver a pasar por todo aquello.

Nosotros estábamos felices por haber contribuido a aquel homenaje a aquel hijo del pueblo, Mayórico, caído durante la guerra. Pero, también, estábamos ocupados con otras cosas menos trascendentes o más propias de la edad, como lo que le haba pasado a uno de los nuestros, Jesulín, con aquella avispa asesina.

Cuando llegamos al pueblo tras regresar con el alcalde de la tumba, Jesulín nos llevó a un rinc6n oscuro y nos enseñó el asunto.

—No os he dicho nada porque estábamos con otro tema más importante —nos decía mientras se desabrochaba el pantalón—. Pero a ver qué hago yo con esto. ¡Me duele un mont6n cuando me roza!

Se bajó el calzoncillo y entonces vimos aquella obra de arte. Javierito lo dijo muy claro:

—¡Jo, qué pichola! ¡Yo no haba visto otra cosa así desde el burro del tío Cosme!

El burro del tío Cosme estaba siempre salido y mostraba un instrumento como una morcilla de diez kilos. Debía tener una enfermedad hormonal extraña y no paraba de perseguir a burras, mulas y yeguas por doquier. Tuvieron que sacrificarlo porque no lo podían sujetar.

Nosotros estallamos en una gran carcajada. Pero Jesulín no tomó tan bien aquella comparaci6n.

—Pues lleva cuidado con tu hermana, Javierito, que voy a ir a por ella.

—Bueno, bueno, Jesulín, que era una broma, hombre —no le quedó otra que templar gaitas al espabilado de Javierito.

Jesulín me miró a mí, buscando ayuda. Yo aportaba siempre las ideas y él, mucho más atrevido, las ejecutaba para aquella sociedad de primos íntimos que formábamos los dos y que

no había decaído a pesar de la distancia que nos separaba en aquellos años.

Me rasqué el incipiente bigote y le dije:

—Contra menos bullo le demos al tema, mejor para ti, Jesulín, lo de Javierito sería una broma de Disney si alguien se entera. Tu tía Eduvigis, aparte de matrona, coloca huesos rotos y endereza torceduras. Yo creo que sería lo más discreto. Además, es la curiela del pueblo y nunca cuenta nada.

A Jesulín le pareció bien. Aunque le daba un corte bereber desnudarse ante su tía. Y que encima se atreviera a tocarlo. ¡Eso ni por asomo! Pero no le quedaba otra. Con la hinchazón tenía ya dificultades para orinar y, si aquello iba a más, a ver si se iba a perjudicar y a perderse las gloriosas batallas que él esperaba ganar con su miembro en un futuro próximo.

Así que lo acompañamos a casa de la tía Eduvigis y le esperamos un tiempo prudencial, mientras nos hartábamos de contarnos chistes a su costa.

Apareció el tío a la hora y media con ganas de contar poco. Pero sabíamos que Jesulín, si le porfiábamos, acabaría hablando. Y así fue.

—Me ha acojonado mi tía, me ha dicho que era una zona muy sensible e importante y además que todo indicaba que me había picado una avispa amarilla, que son peligrosísimas, hasta podría diñarla, me ha dicho mi tía. A mí me daba el soponcio. No me ha quedado otra que ponerme en sus manos sin condiciones.

—Cuenta, cuenta —le urgió Javierito con los ojos que echaban chispas.

—Chicos, pues me ha dado un masaje con esencia de espliego, luego otro con caldo de margaritas y luego otro más con aceite de espio que me ha dejado eso de lo más relajado, ya apenas me duele. ¡Y menos mal que con la picadura yo creo que el miembro no funciona! Me habría dado una vergüenza terrible si se hubiera empezado a levantar... Me voy a la cama chicos. ¡A dormirla!

Lo entendimos perfectamente. Dejaba Jesulín una huella olorosa en sus partes tras de sí, que lo mismo excitaba a alguna burra, mula o yegua, vaya usted a saber, de las que añoraban todavía al burro del tío Cosme.

Cuando se fue, seguimos con los chistes y las ocurrencias, como la de arriba, porque este tema del sexo ya empezaba a rondarnos por aquel tiempo en nuestras cabezas, sin que todavía, yo al menos, hubiera dado paso alguno en esa dirección.

Sin embargo, este suceso tendría, tres o cuatro días más tarde, su importancia para todos nosotros o, al menos, para mí.

Estábamos una tarde en Los Olmos, tumbados sobre la hierba holgazaneando, cuando Javierito, como quien no quiere la cosa, volvió sobre el tema.

—¿Qué tal, Jesulín, ya te funciona?

Jesulín, se puso de pie, se bajó el pantalón, muy seguro de sí y nos miró a todos desde su altura:

—Pues vamos a verlo.

Ricardo y yo nos quedamos un tanto pasmados. O bien Jesulín había perdido la vergüenza con todo el tema de la picadura de la avispa o allí, en Barcelona, que eran medio franceses, iba

todo mucho más rápido.

Se bajó el calzoncillo y empezó.

—Así, de pie, tardo un poco más que tumbado —dijo, mientras se concentraba.

La verdad es que no tardó mucho. Él cerraba los ojos y de vez en cuando se miraba y nos miraba, orgulloso de lo que estaba haciendo. Su miembro también parecía ufano y se entiesaba cada vez más.

Todo se aceleró hasta que llegó la explosión final y Jesulín dejó escapar un jadeo y luego sonrió satisfecho. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió. Un momento más tarde, sonriente, ya estaba tumbado con nosotros en la hierba.

—No ha estado mal, ¿eh?

Ricardo y yo no dijimos nada. Estábamos todavía impactados. Yo recordé, de golpe, que esa era la misma frase que había utilizado “El Peliblanco”, aquel chico unos años mayor que nosotros, cuando nos mostró un día a la salida de la escuela lo que ya sabía hacer con su cuerpo.

Javierito rompió aquel silencio de cierta solemnidad que se había establecido entre nosotros.

—Esto te lo podía haber hecho también tu tía Eduvigis —y se empezó a partir de la risa.

—O tu hermana, recuerda —le cortó rápido Jesulín.

—Bueno, bueno, dejémoslo así —retrocedió Javierito—. ¡Vamos a echar un pitillo!

Y volvió la camaradería entre nosotros como si nada hubiera pasado.

Pero, aquella noche, cuando mis abuelos ya roncaban en la habitación de al lado, me levanté silenciosamente de la cama, no quería manchar las sábanas, y me toqué como Jesulín. Cerraba los ojos y sentía aquello que no había sentido jamás, “esto es lo mejor del mundo”, recordé de golpe aquella otra vez que sorprendí al Peliblanco en la chopera de “Los arbolitos”, con una revista francesa de chicas desnudas al lado. Aquella chica con las piernas abiertas que sonreía a la cámara en la revista, me sonreía ahora a mí, pidiéndome más. Y más. Y más. Hasta que se lo di todo.

Luego me limpié y acerqué el pañuelo a la ventana, para verlo a la luz de la luna, que había sido testigo de aquella mi primera experiencia. Me llegó el olor penetrante y denso del semen, oliendo a naturaleza y a destino, pensé. Sentí algo trascendente, importante. Había pasado la raya que separa la infancia de la pubertad, aquella estación en que el suelo se tambaleaba como en un terremoto y era difícil mantenerse en pie.

Me metí en la cama y me acordé del Evangelio que nos repetían en el internado todos los días: “no cometerás actos impuros”. Pero, tal vez fuera porque era verano y estaba de vacaciones, me sentí más cerca de Jesulín que de aquella consigna más propia del encierro invernal. Aunque no la olvidaría fácilmente, sería una más de todas aquellas contradicciones que me embargarían en los próximos años.

Al día siguiente me encontré con Javierito y su hermana Julia, que tenía un par de años más que nosotros y que estaba como un bombón. Algo me debió notar aquella mañana. O yo quise notarlo, en aquel saludo con que me recibió, tan habitual por otra parte en chicos de nuestra edad.

—Hola, Germán, cuánto has crecido. ¡Estás hecho un hombre! —y me dio dos besos, dejándome muy cerca aquel olor a colonia y rabiosa juventud que llevaba encima.

Sí, no nos dábamos cuenta, pero la vida pasaba también por nosotros y nos iba empapando de juventud. Éramos niños a medias y hombres todavía sin curtir. A veces, nos asomábamos a lo que nos esperaba y retrocedíamos gustosos a aquel mundo infantil donde todavía era todo mucho más fácil y conocido.

En uno de aquellos días en que me apetecía sumergirme de nuevo en mi niñez, me iba yo a la era de nuestro vecino, el tío Castañas, y les ayudaba trillando.

Subirme de nuevo a aquel trillo de mi infancia y dar vueltas y vueltas mientras se desgranaba el trigo y se cortaba la paja, me daba a mí la seguridad que perdía cuando me adentraba en cosas más de mayores. Y, mientras tanto, mandabas en el trillo, aquel vagón de tren, y en tu mula, que te obedecía dando cientos de vueltas, bajo aquel sol abrasador. Era un mundo cierto y previsible, aquel de la infancia.

Además, al terminar de trillar estaba aquella experiencia de “La barrastra”. La barrastra era una barra alargada de madera que se depositaba en el suelo, se unía con dos o tres sogas a la silla de la mula y servía para recoger la parva: el trigo desgranado mezclado con la paja cortada en pequeños trozos que quedaba tras trillar y trillar durante todo el día. Al arrastrarla por el suelo, de ahí debía venir su nombre, la barrastra iba recogiendo y acumulando la parva en un montón.

Pero, para que la parva no sobrepasara a la barrastra, nos subíamos a la misma toda la familia, niños y grandes haciendo peso y haciendo dique con nuestro cuerpo para hacer el montón. Era a la puesta del sol y, como fin de jornada, era también un juego lleno de risas y diversión. Los niños nos caíamos de la barrastra a la paja y los adultos nos hacían cosquillas o se las hacían entre sí, tratando de mantener el inestable equilibrio. Todos disfrutábamos con aquellos momentos luminosos en los que, niños y grandes, nos divertíamos como unos chiquillos.

Yo, el primer día, disfruté como un niño más. Como yo lo recordaba. Al día siguiente apareció Sole, una nieta del tío Castañas de mi edad, con la que, como vecinos, habíamos intimado en el pasado. Al principio nos mostramos cortados pero, cuando llegó la barrastra, quedamos juntos y, cuando la paja se abalanzó sobre nosotros, nos tocamos haciéndonos cosquillas y caímos juntos rodando por el suelo. Algo noté cuando estaba sobre ella y ella también se dio cuenta. Nos levantamos y nos miramos azorados.

Quien también nos miraba fijamente era el tío Castañas. Sole no volvió los días siguientes a la barrastra y, un día que por fin vino, su abuelo la colocó muy lejos de mí.

Sí, había momentos en que notabas que los juegos infantiles se terminaban. Y empezaba otra cosa, no sabíamos exactamente el qué, a veces pensábamos que ya no iba a ser tan divertido como antes y una sombra de tristeza cruzaba nuestro rostro. Pero nos duraba solo un segundo. Porque el tren de la vida nos empujaba con brío a la siguiente estación.

7. UNA BREVE ESTANCIA EN EL INTERNADO DE HUESCA

Hoy estamos en medio de la Dana, quiere decirse de la “gota fría”, según me ha dicho Clara, y el cielo está cargado de nubarrones negros y de electricidad. Yo ni me había dado cuenta, me había levantado contento tras recordar ayer todos aquellos veranos tan provechosos en El Sauce. Pero he ido a sacar un nuevo cuaderno de mi maleta y me he topado con el internado de Huesca, he mirado por la ventana, como si quisiera precisar mis recuerdos, y me he encontrado con este panorama triste y desabrido. Que es del mismo color del que se pinta mi memoria en aquellos desgraciados meses.

Por un momento, hasta he pensado en dejarlo, pero Clara me ha animado a continuar. Ella me dice que la vida es como el teclado de un piano, con teclas blancas y negras, no nos podemos saltar ninguna porque entonces a la melodía de nuestra propia existencia le faltarían notas y sonaría como una pieza desacompasada y sin ritmo.

Reflexiono sobre ello y acabo dándole la razón, no porque yo llegue a ninguna conclusión, a veces pienso y pienso y me enredo en un bucle mental del que no logro salir, sino porque me lo dice esta primavera que se enseña al otro lado de los cristales con sus teclas blancas, radiantes de sol y sus teclas negras, como las de hoy, que encierran nubes del mismo color y un voltaje siniestro de películas de terror y amenazas veladas de rayos y calamidades sin fin.

Mi padre tenía un tío cura que llevaba un nombre hermoso: don Salvador. Era profesor de francés e inglés en un colegio, también internado, en la ciudad de Huesca. Ya cuando vino don Olegario, el maestro, a casa, estuvo barajando mi padre enviarme a Huesca antes que a los corazonistas de Sigüenza porque estaba su tío allí y porque, en idiomas, que mi padre consideraba un asunto de gran futuro, era un centro mucho más aventajado que este.

Solo la difícil situación de mi familia entonces, dividida entre Madrid y Sacedorbo, unida a mi corta edad y a la preferencia de mi madre por la ciudad del Doncel, le hicieron renunciar, siquiera por el momento, a su idea inicial.

Pero, ahora, las circunstancias habían cambiado y mi padre, tras una visita de su tío Salvador, volvió sobre el asunto. Mi madre estaba ya mucho más tranquila y no opuso resistencia y yo, a quien en principio no le agradaba mucho la idea, acabé aceptándola: la presencia de mi tío, que siempre me cayó muy bien, en el centro, las excelentes cualidades del mismo y la promesa de que si no me adaptaba regresaría a Sigüenza, acabaron por uncirme, y con agrado, a este proyecto que mejoraría, y mucho, según me decían unos y otros, mi perfil académico.

Además, si todo iba bien, dado que este colegio tenía otro hermano pasados los Pirineos, en los dos años siguientes, quinto y sexto, podría formarme en Francia y acabar el Bachillerato siendo prácticamente bilingüe. El COU siempre estuvo previsto que lo hiciera en Madrid para irme adaptando a esta ciudad y continuar en ella mi formación universitaria.

Así que uno de los primeros días de octubre de 1970 cogí el tren en Madrid en dirección a la ciudad aragonesa. Al pie del andén me esperaba mi tío Salvador, con una amplia sonrisa en su rostro, orgulloso de ayudar a que su sobrino se formara en uno de los colegios más ilustres de España: el Colegio Hermanos del Camino de Dios.

—Bienvenido, querido Germán. Un orgullo tenerte aquí. Además, lo pasarás bien. ¡Eso espero!

Las primeras semanas pasaron rápido y bien. La verdad es que los caministas ofrecían unas instalaciones de primera: tanto en lo deportivo, con piscina de invierno y gimnasio moderno, como en lo académico: el laboratorio era cinco veces más grande que el de Sigüenza, tenía además una gran biblioteca y lo que sobresalía, sobre todo, era el centro de idiomas, con los mayores adelantos técnicos que incluían cursos de audio, grabadoras y reproductores y unos auriculares de última generación para aquellos años.

—¡Todo es fenomenal, tío, y yo que me quería perder esto! —y mi tío Salvador sonreía, contento de verme tan animado en aquellos primeros días, que eran los más difíciles.

A partir del cuarto de bachillerato, las literas no estaban en una sala general sino en “camaretas”, con tres dobles a cada lado, en total doce estudiantes por habitación.

A mí me tocó de compañero de litera a un chico delicado y como abstraído, Julito Sistiaga, inteligente e introvertido, que vestía siempre una dulce sonrisa. Julito y yo nos parecíamos en que ninguno de los dos nos gustaba el deporte y gozábamos más de las actividades mentales, aunque en él era mucho más acusado y siempre andaba por ahí solitario y como traspuesto pensando en sus cosas. Me confesó que escribía poesía y que de mayor quería hacerse escritor, aunque fuera en los ratos libres de su profesión de arquitecto, porque sabía que escribir no daba de comer en ningún sitio.

Hoy pienso en Julito Sistiaga, mientras veo llover contra los cristales con una furia desmedida, como la de aquellos días infames que no he olvidado ni olvidaré.

Julito Sistiaga tuvo una importante influencia en mi vida. Yo, tras la profesión de economista de la que casi no me acuerdo, acabé como él mismo ansiaba, de escritor, que ahora creo que es lo único que hago, mientras que Julito abandonó sus planes de arquitecto, se hizo profesor y llegó a catedrático de medicina en la Universidad de Huesca, pero nunca escribió una línea, como era su vocación de entonces. ¡Cuánto me duele pensarlo!

Ocurrió de la siguiente manera: un día que Julito no se encontraba bien, ya he dicho que era un chico delicado y enfermizo, se quedó en la cama, tenía algo de fiebre y un gran dolor de cabeza.

—Germán —me dijo Julito aquella mañana desde la cama al poco de dar las luces—. Por favor avisa a la enfermería que se pasen a ver si estoy incubando algo. No me encuentro muy allá.

El médico, que venía de Huesca, solía pasarse todos los días en torno a las doce para visitar a los alumnos con problemas de salud. Teníamos también un servicio de enfermería en el que hacían guardia estudiantes de COU, de forma rotatoria, que pretendían estudiar medicina al curso siguiente y que se encargaban de visitar a los niños enfermos en tanto llegaba el médico.

Aquel día al pobre Julito le tocaron un par de cabrones.

Yo me pasé por la enfermería a dar el aviso y, luego, en clase de matemáticas me acordé de él, se le daban muy bien y allí brillaba con luz propia. Pedí permiso al profesor para ir a los baños y aproveché para subir al dormitorio a ver qué tal estaba.

Ya por el pasillo al acercarme a la habitación, en un silencio absoluto porque no había ningún enfermo aquel día aparte de Julito, me llegaron susurros y jadeos:

—Ah, mi chica, mi Julita, si sé que te gusta...

Corrí a la camareta y, nada más llegar, vi por el hueco del cristal, que todas las puertas tenían en su parte superior para facilitar el control de los curas, cómo tenían aquellos dos orangutanes a Julito tumbado boca abajo en la cama, uno le sujetaba los brazos y le tapaba la boca y otro desde atrás le bajaba el pijama.

Pagué una patada en la puerta y grité:

—¡Qué pasa aquí!

Los dos pretendidos enfermeros se paralizaron y, por un momento, valoraron la situación, yo era un chico casi de catorce, alto, y estaba con un pie en el pasillo. Tenía ventaja. Así que jugaron la carta del disimulo:

—Nada, estábamos de broma con Julito. Está bien, no le pasa nada. ¿Verdad, Julito? —Julito estaba tan asustado que no podía ni hablar—. Pero ya nos íbamos. Aquí te dejamos estas aspirinas, por si acaso. Una cada seis horas, ¿eh, Julito?

Julito se mostraba como mareado. Más traspuesto que nunca. Continuó inmóvil boca abajo, aunque ya lo habían soltado y estaba libre.

Los dos estudiantes de COU salieron rápidamente por la puerta, mientras yo la sujetaba. El último en salir, cuando estaba a mi altura, me escupió:

—Y tú ¡cuidado con contar lo que no has visto! ¿Eh?

No dije nada. Los vi cómo se marchaban a buen paso y salían del pasillo del dormitorio.

Cuando entré a la habitación, Julito se había incorporado ya en la cama.

—Julito, ¿quieres que se lo cuente a mi tío?

Él me miró con aquellos ojos de poeta desilusionado, que se empezaban a poblar lentamente de lágrimas y me contestó simplemente:

—Sí.

Levanto las manos del teclado. Me tiemblan los dedos, como aquel día. La lluvia ahora es mansa y sibilina, pero desborda las calles igual, se temen grandes riadas, y avisan en la tele de que los viejos y los niños no salgan a la calle. Ah, los niños... Yo nunca tuve hijos, pero hoy me duelen las personas inermes y desvalidas, inocentes. Me pongo triste y Clara me mira con preocupación.

—Si no quieres continuar, déjalo para otro día —me dice.

Pero sí que quiero. Me duele el niño Julito y me duele mi tío Salvador, que hoy es un viejo y termina su vida, proscrito, en una residencia de sacerdotes del sur de Francia.

Se lo conté a mi tío en cuanto pude verlo. Su rostro se revistió de un gesto grave.

—Germán, yo me encargo. Si alguien se mete contigo o con Julito, llámame de inmediato. Estos casos no son frecuentes, pero tienes que saber, porque ya vas siendo mayor, que la naturaleza humana a veces es abyecta y hasta cruel. Nuestra obligación ahora es proteger a Julito, que estos casos no se repitan y separar las manzanas podridas de la cesta.

El problema era que las dos manzanas podridas eran hijos de dos personas de dinero en Huesca y, a la sazón, dos de los mayores benefactores del patronato que, junto con la Iglesia, financiaban al colegio.

Mi tío Salvador, que al principio recibió un apoyo total del rectorado, vio cómo este se iba enfriando y las medidas contra los dos estudiantes de COU se posponían.

—Julito, Germán, me han prometido que la comisión de investigación iniciará sus trabajos en breve. Espero que pronto los dos agresores sean expulsados del colegio y no tengáis que verlos todavía merodear por los pasillos.

Lo que no nos dijo mi tío en aquel momento es que había hablado con su amigo, el comisario Relaño, y este le había informado que, en un caso de menores como aquel, basado en la palabra de unos contra la de los otros —los estudiantes de medicina lo habían negado todo— y en el que al final no se habían causado daños, la policía no intervendría. Pero sí podría hacerlo el colegio, ante sospechas fundadas, que vendrían de la credibilidad de la declaración de Julito y de la mía propia, con la expulsión temporal de los agresores como medida preventiva y protectora hacia los pequeños, que éramos nosotros.

Pero se fue pasando el tiempo y nadie nos llamaba para interesarse por lo que había ocurrido. Solo mi tío Salvador seguía presionando al rectorado para que no se diera carpetazo al asunto. Si no se tomaban medidas en breve, no le quedaría más remedio que comunicarle a su sobrino, que era mi padre, lo ocurrido y también instaría a Julito a comunicárselo a su familia. Hasta entonces, nosotros dos, a fin de no preocupar a nuestros padres y gozando de la protección del tío Salvador, no habíamos dicho nada en casa.

Sí, eran otros tiempos, en los que dominaba el silencio, y los intereses de los poderosos extendían su manto encubridor sobre sus podridos vástagos que quedaban así exentos de responder de sus péfidos actos. Sí, todo lo dominaba el silencio y el tiempo dilatorio cómplice que extendía una capa de polvo y olvido sobre los desmanes que quedaban así exonerados de facto para siempre.

Hasta nosotros mismos acabábamos viendo bien que nadie volviera sobre aquel día nefasto que nos golpeó a los dos, sobre todo al pobre Julito. Él me lo dijo un día:

—Germán, casi dile a tu tío que se olvide del asunto. Yo, con él a nuestro lado, me siento tranquilo. Lo que pasó, pasó. Yo ya casi no quiero volver a recordarlo. Volver nunca más a aquella pesadilla.

Y así fueron trascurriendo los días. Que se fueron llenando de otras preocupaciones, los exámenes, y también de otras esperanzas y alegrías: pisábamos ya el mes de diciembre y las vacaciones de Navidad estaban más cerca. Julito florecía de nuevo.

—Germán, estoy escribiendo cosas muy bonitas. Cuando las tenga terminadas te las enseño.

No le dio tiempo a terminirlas. Y nunca las terminaría. Aquella misma tarde lo acorralaron

en los servicios los dos malnacidos y no consiguieron lo que andaban buscando porque entró de repente el chico de la limpieza, que no vio nada pero que permitió a Julito escabullirse de allí.

Aquella noche cuando Julito se iba a ir a la cama se encontró debajo de la almohada una nota:

—Julita, ¡vamos a por ti!, ¡nos gusta tu boca de fresa!

Me la enseñó llorando.

A la mañana siguiente fuimos a ver a mi tío Salvador a su despacho.

Examinó la nota con detenimiento.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —Soltó con gesto grave—. Germán, no le dejes solo a Julito ni un solo momento.

A partir de aquel día, en todas sus clases de francés e inglés, que daba en todos los cursos de Bachillerato, pedía a sus alumnos que si se habían sentido acosados por otros chicos se lo dijeran.

A los cuatro días lo llamaron de la dirección para pedirle explicaciones.

Él les enseñó la nota.

—No habéis hecho nada —les recriminó— y el pobre Julito está ahora más traumatizado y aterrorizado. ¡Lo han vuelto a intentar! Y hasta le han enviado esta nota.

Se la enseñó al rector.

—Esto no prueba nada, son letras mayúsculas. Las puede haber hecho cualquier niño, inclusive Julito —le contestó.

Pero no las había hecho cualquier niño.

Ese folio pertenecía a la enfermería. Sobre él se había apoyado el doctor Montero para extender una receta, se veía la huella del nombre del medicamento: Angimal, y la fecha 2-12-1971 sobre el mismo, que estaba justo debajo.

Mi tío se lo mostró al rector.

—Sería muy fácil para el comisario Relano, saber quién estaba de los estudiantes de COU en la enfermería ese día... Aunque usted y yo ya lo sabemos, ¿verdad?

El rector acusó el golpe.

—¿Qué es lo que quieres, Salvador?

—Esos chicos han de salir del colegio hoy mismo.

El rector afirmó con la cabeza y extendió su mano para que mi tío le entregara la nota.

—Cuando se haya hecho pública la expulsión —y se guardó la misma en el bolsillo.

Los dos estudiantes enfermeros salieron del colegio al tercer día, aunque dos después que Julito, que llamó a sus padres en cuanto pudo y vinieron a por él esa misma tarde. Ya no regresaría.

—Adiós, Germán. Qué habría sido de mí sin ti y sin tu tío Salvador. Tengo que fortalecerme, eso de escribir poesías no me da más que problemas. Te echaré de menos. Si un día vienes por Teruel no dejes de llamarme, allí tienes un amigo y una casa.

Julito Sistiaga, nunca lo olvidaré, aunque nunca volvimos a vernos. Pero sí nos estuvimos

escribiendo durante años. Sus padres lo metieron en un colegio privado de Teruel cerca de casa. Hoy yo puedo abrir mi maleta y encontrarme con un fajo de sus cartas. Nunca volvió a escribir poesías, me decía, pero yo noto en sus textos lo escritor que era. Un escritor que se frustró para siempre.

El tema acabó siendo de dominio público, aunque se deslizaban informaciones tendenciosas por parte del colegio, aprovechando la circunstancia de que, tanto Julito como los enfermeros, habían salido del centro y que, por lo tanto, podría haber culpabilidad en las dos partes. Aquel no era un centro donde pudieran ocurrir ese tipo de cosas, venían a decir.

Pero los niños sabían muy bien dónde estaba la verdad. Y uno de ellos, tras escuchar en clase de francés a mi tío Salvador, perdió el miedo a hablar. Un día, cuando faltaba una semana para las vacaciones de Navidad, mi tío se encontró a un niño de doce años llorando, sentado en la silla de su despacho, esperándolo. Se llamaba Javier Montero.

Le contó entre lágrimas que un sacerdote, confesor y director espiritual de los cursos primero y segundo, le había hecho cosas. Era un cura muy cariñoso, yo me confesé una vez con él y hasta te abrazaba para darte la absolución.

Mi tío fue al rectorado y le pidió al rector que investigara esos hechos. El rector le habló como nunca lo haría ya más, según me contó mi tío:

—Salvador, lo que te voy a decir lo negaré siempre y no te lo repetiré jamás. Ya lo estamos investigando, Santiago Peláez nunca más estará en contacto con niños, será el cura de una residencia de ancianos en Zaragoza. Aunque públicamente se dirá que su madre está muy enferma y se marcha a cuidarla. Saldrá del colegio mañana mismo. El niño Javier Montero no se ha de preocupar ya. Y todo en el colegio volverá a la normalidad.

—Creo que os equivocáis, Remigio —le dijo mi tío—. Nadie se escandaliza porque un par de chavales de COU o un sacerdote tengan un comportamiento absolutamente deleznable. Eso puede ocurrir en cualquier colegio, o en cualquier institución. Pero taparlo, no lo entiendo. Este colegio se fortalece más si públicamente se enfrenta a los hechos que actuando así, por lo bajinis y a medio trapo. ¿Qué va a pensar el niño Javier Montero?

El rector Remigio miró a mi tío con afecto, inclusive con cierta ternura.

—Ah, Salvador, eres todavía joven y no tienes responsabilidades. Por eso me duele decirte esto: tú también saldrás del colegio en cuanto lleguen las vacaciones de Navidad. Eres una buena persona, pero no puedes mantenerte aquí, te trasladamos a nuestro colegio del sur de Francia, a empezar allí una nueva etapa.

Mi tío también miró al rector Remigio, no con ternura sino con pena.

—Ah, claro, lo que teméis, no tú, sino los de arriba, es que, si hay algún niño más, que no tiene por qué pero que podría haberlo, que haya sido abusado por este sacerdote infame se anime a tocar en la puerta de mi despacho, ¿no? Eso se llama contención de daños, ¿no, Remigio?

Remigio ya no tenía nada más que decir.

—Salvador, como te dije, ya no hablaremos más de esto. Tras las vacaciones te incorporas en nuestro colegio de Francia. Rezaré por ti. Hazlo tú también por mí.

Y Remigio se levantó y le señaló la puerta. Pero, antes de que saliera mi tío, le dio un abrazo.

—Gracias por tu comportamiento, Salvador. Algún día tendremos que enfrentar estos casos de otra manera. Hoy yo no puedo hacer más. Y lo he intentado, aunque no sé si me crees.

Mi tío Salvador se despidió de Remigio para siempre.

—Claro que te creo, pero sigue siendo una pena. Rezaré por ti.

Nada más salir del despacho del rector, mi tío Salvador me llamó al suyo y me contó todo lo que he escrito.

—Voy a hablar con tu padre. Este era un buen colegio, Germán, pero no me gusta lo que ha pasado. Si yo me marcho, dado que mi presencia era la razón por la que viniste aquí, debéis sopesar tu padre y tú de nuevo la situación.

Mi padre llamó a Sigüenza y estuvieron encantados de recibirme de nuevo. Yo no estaba mal en Los Hermanos del Camino de Dios, pero eran muchos años y muchos amigos en los corazonistas de Sigüenza. La decisión de mis padres, mi madre estaba súper feliz de tenerme más cerca, fue de apoyarme si deseaba regresar a Sigüenza. Para mí fue fácil.

Hoy releo las cartas de Julito, que sigue siendo el recuerdo más importante que me quedó de mi estancia en Huesca. A través de ellas sigo su vida, desde que se hizo médico y profesor de medicina, hasta que se casó y fue padre por primera vez. Y hasta muchos años más tarde. Hay algunas cosas que no entiendo de él, como cuando me dice: “Ya soy padre, como tú, y entiendo cuando me decías que era una experiencia maravillosa. Ahora ya lo sé”.

Yo nunca he tenido hijos, ya me hubiera gustado. Pero Dios no nos dio a Clara y a mí ese don. Ha pasado tanto tiempo que Julito quizás me confunde con otro.

Me sorprende al encontrar una carta suya relativamente reciente, de hace solo unos años. Abro el sobre con expectación. Allí encuentro un recorte de prensa del Diario de Huesca. Entrevistan a un exalumno del Colegio Los Hermanos del Camino de Dios, se llama Javier Montero, me acuerdo de golpe de él de nuevo, y narra que un sacerdote, a la sazón director espiritual del pequeño, abusó de él cuando era niño en el centro y quiere contarle ahora. Otro sacerdote que se llamaba Salvador Palafox —añade— lo protegió entonces y denunció el caso, pero en aquellos momentos solo consiguió el traslado del culpable a una residencia de ancianos. Otros tres exalumnos, de la misma edad que Javier, también se han animado a denunciar el abuso de este director espiritual.

En su carta, Julito me dice:

“Germán, cuánto me alegro de que, después de tanto tiempo, vaya a haber justicia. Y de que aquel miedo que yo pasé, y que me ha marcado tanto, al final sirviera para que Javier Montero destapara su caso, mucho más grave que el mío. Y para que, ahora, tras tanto tiempo, los otros tres compañeros se hayan animado a hacerlo. Por favor, transmite esta noticia a tu tío Salvador. Se alegrará mucho de ello. Junto con mi agradecimiento, que no tiene fin”.

Yo no recuerdo haber leído esta carta antes y seguro que no se la reenvié a mi tío Salvador, desde hace un tiempo sé que tengo la “enfermedad del olvido” como la llama mi mujer Clara, aunque hoy me acuerdo muy bien de su verdadero nombre, esa palabra terrible que no quiero pronunciar.

Sí, hoy, que me encuentro bien, voy a decirle a Clara que me dé la dirección de mi tío, se alegrará mucho, cuando reciba esta carta, de saber que, al final, él ha ganado la batalla. Aunque le haya costado vivir desterrado en Francia casi toda su vida. Y vaya a morir solo en ese país extraño.

Pero su nombre, me digo, figura para siempre en letras de molde en el Diario de Huesca. Y, sobre todo, muy dentro de nuestros corazones, de los de aquellos que una vez fuimos niños y gozamos de su protección y ayuda.

Así que llamo a mi mujer:

—Clara, antes de que se me olvide, querría enviar esta carta.

—Por supuesto, Germán, vamos a mandarla juntos. ¿Para quién es?

—Para mi tío Salvador Palafox, que está el pobre en Francia.

Clara me mira, no sabe cómo decirme lo que me va a decir:

—Germán, tu tío murió el año pasado. Pero no en Francia, sino aquí en Madrid. La Iglesia lo trajo por fin a una residencia de sacerdotes de aquí, cuando se enteraron de todo lo que había hecho defendiendo a niños abusados en aquel colegio tuyo de Huesca. Vino varias veces a verte antes del final y leyó esta misma carta contigo. Hasta que se durmió tranquilo, contento y en paz.

Escucho las palabras de Clara como si cada una de ellas me elevara por la ladera de un monte, una montaña altísima desde la que todo se ve más claro. Y yo vuelvo a ver el rostro de mi tío Salvador, con aquella luz que tenía de hombre bueno y sabio... De repente, me lleno de alegría, una alegría estruendosa que no puedo contener. La vida, o el cielo, o Dios, a veces tarda, pero llega un día en el que vierte toda su generosidad sobre nosotros.

Busco en mi ordenador, en YouTube, la canción de *La vie en rose*, que me gusta tanto, y la pongo a todo volumen. Entonces cojo a Clara entre mis brazos y bailo con ella, dando vueltas por toda la casa, contento como un niño. Inmensamente feliz.

Y consigo que Clara sonría, de esa forma que lo hacía antes, con esa sonrisa que tiene, única en el mundo.

8. LA COMUNIDAD DE LOS MAYORES. EL PRIMER BESO

Volví a Sigüenza tras las navidades como si nada hubiera pasado, quizás añadí una nota de exotismo e interés hacia mi persona.

—Cuenta, cuenta —me pedía Fermín.

Yo había quedado con mis padres en no comentar nada de lo acaecido en Huesca. Era lo mejor.

—Pues nada, que a veces no valoramos lo que tenemos en casa, hasta que nos alejamos de ella. A mi tío lo han destinado a Francia, así que yo no pintaba nada allí. ¡Vamos, que os echaba de menos!

—Y las aragonesas, qué. ¿Cómo son allí las titis?

Acabáramos, sí, habían pasado cosas. El tiempo había pasado también por nuestro cuerpo y por nuestra mente y nuestras prioridades y querencias habían cambiado. Y mucho.

Para empezar, habíamos abandonado a los niños de primero, segundo y tercero, a los que de una forma inconsciente detestábamos, no fuera el caso de que se nos pegara algo de su infantilismo. Éramos miembros de la “comunidad de los mayores”, donde había tíos de hasta diecinueve o veinte años. A esos sí que nos gustaba acercarnos. Para aprender algo de su apostura y seguridad, claro.

Y los curas también nos trataban de otra forma. Nos permitían otras licencias, la más importante, sin duda, era que estaba permitido fumar en los recreos. Ya no salíamos al patio central, tras cada clase, sino a la calle, a las “cuatro esquinas”. Allí, al lado, estaba el estanco. Aquella liturgia de ir con los amigos al mostrador y decir:

—Dos de Ducados, uno de Rex y uno de Fortuna — te engrandecía por dentro.

Y, luego, encender el pitillo, aspirar el humo, tragártelo, mejorando tu estilo de hacerlo cada día, eran escaleras que te llevaban a un estadio superior. En el que estaban las titis, por supuesto.

Todos salimos unos fumadores empedernidos, si te sorprendían fumando en la comunidad de los pequeños te pegaban dos tortas, metían la colilla del cigarrillo en un sobre y se lo enviaban a tus padres, donde tenías bronca de las grandes y dos tortas adicionales, claro.

Así que el placer de probar por fin lo prohibido era general y, además, poder presumir ante los pequeños, donde siempre tenías hermanos, primos, amigos... Aquello era total.

En aquella época no había sensación de peligro con el tabaco, es más, el chico que no fumaba era visto como un ser extraño. Por ello, los curas lo permitían y, además, mientras estábamos entretenidos fumando, no nos desmandábamos en otras cosas.

Lo que llevaban a rajatabla era restringirnos al máximo el contacto con las personas del otro

sexo, es decir, con las titis. Y esta mala política lo que producía era un anhelo mayúsculo y exagerado que se instalaba en nuestras mentes con letras de molde.

Pero los curas también sabían los efectos de esta carencia, quizás por experiencia propia, y nos aplicaban la misma medicina que, tal vez, se aplicaban a sí mismos. La técnica de la sublimación.

La sublimación en química consiste en que un cuerpo pase del estado sólido al gaseoso sin pasar por el intermedio del estado líquido. En psicoanálisis es la transformación de los impulsos instintivos en actos más aceptados desde el punto de vista moral o social. Y, en general, es el enaltecimiento de las cualidades de una persona.

Traducido todo lo anterior al mundo de las chicas, lo que instalaban en nuestra mente era lo siguiente:

—Una chica, una mujer, mejor dicho, es algo muy serio, es el bien superior que Dios ha creado para el hombre, hecha de su propia costilla. No es para jugar con ella como una cosa pasajera, sino para formar una familia y, mediante el correcto uso del matrimonio, solo entonces, ¿eh?, traer hijos a este mundo que sean la imagen de Dios.

Y la imagen de la mujer se asociaba a la Virgen, la madre por excelencia, por supuesto.

Pero, ¿qué ocurría en el entre tanto? ¿Cómo surcábamos nosotros la travesía, desde nuestros catorce años de entonces a los veinticuatro o veinticinco, en que te casabas?

—Ya lo entiendo, decía Fermín —que, con el tiempo llegaría a ser un buen químico—. Eso es la sublimación. Quieren que pasemos de este estado nuestro sólido de ahora, que no nos comemos un colín, a uno gaseoso, ya casados y metidos en nuestra cama con ellas. Y ¿qué pasa con el estado líquido? —Se contestaba él mismo—. Pues que eso solo lo tienen en el extranjero, donde no hacen más que follar y follar, como infieles que son, o aquí en los burdeles con mujeres que no son un bien superior, claro.

—Tú eres un radical, Fermín —le decía yo—. También puedes tener una relación de noviazgo en la que te vas conociendo y progresando poco a poco, sin llegar a acostarte, claro.

Mariano Serón intervenía entonces:

—Chicos, como no cambiéis no os vais a comer una paraguaya. De eso, que se preocupen las mujeres. Los de mi pueblo decimos: nosotros para adelante, si alguna se deja, a la cazuela. Qué creéis, ¿que las chicas no están muertas de ganas de estar con nosotros? Ellas verán, es su papel, nosotros a porfiar y porfiar, hasta que alguna caiga, ¿no te digo?

Yo miraba a Mariano Serón con su cuerpo de peonza y le reconocía más moral que al Alcoyano. Su chica sí que tendría que sublimarlo, ¡pero a él!

Luego me giraba para Pedro Valtierra, sentado a mi lado con su novela de Marcial Lafuente entre sus manos, como siempre. Le tiraba del pantalón requiriendo su intervención.

—Chicos, pues que todos lleváis algo de razón. El tema es que hay chicas y chicas, como en las novelas del Oeste, las que merecen la pena y las de usar y tirar, y no hay que comerse más el coco.

Eso también lo sabían los curas, que había dos bandos, era la eterna lucha entre el bien y el mal. Por eso cargaban las tintas todos los días sobre las “chicas malas”. Con las chicas buenas

no corríamos peligro. Pero las chicas malas eran como la serpiente del paraíso. Había que resistir sus tentaciones en aras de guardar esa fidelidad casi divina a las chicas buenas, con las que acabaríamos casándonos. Y teníamos que rehuir todos los peligros, por ejemplo, el baile, ese sitio donde el diablo tocaba el violín.

Yo, cuando discurríamos este tema en la pandilla, acababa con dolor de cabeza y tirando de mí siempre dos fuerzas contrapuestas. Me sentía agotado con aquellos dilemas. Encima, era un ejercicio teórico, e inútil, claro, porque allí era casi imposible establecer alguna relación con las féminas.

Las que no cesaban en su empeño eran las hormonas. Nos atacaban sin piedad por todos los flancos.

Mariano Serón decía:

—Hoy noto cómo me sube la bilirrubina.

Pero lo que nos subía era otra cosa. Aquello se ponía como el palo de la bandera.

Y cada uno lidiaba con ello como podía, pero la naturaleza siempre ganaba. Aquel año de cuarto era tremendo con las manolas. Todos o casi todos habíamos descubierto aquel placer irresistible y nuevo al que nos empujaba con una fuerza inmensa no sabíamos el qué: la naturaleza, el destino, el diablo... Las chicas, en definitiva, que siempre estaban detrás de todo lo que pasaba por nuestras cabezas.

En general era algo vergonzante de lo que no hablabas con nadie. Simplemente ocurría. Cuando apagaban las luces, te acomodabas en la cama para no hacer el menor ruido y pasaba. Luego te limpiabas con el pañuelo a oscuras y te decías en tu interior: este no soy yo. Y, si aguzabas el oído, percibías el vaivén de los muelles de las camas de tus compañeros y te sentías anegado en una marea de vicio, infinita y sucia.

Yo me sentía como un esquizofrénico: por las noches, un malvado, por el día recuperabas tus ideales, tus valores y tu marchamo de chico de bien.

Un día, muchos meses más adelante, cuando yo tuve aquella corta historia con Marga me dijo Fermín:

—Oye, Germán, qué suerte lo de Marga, ahora tendrás por fin alguien tuyo para pasártelo bien por las noches.

Le contesté raudo y con desagrado.

—Tú estás loco, Fermín. Yo por las noches no la toco ni por asomo.

Y era verdad. Ni se me pasaba por la cabeza meter a Marga entre las sábanas. Mientras me tocaba, abría mi mente a la chica de la revista francesa del Peliblanco que siempre me pedía más y más, o a algunas actrices de la gran pantalla, sobre todo aquellas de las que no me enamoraba, nunca se me hubiera ocurrido, por ejemplo, con Virna Lisi, o a algunas chicas malas de usar y tirar que habían tenido la mala suerte de instalarse con ese rótulo en mi cabeza.

Fermín, cuando veía mi determinación, se echaba para atrás, aunque siempre dejaba la pierna, como los buenos defensas.

—Bueno, bueno, Germán. Pero yo veo que tú tienes tantos granos en la frente como los demás...

Aquel año corrió el rumor de que por cada manola que te hacías, te salía un grano en la frente. Aquello era una epidemia.

A veces te daba tan fuerte que no podías llegar a la noche y entonces nos encerrábamos en los servicios. Allí, de pie, mirando al agujero negro, sobre las dos grandes suelas que había, descendíamos a aquel submundo que, por momentos, nos hacía sus esclavos. Había una ventaja allí, no menor, que era el papel higiénico para limpiarse. Y había un riesgo frecuente, que la puerta no cerrase bien y alguien pudiera verte desde fuera. Lo de pajillero nadie lo llevaba bien, todo el mundo disimulaba lo que podía.

Luego te arrepentías y muchos íbamos a confesarnos.

—¿Cuántas veces?

Y el cura se debía sorprender de nuestro vigor varonil. Y luego te echaba de penitencia un padrenuestro por cada una de ellas.

Pero, ya digo, te arrepentías y aquello se quedaba en el subconsciente. Y, para compensar esa bajada a los infiernos, llenabas tu mente de pensamientos positivos y creabas un mundo idealizado para vivir en él cuando fueras mayor. Sí, cada uno de nosotros nos refugiábamos donde podíamos para sobrevivir a aquel tsunami.

Un día me dijo Mariano Serón:

—Jo, Germán, si tú supieras cómo has invadido nuestra mente con las chicas del AS...

Y yo me sentí fatal al darme cuenta de ello. Así que corté por lo sano y empecé a decir que don José Luis me daba el periódico sin la última página. Y quién sabe qué conexión extraña hubo entre mi mente y la de mi benefactor, que este me anunció unos días después que se cambiaba al Marca.

—Nada, Germán, que estos del AS, se han hecho muy del Atleti —me dijo.

Y yo casi se lo agradecí.

Donde yo me refugiaba para canalizar mis ensueños de belleza, juventud y chicas —y quizás también de literatura— era en el cine. Otros lo hacían en el deporte. Y, todos en general, en los ensueños de la profesión que tendríamos que elegir dentro de unos años y que marcaría nuestro destino en la vida.

A mí me llamó un día Esteban Gómez, aquel chaval mayor al que yo le daba gratis la chica del AS. Como era muy fuerte, y podía mover los rollos con facilidad, lo tenían encargado del cine del colegio.

—¿Querías ayudarme a proyectar las películas? Yo me voy al año que viene del cole y me han dicho que vaya preparando a otro. No te preocupes por los rollos, seréis dos en vez de uno cuando yo me vaya.

Íbamos al tren todos los viernes a coger los rollos de la película de la semana que venían en unos sacos. Y luego teníamos tres sesiones: una en el seminario los sábados y dos el domingo, una a las cuatro y media para los pequeños y otra a las siete para los mayores.

Eran películas para todos los públicos pero, cuando había un beso, con frecuencia se permitía el acercamiento entre ambas bocas, y el alejamiento posterior, pero alguien había cortado los fotogramas del beso en sí. Ello provocaba no pocos murmullos y bisbiseos entre el

público, sobre todo en la sesión de los mayores. A mí me preguntaba Fermín:

—No me lo niegues, os dan instrucciones, ¿eh, Germán?

No nos las daban. Ocurría que era una distribuidora católica y todo venía ya cocinado. Además, para empalmar los rollos, teníamos a veces que cortar y luego pegar con celo y todavía se notaban más los cortes, sobre todo si ocurrían por añadidura en medio de una escena interesante como la de los besos. Entre los tijeretazos que ya daba la distribuidora católica y los nuestros, chapuceros, para empalmar los rollos aquello quedaba como quedaba. Y el público mirón, compuesto y sin beso, claro.

Lo que sí nos permitíamos Esteban y yo era, cuando se terminaba la sesión, darnos el homenaje repitiendo, solo para nosotros, aquellas escenas que nos habían impactado, eso sí echando un ojo desde la cabina que no vinieran los curas.

Recuerdo una escena de lo más turbadora, inclusive para Esteban que había visto ya muchas. Fue en “Quo Vadis?” y la recuerdo como si fuera hoy: Nerón quería escarmentar a la minoría cristiana de su imperio que cada vez crecía más, inclusive entre la nobleza. Había descubierto el idilio entre una noble, Ligia, y un general romano, Marco Vinicio, ambos se acababan de convertir al cristianismo. Así que se le ocurrió, en el circo romano, que Marco Vinicio, esposado a una columna en el graderío, viera cómo Ligia, atada a otra en el centro del circo y eso sí, semi desnuda, esperaba horrorizada la suelta de un toro bravo que la embestiría de lleno. Para parecer justo y dar una pequeña oportunidad a Ligia, un guardia de esta, también cristiano, llamado Urso, desarmado, trataría de detener al toro.

Me dijo Esteban que, en la novela, Ligia estaba totalmente desnuda pero, claro, eso era imposible rodarlo en el año 1951. Así que vistieron a la bella actriz británica, Deborah Kerr, con una túnica blanca hecha de gasas transparentes que, para mayor morbo, movía el viento dejando entrever su piel blanca y delicada por todo el cuerpo. Ello, unido a la tensión de ver a su enamorado, el actor Robert Taylor, sufrir aquella afrenta y tortura y al bueno de Urso enfrentarse con el toro bravo hacían un cóctel de lo más turbador.

La vimos varias veces boquiabiertos, hasta que se asomó el bueno de don Unilo..

—Eh, los del cine, ¿hay algún problema? —y tuvimos que terminar la función, claro.

Todavía hoy, con la cantidad de películas que he visto, la considero una de las escenas más eróticas y turbadoras jamás filmadas y solo encuentro explicación de que no se censurara porque se trataba de dos cristianos que se rebelaban contra la tiranía pagana de Nerón.

Al hilo de lo que veíamos, en lo que sí me instruía Esteban era en el tema de los besos y sus clases. Porque no todos eran lo mismo y era conveniente que fuera aprendiendo. Los chavales, según me explicaba Esteban, tenían que ir con la lección aprendida. Un chico analfabeto en este tema perdía muchos puntos ante su chica si se comportaba como un palurdo sin experiencia.

—Pero, si ellas tampoco tienen experiencia, ¿cómo se percatan de la falta de la tuya? —le preguntaba yo, lleno de lógica.

No sabía yo entonces que las mujeres eran ilógicas por naturaleza.

Esteban, cogido a contrapié, carraspeaba y me lo explicaba a su modo.

—Ay, Germán. Ellas cierran los ojos y solo entienden lo que sienten, ¿me sigues? Y tú te las

tienes que ingeniar para que sientan, ¿está claro?

Bueno, yo claro no lo tenía, pero un chico tan espabilado en los estudios como yo, no me podía permitir parecer tan torpón en aquello. Cuando las fui conociendo de cerca, a ellas me refiero, fui entendiendo de forma meridiana las enseñanzas de mi instructor.

—Está bien, Esteban. ¿Y cuántos tipos de besos hay?

—Pues, Germán, hay muchos. Pero, para empezar, te voy a hablar de tres: el beso en la cara, ese solo se da para saludarse, ¿estamos?, y se lo dan también entre ellas, entre mujeres. No se te ocurra practicarlo fuera de ello. Eso no es de hombres, ¿me entiendes?

Yo le decía sí a todo, claro.

—Luego está el beso en los labios. Normalmente breve y con la boca cerrada. Bueno, para empezar no está mal. Ellas no se lo dan a cualquiera. Vas ganando puntos como pareja. Además, también te permite a ti darte una idea de lo que te espera más adelante, ¿estamos?

—Estamos, Esteban.

—Y luego está el interesante. Ese tiene que ser tu meta, Germán. El beso en la boca. Con la boca abierta, por supuesto. Tu chica se abandona entonces y tú puedes entrar en ella con tu lengua. Tiene una técnica, claro, hay que inclinar las cabezas cada uno a un lado, si no chocan las narices y es un desastre.

Acabáramos, aquello del amor, que a mí me parecía tan espontáneo, requería más práctica que unas maniobras militares.

—Bueno, y luego está el de tornillo, una variedad del de lengua, donde ambos cambiáis la cabeza hacia el lado opuesto y, mientras tanto, vuestras lenguas se mueven igual que un tornillo, un taladro, ¿me entiendes?

Yo estaba embobado con ese mundo submarino que había debajo de los besos. Y que no se veía en las películas, claro. Bueno, si te fijabas bien, como yo empecé a hacerlo a partir de entonces, las cosas se iban aclarando. Y yo, en mi interior, me decía, mientras los clasificaba: piquito, boca sin lengua, tornilloooo...

—Germán, esos son los que yo ya he practicado. Luego están el francés y el griego, que deben ser la hostia, aunque un poco guarros, sobre todo el último, ya sabes cómo son esos extranjero, pero, vamos, para empezar céntrate en los primeros, ¿estamos?

¿Cómo no iba a estar? Me iba a dormir después del cine y practicaba con la almohada en la oscuridad lo que había visto en la peli. Aunque aquello no era lo mismo, claro. Ni por asomo.

Pero a través del cine llegaría yo al mundo de los besos reales, un poco más tarde.

Como dije más arriba, en la comunidad de los pequeños no salíamos nunca a la ciudad, excepto al campo de deportes, así que las chicas eran para nosotros como unos seres extraterrestres. Yo iba con Pedro Valtierra al colegio de chicas, gemelo del nuestro, que se llamaba el Sagrado Corazón de la Virgen, en vez de Jesús. Yo pedía permiso para ir a recoger la bolsa de la ropa a la estación donde paraba la trillana y él para ver a su hermana a su colegio, y nos íbamos los dos para allá. Nos pasaban al hall y, mientras esperábamos a su hermana, allí las veíamos deambular, mirándonos de hurtadillas y bisbiseando por las esquinas.

Si había suerte nos sentábamos debajo de la escalera y con disimulo mirábamos hacia arriba

y les veíamos, al bajar, las rodillas, por debajo de aquel uniforme largo que llevaban. Había algunas que bajaban muy pegadas a la barandilla y entonces llegábamos a divisar una parte de los muslos. A mí, luego, me entraba el arrepentimiento, por haber robado aquel trozo de intimidad a aquellas chicas inocentes. Aunque no le decía nada a Pedro Valtierra. Solo le preguntaba.

—La semana que viene volvemos, ¿no?

Años más tarde, le comenté a Esteban en la sala de proyección, aquello de las chicas inocentes. Él me miró, como si yo no hubiera entendido nada, tras todas sus clases.

—¿Inocentes? Las chicas, desde que nacen, no son inocentes.

Recordé entonces que había veces en que cuando ya habíamos salido del colegio de chicas, saltaba como por casualidad el balón hacia la calle desde el patio. Seguro que, jugando al baloncesto, alguna mala tiradora había sobrepasado la valla, pensaba, yo, sí, inocente.

Al poco, aparecían dos chicas a recogerlo, y hablábamos un poco con ellas. Pero era imposible establecer una relación de continuidad. Cuando volvíamos otra semana ya no las encontrábamos entre aquellos cientos de chicas. Y las monjas las castigaban si veían algo raro. Con las corazonistas no había forma, nos decíamos.

Nos dimos cuenta, cuando llegamos a la comunidad de los mayores, que tampoco iban a cambiar las cosas entonces: cuando salíamos nosotros a pasear por la alameda, se recogían ellas. Y a la inversa. Los curas y las monjas lo tenían todo muy bien pensado.

Algunas se retrasaban en su cola y nosotros alcanzábamos a divisarlas de espaldas desde la otra punta del parque, entonces, giraban su cabeza y nos sonreían.

Así que no nos quedaba otra que aprovechar para ir a la sesión de las cinco al cine Capitol, donde veíamos las de dieciocho, eso sí, porque aquello era un coladero, con la mente llena de ansiedad y de deseo. Luego salíamos justo para ver la sesión del cine del colegio donde ya llegábamos encendidos. La gente protestaba, y mucho, cuando, encima, en aquellas películas para todos los públicos, les cortaban los besos, claro.

Convencidos de que con las corazonistas no había nada que hacer, nos centrábamos en las seguntinas. Y eso que aquel terreno, no es que fuera difícil, era poco menos que imposible.

Las seguntinas sabían que nosotros éramos muy mal plan porque, a los pocos meses del buen tiempo, nos iríamos de vacaciones de verano y quién sabía si volveríamos al año siguiente. Y, además, teníamos aquellos horarios de mierda, recogiéndonos los domingos a las siete de la tarde y, entre semana, solo salíamos a “las cuatro esquinas” a fumar. Éramos casi unos niños de guardería para ellas.

Algunos atrevidos se la jugaban y se juntaban con los de COU, que se podían quedar hasta las nueve de la noche los domingos, —en COU había algunos chicos de hasta 20 años, vamos, para tirarse de los pelos—. A los de COU les daba tiempo a ir a la discoteca Boris, en la alameda o al Molino, un poco más allá, que abrían a las siete, aunque cuando empezaba lo lento, a las ocho y media, se tenían que salir, ¡manda Dios! Los curas lo tenían todo muy bien pensado.

Algunos, más que atrevidos unos locos, venían a cenar a las nueve y luego, desde el

dormitorio, se escapaban por la cocina que daba a una valla fácil de saltar. Cuando los pillaban, los curas agarraban un cabreo bereber y lo pagaban también con nosotros. Nosotros a los de COU, además de mucha envidia, les teníamos un tirria supina por esto. Por esto y por lo bien que se lo pasaban con las titis, según contaban. Y nosotros, a verlas venir.

Mi pandilla, una de aquellas primaveras del Bachillerato Superior, conectó con cuatro chavalas de Sigüenza que paseaban, voy y vengo, como nosotros, por la alameda, de nuestra misma edad, excepto Marga que tenía 16 años, uno más que nosotros.

Nosotros, para retenerlas, les contábamos unas trolas de aúpa, tratando de dar a nuestras vidas un lustre que no tenían ni por asomo.

Fermín, que no había montado ni en tren, decía que su padre era piloto, Mariano Serón, que estaba gordo como una ballena embarazada, presumía de ser socorrista en la piscina y practicar el boca a boca por los veranos y Pedro Valtierra montaba a caballo como nadie, sobre todo en las novelas del Oeste que leía, no te digo. Yo iba cambiando, desde escritor a campeón de ajedrez, pero no conseguía que Marga reparara en mí y no hacía nada más que mirar a los lados y luego a su reloj con síntomas de aburrimiento.

De repente, algo cambió cuando mencioné que yo preparaba las películas y que cortaba las escenas prohibidas. Rápidamente las cuatro chicas me rodearon en piña, por supuesto tuve que añadir que éramos los cuatro amigos el equipo de proyección del colegio.

A continuación, empezamos todos a inventarnos películas, que por supuesto ellas no conocían, y a relatarles las secuencias, todas llenas de besos y hasta de cama, que nos obligaban a cortar pero que, luego, nosotros disfrutábamos a solas.

El caso es que, una vez que rompimos el hielo, las chicas hasta se lo pasaban bien con nosotros hablando de otros muchos temas. Salimos un par de domingos con ellas y, por supuesto, teníamos la excusa perfecta para dejarlas a las siete de la tarde, debíamos ir a preparar la proyección porque si no aquellos cientos de chicos se morirían de pena.

El caso es que el siguiente domingo era la romería de la Virgen de la Salud en Barbatona y quedamos en ir los ocho juntos por el camino del pinar. Cuál sería nuestra sorpresa cuando, a mitad del trayecto, nos desviamos hacia un claro, porque querían hacer un descanso y comer algo. Allí nos sentamos y cada chica sacó un bocadillo para cada uno de nosotros. Ya nos habían repartido entre ellas. A mí me eligió Marga y me sentí en aquel momento el chico más feliz del mundo.

Entre risas y cuchicheos cada uno nos apartamos para dedicarnos a nuestra pareja. Yo no había llevado bocadillo para ella pero sí que había preparado algo. Esteban me había puesto sobre aviso.

—Invítala o regálale algo, Germán. Eso abre muchas puertas.

Nos separamos del grupo y ella se apoyó en el tronco de un pino. Entonces yo busqué mi tesoro que había preparado para ella y se lo di, metido en un saquito de tela. Era un pequeño trozo enrollado de la película “El tulipán negro”, un besito que se daban mi adorada Virna Lisi y el entonces galán del cine europeo, uno de los tíos a los que he tenido más envidia en este mundo.

Ella me había dicho el domingo anterior que estaba chiflada por Alain Delon. Como todas, pensé, bueno, peor hubiera sido con otro menos solicitado, con tanta competencia yo tenía más posibilidades, había pensado.

Le hizo una ilusión tremenda. Lo desenrolló y estuvimos viendo a través del sol los fotogramas. Luego, reparó en mí, súper agradecida. Me echó los brazos por el cuello y me empezó a besar como Virna Lisi, con aquellos besitos en los labios que habían superado la censura y habían llegado a mi tijera, por eso precisamente.

Fueron los primeros besos de amor que recibí. Yo correspondía como podía y sabía. Me fui animando, la cogí por la cintura, me acerqué y ensayé un beso con la boca abierta, como me había instruido Esteban. Ella no se sorprendió, me correspondió un momento, sentí su lengua en mis labios y no me dio tiempo a más. Me apartó suavemente por los hombros.

—Germán, Germán... todavía no estoy preparada para esto, más tarde... ¿eh?

No sé qué me gustó más, si el escuchar mi nombre de sus labios en aquellos momentos o pensar en continuar con aquello más tarde.

Volvimos al grupo, me sorprendí que fuera Mariano Serón el único que había pasado de la amistad a algo más con Encarni, una chica gordita y risueña, como era él. Fermín y Pedro estaban muy cortados. Y ellas, también.

Así que volvimos todos a la romería, llena de gente, envueltos en aquella alegría que sentíamos entonces, aquel contento interior, difuso y sin nombre, que nos llenaba de dicha. Y de un futuro maravilloso.

Nos despedimos a las siete, el cine nos esperaba, y pronto supimos que el futuro no iba a ser tan radiante como el que vislumbrábamos.

Al domingo siguiente, no vino Marga. Encarni me pidió hablar un momento aparte conmigo:

—Germán, a ver cómo te digo esto. Marga quería decírtelo personalmente, pero al final hemos creído que era mejor así: Marga sale con un chico de aquí desde hace tiempo, habían regañado cuando apareciste tú, que le caíste muy bien. Pero Carlos ha vuelto y se han reconciliado. Ellos se quieren, te lo digo yo. Me ha devuelto tus fotogramas de Virna Lisi — abrió su bolso y me los entregó.

Yo no sabía qué hacer con ellos en la mano. No me había dado tiempo a enamorarme de Marga, todo había sido algo suave e inicial, como nuestros besitos. Pero, en cierto modo, eran suyos.

—Devuélveselos, Encarni. Dile que son un pequeño recuerdo de aquellas horas maravillosas en la romería.

Aquellos fueron mis primeros besos de amor. Y me gustaron. No tuvieron continuidad, pero eso era lo de menos, me decía. Había conocido a una chica estupenda y había sido franca, no habíamos jugado el uno con el otro. Y eso era lo importante. Porque nadie está obligado a estar con nadie de una forma íntima. Faltaría más. Pero, tampoco, a hacer creer al otro que hay algo entre ellos cuando ya no lo hay.

Sí, yo ya había cruzado la raya y me había adentrado, siquiera unos metros, en el bosque del amor y una vez que se entra en él, ya nunca se sale. Yo no lo sabía entonces, pero intuía que me

esperaban no pocos gozos y sufrimientos entre la espesura de aquellos árboles.

Y, a esa edad en la que nos adentrábamos, la búsqueda del amor lo era todo. Mucho más importante que los estudios, que nuestros padres, que el prestigio, que el éxito profesional o económico, era atender la llamada de nuestro cuerpo, de nuestro corazón, cuyos aldabonazos no podíamos dejar de escuchar por mucho que los curas, o nosotros mismos, quisiéramos mirar a otra parte.

A los que pilló el tren del amor, de una forma tremenda, al poco de entrar en aquellas vías de la adolescencia, fue a Mariano Serón y a Encarni. Yo veía a mi amigo, cómo miraba, obnubilado, el paso de las nubes por la ventana de nuestra camareta, a veces le llamabas y no se enteraba, te tenías que acercar y sacudirlo por los hombros.

—Eh, Mariano, que nos vamos, ¿te quedas aquí?

Él reaccionaba como si le hubiéramos despertado en la cama de un profundo sueño.

—¿Cómo...? ¿El qué?... Sí..., digo no. Ah, sí, vamos.

Salían ellos dos solos, dado que ni Fermín, ni Pedro Valtierra, ni yo habíamos cuajado con aquellas, nuestras primeras parejas. Al principio los veíamos, guardando las distancias por la alameda, luego empezaron a desaparecer, una vez los vimos por el Paseo de las Cruces, cerca del río, cogidos de la mano y mirándose embelesados. Mariano Serón empezó a desaparecer de nuestras bromas y también de nuestros proyectos de entonces, siempre tenía cosas en la cabeza, incluso los insectos y reptiles, que tanto le gustaban, pasaban a un segundo plano. Vivían, Mariano y Encarni, por y para el otro.

Un día vino con unos pequeños prismáticos que se había comprado. Supuse que era para divisar algún pájaro a distancia.

—No puedo aguantar sin verla —me aclaró.

Encarni vivía cerca de la estación en un edificio alto y Mariano, entre semana, cuando le arreciaba su ausencia, sacaba sus prismáticos y la miraba, cómo estudiaba ella en su habitación, y luego le mandaba besos con la mano.

Los de la comunidad de los mayores no íbamos a hacer ejercicio a El Castillo de los Deportes, sino a los Campos de San Pedro, pasado el asilo. Mariano, a veces, se apartaba de nosotros y dejaba un mensaje entre los muros del asilo que, luego, ella recogería y lo sustituiría por el suyo.

Vivían ambos aquella fiebre del amor con una entrega mutua espectacular. Trataban de suplir con ella las carencias de aquella falta de oportunidades de verse, salvo los sábados y los domingos, y esos días solo hasta las siete de la tarde.

Aquella historia que ellos trataban de sacar adelante como podían, el destino se empeñaba, sin embargo, en truncar. Un día sorprendí a Mariano Serón llorando. Le puse una mano en el hombro y me lo explicó:

—Sus padres quieren cortar lo nuestro. Dicen que no tenemos edad. Además, emigran a Francia pasado el verano, y desean que Encarni se olvide de este amor tan grande, como si ella y yo pudiéramos, eso ellos no lo saben, claro. Quieren que se concentre en los exámenes y saque una buena nota en este curso que, al ser Cuarto, cierra el Bachillerato y le sirve para entrar con

buen expediente en su próximo colegio en Burdeos. Así que hoy nos hemos despedido para siempre. Pero, ¿sabes, Germán?, yo no puedo vivir sin ella y, ella, tampoco sin mí.

Yo lo miraba y se me rompía el corazón, habían nacido el uno para el otro, los dos igual de gorditos, de risueños, ¡con un corazón tan grande ambos...!

Lo intentaron, el no verse, digo. Pero una noche sorprendí a Serón levantándose y luego vistiéndose sigilosamente. Era uno de los últimos días de curso.

—¿Vas a verla? —le susurré.

—No, si nos sorprenden sería lo peor. Sólo quiero escribirle unos versos en la pared de su casa. Para que este verano pueda leerlos todos los días y no me olvide.

No podía dejarlo solo en aquel empeño. Así que nos escapamos los dos, por el camino de los de COU, atravesando la cocina y saltando la valla, que por allí era más baja.

Llegamos y Serón escribió sobre la pared en un rincón que solo ella vería:

—Mi amor es más fuerte que este muro, no lo olvides nunca.

Había tal conexión mental entre ellos que a Encarni, sin saber nada, le dio un pálpito mientras dormía, abrió la ventana y nos vio, se puso algo por encima y bajó. Se fundieron en un abrazo y yo aproveché para despedirme.

Regresé y entré por donde habíamos salido y me metí en la cama. Cuando nos despertaron, Serón no estaba en la suya. Yo aproveché para hacérsela, tras la mía. Si no hubiera sido un cante para los curas.

Cuando bajábamos al desayuno se unió discretamente a la cola. Venía como transfigurado por el amor y todavía con el miedo en el cuerpo.

—He entrado por la puerta principal, en cuanto la han abierto para los externos.

Me quedé mirándolo. Él añadió:

—Nadie podrá con Encarni y conmigo.

Hoy miro por la ventana y me acuerdo de mi compañero Mariano Serón. Nunca lo he olvidado. Su historia se instaló en mi interior como una pepita de oro. Hoy es uno de los biólogos más reputados de España. Tiene siete hijos y viste una sonrisa ancha. Terminó la carrera y encontró un trabajo en Francia. Allí se casó con Encarni y hoy viven los dos en Sevilla. Él es uno de los responsables de la conservación de Doñana.

Mariano y Encarni encontraron el amor a la primera. Y supieron culminarlo y conservarlo. Fueron muy afortunados y también supieron ganárselo a pulso. Yo, en todos aquellos años de búsqueda que me esperaban, me acordaba a menudo de ellos. Sobre todo cuando me sentía desorientado y confuso en la búsqueda de aquelpreciado bien, de aquel amor definitivo que no acababa de aparecer.

Sí, ya entonces sentíamos la frustración del amor, y no solo del amor, sufríamos las contradicciones entre los códigos de la infancia y los de la edad adulta y ello poblaba nuestro interior de una ansiedad creciente y de una profunda tristeza.

A veces sentíamos ese malestar íntimo de la adolescencia y tratábamos de sacudirnoslo de encima como podíamos. Una de las fórmulas para encontrar esa paz que ansiábamos, siquiera momentánea, era el alcohol.

El alcohol nos unía, por otra parte, unos a otros. Ese cobijo mutuo era muy acogedor para nuestra inseguridad. En nuestro caso fermentaba aún más aquella pandilla de cuatro que éramos, a la que se reintegró Serón cuando Encarni se fue a Francia. Todos teníamos los mismos problemas y nuestra medicina común era alegrarnos, sentirnos juntos y desinhibirnos de aquellas ataduras que nos constreñían.

Íbamos a jugar a las cartas por una de aquellas tascas, llenas de tradición e historia, del barrio medieval, cerca del Castillo, donde te ponían unos porrones de vino generosos que compartíamos por turnos, empinando el codo, nunca mejor dicho. Mientras jugábamos, vacilábamos entre nosotros con bromas ocurrentes y generalmente soeces, como si el derribar aquellas reglas de la buena educación nos fuera a hacer más fuertes.

Una vez envalentonados con el vino y los chistes verdes, bajábamos a la alameda, a enfrentarnos a aquellas columnas de chicas que paseaban, mirando con intención y hablando sin parar. Aquello no era nada fácil, las seguntinas como ya he dicho, nos repelían como a la peste, y las corazonistas eran inexpugnables, salvo en sexto y COU, donde las dejaban coincidir con nosotros.

Así que recalábamos, como ya dije, en la cola del cine Capitol, sobre todo si había alguna peli calificada 3-R o 4, donde la actriz en cuestión, promiscua y ligera de ropa, tal y como esperábamos, nos alegraba la tarde.

El siempre apuesto y contenido Pedro Valtierra, por un momento, dejó los paisajes crepusculares de las novelas de Marcial Lafuente Estefanía y perdió la cabeza, como si se hubiera tirado de la ídem a un pozo, por una corazonista que lo citaba y lo rechazaba en un juego que traía a mal traer, y valga la redundancia, al bueno de nuestro amigo.

Un día que ya no podía más, agarró una curda monumental. Lo conseguimos llevar al colegio, rodeándolo con nuestros cuerpos para que no se cayera, como a un toro bravo una baraja de mansos, y conseguimos llegar a la camareta. Allí el hombre, lejos de mejorar, se empezó a poner blanco, de un color de mármol funerario y extraterrenal, y nosotros empezamos a asustarnos.

Le hicimos meterse los dedos en la boca, para que vomitara, pero nada, no había manera. Fermín dijo que él utilizaba agua con sal y al pobre de Pedro Valtierra le hicimos tragar un vaso con una densidad salina superior a la del Mar Muerto y el hombre se puso más blanco todavía. Fuera, por la ventana caía la noche, o no solo era la noche, el cielo se había cubierto de unas nubes negrísimas que auguraban los malos presagios.

Gente de otras camaretas venía a ver a Valtierra que estaba como traspuesto y no se mantenía en pie y, con la mejor intención, le aplicaba sus remedios para forzar a vomitar al llanero solitario. Uno le arreó un par de bofetadas al indefenso chaval, que lo miró pasmado, mientras recuperaba de inmediato un color todavía más blanco tras la rojez de aquellos hostiones.

Viñedos, "El escapao", dijo que él tenía un sistema infalible. Todos nos apartamos y él se acercó. Lo sujetó por el cuello y le endilgó un rodillazo en los huevos que, desprevénido el pobre Pedro, le hizo dar un alarido terrorífico y luego cayó de hinojos ante nosotros, como

rogándonos, de rodillas, que acabáramos aquella tortura, luego se retorció por el suelo, cada vez más blanco que la leche.

Fermín me dijo al oído:

—Germán, tú que eres alto y te respetan, no dejes que le hagan nada más. Yo voy a buscar el amoníaco de Juan Serrulla, que eso sí que funciona.

Mientras Fermín corría a ver si encontraba a Juan Serrulla, me adelanté:

—Chicos, vamos a dejar que le haga efecto todo lo que le hemos hecho.

Pero allí todos querían participar y metían presión.

—Tú sabrás, Germán. Tiene muy mala pinta, o hacemos algo o vamos a tener que llamar al cura.

Menos mal que pronto apareció Fermín con el frasco del amoníaco.

Viñedos, “El escapao”, rápidamente lo despreció:

—Bah, si eso no hace nada.

Tal vez por ello, Fermín lo vertió en abundancia en un algodón y, lejos de limitarse a dárselo a oler, lo agarró como si fuera cloroformo y fuera a dormirlo, le envolvió la nariz con él y no lo soltó en unos segundos que se nos hicieron horas. Al pobre Pedro Valtierra, se le pusieron los ojos saltones y parecía que iban a salirse de sus órbitas. Asustados, le indicamos a Fermín que lo dejara ya, pero él, que no deseaba ser otro fracasado, retuvo el algodón sobre su nariz un poco más. Los ojos de Pedro Valtierra estaban a punto de explotar fuera de sus cuencas.

Cuando por fin lo soltó, Pedro Valtierra se quedó un momento como in albis, pensamos que se moría allí mismo, hubo un relámpago deslumbrador, como cuando murió Cristo en el Gólgota, se fue la luz un par de segundos y, cuando vino, bajo un trueno que parecía un cataclismo, Pedro Valtierra abrió la boca y echó una vomitona espectacular, que no se terminaba nunca, de un color medio verde, como la del Exorcista. El llanero solitario se recuperó en segundos y nos regaló una sonrisa, digna del tahúr del Misisipi.

Pensábamos que habíamos asistido a algo sobrenatural. De hecho, por un tiempo, el amoníaco de Juan Serrulla experimentó un culto parecido a la veneración y era administrado por Fermín, como una pócima mágica en los casos, no infrecuentes, que se sucedieron en aquellos meses ante tanta frustración acumulada que nos provocaban aquellos lances fallidos con nuestras compañeras de los corazonistas.

Curiosamente, aquella musa que había desequilibrado de aquella manera a nuestro responsable compañero, cuando llegaron a sus oídos las mencionadas circunstancias de su trastorno, experimentó un súbito interés por el chaval y no dejaba de mostrarse dispuesta a iniciar con él alguna relación propia de su edad, pero Pedro Valtierra, con buen criterio, le dio portazo y volvió a sus novelas, como solía.

Con el tiempo se convertiría en un ligón empedernido y, eso sí, con el mérito añadido de no necesitar el alcohol para ello. Más tarde me contó que, al llegar a mayor de edad, cuando podía beber ya todo lo que quería, decidió volverse un abstemio para siempre. Me dijo que aquel episodio de su adolescencia, y otros que vinieron después, quería mantenerlos, allí, lejos de la persona responsable que quería ser.

Los curas, como hicieron con el tabaco, intentaron abrir la mano con el alcohol para que canalizáramos por allí otras frustraciones que les preocupaban más, para ello nombraron el día del estudiante, donde los mayores elegíamos a un “alcalde” que imponía unas reglas para ese día, de las que nos gustaban a nosotros, entre ellas la de barra libre, inclusive en el colegio. Los curas pretendían que tras aquella explosión de libertad, volviéramos a la contención durante el resto del año.

—¡Viva el alcalde—gritábamos—, pero sobre todo que viva el cubata de ron!

Aquello duró solo un par de años. Los curas se asustaron tanto con “aquel día de la curda”, que se apresuraron a zanjar aquella festividad y volver al método tradicional de los castigos colectivos. Y, poco a poco, se fue reconduciendo la situación, como siempre, salvo algunos casos aislados, como el de Pedro Valtierra, que manteníamos en nuestro submundo de secretos, y de memoria colectiva, a los que convertíamos en leyendas, para así conllevar mejor el yugo de la disciplina que nos imponían.

Sí, a pesar de aquellos fogonazos de rebeldía y rabiosa juventud, los chicos de los internados salimos responsables y disciplinados a más no poder. Hago un resumen, en mi cabeza, y en mi corazón, de aquellos amigos de entonces, y de mí mismo, y decido ponernos una nota muy alta.

Además, en el Bachillerato Superior, las asignaturas eran ya más avanzadas y, junto con nuestra mayor madurez, nos llenaban de inquietudes de saber más, de conocer mejor el mundo que, dentro de unos años, caería sobre nuestros hombros, como en aquel entonces caía sobre los de nuestros padres.

Don José Luis, el profesor de matemáticas que me regalaba el AS, y luego el Marca, me dijo un día:

—Germán, lo importante es que luego elijas una carrera de la que puedas vivir de ella, tú y tu familia. Hay gente que se deja llevar por sus caprichos, por sus hobbies, que revisten de íntima vocación y se hacen licenciados en Bellas Artes, o literatos o filósofos y, claro, luego tienen que vivir siendo fontaneros, o mecánicos, porque con su carrera se mueren de hambre.

A mí ya entonces me gustaba mucho la poesía y el cine. Pero, la verdad, ni por asomo se me hubiera ocurrido decir en casa que iba a vivir de escribir versos a la luz de la luna.

Éramos humildes y trabajadores, que es lo que habíamos visto en nuestras casas y, por otra parte, nos sentíamos afortunados de adquirir una formación que nos permitiría ser más y vivir mejor que nuestros padres en el futuro. Creo que ahora los estudiantes son menos realistas y se embarcan en aficiones, más que en profesiones, que luego los frustran y encima ni les aportan a ellos ni a la sociedad a la que sirven.

Lo que no nos dábamos cuenta del todo era que teníamos una gran preparación académica, sí, pero del mundo sabíamos muy poco. Nuestra vida de encierro dentro de aquellos muros nos había protegido de algunos efectos perniciosos de este, como las drogas o las malas compañías, pero no gozábamos de los anticuerpos de otros chicos más duchos que nosotros en encararse al mundo real y sus problemas.

Así que, cuando salíamos de allí, estábamos inermes ante el mundo real que nos esperaba fuera de aquellos muros. Yo recuerdo que, a veces, en las vacaciones, estaba deseando volver al

internado para simplificar todos los problemas que se me venían encima en la calle.

Saco algunas fotos de entonces de mi maleta y me descubro una expresión feliz, quizás inocentemente feliz. No es que no tuviera problemas, que los tuve, tirrias de compañeros, acosos infantiles más o menos llevaderos, cambios dolorosos de amigos, etc., pero creo que, en general, fue una infancia tranquila y bonita.

Los problemas vinieron luego, cuando salí de aquel submundo tan protegido donde yo dominaba los códigos para moverme sin problemas en él y tuve que enfrentarme al mundo real, donde aquellos códigos que yo manejaba ya no servían. Quizás eso es también la adolescencia, pasar del mundo de los reyes magos a las verdades del barquero. Un doloroso tránsito.

—Ya verás cuánto te acuerdas de todo esto —me dijo Esteban Gómez el último día antes de marcharse, mientras me dejaba a cargo de la cabina de proyección.

A mí también me llegó mi hora. En mi casa habíamos decidido que COU lo haría en Madrid, para irme adaptando a lo que sería mi ciudad, así que cuando llegó el que sería mi último día con aquellos compañeros con los que había pasado la friolera de 6 años estuvimos bebiendo y cantando por las tascas del barrio medieval, sin orden y sin medida.

Luego nos dimos juntos el que sería nuestro último paseo por la alameda. Sentimos que algo se quebraba. Como cuando se rompe un cristal.

Recuerdo que era un día de viento y las hojas de los álamos nos ofrecieron el rumor de esos sentimientos recónditos, profundos, donde no llegan las palabras.

9. AQUEL RAYO CEGADOR

Hoy me levanto raudo, anhelante. Quiero desayunar rápido, sentarme en mi despacho y empezar a escribir. Los recuerdos se me agolpan en mi mente. Esta noche he soñado con aquellos momentos. Con ella. Cuando me deslumbré con sus ojos, con aquel rayo cegador. Y, luego, con aquella canción, la nuestra, que apareció de súbito mientras me afeitaba.

Sí, ya he dicho que en aquellos años la búsqueda del amor lo era todo para nosotros. Nos empujaba la naturaleza, el destino profundo de nuestra esencia, qué se yo, pero éramos satélites girando alrededor del amor. Un amor iniciático, incomprensible y turbador.

Clara me ha preparado mis tostadas de siempre —con el tiempo noto que me he vuelto muy maniático y no llevo bien los cambios en las cosas que me rodean— y un zumo natural de naranja que hace en mi presencia, mientras me observa.

Yo le leo los pensamientos, quiere saber qué me pasa, qué corre por mi mente.

—Clara, ¿qué es la felicidad? —le pregunto.

Ella me sonríe, descolocada, mientras gana tiempo. No reflexiona mucho. Suelta la frase acrisolada por el tiempo. Cree que, como con las tostadas, lo mejor es no descentrarme con ningún pensamiento estrambótico y nuevo.

—Pues una combinación de salud, dinero y amor, como dice el dicho, ¿no?

Eso es lo que yo me esperaba que dijera, claro.

—Sí, pero por este orden —añado—: amor en la juventud, dinero en la madurez y salud en la vejez.

Ella me mira. Por un momento no sabe qué responder. Lo de salud en la vejez noto que le impacta, que le incomoda.

Así que me acerca el zumo. Yo me lo bebo en un santiamén.

Luego le doy un beso en los labios.

—Clara, me voy a escribir. ¡Cuánto te quiero!

Y salgo disparado hacia mi despacho.

Nada más sentarme, creo oír que suena el teléfono de la cocina. Y me parece oír la voz del doctor Parrondo. Clara baja la voz y hablan.

—¡Que le den al doctor Parrondo! —me digo—. Quiero sumergirme hoy en aquellas sensaciones que sentí una vez. Cuando descubrí el amor. Aquel amor mágico e imposible que una vez llenó todos mis días, aquellos días de entonces, cuando había aquella luz.

Uno de aquellos veranos, de cuando iba a El Sauce Curvo tras el internado, mientras hacía el Bachillerato Superior, con quince años, la conocí.

Nosotros tonteábamos con las chicas de Sace, sobre todo con las veraneantes. A mi hermana y a mí nos regalaron nuestros padres (en algo se tenía que notar la mejora de la economía) un tocadiscos de aquellos de brazo oscilante y levadizo que reproducía los discos de vinilo,

aquellos long plays y sencillos que se han vuelto con el tiempo entrañables. Como Tere no hacía más que trabajar, yo me lo llevaba al pueblo cuando me iba a pasar las vacaciones con mi abuela Leonor y con él organizábamos muchas noches de verano una discoteca casera.

Bailábamos con chicas de nuestra edad en la plaza, bajo las acacias, o en el Ayuntamiento, donde no dejaban de acercarse hermanas, madres o vecinas de nuestras partenaires. Era algo primerizo, sobre todo aprendíamos a bailar, ellas no sé cómo, pero nos daban mil vueltas en esto.

Percibíamos su perfume, la suavidad de su pelo que nos acariciaba nuestra oreja, su pecho que se apoyaba levemente en el nuestro y aquellos diálogos sin pies ni cabeza que manteníamos, más pendientes de superar nuestros nervios y no pisarlas que de hilar alguna respuesta coherente.

—Habéis venido muchas hoy, ¿no? —decías por decir.

Ella no contestaba aquella necesidad. Dejaba pasar unos segundos.

—¿Dónde vais a ir los chicos luego? He oído algo por ahí... —quería saber ella.

Tú no te querías liar, estabas más a gusto con tus amigos.

—Me gusta esta de Julio Iglesias... ¿y a ti?

La canción se terminaba.

—Bailas muy bien, mejor que ayer... —decía ella, tal vez animándote a más.

Ibais a una caja que hacía de mostrador y os bebíais unas coca-colas. Las vecinas parloteaban sin parar.

—¿Qué tiempos, eh, Manuela?

—Sí, hace nada que nos rondaban a nosotras y ahora, ya ves, aquí con las nuestras.

Era, aquella, una fase intermedia entre la niñez y la adolescencia más rabiosa. Una especie de guerra de guerrillas, preparatoria para las grandes batallas que nos esperaban con aquellas muñecas de faldita corta, ojos profundos y negros y cuerpo de mujer.

Nosotros, después de aquel mini baile al anochecer, quedábamos en Los Arbolitos, ya solos. Ellas se iban a cenar y, luego, seguro que cuchicheaban a nuestra costa. Llevábamos un par de linternas para lo que íbamos a hacer. A Jesulín, sus padres le habían regalado una escopeta de aire comprimido, mucho más varonil que mi tocadiscos pero, como siempre, nos complementábamos.

Íbamos a Los Olmos, Jesulín y yo, junto con Agus, Javierito y Ricardo, donde una bandada de gorriones solía pasar la noche, no sabían, los pobres, lo que les esperaba. Aquello iba de sangre y muerte. Y compensaba a aquel rato sin chicha del baile, donde siempre nos quedábamos a medias, nerviosos y amedrentados por sus madres y vecinas.

Disparábamos a aquellos pájaros infelices que dormían sobre una pata en la rama y pasaban a la otra vida sin enterarse. A veces le caían sobre la cabeza a Agus que, como era bajito, no controlaba bien lo que venía de lo alto.

—Eh, avisa a cuál disparas —le protestaba a Jesulín—, que luego me dice mi madre que la sangre no se quita.

Agus se encargaba de rematar con una piedra a aquel pajarillo que caía herido.

—A ver, no protestes, que vas a sufrir más —le decía justificándose.

Jesulín nos pasaba la escopeta a los demás. Yo no era bueno con ella. A veces fallaba, pero debía ser el primer sueño y el pájaro ni siquiera se despertaba. Lo veía desplomarse luego, tras mi segundo o tercer disparo, y pensaba no sé en qué, tal vez en que la vida era muy frágil y nosotros teníamos la suerte de ser tan jóvenes y que nos quedara tanta.

Después de hacer una buena escabechina, nos íbamos a casa, con la sensación de haber crecido en aquel oficio de ser adultos, duros y resueltos. Yo se los entregaba a la abuela Leonor y los comíamos al día siguiente, los hacía en trozos muy pequeños para que no me recordaran al cuerpecito dormido sobre el que había disparado.

A la noche siguiente, empezábamos más decididos con las chicas, pero luego acabábamos disparando otra vez a las ranas en los navajos de La Vega.

Las chicas eran como un curso que teníamos que aprobar e íbamos dando pasos todos los días, ellas y nosotros, en ese camino al que nos empujaba la naturaleza y la sociedad. Pero yo no tenía la sensación de que eso tuviera que ver nada con el amor. El amor que yo había visto en las películas y había soñado en aquellas noches mágicas de esperanza y de futuro en el que todo encajaba.

Se lo decía a Jesulín.

—Eso es porque no te gusta ninguna de estas —me contestaba.

Sí, yo había tenido aquel amor infantil con Mabel cuando iba a la escuela en Sace, que se hizo muy grande en la distancia, cuando aquella compañera escolar se marchó para siempre a México. Todavía a veces la recordaba. O era solamente su reflejo en aquellos versos que escribía pensando en ella. Ya entonces la literatura avanzaba, sin darme yo cuenta, por los recovecos de mi mente, literaturizándolo todo. Convirtiéndolo en algo mucho mejor de lo que era, más irreal, más mágico e inolvidable.

Me lo había dicho mi tío Ezequiel hacía ya unos años.

—Germán, solo existen los amores imposibles, románticos. Los otros, los domésticos, son de andar por casa. Están bien, pero nunca te harán sentir lo que aquellos.

Y en estas andaba yo cuando la conocí.

Sí, hoy no me importa el doctor Parrondo. Ni que ande llamando tanto a mi mujer Clara. Hoy me muevo por los pasillos de esta casa contento, quizás porque hoy creo, otra vez, que la vida, y el amor, son para siempre. Pero no hablo de ahora, el hoy a menudo se confunde en mi mente, sino de entonces, de cuando aquellos años mágicos de mi adolescencia y primera juventud.

Hoy quiero escribir de aquella deflagración, de aquel terremoto íntimo que sentí y que a veces he dudado de que fuera real. Pero claro que lo fue.

Hoy ha vuelto a ocurrir. No la deflagración, pero sí el recuerdo de lo que viví entonces. Ya por la noche he tenido unos sueños extraños, premonitorios. Luego ha ocurrido en el baño. Siempre me afeito escuchando la radio, hay una emisora en la que mezclan canciones de siempre con las noticias del día, que me gusta mucho.

Me ha dado un vuelco el corazón. Hacía muchos años, quizás décadas, que no la escuchaba. No sé ni siquiera si Roberta Flack sigue viva, pero "La primera vez que vi tu cara" no ha muerto en mi corazón. Y doy las gracias a la vida por ello.

Es una canción que no muchos conocen, aunque para mi fuera, durante mucho tiempo, la más hermosa del mundo. Y todavía sigue siéndolo, junto con otras, una de las más bellas, sin duda. La conocí también en la radio, un día como hoy de hace más de cincuenta años.

Pero lo importante no es la canción, sino lo que yo sentí cuando la vi, a aquella chica, casi una niña como yo. Solo recuerdo que me inundó una alegría tan grande como la del buscador que encuentra el tesoro que anhela, o como si el mundo de repente estuviera bien hecho para siempre y yo tuviera mi sitio en él, engarzado a un amor eterno y mágico, hecho a medida para mí.

Se llamaba Rosa María, una chica que apareció con unas amigas en El Sauce Curvo, el último día de la Fiesta, cuando yo pensaba que todo, quiero decir nada, había sucedido ya.

Venía de Cifuentes donde solía pasar los veranos, aunque vivía en Barcelona..., ah, el mar, el mar..., que yo todavía no conocía y con el que soñaba...

Llevaba una blusa amarilla como aquel vestido de Mabel, mi otro gran amor infantil desaparecido en México. Fue como si retornara de nuevo y se fusionaran ambas para crear la Dulcinea definitiva que yo siempre había anhelado y necesitado.

Pero ahora con el añadido de las hormonas adolescentes, que dotaban a aquel enamoramiento de un sustrato de pareja definitiva, de hombre y mujer que vivirían juntos como tales hasta el final de los tiempos.

Sí, cuando yo vi a Rosa María, supe que no estaría solo jamás en el mundo y que ella sería mi alma gemela para surcarlo, para enriquecerlo, hasta el final de nuestros días.

Supe que, sin experiencia ninguna, había sido tan afortunado de encontrar el amor definitivo que todos buscan. Por ello me inundaba aquella alegría, aquel agradecimiento sin límites.

Cuando estaba a su lado, aparte de adorarla, apenas sabía lo que hacer, Dios proveería ante mi falta de recursos, me decía.

A veces estaba tan lleno de dicha que me movía como si estuviera ebrio, envarado como si no supiera manejar todo lo que me inundaba por dentro. De hecho, recuerdo que estaba tan contento que, aquella noche, tras el baile que disfrutamos juntos, bebí con mis amigos sin límite hasta que cogí una cogerza monumental. Una mínima celebración de la suerte que había tenido de encontrar a la chica de mi vida, debí pensar.

—Germán, hacía mucho que no te veía tan contento —me dijo Jesulín.

—Mucho, no, Jesulín. ¡Nunca me había sentido así! —le contesté, radiante.

Si alguien me preguntara algo de aquella noche, no sabría qué responderle. Eran sus ojos, su boca, aquella cola de caballo que llevaba en el pelo. La música, su cintura entre mis brazos, cómo sonreía. Las estrellas que salieron en el cielo. El tiempo, que pasaba volando, pero lento y suave, si es que todo junto puede ser. ¡Qué se yo! Era como patinar sobre hielo, pleno de armonía y elasticidad, y sentir la brisa en mi cara. Y el mundo girando a nuestro alrededor. Nos sentíamos como si siempre nos hubiéramos conocido. Con ese fluir natural, de atracción mutua, de destino compartido. Hasta el final. Por lo menos yo lo recuerdo así. Cuando me invadió el

amor.

Su amiga vino a buscarla y le dijo algo al oído.

—Germán, me tengo que marchar. El padre de mi amiga nos lleva de vuelta a Cifuentes.

Me quedé boquiabierto, como si todo hubiera pasado en un segundo, y ese segundo se acabara.

—¿Cuándo volveré a verte?

Me sonrió.

—No lo sé, me voy mañana a mediodía. Al año que viene, ¿vale?

Yo veía el próximo año como si ya hubiera pasado, como si nos fuéramos a ver al día siguiente.

—Claro, al año que viene.

Nos despedimos con dos besos, ella dejó sus labios muy cerca de los míos. Otra vez ese aroma de su pelo a lumbre y a limpio. Y su sonrisa alejándose en la noche. La vi de espaldas caminando con su amiga en la oscuridad. Volvió la cabeza y me lanzó un beso con la mano. Yo lo recogí y me lo llevé al pecho. Eso fue todo.

Luego, transfigurado, con mil sensaciones dentro de mí, que no sabría explicar, bebí y bebí con mis amigos, exultante de gozo. De una alegría que yo nunca había conocido.

Al día siguiente, cuando mi abuela Leonor me llevó un café con leche caliente a la cama, la realidad me atacó a la luz hiriente de la ventana. Me desperté y pensé de nuevo en lo que me acababa de ocurrir. Me tranquilicé. A ella también se la veía feliz, teníamos mucho tiempo para desarrollar aquel amor, éramos poco más que unos críos, y El Sauce Curvo y Cifuentes por los veranos y Madrid, donde yo me instalaría en un par de años y ella se mudaría en breve según me dijo, serían la geografía por la que transitaríamos y concretaríamos aquel amor que a ambos nos había señalado con su dedo mágico.

Pero no podía estar sin verla, busqué a Agus, su hermano mayor tenía coche, y les convencí para irnos de inmediato a Cifuentes. Cuando llegamos, pregunté por ella, pero ya había salido para Barcelona.

Así que en unas semanas retorné al internado de Sigüenza mientras Rosa María volvía a su vida habitual en la ciudad condal. En una de aquellas interminables tardes lluviosas seguntinas fue cuando escuché por primera vez la canción "The first time ever I saw your face". Mi hermana me había regalado un transistor Sanyo con un auricular, mientras oía llover al otro lado de los cristales y pensaba en Rosa María, escuché el título en español que engarzaba perfectamente con lo que yo estaba viviendo en aquellos momentos: "La primera vez que vi tu cara".

La voz de Roberta Flack me conmovió. Apenas sabía inglés, de hecho solo entendía lo de "my love", que se repetía bastante, así que yo buscaba versos bellísimos con los que acompañar a aquella voz que interpretaba como nadie aquella íntima melodía que yo convertí en el himno de nuestro amor.

La primera vez que vi tu cara / creí que el sol subía a tus ojos / y la luna y las estrellas / eran los regalos que le entregabas / a la oscuridad y a los cielos infinitos / mi amor.

Y la primera vez que besé tus labios / sentí que la tierra se movía en mis manos / como el

corazón tembloroso de un pájaro cautivo / que estaba ahí, a mi disposición / mi amor.

Y la primera vez que dormimos juntos / sentí tu corazón tan cercano al mío / que supe que nuestra alegría llenaría la tierra. / Y que duraría hasta el final de los tiempos, mi amor.

Y que duraría hasta el final de los tiempos, mi amor.

La primera vez que vi tu cara...

You tube: <https://www.youtube.com/watch?v=VqW-eO3jTVU>

Hoy yo hablo y entiendo el inglés bastante bien. Roberta Flack canta unos versos bellísimos en su canción. Pero aún más bellos son los que yo escribí para ella. Para Rosa María. Y para Roberta Flack.

Nunca se los enseñé. Ni ella contestó a ninguna de mis cartas. Nunca nos besamos y nunca estuvimos juntos en la misma cama e hicimos crecer nuestro amor.

La vida nos alejó, el uno del otro, por otros derroteros. Otro día escribiré de ello.

Hoy solo quiero compartir la alegría de esta vieja canción. Me alegro mucho de haberla escuchado de nuevo. Nunca olvidaré aquel rayo cegador, aquella luz. La de cuando vi la cara de Rosa María por primera vez.

Nosotros nunca salimos juntos ni coincidimos, desde hace mucho tiempo, por nuestros pueblos, que están bastante cerca, pero la alegría del amor, pienso yo esta mañana en que se acaba la primavera, dura hasta el fin de los tiempos. Como dice la canción de Roberta Flack.

Mi mujer Clara se alegra de verme hoy tan feliz. Y me pregunta por ello.

—Germán, me alegro de verte hoy tan contento, ¿por qué es?

—Ah, Clara, el amor, el amor... —y me acerco y le doy un beso a mi esposa— que cuando te llega, ya nunca se marcha...

10. CIMIENTOS PARA EL FUTURO

Aquel verano de 1973 supuso un gran cambio para mí. Tenía dieciséis años y había terminado el Bachillerato Superior. Muchos estudiantes daban carpetazo a su preparación y entraban de cabeza a trabajar, entonces había mucho empleo, a menudo sin papeles, aunque los salarios fueran muy bajos y las familias necesitaban que trabajaran todos sus miembros para salir adelante.

Mis padres optaron porque, a pesar de que no tuvieran casa propia, ni sus finanzas fueran para tirar cohetes, yo continuara con mis estudios. Ese año empezaría COU en el colegio Monte Monserrat de Madrid, en el distrito del Retiro, a unos veinte minutos andando de donde vivíamos.

—Es un colegio laico e independiente, mixto —me dijo mi padre—. Me lo han recomendado mis jefes del economato. Te vendrá bien para equilibrar la influencia de los curas de los corazonistas de Sigüenza.

Aquel verano fui a verlo. Era un colegio moderno, de grandes cristaleras. Dentro, no te sentías protegido frente al mundo por altos muros como en los corazonistas, sino que el colegio era una parte de ese mundo que te rodeaba. Yo me sentí inerme en él.

Mi padre continuó con sus planes:

—Germán, tu infancia se ha acabado, eso de los veranos con la abuela Leonor en Sacedorbo no puede continuar. Tienes que empezar a luchar por la vida. Como todos.

Yo no tenía nada que reprocharle. Bastante habían hecho y hacían por mí.

—Claro, papá. ¿Y qué haré entonces?

A la mañana siguiente empecé a trabajar de telefonista en una pequeña empresa de mudanzas del barrio, me prepararía para sustituir a la secretaria en sus vacaciones.

La secretaria, que se llamaba Marisol y tenía unos dieciocho años, estaba liada con el dueño de la empresa, don Roberto, un tío casado, simpático y hábil en los negocios. Pero también tenía un novio de su edad, que venía a recogerla algunos días, el hombre no se enteraba de nada.

Yo estaba acostumbrado a no tener doblez. Aquella situación me incomodaba. Cuando venía Jorgito a recoger a Marisol, yo no podía mirarlo de frente y me sonrojaba, no quería formar parte de aquella traición y me iba al baño, hasta que se marchaban.

—Pero don Roberto te trata bien, ¿no? Cada uno luego hace de su capa un sayo. Tú ahí no te metas —me decía mi padre.

Y yo ahí no me metía, claro. Pero lo que sí se metía en mí era aquella contradicción con mis principios, acrisolados en los curas durante seis años.

Un día cogí el teléfono, era un cliente potencial: tenía una mudanza gigantesca. Un chalet entero de 500 m². Nosotros no teníamos camiones para esa carga. Se lo fui a pasar a don Roberto.

—Dile que nuestros capitonés grandes los tenemos ahora en Francia.

Era la primera noticia que tenía. Marisol me había dicho:

—No hemos hecho una mudanza internacional en la vida.

¿Entonces por qué ponía en nuestros camiones y en la publicidad: Roberto Semprún, mudanzas internacionales? Viendo mi cara de pasmo, Marisol me aclaró con condescendencia.

—Da más prestigio, se vende más.

Así que le dije al posible cliente que nuestros camiones grandes estaban en Francia y, efectivamente, todavía pareció más interesado:

—¿Cuándo volverán?

Fui a don Roberto.

Luego le dije al cliente:

—Una semana.

—Les esperaré entonces, resérveme, por favor, que no se me cuele nadie —y me dio sus datos.

Yo no le veía sentido a aquello. Aquel hombre perdía una semana y nosotros perdíamos el tiempo.

—El negocio es suyo, tú no te metas en eso —me decía mi padre.

Pero yo empezaba a ver que en aquella ciudad nada era lo que parecía. Y mi inseguridad e inadaptación se acrecentaban.

Eso sí, cuando pasaron los tres meses: julio, agosto y septiembre, don Roberto me pagó los tres meses, a razón de cuatro mil pesetas cada uno, total: ocho mil. Yo le dije a mi padre:

—Son doce mil, ¿no?

Mi padre me contestó:

—Sí, es decir, no. En julio has estado aprendiendo.

En aquella ciudad, todo el mundo te pintaba muy bien las cosas. Luego, cuando las mirabas de cerca, eran como las manzanas de La Vequilla, tenían gusano dentro.

Mi madre me consoló:

—¿Tú sabes lo que son ocho mil pesetas, Germán? En Sacecorbo nos teníamos que deslomar para una cantidad así.

Mi madre me compró un montón de ropa. También me di cuenta cómo se iba el dinero. Silbando. En tres silbidos te lo habías fundido todo.

—Tienes que ir como un pincel, como un madrileño, para el nuevo colegio. Bueno, y para la academia de las mañanas —ante mi cara de extrañeza continuó—. Don Braulio tiene un primo en el Banco de Crédito Transatlántico, nos ha dicho que te prepares para las oposiciones que saldrán al año que viene. ¡Un banco, Germán...! ¿Tú sabes lo que es eso? ¡Trabajo para toda la vida!

Yo no me había recuperado de una, cuando mis padres ya me habían metido en otra. Yo sabía que lo hacían por mi bien. Estaban cavando, muy firmes, los cimientos para mi futuro. El problema es que eran “mis” cimientos. Y yo allí no pintaba nada. A mí lo del banco me dejaba

frío, yo tiraba más por la investigación o la docencia, el cine y la literatura también me miraban desde detrás de la puerta, sin atreverse a entrar.

Una vez quise hacer un ensayo con esto último y se lo medio susurré a mi abuela Leonor, que me quería mucho.

—Uf, Germán, esos de la farándula son medio saltimbanquis y, además, se mueren de hambre —me soltó, pasando a otro tema de inmediato.

No me quedaron ganas de más, la verdad.

Bueno, me consolaba, me quedaba todo aquel año entero para decidir mi futuro, tendría que sacar adelante aquel curso con aquel nombre tan sugerente: Curso de Orientación Universitaria. Y algo me orientarían, pensaba. Y lo del banco, a lo mejor no era tan rollo como yo suponía. Además, que tenía que aprobar las oposiciones, claro.

Pero, en lo que yo más pensaba era en mi futuro, digamos sentimental. Un futuro que yo tenía súper decidido, sin duda alguna. Al lado de Rosa María, por supuesto. No había olvidado ni uno solo de aquellos destellos que conformaban aquel rayo cegador que me deslumbró el verano anterior. Para mí era una certeza, a la altura de la otra gran certeza que rige nuestra vida: el saber que vamos a morir algún día. Y yo moriría, desde luego, pero con mi Rosa María al lado.

Yo, atado de pies y manos a la empresa de mudanzas seis días a la semana, le instruí a Jesulín que si la veía en las fiestas de El Sauce Curvo o de Cifuentes, le diera recuerdos míos.

—Sí, me ha preguntado por ti —me respondió—. Está todavía más mona que el año pasado. Muchos moscones a su alrededor, pero todos frustrados y en retirada.

Eso a mí me tranquilizaba y, sobre todo, me confirmaba en mi apuesta. Cuando uno ha sentido lo que nosotros sentimos cuando nos conocimos, ya no tiene que pensar en nada más. Sino sublimar la distancia, la ausencia y seguir poniendo ladrillos en aquella pared con la que cercaríamos un trozo de este mundo para luego vivir nosotros dentro de él.

Sí, aquellos amores románticos e iniciáticos no eran extraños entonces, en unos chicos forjados en la escasez y en los valores. En sufrir el presente y en soñar con un futuro maravilloso. La tranquilidad sentimental y la fe religiosa, acrisolada en los seis lluviosos años de encierro seguntino, fueron los dos grandes pilares con los que mi mente se enfrentaba a aquel año de cambios mil donde se fraguaría o no mi adaptación a aquella ciudad gigantesca de Madrid y quedaría orientado para siempre mi destino laboral.

España vivía también unos años decisivos. La dictadura de Franco se agotaba, al mismo ritmo que la salud del general. Aquel año de 1973, delegó la presidencia del Gobierno en su hombre de confianza, el almirante Carrero Blanco, un cambio para que nada cambiara. Sin embargo, el movimiento armado ETA que quería aprovechar el fin de la dictadura para imponer la independencia del País Vasco y Navarra, voló el coche en el que viajaba. Fue el primer gran indicio, este de carácter violento y sin apoyo popular, de una etapa de grandes cambios que marcarían el rumbo futuro del país.

La Unión Europea y los Estados Unidos de América apoyaban, cada vez de forma más clara, al ungido sucesor, el Príncipe Juan Carlos, como timonel del proceso de cambio democrático que habría de producirse tras la muerte de Franco, para tratar de incardinar a España en el club de las

grandes democracias occidentales que, por tradición, cultura e historia, nos pertenecía.

El sucesor de Carrero, Arias Navarro, inició una tímida apertura democrática, con una inicial ley de partidos, el llamado “espíritu de febrero de 1974”, mientras que los movimientos obreros y estudiantiles empujaban para que se abrieran las esclusas que durante tantos años habían encerrado a la sociedad española bajo el dictado del general.

El “milagro español”, gracias a la inversión extranjera, impulsaba los sectores de la construcción y el turismo y la falta de mano de obra se hacía acuciante. Los emigrantes de los pueblos rurales, que permanecían instalados en el inmovilismo y la autarquía, como Sacecorbo, vieron una oportunidad de engancharse al desarrollo y salieron en masa a las grandes ciudades, sobre todo a Madrid.

La ilusión de aquellas gentes, disciplinadas y trabajadoras como nadie, curtidas en las estrecheces y penurias de la posguerra, luchaba con denuedo para hacer frente a los ingentes problemas de acceso a la vivienda y a la adaptación a la gran ciudad. Los cambios culturales y sociales, y más tarde políticos, a los que tuvieron que hacer frente fueron enormes. Fue una generación de luchadoras y de luchadores, de supervivientes, sin par.

Yo recuerdo a mis padres ahora y puedo dar fe de ello. Nunca se lo agradeceremos lo bastante. Además de ser nuestros padres, lo fueron también del progreso y del desarrollo que ahora disfrutamos.

Yo me siento orgulloso de mis padres, pero también triste, ya se fueron y me pregunto qué quedará de ellos, los hombres somos olvidadizos, no hay más que ver el abandono de los cementerios, pero yo lo guardo todo en mi memoria y en mis diarios de aquel tiempo que me esperan en mi maleta, pero después de mí, ¿quién se acordará de ellos?, yo no tuve hijos, mi mujer Clara se entristece cuando se lo digo, pero eso ya no tiene remedio.

Por ello, y por muchas otras cosas más, yo escribo este libro. Es la ilusión de mis días. Escribo lejos de El Sauce Curvo, —yo creo que el doctor Parrondo no quiere que vuelva—, como vivieron también mis padres aquellos años de progreso pero así mismo de melancolía y de ausencia de su patria chica.

Abro el ordenador y los recuerdos fluyen a mi mente.

En el colegio Monte Monserrat todo era diferente. En la primera clase nos preguntaron a los nuevos de dónde veníamos. Y yo me levanté y dije orgulloso:

—Del Sagrado Corazón de Sigüenza.

El profesor de filosofía, un tipo melenudo y despeinado, con aspecto de hippy sin agua corriente, me soltó:

—Pero eso, ¿no es un reformatorio?

Yo me quedé pasmado y sin habla. Todos los demás chicos me miraban en silencio sin perderse detalle. Me acordé en aquel momento de Jesús Montes de Oca Reinedo, un hijo de un consejero del Reino y ministro de Franco y de cuatro o cinco vainas como él a los que mandaban a Sigüenza para enderezarlos, los curas los trataban sin miramientos y, en un par de años, volvían más mansos a la capital. Pero eso no manchaba nuestro nombre de colegio de calidad y valores.

—No, señor —le contesté.

—Llámame, Jorge —me dijo, poniendo en evidencia de nuevo mi procedencia.

En Monte Monserrat todo estaba en discusión. Yo no encontraba firmeza en nada. Los valores religiosos, filosóficos o morales eran relativos. Todo el mundo opinaba de todo y no había verdad, sino una especie de media aritmética de nuestras opiniones.

Yo volvía a casa, de noche, envuelto en más oscuridad que la del cielo. Y me refugiaba en Rosa María y en mis creencias religiosas. Llegaba a casa y lo mencionaba en la cena.

—Tú no te metas en nada —me decía mi padre—. ¡Y no te quejes! Que nos tienen que dar la beca para la matrícula de la universidad. Y nosotros seguimos yendo toda la familia a misa, como siempre, ¿eh?

Luego, molesto —probablemente él también se encontraba confuso con otras cosas—, se giraba y la tomaba con mi hermana Tere.

—Y tú, ¿es que has visto a tu madre pintada así alguna vez?

Tere permanecía en silencio. Entonces mi padre se dirigía a mi madre.

—¿Cómo le dejas ir con esas faldas tan cortitas?

Mi madre entonces saltaba.

—Tere es mayor de edad. Y aquí hay otras costumbres, ¿no te das cuenta?

Pepín intervenía para aumentar la gresca.

—A mí me gustaba más el pueblo. Aquí siempre estoy encerrado.

Se hacía un silencio espeso.

—Cariño, mañana por la tarde te llevo al parque a jugar —se dirigía mi madre hacia Pepín con todo el amor del mundo.

—El caso es que mañana me dijo don Braulio que lleváramos a su hermana al médico, nos lo paga aparte, claro —intervino mi padre.

Pepín musitó:

—Ya, como siempre.

Mi madre aprovechó la ocasión, aunque, en el fondo, apreciaba el dinero tanto o más que mi padre.

—Dinero, dinero... esta es la ciudad del dinero. Tú siempre estuviste como loco por venir aquí.

—Estaríamos entonces mejor en el pueblo, ¿no? Con nuestros hijos, en vez de estudiando, cuidando ovejas...

Y en este plan.

Mis padres discutían mucho más en Madrid de lo que yo recordaba en Sacedorbo. Debía ser que la vida era más simple allí y se necesitaba menos para vivir. Tal vez porque no lo había, claro.

O, también, es que yo llevaba seis años fuera de casa. Y todos éramos distintos a cuando yo era niño. En la edad adulta todo el mundo tenía opiniones e intereses y pretendía hacerlos valer.

Hasta con mi hermana Tere encontraba yo distancias que antes no existían.

—Haz lo que quieras, pero en casa ponte en la onda —le decía yo de buenas maneras, para contribuir al buen clima en casa.

Ella se revolvía furibunda.

—¿Y tú quién eres para decirme nada? Tú eres aquí el señorito que solo estudia... —me daba donde me dolía.

—Eh, eh, Tere, perdona... —le decía yo bajando la voz.

—¿Sabes cómo me llaman mis amigas? Yo soy la ursulina...

Me daba cuenta que todos luchábamos por integrarnos en aquella ciudad, de la que nosotros apenas sabíamos nada.

Por la noche, cuando me encerraba en mi habitación, cogía fuerzas con la sonrisa de Rosa María y con mi Virgen de toda la vida.

—¡Virgencita mía, ayúdame, aquí es todo tan complicado! —rezaba yo con las mismas expresiones que utilizaba en Sigüenza.

Pero, en Madrid, aquello de “Virgencita mía” sonaba a infantil e inconsistente. Tampoco sabía ya cómo rezar. El comportarme como un adulto cristiano no me resultaba fácil.

Sobre todo, con los amigos de la academia de banca de la Puerta del Sol. No eran chicos de pueblo, sino madrileños de clase media.

—¡Vamos, Germán! —soltaba Domingo, cogiendo del codo a Pedro y Manolo—. La clase de mecanografía es un rollo. ¡Vamos a los futbo de Santa Ana!

¿Cómo oponerse a ello? Yo escribía bastante bien a máquina, durante el verano me había transcrito El conde de Montecristo enterito, que nos había prestado la hermana de D. Braulio, doña Ramona. Además, íbamos a jugar al fútbolín, donde yo era un as, desde los tiempos de Sigüenza. Lo hacía por conservar los nuevos amigos, me decía, pero, luego, por la noche, cuando hablaba conmigo mismo y pensaba en cómo se mataban a trabajar mis padres y mi hermana Tere, no podía rezar y pedirle nada a mi Virgen.

Los fines de semana quedaba con otros chicos del pueblo, también emigrantes en Madrid: mis primos Ricardo y Javierito, Agus que, aunque había crecido, todavía era el hombre menguante y un chico, familia lejana de Javierito, Moncho, que llevaba en Madrid más tiempo que nosotros y era el que movía el arbolito del grupo en aquellas fechas.

El padre de Moncho era portero de una casa de tronío en la calle General Sanjurjo. En los sótanos de dicho inmueble, había varias salas sin un uso específico, de hecho, habían servido de alojamiento a algunas personas de El Sauce, hasta que encontraban otro alojamiento en Madrid.

Moncho nos dijo un día:

—Troncos, como son tan puñeteros en las discos con nosotros, ¿por qué no montamos unos guateques en los bajos de mi casa?

La verdad es que era frustrante lo de las discotecas. A veces nos pedían los carnets, éramos todos menores y nos echaban para atrás y, si nos chequeaban a ojo de buen cubero, siempre había a alguno que no le dejaban pasar, sobre todo al pequeño Agus. Estábamos hasta el gorro de la Casa de Guadalajara, el único sitio donde hacían la vista gorda. Allí había mucha luz y las

paisanas iban de estrechas.

—¡Eso es de pm, Moncho! El domingo vamos a Casaguada y se lo decimos a las chicas —lo dijo, casi cantando, el pobre Agus, que se sentía culpable de nuestro infortunio.

—¡Noooo, tienen que ser forasteras, las nuestras cuando están juntas no se dejan ni por asomo! —impuso sus condiciones Moncho, que para eso ponía la casa.

Al final todos me miraron.

—Tú, Germán, que estudias con madrileñas.

No me quedó más remedio que decírselo a los amigos de la academia. A los finolis del cole no los invitaba ni jarto de vino.

Los amigos del fútbol nos llenaron de chicas el guateque. Antes no sabían dónde llevarlas.

Entrábamos por la puerta de servicio, bajábamos la escalera hasta el sótano y allí o conocías aquello o llevabas brújula, nuestro salón estaba al fondo del fondo del fondo.

Teníamos un tocadiscos y un pequeño mostrador con bebidas. Un sofá penoso que no lo parecía a la escasa luz de la estancia, cuatro o cinco sillas cojas e incómodas, allí se iba a bailar, un perchero de pie, vetusto, y una bombilla de 40 cubierta con un sombrero de paja.

Los chicos ponían 50 pelas cada uno, más barato que la disco que costaba 100, o llevaban unas cuantas botellas y las titis, gratis, se ponían ellas solas, como bien resumía Agus.

Moncho, como dueño del chiringo, a los mandos. Ponía no más de cuatro o cinco canciones sueltas, para irnos fijando unos y otras y luego era una cadena de melodías sin parar. Las siete u ocho parejas que nos reuníamos allí, hablábamos poco, era algo tectónico y provisional.

Yo, el primer día, tardaba en decidirme y ayudaba a Moncho con los discos. Javierito se me acercó.

—Germán, no te comas el coco, esto es como los futbolistas en el campo. Lo que pasa aquí, queda aquí —y me cogió del codo y me acercó a la amiga de su chica, una rubia de quince, delgada y delicada, todo ojos, que no hacía nada más que mirarme.

Comenzamos a bailar y acomodamos nuestros cuerpos el uno al otro. Aquello era algo simple y primigenio. Íbamos a conocer y a coger experiencia con la otra mitad del mundo. Y ellas, lo mismo. La acaricié la espalda y ella me enlazó el cuello con sus brazos. Llevaba un vestidito más delgado que el papel de fumar y me emocioné al adivinar su cuerpo entre mis brazos, entre mis piernas. Luego, nos besábamos como en el cine, envueltos en oscuridad y en música. Sin saber apenas quiénes éramos, sin ayer y sin mañana, solo en nuestra mente aquella tarde olorosa de colonia de adolescentes y con sabor a chicle de menta, nosotros, y de fresa, ellas.

Aquello duró tres o cuatro meses, cada vez venía más gente y más desconocida. Se debieron mosquear los vecinos y el padre de Moncho puso punto final a la aventura.

El otro día vino Agus a verme. Ahora, casi viejo, está más delgado y en forma que nunca. Y no es porque no tenga tentaciones para comer, lo que más le gustaba antes, ahora es el dueño de un restaurante en Leganés de tronío.

—Te traigo un regalo para tu memoria —me dijo.

Clara buscó el tocadiscos, el mismo que yo llevaba entonces al guateque y puso aquel sencillito que duraba ¡siete minutos!, y que se llamaba “La charanga”. Juan Pardo deslizaba aquella voz

cansina y romántica, que hacía que dejáramos de girar y se parara el mundo, en mitad de nuestros besos. A nosotros, con aquellas chicas en nuestros brazos, aquellos siete minutos se nos pasaban en un santiamén.

Yo aquellos momentos ahora los recuerdo con cariño y con nostalgia. Pero entonces, no era así. Aquellas noches volvía a mi casa descentrado y culpable. Como cuando me iba a los futbolines de la plaza de Santa Ana, saltándome las clases que mis padres me pagaban con su sudor y esfuerzo.

Para colmo, por aquella época, en el colegio nos pusimos en huelga. No recuerdo ni por qué. Seguro que por seguidismo a unos profesores en la universidad que exigían libertad de cátedra y eso, claro, el régimen no iba a permitirlo, por mucho que Arias Navarro pareciera que abría la mano. En España se enseñaba lo correcto, no aquellas doctrinas comunistas y masonas que nos querían introducir aprovechando la ancianidad del dictador.

Yo alucinaba. Les escribí a mis compañeros de Sigüenza y allí, claro, iban marcando el paso a los dictados de los curas, como siempre. En nuestro cole, sin embargo, nos dejaban las aulas para que nos reuniéramos y hasta nos pagaban botellas de agua por si teníamos sed. ¡Toma nísperos! Allí, en nuestras propias aulas, escuchábamos a los líderes sindicales y estudiantiles que exhibían una fuerza ante la autoridad por mí impensable. Una tarde estuvimos discutiendo sobre procesar al ministro por prevaricación. Yo, no me lo podía creer.

Estuvimos sin tener clase casi un mes. Yo, claro, en casa no decía nada. Bastante tenían mis padres con sus propias contradicciones, tratando de adaptarse a aquella gran ciudad de Madrid.

Cuando me metía en la cama por las noches pensaba que toda mi vida era una gran mentira. No tenía clases en el colegio, me saltaba las de la academia de banca, los domingos, teníamos aquellas sesiones de baile magreantes y fileteras que no conducían a nada. Por momentos, mi futuro con Rosa María se desdibujaba, aunque yo me justificaba que nunca quedé con ninguna chica fuera de los guateques, ¡y fui el único!, por respeto a su recuerdo. Pero también aquel amor, muchas veces, me parecía otra gran mentira.

Con la religión me pasaba algo parecido. Yo tenía unos valores dentro, sí, de acuerdo, pero nunca los cumplía. Y, luego, estaban el sexto y el noveno mandamientos. La naturaleza iba por su lado, imponiéndome su ley y, por otro, estaba mi cabeza, partida en dos mitades, como la de un esquizofrénico.

Sufría de una desazón profunda y turbadora. Y ello me criaba un carácter hosco y difícil. Mis padres y mi hermana estaban hasta el gorro de mí, siempre irritable y egocéntrico, pensando solo en mis problemas y no arrimando el hombro casi nunca. Cuando me encargaban de cuidar de Pepín, que era lo único que hacía, siempre me venía mal y me ponía de uñas. Pepín me miraba y yo, ante su inocencia, me sentía todavía más culpable, más triste y frustrado, ante una vida tan sin sentido.

Don Braulio vino un día por casa y me puso las pilas. Las oposiciones a auxiliar administrativo en el Banco de Crédito Transatlántico empezarían en un par de meses. Me preguntó que si iba a ir bien preparado, no quería quedar mal con su primo. A mí casi me dio un

soponcio allí mismo, aunque lo que hice fue esbozarle una sonrisa dentífrica y jurarle que le haría quedar en buen lugar. Otra mentira más.

—Don Braulio, descuide, no hago más que estudiar.

Mis padres me miraron con orgullo.

—Está bien, Germán, piensa que tus esfuerzos de ahora son los cimientos de tu futuro —me contestó don Braulio—. Mi primo te puede echar una mano, pero siempre que el examen haya sido muy bueno, si no no hay nada que hacer, ¿estamos?

Pero, entonces, ¿para qué diantres servía su primo?, me pregunté en mi interior, mientras le sonreía con aún más profidén que antes.

Me acordé de los comentarios de Domingo, el amigote de la academia de Sol:

—No me seas de pueblo, Germán —sabía que aquello era lo peor que podía decirme—. Si tienes enchufe como nosotros, esto está hecho, no te preocupes, ¡vamos al fútbolín!

A partir de la visita de don Braulio, no faltaba a ninguna clase, y luego me humillaba yendo con ellos al fútbolín al terminar. Eso sí, iba porque les ganaba, ¿no te digo?

Uno de aquellos días en que estaba en la mierda y odiaba a aquella ciudad y a mi vida entera, más que nunca, me llamó Agus y me dijo:

—¿A que no sabes con quién me encontré ayer?

Ese mismo día la llamé. A Merche, la amiga que fue a Sacecorbo con Rosa María.

Fue una conversación extraña. Yo estaba nerviosísimo y ella huidiza. O eso me lo pareció.

El caso es que Rosa María estaba ya en Madrid.

—Como no fuiste a Sace en la Fiesta no te lo dijo, supongo.

—Dame su teléfono, por favor —le pedí, anhelante.

—Pues no tiene, o yo no lo tengo, yo aquí no salgo con ella, vivo en Leganés, cerca de Agus, y ella en Madrid. Nos escribimos.

Tomé nota de la dirección.

—Muchas gracias, Merche.

—De nada, Germán.

Y colgamos.

Mi vida volvía a tener sentido de nuevo.

Aquella misma noche la escribí. Le decía que me sentía muy alegre de saber que estaba en Madrid, ningún reproche por no hacérmelo saber antes, y que quería verla. Sobre todo, esto, que quería verla. Que Madrid estaba resultando una ciudad difícil para mí.

Nunca recibí respuesta.

Pasados quince días, llamé a Merche por si me había dado mal la dirección. Me comentó que había estado con ella, que había recibido mi carta y que creía que me contestaría. Al acabar, Merche me dijo:

—Lo siento, Germán, yo no te puedo ayudar en más —esto último me lo dijo muy claro.

Así que no volví a llamarla.

Bajé a los infiernos. El resto del curso estuve estudiando como un loco y saliendo apenas.

Por las noches, a veces lloraba de infortunio. De desconsuelo.

Tere trataba de ayudarme.

—Germán, ¿qué te ocurre? ¿Quieres que vayamos esta tarde al cine?

—Gracias, Tere, tendrás que irte con tus amigas. Yo me quedo con Pepín. Quiero que papá y mamá también salgan. Nunca van a ningún sitio.

—Chico, —me decía—, ¡ni tanto ni tan calvo! ¡Que eres joven!

Le hacía un gesto que quería ser una sonrisa y a lo mejor lo que mostraba era una mueca, de una tristeza infinita. Tere se acercaba entonces y me daba un beso en la mejilla.

—Yo estoy aquí, como siempre, no lo olvides —me decía.

Y yo volvía la cabeza y me refugiaba en Pepín.

—Germán, no pierdas tiempo. ¡Vamos a jugar! —me decía.

Y yo encontraba en Pepín el único refugio cálido y alegre por donde transitar en aquellos penosos días.

La que sí me llamaba de vez en cuando era Marta, Martuqui, como se hacía llamar. Una chica de diecisiete con la que estuve bailando en el último guateque. Se pegaba como una lapa, era una chica electrizante y con unas ganas de vivir tremendas. Yo creo que le caí bien, pero le dije muy claro que hasta final de curso tenía que dejarme los cuernos estudiando.

Y me llamaba para ver qué tal. Me animaba a su manera. Éramos tan distintos que hasta nos caíamos bien por eso. A mí me elevaba la autoestima que, mucho más tarde, supe que era lo más grande que alguien podía hacer por ti.

Pasé, a la carrera, las cuatro pruebas de las oposiciones de banca. En la que peor estuve fue en la entrevista final, con seis examinadores en círculo frente a mí. Seguro que ninguno era de pueblo, pensé.

Me dijeron que fuera mencionando las ciudades que había entre Barcelona (el banco, aunque tenía su sede en Madrid, había nacido allí hacía cien años) y Cádiz, es decir la llegada al Atlántico, en alusión al nombre del banco.

Yo, que solo conocía Sacedorbo, Sigüenza y Madrid, (ah, y un viaje de ida y vuelta en tren a Huesca que tenía olvidado), me imaginé el mapa de España que teníamos colgado en los corazonistas e hice lo que pude. Uno de aquellos tíos exclamó:

—¡Este da la vuelta a España!

Pero su jefe observé que me miraba con cariño.

Fui el número 31 de una promoción de 75. Nos habíamos presentado 4500 en toda España. Don Braulio me dijo:

—Has sido tú, Germán, tú solo. Tienes que estar orgulloso. Y tus padres, también —los miró, mi madre tenía los ojos llenos de lágrimas—. Ahora, en el destino, sí intervendrá mi primo. Será en Madrid, claro. En un sitio de futuro, interesante. Ahora nos toca a nosotros.

Y en el colegio obtuve cuatro sobresalientes (todos ellos en las asignaturas más importantes) y cuatro notables. El rector, que apenas me conocía, tenía que poner la nota final en una casilla.

Me miró.

—¿De Sigüenza, no?

—Sí —le dije.

Y me estampó un “notable” el tío. A ver si un paleta iba a cortar dos orejas y rabo en la difícil plaza del Monte Monserrat, debió pensar.

A mí aquello me la sudaba. Tenía una cartilla de notas que me envolvía de muchos más honores de los que me podía otorgar aquel hombre mediocre.

Hice la prueba de acceso a la universidad y entonces me dijo mi padre:

—Tienes que elegir carrera. ¡Hombre, estando ya en el banco, será Económicas, digo yo!

Yo no tenía una inclinación grande por ninguna otra. Lo que a mí me gustaba, estaba en lo más profundo de la bodega de mi corazón, ni a mí mismo se atrevía a hablarme entonces.

—¡Empresariales!, es más difícil. Económicas me han dicho que es una “maría” —le contesté.

Mi padre me miró un momento a los ojos, satisfecho. Y mi madre me observaba desde la cocina, orgullosa. Algo estaban sacando de aquellos años de esfuerzo y adaptación a aquella ciudad de Madrid, que tenía más caras que un prisma de cien mil espejos.

Yo, aquella noche, en mi cama, me encontraba inquieto y ambivalente. Nunca había leído un libro de economía y lo de trabajar en un banco nunca lo había pensado para mí, seguía pareciéndome un auténtico rollazo.

Mis dos pilares, en los que me había apoyado todo aquel año, estaban hechos añicos por el suelo: mi amor eterno por Rosa María y mis valores religiosos.

Ya no asistía con mis padres a misa, les dije que quería ir solo, pero en realidad casi nunca iba. Estaba en un proceso de reflexión interna que todavía me duraría bastante tiempo, en tanto iba yo encajando todas las piezas en el puzle de mi vida.

Mi vida, otra más, plagada de esfuerzos, de dedicación y renunciaciones, como las de nuestros padres, bueno, tanto no. Hoy miro por la ventana y veo nuestro país: un país hermoso y digno. En aquellos años, los que tiraban del carro, los que lo llevaban en volandas en sus hombros fueron ellos. Y todavía les quedaron fuerzas —pienso con orgullo— para formarnos a nosotros en un futuro mejor.

Pero yo era un chico joven entonces y estas grandes ideas son de personas mayores. Y juiciosas. Lo que yo quería hacer al día siguiente era llamar a Martuqui.

Hasta Agus, que era un tapón con piernas, me había dicho que en aquellos meses lo había hecho todo con ellas, o casi todo.

—¡Martuqui, que he aprobado todo! —le dije.

—Qué bien, Germán. ¡Pues habrá que celebrarlo!, ¿no?

11. ¿ESTUDIAS O TRABAJAS?

Había muchos jóvenes entonces que, cuando terminaban el Bachillerato Superior, dejaban sus estudios. Había mucho trabajo y eso significaba dinero en el bolsillo: poder ir a la discoteca y comprarse un coche de segunda mano. Entre los hijos de emigrantes era lo más normal. En un par de años tenían ya un dinero ahorrado y podían dar la entrada de un piso. Así que su cuerpo, y su mente, les pedían echarse una novia formal.

Antes de irse a la mili casi todos tenían esa novia, que les iba a despedir al tren y les escribía luego cartas larguísimas. A la vuelta se casaban y se ponían a criar una familia numerosa. Y él ascendía en su trabajo o hasta se buscaba un segundo para afrontar todos los gastos. Y ella, lo mismo, con el añadido de llevar una casa llena de niños.

El trabajo era la base de todo.

Luego estaba una minoría que solo estudiaba, el cero coma cero entre los hijos de emigrantes. Por eso, cuando ibas a una disco y le preguntabas a una chica:

—¿Tú, estudias o trabajas?

En realidad, querías decir:

—Tú, ¿eres del foro? o, como yo, de pueblo.

Y, por fin, estábamos esa minoría de apaleados que estudiábamos y trabajábamos. Que no teníamos tiempo, ni para discos, ni para novias. Que éramos de pueblo, pero aspirábamos un día a ser no sabíamos ni el qué: unos profesionales burgueses con mejores pisos, con mejores coches y que tuvieran unos hijos que cuando fueran mayores pudieran solo estudiar.

Aquellos últimos días de junio de 1974, yo, pobre inocente de mí, estaba eufórico. No hacía más que celebrarlo. La entrada en aquella clase maldita, la de los sufridores empedernidos, la de los frustrados llenos de ojeras y preocupaciones, la de aquellos jóvenes envejecidos de repente, serios y responsables, que ofrecían su juventud a cambio de un futuro colgado en aquellos sueños llenos de luces y espejos.

Sí, éramos de nuevo, sin ser conscientes de ello, los soñadores, los sublimadores como en el internado, los caminantes de un desierto páramo en busca de un oasis reparador y paradisíaco.

Yo, estaba a lo que estaba, me puse un vaquero que me caía muy bien y me fui a Santo Domingo. En la boca del metro había quedado con Martuqui. Me llevó a la calle Leganitos, una rúa llena de discotecas de parejas, que yo desconocía.

Le dije:

—Martuqui, a lo mejor no nos dejan pasar —señalé un gran cartel en la puerta que ponía: “Prohibida la entrada a menores de 18 años”.

Ella me sonrió:

—Ya verás como sí. Tú, agárrame bien de la cintura. Así —y ella me pasó también su brazo por la mía y fue a meter su mano en uno de los bolsillos traseros de mi vaquero.

Fuimos andando así, sintiendo nuestros movimientos al caminar.

—Dos —dije con firmeza en la taquilla.

—Doscientas, señor.

En el hall había un acomodador, con linterna como en los cines. A los cuatro pasos me di cuenta por qué.

Aquello era una oscuridad impenetrable, máxime viniendo desde la calle, como nosotros. Bajamos, no sé, al segundo sótano, por una escalera que tenía una cuerda gruesa en vez de barandilla, yo iba de la mano tras Martuqui. En un rellano ella se giró, me echó los brazos por el cuello, y me dio un beso de verdad, de los que me explicaba Esteban Gómez en la cabina de proyección, con lengua, tornillo y, sobre todo, con mucha pasión.

Se separó y vi las luminarias de sus ojos, encendidas en la oscuridad.

—Mi banquero... —me susurró.

Nos acomodaron en un sofá, detrás de su respaldo se oían, acolchados por la música, los bisbiseos de otra pareja.

—¿Un volcán? —se dirigió al camarero, pero pidiendo mi aprobación.

Yo no sabía lo que era aunque no se lo dije, me limité a bajar la cabeza.

Hasta que nos trajeron aquella caldera en erupción, Martuqui no hacía más que besarme y abrazarme.

—Ay, Germán, ¡te tenía unas ganas...!

A mí, un chico retraído y tímido, aquellas palabras me subían la autoestima, como ya dije.

Cuando trajeron aquel cráter humeante que echaba un humo rojo, con sus dos pajitas juntas y probé su brebaje exótico y lleno de alcohol, me animé todavía más.

—Ven aquí, Martuqui, mi chica volcánica...

Aquella fue una tarde inolvidable.

Era como en el guateque, pero con más revoluciones. El tiempo no pasaba. Disfrutábamos conociendo nuestros cuerpos, besándonos, abrazándonos, aspirando nuestro olor, mezcla de desodorante y sudor.

Martuqui me llevó a la pista de baile, minúscula, más que nada por sentir juntos nuestros cuerpos. Allí, solos, nos apoyábamos en las paredes y la música nos transportaba a un mundo de sensaciones plenas de juventud y de atracción mutua.

Cuando ya eran cerca de las diez, Martuqui miró su reloj y me dijo:

—Vamos un poco más abajo.

Descendimos por la escalera de la barandilla de cuerda hasta una especie de reservado, con los mismos sofás que antes, pero separados por biombos. Allí ya no había nadie.

Nos sentamos en uno de ellos. Martuqui se abrió la blusa y me dijo:

—Y ahora vamos a dárnoslo todo.

Aunque todo no era todo.

—...Eso, no, hasta ahí, todo —me aclaró, un momento después, la chica volcánica, que tenía más juicio de lo que parecía.

Fue mi primera noche de amor. Y nos lo dimos todo. De la forma que podíamos. Supe del cuerpo de la mujer, hecho de calidez y hospitalidad, para ser amado y no violentado, destino de nuestra pasión y almohada de nuestros sueños.

Cuando nos recomponíamos nuestras ropas y eliminábamos con el pañuelo los vestigios de nuestra pasión, Martuqui me preguntó:

—Oye, Germán, y ¿tú de dónde eres?

Yo, por un momento, me sentí avergonzado de decir el nombre de mi pueblo a aquella madrileña liberada. Martuqui continuó:

—Yo soy de Cogolludo.

Acabáramos. Me empecé a reír como hacía mucho que no lo hacía. Me recompuse:

—Yo, también de Guadalajara, de Sacecorbo.

Ella se terminó de abotonar la blusa.

—Lo de Guada ya lo sabía, me lo dijo Domingo, cuando me invitó a vuestro guateque.

Yo le ayudé con un botón rebelde.

—Así que: paletos los dos. ¡Y yo que pensaba que eras una madrileña liberada!

Ella, coqueta, se colocó el pelo.

—¡Qué dices! Esas son unas sosas. Por cierto, ¿ya sabes que Domingo está hecho polvo con lo del banco?

—Sí, me ha dicho que iba a matar a alguien de su familia —me acordé de su relajo en los futbolines de Santa Ana.

Martuqui me dio la mano.

—¡Vamos, que mi madre me llama a las once a ver si estoy!

Martuqui vivía con otras chicas en un piso compartido, cerca de allí. Trabajaba de taquimeca en un despacho de abogados, pero quería hacer Derecho y dedicarse a pensar en cómo resolver los casos en vez de aporrear las teclas. Otra sufridora que trabajaba y estudiaba.

—Oye, Martuqui, mañana me voy de vacaciones a Zaragoza y a la vuelta no sé qué plan tendré —yo era entonces un tío legal, no quería engañar a nadie.

Martuqui me gustaba, pero no era mi tipo de chica. El tipo de chica por el que flipaba en aquella época. No era una de aquellas chicas complicadas, difíciles, e inaccesibles, que me hacían sufrir y me bajaban la moral. Aquel tipo de chicas que me enloquecían y que me hacían perder la cabeza.

Tal vez como Rosa María. A la que, a pesar de su portazo postal, no había olvidado. Ni mucho menos.

Martuqui me sonrió y me apretó la mano.

—No te preocupes. Yo tampoco sé lo que voy a hacer el mes que viene. Los dos tenemos nuestros teléfonos, ¿no?

Me acerqué y fui a darle un beso en la cara, pero ella se giró y me ofreció sus labios.

—Lo he pasado genial, Martuqui. ¿Cómo se llama este sitio?

Quería saber dónde había pasado mi primera noche de amor.

—Un nombre muy para ti, de poeta: La Noche Lunar.

Me sorprendí, aquella afición de los versos yo no se la decía a casi nadie. Al verme la cara de sorpresa, continuó:

—Se te nota mucho, tiene su encanto. Pero también te pueden hacer mucho daño...

Martuqui aparecería por mi vida de vez en cuando, como el Guadiana, nunca se lo agradecí lo bastante.

No terminó Derecho, aunque ascendió a Jefa de Administración del bufete. Unos años más tarde, ya había hecho yo la mili y todo —hasta entonces nos estuvimos viendo de vez en cuando —, me llamó para decirme que se casaba. Su novio trabajaba en el Banco Español de Crédito.

Solté una carcajada cuando lo oí.

—¿De qué te ríes? Es lo más parecido a ti que he podido encontrar.

Sí, años más tarde, recordé esta misma frase. Terminaba la excelente novela de un escritor que me gustaba mucho, Francisco Umbral. La obra se llamaba: “Si hubiéramos sabido que el amor era eso”.

Sí, subíamos los primeros peldaños de nuestras vidas a golpes de intuición, pendidos de un hilo, con el vacío a nuestros pies. Como nuestro país, que recorría aquellos últimos meses de una etapa que ya era pasado, pero lleno de temores, y de esperanzas, sobre su nuevo futuro que ya llamaba a su puerta.

Aquel fue el primer viaje de vacaciones que yo realicé en mi vida. Mi madre habló con una prima que tenía en Zaragoza, viuda, y nos mandó a mi hermana Tere y a mí a visitarla.

Recuerdo el chachachá del tren en Atocha, a mi madre lanzándonos besos desde el andén y a mi padre con Pepín de la mano gritándonos: “Buen viaje”.

Y, luego, los inmensos campos de Castilla, de Aragón, la sensación de libertad, que siempre me han producido los viajes.

Mi hermana Tere aprovechó para ponerse al día.

—¿Qué tal con esa de la otra tarde?

Ella ya iba a cumplir veintidós años y tenía un novio madrileño con el que no acababa de acoplarse.

—¿Con quién? —quise darle largas.

—Vamos, Germán, con esa tal Martuqui, en nuestra casa se oye todo.

—Bien, una buena amiga, sin más.

Ella estuvo valorando el tono de mi respuesta. Por fin continuó:

—No te compliques, Germán, que eres muy joven.

Yo también valoré el timbre de su voz.

—Y tú, ¿qué tal con Pablo?

Ella miró por la ventanilla.

—A la vuelta, lo mismo lo dejo. No somos de la misma pasta. La gente de Madrid no es como nosotros, ¿sabes?

Sonreí a mi hermana con cariño. Sí, todos íbamos por la vida pendidos de un hilo.

Pablo tenía un negocio. Era muy abierto y dicharachero. Pero a veces parecía que no tenía la cabeza sobre sus hombros. Se gastaba todo lo que ganaba. Y más.

Recuerdo de aquellos días de vacaciones en Zaragoza, cómo mi hermana Tere recuperaba su alegría, y su gracia.

Recuerdo también las vistas de una puesta de sol sobre el Ebro, con las torres del Pilar al fondo.

Allí, Tere me dijo:

—Pablo no sabría valorar esto, lo dejo, lo tengo claro.

Aquella noche, nos llamó mi padre.

—Ha llegado una carta del banco. Te incorporas en dos semanas. Veníos para acá. Te tenemos que comprar la ropa y arreglarte un poco.

Aquellos días de vacaciones fueron los únicos que tuve en mucho tiempo. Quiero decir sin estudiar ni trabajar. En el banco todo iba por rigurosa antigüedad, a los nuevos nos daban las vacaciones en noviembre, época de preparación de exámenes en la universidad.

Poco a poco me daría cuenta de lo que significaba esa clase de trabajadores estudiosos en la que de una forma un tanto inconsciente me había introducido.

Nuestros padres querían darnos un futuro mejor y habían llegado hasta allí. Hasta cavar unos profundos cimientos que pudieran sustentar luego un edificio esbelto. Lo demás ya era cosa nuestra. Teníamos esa base y la receta para continuar, que era muy fácil de recordar, aunque hoy parece que se haya olvidado un poco: “el que algo quiere, algo le cuesta”. Y nosotros, emigrantes que proveníamos de pueblos sencillos pero trabajadores, lo queríamos. De lo que no éramos muy conscientes, yo por lo menos, era de lo que costaba.

Nuestro país también era un país ilusionado. El milagro económico poblaba de “seiscientos” nuestras carreteras y el turismo hacía florecer bares, restaurantes y hoteles. En las cancillerías europeas y de Norteamérica se apostaba por nosotros, por España, uno de los países con más historia del mundo. Lo que no estaba todavía claro era si los españoles pondríamos toda nuestra generosidad, y toda nuestra inteligencia, para unirnos y pasar a la etapa de la normalización y de la esperanza, dejando atrás la dictadura que se instauró tras una cruenta guerra civil. En aquellos años, no solo se iba a dilucidar el futuro de chicos como yo, sino el de todo un país.

Cuando regresamos a Madrid, yo pasé a manos de mi madre:

—No tienes ropa para ir al banco. Y no tienes que parecer un paleta. Tenemos poco tiempo. Don Braulio me ha dado la dirección de un primo suyo que tiene una sastrería. Mañana mismo vamos para allá.

Don Braulio tenía tentáculos en todos los sectores económicos, pensé yo. Pero, en aquel momento, yo se lo agradecí. Su primo me vistió de arriba abajo. Dos trajes enteros, más seis camisas, tres corbatas y un par de zapatos, para empezar. Mis padres, de vuelta, le pintaban toda la casa a don Braulio.

Mi madre me llevó a la peluquería de El Corte Inglés, en la que te peinaban bien, la cabeza y la cartera, quiero decir.

—Péinenlo como un chico de bien —les vino a decir mi madre.

Con lo que mis incipientes melenas, que le encantaban a Martuqui, acabaron en la papelera.

Cuando esa mañana me dispuse a ir al banco, parecía un pincel. Tere me dijo:

—Ni un novio va tan guapo como tú —luego se acercó a darme un beso y me bisbiseó al oído —. Demuéstrales a esos palurdos lo que es un tío de Sace.

El edificio del banco estaba en la calle de las entidades financieras por excelencia: la calle de Alcalá, entre Cibeles y Sol, con el Banco de España comandando la fila.

El destino que me había buscado don Braulio era interesante: el área internacional, aunque el puesto fuera a pie de obra, claro. Me llevé dos impresiones contradictorias aquel, mi primer día de trabajo:

—Vienes a sustituir al pobre Joaquín —me bisbiseó Leandro, un chico del departamento que me llevaba tres años, cuando nos quedamos solos—. Se le ocurrió liarse con una chica de aquí, esa de verde, la Mariví, y el pobre estaba esperando que entraras tú para que le den nuevo destino. Lejos de aquí, of course. ¡Ya sabes cómo son en banca!

Sí, lo intuía, un sector tradicional, cuando no retrógrado.

Por eso me extrañó ver allí tantas chicas. De una docena de empleados, solo vi a dos chicos, además del tal Joaquín, que ya estaba recogiendo sus cosas. Uno era el tal Leandro y otro, un tipo simpático y barbudo, también de veinte años que me cayó muy bien:

—Yo soy José Juan, otro paleta como tú, de Cuenca —se presentó.

Sí, entonces las mujeres se integraban en masa a trabajar fuera de casa, por aquellos años se inició el que sería el cambio más importante del último tercio del siglo XX. Llevaría consigo otros cambios de situaciones que hoy, pocos años más tarde nos parecen increíbles: por aquellos días salió una ley que permitía a las mujeres, por vez primera, mantener cuentas en los bancos a su nombre, sin permiso del marido o del padre. ¡Toma nísperos! El antiguo Banco de Bilbao fue el primero que se autoproclamó “el banco de la mujer”, abriendo oficinas exclusivas para ellas, otros bancos, como el mío, le siguieron a continuación.

Así que era un sector tradicional, pero que se movía, “la pela es la pela”, nunca mejor dicho que allí. Era un sector también pionero en tecnología, los primeros ordenadores aparecieron en él, unos armatostes que ocupaban una habitación entera y que tenían unas prestaciones menores que nuestro teléfono móvil. Pero fueron sus antecesores. A su alrededor había una pléyade de jóvenes perforando aquellas tarjetas, “los perforistas”, donde se introducía la información.

En el área internacional teníamos la vanguardia de la comunicación: los famosos télex, una especie de máquinas de escribir que se comunicaban con otras en otros países, tenían un rodillo donde se escribían los mensajes y, por si se quedaban sin papel, se grababa una copia en aquellas cintas de papel, llenas de agujeritos, que eran los códigos de la información.

—Germán, obtén una clave para el Deutsche Bank —me mandaba mi jefa Victoria Salisáchs, una pionera rompiendo techos de cristal en la evolución laboral femenina, tal vez porque era leridana, ya cerca de Francia.

Y yo me bajaba al departamento de claves. Allí había una caja fuerte, con veinte libros gordos dentro, como los de Petete. En ellos figuraban las reglas de las claves: dependiendo del

banco, el país, el día de la semana, el importe, etc. La apoderada de claves, otra pionera femenina, (algunas mujeres hoy en día se creen que el feminismo lo inventaron ellas), sumaba todos los códigos y me apuntaba a mano un número en el documento y lo firmaba.

Con ello ponía yo el mensaje al Deutsche Bank, iniciándolo con “Test Key” (clave, en inglés). Y yo, un chisgarabís de El Sauce Curvo de 17 años, me sentía el más importante del mundo.

Entonces las grandes empresas eran familiares y paternalistas. Por ello, pedían referencias para entrar, como en mi caso al primo de don Braulio. Aspiraban a integrarte en aquella familia de por vida, como hoy siguen haciendo los japoneses.

Por tanto, las carreras en ellas eran lentas, dado que nadie de por arriba se marchaba, pero seguras, nadie iba para atrás ni se le echaba, salvo si metías la mano en la caja, claro, le pegabas a un jefe o algo por el estilo.

Tenían clubes para integrar el ocio de sus empleados dentro de aquella familia empresarial, al salir del banco y los fines de semana: secciones de juegos de mesa, fútbol, excursiones e, inclusive, residencias en la costa donde los empleados y sus familiares compartían vacaciones con otros empleados, todo ello a un coste muy reducido.

Los salarios no eran altos aunque mejores que en otros sectores. Allí te pagaban con la seguridadddd, así, bien remarcado.

A mí me lo dijo el Jefe de Personal cuando me recibió el primer día:

—Germán, esto es para toda la vida. Si eres bueno, irás ascendiendo. Y si en unos años te casas con otra empleada, podréis vivir muy bien.

Todo estaba lleno de reglas y procedimientos dictados por la antigüedad. Allí, ser joven y sin experiencia, era un castigo, no se te tenía en cuenta y, si querías sobresalir, el sistema casi que te empujaba más abajo. Era la ciencia de primar la espera. La frustración, llegaba a pensar yo a veces.

Luego había cosas que eran de película de Groucho Marx, locas pero entrañables. Trabajábamos de ocho a tres, incluidos los sábados. No existían las máquinas de fichar, lo hacíamos firmando en un cuadrante que tenía el jefe del departamento, el señor Bermúdez, del que ya hablaré. Pues bien, nos daban diez minutos de cortesía por si a alguien se le había dado mal el metro, pero allí pretendíamos llegar todos entre las ocho y nueve y las ocho y diez, para no perder el plus de puntualidad de 25 pesetas diarias.

Salíamos del ascensor corriendo y atropellando a todo el mundo y llegábamos a la mesa del señor Bermúdez cuando este estaba guardando el cuadrante en su cajón. Y entonces empezaban nuestros ruegos y hasta nuestras advertencias de que todavía estábamos en hora. El señor Bermúdez, un tipo tímido y buenazo, que tenía que lidiar con su subjefe, la decidida Victoria Salisáchs y con nueve chicas más a su cargo, terminó optando por llamar por teléfono al servicio del horario oficial para confirmar el minuto exacto. Lo cual dilataba unos segundos más el asunto.

Si una chica llegaba al filo del tiempo pero avisaba de que otra se había tenido que ir al baño, por un problema femenino, al señor Bermúdez se le abría otro frente. En resumen,

cachondeo total.

Se comentó que el señor Bermúdez, agobiado por el pase de lista, acabó comentándoselo a su mujer, la cual tardó dos segundos en dar en el clavo:

—Pues pásale el asunto a tu subjefe —le dijo.

Fue mano de santo. Fuimos entonces como el resto de departamentos. Llegábamos a las ocho en punto.

El trabajo era administrativo total, nos pasábamos todo el tiempo escribiendo a máquina, máquina eléctrica, menos mal, nos hubiéramos destrozado los dedos.

—Aquí, donde lo veis —se cachondeaba José Juan, mirándonos a Leandro y a mí— hemos acabado de putos mecanógrafos.

Y trabajábamos mucho más que las chicas, muchas de ellas recién casadas y con niños, que tenían una media de ausencias mensuales que, junto al asunto del ídem, superaba las seis faltas al mes, según estadística casera que llevaba Leandro.

Menos mal que teníamos a José Juan, un Eddy Merckx del tecleo, cogía hasta seiscientas cincuenta pulsaciones sin despeinarse, y sin errores. Además, era un chaval un tanto nervioso.

El día que venía con el cable suelto, me decía a mí o a Leandro:

—Dame la mitad de tu trabajo, que necesito cansarme —e iniciaba una huelga tremenda a la japonesa el tío, con su máquina echando humo.

Claro, el señor Bermúdez echaba la media y las cosas le salían, así que no les decía nada a las chicas que, además, se ponía colorado.

Yo creo que éramos el típico departamento de funcionarios del que podría haber dibujado sus viñetas el genial F. Ibáñez.

A mí también me vendría muy bien aquel departamento, pensaba yo aquel mi primer día, cuando empezara la universidad tras el verano, porque la mente la podías mantener fresca y descansada para luego captarlo todo en la uni.

Pero la realidad era que acababas agotado. Estábamos apiñados, hablando sin parar, sobre todo ellas. Te volvías esquizofrénico, tratando de concentrarte en lo que escribías, unos formularios para transferencias recibidas del extranjero, muchas veces con nombres en inglés para más inri y tratando de seguir, al mismo tiempo, el palique. Generalmente eran unas conversaciones acaloradas sobre hombres y mujeres, de temática de género que se diría ahora, entre los dos bandos de chicos y chicas. Luego los formularios los chequeaba la subjefa Victoria Salisáchs y tenías que repetirlos si había errores aparte de aguantar una mirada de las suyas.

Yo recuerdo que venía a mi casa exhausto, comía a las tres y media y tenía que echarme una siesta de un par de horas para recuperarme, sobre todo al principio, en el que todo era nuevo para mí. Yo no estaba acostumbrado, ni por asomo, a hablar de aquellos temas con las féminas. ¡Cómo nos atacaban! Y el señor Bermúdez a verlas venir.

Aunque, luego, cuando volvía a tener la mente descansada era todavía peor: las contradicciones adolescentes y de adaptación a Madrid brotaban por doquier.

Si salía con mis compañeros de COU, tenía que ir en plan finolis y temiendo no pifiarla con algún comentario de pueblo. Si salía con los de mi pueblo, lo mismo, pero en sentido contrario,

Agus me dijo un buen día:

—No sé, Germán, desde que trabajas en el banco te veo como más raro... —Y en este plan.

Cuando cobraba, unas diez mil pelas al mes, me subía la autoestima pero, luego, mi padre, que se agenciaba trabajos por doquier, ahora también lavaba coches en el garaje del economato, me decía:

—Échame una mano con los coches, Germán, que estás ahí, mano sobre mano.

Y, yo se la echaba, claro, pero me ponía de espaldas a la puerta, no fuera el caso de que algún día me viera alguien del banco o de mi cole. Me llevaban los demonios por dentro, solo de pensarlo.

Los fines iba a las discotecas, generalmente con la pandilla de Sace, los del cole eran más de pubs. Aquello era una selva, nada que ver con los guateques. Las chicas estaban sentadas en los laterales, los chicos caminábamos por los pasillos y las sacábamos a bailar. Yo, a veces, ponía el piloto automático y ni me fijaba a quién sacaba:

—¿Bailas? ¿Bailas?

A veces se lo pedías a una y se levantaba la de al lado. No podías pararte ni un segundo porque te empujaba el de detrás.

Claro, salvo a las desesperadas, a las chicas normales con aquel panorama se les ponía dolor de cabeza.

—Uy, es que me duele la cabeza.

O el pie. O aquello de “estoy cansada”, que nos sacaba de quicio a los chicos, que éramos los únicos que nos cansábamos dando vueltas por aquellos antros.

Y tampoco valía la pena repeinarte o echarte colonia de la cara. Con aquella luz mortecina y aquel sudor de rebaño quedabas tan adocenado como los de al lado.

A veces teníamos malos días y no te habías comido un colín y te pesaba en exceso el saco de calabazas a la espalda.

Entonces Agus, una noche, tuvo una idea:

—Vamos por los antros de la Gran Vía, que me han dicho que por allí recala mucha pilingui.

Y aparecíamos por las calles detrás de Telefónica: la Ballesta, el Desengaño y la Corredera Baja, por ejemplo. La calle del Desengaño nos venía muy bien, al estado de nuestras mentes, y de nuestros cuerpos, en aquellos días.

Aquellos no eran unos bares normales. Las chicas que allí había, apoyadas en la barra del mostrador, muchas veces ya entraditas en años, estaban a la caza de algún cliente. En cuanto intimaban un poco contigo te soltaban:

—Mil y la cama. Es aquí al lado.

Nosotros no pensábamos irnos a la cama ni por asomo. Y, menos, darles mil pelas. Lo que tratábamos era de demorar el trato. En el ínterin la moza se dejaba toquetear un poco para ver si te animabas. Y ahí nosotros nos poníamos en plan pulpo.

—Anda, vamos, querubín —te decía una cuarentona—... que lo vamos a pasar muy bien —y tú aprovechabas para palparle las tetas y el culo.

Pero, en cuanto la moza se percataba del percal, te echaba de su lado con viento fresco. Si la chica era joven y atractiva podía ocurrir que, una vez que probabas la mercancía, fuera muy difícil el separarte de ella.

A Javierito le pasó una noche. Que fue a por un bombón y se enceló. No quería separarse de ella ni por asomo. Pero, tampoco, irse a la cama y dejarse mil pelas, claro, además del orgullo de un joven capaz de buscarse la vida de otra manera.

Así que, el bombón en cuestión le dijo:

—Pues págame una copa, mejor dicho, saca una botella de champán, para los dos.

Con aquella botella, Javierito se puso las botas aquella noche, abrazándose y sobando a aquella muñeca sin parar.

Lo malo fue cuando vino la cuenta: ¡setecientas cincuenta pelas! A Javierito tuvimos que darle aire, además de prestarle quinientas entre los otros tres amigos para salir de aquel mal trago.

Aquello no duró mucho. Porque se fue corriendo la voz por aquellos bares de que éramos solo unos pulpos calentones y las chicas en cuanto nos veían entrar no nos dejaban ni acercarnos.

—Tú, ya has catado, así que ya sabes: ¡mil y la cama! —nos gritaban.

Yo no me acuerdo si me alegré o no de aquella expulsión en toda regla, estaba absolutamente descentrado entonces, ya había empezado la universidad y pasaba dieciséis horas fuera de mi casa trabajando y estudiando. Me sentía un mero tornillo en aquella cadena de producción para esclavos.

Cuando me metía en la cama, estaba tan alienado que lloraba en silencio. No sabía lo que pintaba yo en aquel trabajo de mecanógrafo, en aquella universidad nocturna a la que yo llegaba tarde y no veía, sentado en la última fila, entre la nube de humo de los cigarrillos, ni los exponentes ni los principales de aquellas ecuaciones económicas que me importaban un bledo.

Y, los fines de semana, sobre todo aquellos que recalábamos en aquellos puticlubs, me desmoronaban cualquier muro interior mío que todavía se mantuviera en pie.

Fue una época de las más duras e insípidas que recuerdo.

Tal vez por ello, empecé a escribir por aquella época un diario, donde yo podía verter todos mis sinsabores y capturar también de nuevo todas mis esperanzas. No tenía a quien contar lo que me pasaba en mi interior, en casa aparentaba que estaba feliz con aquellos cimientos que con tanto trabajo y sudor mis padres habían podido pagarme y, con los amigos, me mostraba chachi con todo lo que me ofrecía aquella gran ciudad.

Así que solo aquellos diarios sabían de la pócima amarga que me tragaba cada día.

Ahora los releo y me sirven para verterme a conciencia sobre la pantalla del ordenador y rememorar aquel tiempo brumoso y oscuro.

Volví a pensar en Rosa María, lo más bello, puro y hermoso que me había pasado desde que pisé la raya de la adolescencia. No tenía nada más a lo que agarrarme y la volví a convertir en el faro luminoso para no perderme del todo, mientras transitaba aquella época sin brújula y sin farolas.

Me las agencíé para poder coger dos días de vacaciones en agosto, el viernes y el sábado, y juntarlos con el domingo. Este año sí iría a la Fiesta de El Sauce Curvo. Esperaba verla por allí. Porque si no...

Miro por la ventana y está cayendo una buena tromba. La típica tormenta de junio. Sí, para mí, la mujer siempre ha sido la poesía de la vida. Hoy como entonces. Cierro el ordenador. En nada, dejará de llover y la tierra ofrecerá ese olor a lluvia y humedad que tanto le gusta a Clara. Y yo la invitaré a dar un paseo conmigo, por las calles de esta ciudad en la que he gastado mi vida, a la que amo tanto.

Hace tiempo que no la oigo llamar al doctor Parrondo. Mejor. Me pone dolor de cabeza. No lo necesito a él. Tengo mi maleta llena de recuerdos. Con ella relleno de nuevo mi memoria y puedo escribir mi vida de nuevo. Y vivirla otra vez, de algún modo.

Y secar las lágrimas de Clara, a la que a veces sorprendo triste y preocupada. ¡Cómo le diría yo que no tiene por qué! Llego a la cocina y la invito a salir. La miro, animoso. Ella sonrío, por fuera, pero adivino un trasunto triste en su interior, una desorientación como la que tenía yo en aquella época. Cuando escribía en aquel diario de tapas verdes que hoy saqué de mi maleta.

12. LOS 18, ESA MAYORÍA DE EDAD

El encuentro con Rosa María en El Sauce Curvo fue ambivalente. Recibí de golpe otra vez ese brochazo de alegría que me producía el verla, esa ráfaga de luz que doraba los rincones oscuros en los que había dormitado aquellos últimos meses.

Pero la notaba distinta, se percibía el paso del tiempo. También ella era más mayor.

Aún de día, bailábamos en la plaza:

—Fue un error que te escribiera, ¿verdad? —le dije, todavía herido por su falta de respuesta. ¡Si ella supiera lo que, entonces, la necesitaba!

—No, ¿por qué? Aunque me dijeron que estabas muy bien acompañado...

—¿Cómo? —Me quedé pasmado, de repente caí.

El bocazas de Agus le habría dicho a su amiga Merche, cuando se la encontró en su barrio, que andábamos entonces con los guateques. Vete tú a saber lo que habría contado.

—Ah, me invitaban a aquellos guateques, cosas de críos... Tú tampoco me dijiste que te habías venido ya de Barcelona a Madrid.

—No, no lo hice —me dijo con un deje misterioso—. Tampoco habría sabido cómo.

Era verdad, porque no tenía mi dirección, pero esas cosas si se quieren se encuentran.

Rosa María estaba guapísima, inclusive más que dos años antes, cuando era más niña. Pero había añadido un toque dramático a su rostro, una sombra de profundidad que lo dotaba de mayor magnetismo si cabe, pero al mismo tiempo, quizás, de una sombra de tristeza.

Quise pensar que a lo mejor estaba pasando por una época como la mía. Llena de contradicciones. Eso, a mí, lejos de importarme, me fascinaba, me atraía su misterio todavía más. Se quedaba muchas veces en silencio y yo la miraba, embobado, y ella podía comprobar, de nuevo, cómo la adoraba.

Se debía estar acostumbrando a ello. Y no solamente por parte mía. Muchos otros chicos de El Sauce se fijaban en ella. Aunque cuando estaba conmigo nunca sentí su coqueteo con nadie más. Eso, pensaba yo, era lo importante. Como si el destino hubiera dictado ya sentencia sobre nosotros.

Se hizo de noche. Estábamos sentados en un banco de la plaza. Yo quería hablarle de algo personal mío.

—A mí me gusta escribir poesía —le dije—. ¿Y a ti?

Me miró con sorpresa. Abrió el bolso y sacó un cuadernito y un bolígrafo.

Escribió con agilidad unos versos en una hoja, yo la miraba boquiabierto, la arrancó y me la dio. Mientras yo la leía, escribió en otra.

Esos versos los encontré esta mañana en mi maleta, en una carpeta que pone: “Rosa María”.

La primera hoja decía así:

Hoy estoy sin saber, yo no sé cómo,
hoy estoy para penas solamente,
hoy no tengo amistad,
hoy sólo tengo ansias
de arrancarme de cuajo el corazón
y ponerlo debajo de un zapato.
Hoy reverdece aquella espina seca,
hoy es día de llantos en mi reino,
hoy descarga en mi pecho el desaliento
plomo desalentado.
No puedo con mi estrella.
Y me busco la muerte por las manos
mirando con cariño las navajas...

Leía aquellos versos y sentía en mi interior un dolor muy grande. No porque yo no escribiera cosas tan tristes. Sino porque ella hubiera elegido aquellos versos en aquel momento, cuando estaba conmigo.

Levantó la cabeza y me miró. Me encontró desorientado y sonrió con suficiencia. Me entregó la segunda hoja.

Amar
Ser amado
Ser comprendido...
No,
No se puede ser amado,
Ser comprendido...
No, no se puede...

Aquellos versos eran todavía más directos y clarividentes. Me sentí abatido. Solo acerté a balbucear.

—Rosa María, no se deben escribir esas cosas...

Ella me miró, tal vez halagada de haberme impresionado.

—¿Por qué? Si no, sería frustrante, ¿no crees?

No le contesté. Tras unos segundos de silencio por fin musité:

—Oye, Rosa María, ¿tú qué opinión tienes de mí?

Ella pareció dudar un momento.

—¿De ti? No sé... Bueno, sí que lo sé. Tú eres un idealista.

—¿Un idealista? —yo no sabía a qué atenerme.

Ella me sonrió, con aquella sonrisa que tenía llena de magnetismo, con la que se hacía perdonar todo.

—Sí, que lo ves todo más bonito de lo que es. Que no estás en la realidad...

Lo dijo como si fuera un cumplido. Pero, entonces, ¿por qué me sentía yo tan mal.

Ella pareció darse cuenta.

—Anda, vamos a bailar.

Y yo volví a adorarla.

Ya no hablamos nada más que de fruslerías, de la música y de nuestros amigos comunes.

En un momento divisé a Jesulín, iba con una rubia de Esplegares, me hizo una seña en dirección a la fuente. A la fuente se llegaba tras un camino oscuro desde las afueras del pueblo. En él probábamos a las chicas. Ni por un momento pensé en acompañarlo con Rosa María. Rosa María era una chica de aquellas que los curas nos decían que merecían la pena. Una chica para toda la vida. Y yo, con curas o sin ellos, la vería siempre así.

Cuando nos despedimos, terminaba el baile.

—¿Nos vemos mañana? —le dije.

—¡Claro! —y se fue, diciéndome adiós con la mano, hasta donde la esperaba Merche y otros chicos de Cifuentes que habían venido en el mismo coche.

Cuando pude verme con Jesulín, ya sin la rubia, le pregunté:

—¿Qué tal?

—¡Agua!

Era lo que decíamos cuando se había fallado, como en el juego de los barquitos.

—¡Lo siento! —le consolé.

—¡Agua, pero de la fuente, quiero decir! —me contestó con una sonrisa de triunfo, eso significaba que habían llegado hasta allí, el sitio de los besos—. ¿Y tú?

—Contento, Jesulín, a pesar de todo.

—Lleva cuidado, Germán, te veo muy colgado con Rosa María.

—¿A ti qué te parece ella? —quise saber la opinión de mi mejor amigo.

—Hombre, es guapa hasta rabiar, pero hay algo en ella... Bueno, no es para mí, es lo que quiero decir, Germán. Te deseo todo lo mejor.

Ya sabía yo que era especial. Por eso estaba tan loco por ella.

Pero al día siguiente no vino a la fiesta. Ni el domingo, tampoco.

Regresé a Madrid y esperé noticias suyas. Todos los días leía sus versos. Llenos de dolor y desesperanza. Pero ella no me quería cerca para consolarla, nunca me escribió. Yo lo vi como una prueba más de nuestro amor. Un amor para toda la vida se podía permitir el lujo de unos meses, o unos años, de espera. Es lo que a mí me habían enseñado en el internado con la técnica de la sublimación. En aquellos días, tras el regreso de El Sauce, este pensamiento dominaba mi mente.

Pero, la vida seguía. Empecé la universidad y aquellos días se convirtieron en unas jornadas de dieciséis horas trabajando y estudiando. La Universidad Autónoma estaba a veinte

kilómetros de Madrid: yo salía del Banco de Crédito Transatlántico a las tres de la tarde. Desde la estación de Sevilla a la Plaza de Castilla había 13 estaciones de metro. Allí, cada media hora, salía un autobús hasta la universidad que tardaba cuarenta minutos. La primera clase vespertina/nocturna en la universidad empezaba a las cuatro de la tarde. Era imposible que yo llegara, de todas todas. Aunque comiera un bocadillo durante la travesía del metro, con toda la gente mirándome.

Mis padres y mi hermana Tere me ayudaron, cómo no. Cómo no agradecerse, quiero decir. Mi madre o mi hermana hacían guardia en el economato y mi padre cogía su coche vetusto que acababa de comprarle a un primo de don Braulio, otro más, previendo la situación, y quedaba yo con él en la plaza de Cibeles, junto al palacio de Correos.

Allí, me subía yo a toda pastilla en el “seiscientos” de mi padre, en él, mi madre me había preparado la comida con tacto y delicadeza, incluyendo, dentro de lo posible, las cosas que me gustaban, algo caliente en un termo, carne o pescado y, siempre, fruta y frutos secos que, según ella, eran lo mejor para la mente. Mi padre, neófito, conducía lo mejor que podía, aunque alguna vez en los frenazos me atraganté con la tortilla o con la carne de pollo.

Llegábamos a la universidad y yo salía disparado del coche sin despedirme siquiera, corría por los pasillos y conseguía llegar de los últimos a aquellas clases con ciento cincuenta alumnos, todos ellos fumando después de comer. La pizarra, al fondo, era un islote entre las nubes de humo.

Eran días muy duros. Terminábamos a las nueve de la noche, yo tenía que coger el autobús de vuelta a Madrid que tardaba unos cuarenta minutos hasta la plaza de Castilla, y luego me esperaban 18 estaciones de metro, que separaban entonces a esta de Manuel Becerra. Llegaba a mi casa casi a las diez y media, cenaba algo y, alienado total, escribía en mi diario pidiendo socorro. Me acostaba entre doce y doce y media, me levantaba a las siete menos cuarto y empezaba a trabajar a las ocho, donde me esperaba Victoria Salisáchs con su reloj en la mano.

Los sábados también trabajaba por la mañana y por las tardes aprovechaba para, al menos, pasar los apuntes de la universidad a limpio y no quedarme perdido y sin rumbo de forma definitiva. Los domingos me levantaba algo más tarde y hacía algo familiar con mis padres y mis hermanos y, por las tardes, me repartía entre los planes de los compañeros del banco, del colegio y de los viejos amigos de El Sauce, que eran absolutamente incompatibles entre sí.

Algunas veces, al pasar por la portería de Julián, el entrañable portero andaluz cercano a casa, me detenía y le contaba mis cuitas.

—A ver, Germán, tú eres joven. Y a esa edad que tú tienes uno no se cansa nunca. Si tiene ilusión, claro. Y la ilusión, a esa edad que tú tienes —repetía—, ya sabemos de dónde viene, ¿verdad?, de las chavalas.

Y entonces yo le contaba los pensamientos que me rondaban, con Rosa María de protagonista. Él me decía:

—Germán, lo que se habrá escrito sobre el amor, cuántas novelas, cuántas películas, cuántas canciones. Al final todo se resume en estas cuatro posibilidades: los dos nos queremos, me quiere y no la quiero, la quiero y no me quiere, no nos queremos. No hay más, Germán. Sólo

aceptar la realidad.

—¿Y cuál es la realidad, Julián? —le decía yo.

—¿Me permites un consejo, Germán? —yo afirmaba con la cabeza—. Para mí tu caso es el tercero que he dicho. Pero, como no la conozco, démosle el beneficio de la duda, es decir: no te compliques, tú haz tu vida, vívela como un joven que eres y, si está de llegar con esa Rosa María, ya llegará.

Y yo salía de estas conversaciones lleno de la lógica de Julián. Aunque luego mi cabeza se iba llenando de mi querencia natural: la sublimación por lo eterno aprendido de los curas. Como se decía también de los toros: este tiene querencia a las tablas, este derrota por la derecha, este no aguanta la banderilla... Pues bien, yo tenía tendencia, querencia quiero decir, al amor romántico, platónico y eterno, eso estaba muy claro.

La realidad también se encargaba, por otra parte, de ponerme en mi sitio de chaval en edad de merecer, ¡menos mal!, y al final vivía más cercano a lo que me recomendaba Julián que a la vida ascética y contemplativa propugnada por los curas. Por ejemplo con aquel viaje inolvidable que hice a Barcelona.

Llegó diciembre y yo no había cogido vacaciones en el banco, excepto aquellos dos días en agosto, por aquel medio año que llevaba trabajando, así que me dieron los trece días que me correspondían. No en Navidad, claro, sino del uno al trece, para que no se me olvidara que yo allí era el último, por edad y por antigüedad.

Ya he dicho antes que, casi a mis dieciocho años, yo no había visto todavía el mar, casi me da vergüenza decirlo. Hoy, un chico a esa edad, del mar lo conoce todo salvo el fondo donde está el Titanic.

Eran otros tiempos, a mí me hizo una ilusión tremenda coger el tren Costa Brava, ¡qué nombre tan bonito y exótico, por Dios, me decía, ilusionado! Salía de Atocha a las nueve de la noche y llegaba a Barcelona a las nueve de la mañana del día siguiente, donde mi padre tenía unas tías que me enseñarían la ciudad condal y sus alrededores.

Nunca olvidaré cuando, al amanecer, descubrí la luz del mar, y sus olas, de un azul dorado, casi salpicaban el Costa Brava que circulaba, paralelo al agua, por el litoral de Tarragona. Fueron unos momentos mágicos e inolvidables. Dignos de haberlos vivido. ¡Solo por ellos merecía la pena haber cogido todos los días el metro para ir al banco y a la universidad!

Descubrí Barcelona, la ciudad donde se había criado Rosa María y me gustó. La ciudad también de mi mejor amigo, Jesulín, que vino a verme y la ciudad a la que volvería luego muchas otras veces. Mis tías se volcaron conmigo y me ayudaron a comprar los primeros regalos que hice yo a mis padres y a mis hermanos nunca. ¡Aquel dinero que había ganado servía para algo!

Pero, a la vuelta, como digo, aquel mismo tren me situó de pleno en mis diecisiete años largos, casi dieciocho. Iba en un departamento de aquellos cerrados, con dos sofás, uno enfrente de otro, con cuatro plazas cada uno. Allí conocí a un chaval de unos diecinueve o veinte años que se llamaba Deogracias, ¡vaya nombre!, un maño de Zaragoza más salao que las pesetas. Nos acompañaba una pareja de jubilados de unos setenta, allí los dos no teníamos nada que

hacer.

Salimos a fumar un cigarrillo al pasillo y vimos a dos titis que venían de unos veinticinco, bien maqueadas y peripuestas.

Deogracias, desde que las vio, no les quitaba ojo.

—Germán, mira esas mañas. A esas les hacía yo lo que no está escrito.

Las dos chicas entraron en nuestro departamento. Deogracias me dijo:

—¡Es el destino, Germán! ¡Dios las ha puesto para nosotros!

—Bueno, Deogracias, será si ellas quieren —le decía yo, que lo veía excitado a más no poder nada más verlas.

Así que entramos dentro.

Deogracias desplegaba la táctica que nos contaba Serón, el viejo amigo del internado, que usaban los mozos de su pueblo. Había que porfiar y porfiar hasta que se rindieran.

Aquellas dos chavalas no nos tomaban demasiado en serio, a mí por jovencito y a Deo, como a él le gustaba que le llamaran, por pesado y cabeza hueca.

Estuvimos con ellas en el pasillo, viendo la noche por la ventana, fumando y riendo, las invitamos a unos cafés, hasta Deo nos cantó unas jotas y las bailábamos chocándonos unos con otros con el traqueteo del tren. A Deo a veces se le iban las manos y las chicas se lo quitaban de encima como podían. Por fin, a las tres o las cuatro de la mañana, con el tren en silencio, pasamos a nuestro departamento.

Las dos chicas se pusieron en el centro del sofá y una de ellas se levantó, sacó una manta de viaje de su bolsa y se cubrieron las piernas ambas con ella, frente a nosotros la pareja de jubilados, también bajo una manta, dormía apaciblemente. La oscuridad solo se quebraba con las luces de las escasas farolas que aparecían de tanto en mucho por la vía.

Me acomodé para dormir, pero observé cómo Deo, sigilosamente, metía una mano por debajo de la manta y la deslizaba entre las piernas de una de las chicas, hubo una pequeña resistencia silenciosa de esta y luego observé cómo ella llevaba una mano a la entrepierna de Deo y este extendía la manta para cubrirla. Pasamos por un pueblo y a la luz de las farolas crucé una mirada con Deo y me hizo una seña.

—¡Qué haces! ¡Aprovecha! —Traduje, no del maño, sino de las pupilas encendidas de sus ojos.

Cuando volvió la oscuridad hice lo mismo que él. Deslicé mi mano entre los muslos de la chica de mi lado. Los noté calientes y ella abrió las piernas. Extendí la manta hacia mí y ella deslizó también su mano. La señora jubilada pareció despertarse y los cuatro nos detuvimos expectantes en nuestras caricias. En cuanto reclinó de nuevo la cabeza continuamos con aquel deleite mutuo.

Yo, alucinaba, no podía creérmelo, unos años más tarde haríamos cola para ver la escena del avión de Enmanuelle, yo cuando la visionaba me acordé de Deogracias, aquel macho aragonés que me enseñó a bajar de las musarañas y a atender, a ras de suelo, los dictados de la naturaleza.

Sí, todo se amontonaba en nuestra mente, los sueños poéticos e idealistas y las prácticas de

gañanes salidos y atrevidos. Y de la mujer no sabíamos, yo al menos, qué pensar. A qué atenerme. Cuando llegamos a Madrid, a aquellas dos que resultaron al final ser primas, las estaban esperando sus novios en el andén, se echaron en sus brazos y a nosotros ni nos miraron, claro.

La adolescencia y la primera juventud suponen ese choque entre el quisiera ser y el qué he hecho. A Julián, cuando llegué, se lo conté muy por encima, él se limitó a decirme:

—Así es, es como un catarro. Hay que pasarlo y ya está. ¡Disfruta de unas felices navidades, Germán!

Julián se murió hace unos años. La vida se nos va llevando a unos detrás de otros. A mí me quedan sus enseñanzas. Pero de qué me sirven. Ya no recuerdo sino lo que una vez escribí y puedo leer. Aprendí muchas cosas pero hoy me ocurre como a mi mujer Clara, echo de menos no haber tenido un hijo para haberle transmitido todo lo que he aprendido después de tanto esfuerzo y tanto tiempo. Ah, en estos momentos me invade la tristeza, una pesadumbre íntima y dolorosa que no sé cómo lidiar.

Voy al salón y Clara ve la televisión. Una de esas películas de suspense que ponen por la noche. Me siento a su lado. Lleva ya puesto un camisón ligero, de verano. Clara tiene unas piernas atractivas, siempre las ha tenido. Las acaricio, ella me deja hacer, me siento joven otra vez y llevo mi mano entre sus piernas, luego nos besamos y hacemos al amor allí mismo, mientras en la tele se oyen disparos y gritos. Me invade luego una calma sedosa, aunque no puedo evitar decirle a mi mujer:

—Clara, no sé lo que me pasa.

—No te preocupes, Germán, es la vida. Todo se arreglará.

Lo que empezó a arreglarse, al menos poco a poco, fue aquella etapa de sentirme bajo el agua, anegado y sobrepasado por las circunstancias. Cuando la adaptación al banco y a la universidad me alienaba de aquella manera total que me hacía llorar por las noches.

Tal vez fuera otro catarro de los que decía Julián que había que pasar o, quizás, era que uno, con el tiempo, acababa acostumbrándose a todo. Inclusive los negros esclavos en las plantaciones americanas sonreían y eran felices de vez en cuando.

Pero lo cierto era que el señor Bermúdez fue incrementando su aprecio hacia mí, también era el único empleado de los suyos que estaba en la universidad y, pronto, me sacó de la mecanografía y me pasó a resolver lo que llamábamos las “incidencias”, léase las reclamaciones y quejas que, en aquel departamento, consistían en transferencias giradas desde el extranjero que no habían llegado a su destino. La casuística era muy amplia, desde beneficiarios que habían muerto, que habían cambiado de dirección o, inclusive, casos en que nosotros le habíamos pagado a otro.

Había reclamaciones sobre asuntos de bastantes años de antigüedad y aquel trabajo era variado y te relacionabas con muchos departamentos. También, conocías la banca de verdad, la profunda y a pie de obra. Los archivos antiguos no se guardaban en la calle de Alcalá, sino en unas naves enormes que teníamos en un polígono industrial de Leganés, uno de los sitios más feos que yo he visto en mi vida. Pues bien, allí íbamos José Juan y yo en su coche, muchas veces

en invierno, lloviendo y con un frío que pelaba.

Entrábamos en aquella nave inmensa, con unas filas de baldas kilométricas de cuatro metros de altura y todas ellas repletas de carpetas y legajos con documentación dentro. Caminábamos por los pasillos y sentíamos moverse a las ratas, no huían, solo se retiraban un poco a nuestro paso.

Llegábamos por fin a un cuartucho que había al fondo, iluminado con un fluorescente moteado con cinco mil cadáveres de mosquito y, allí, nos encontrábamos a El Lute, no al ladrón que se hizo tan famoso por aquellos años, sino al responsable del archivo de Leganés. Estaba el tío rodeado de estufas y con dos abrigos puestos.

Allí nos daba las coordenadas mínimas para que no nos perdiéramos en aquella selva y nos dejaba para que nosotros solos nos subiéramos por aquellas escaleras de mano, todas medio cojas y nos peleáramos con las ratas que se alimentaban de los mordiscos que le daban a documentos y carpetas. Entre las ratas y las goteras no había documento sin dentelladas o manchas mil. Aun así, nosotros los fotocopiábamos con primor, dado que serían las pruebas veraces para solventar el pleito con el cliente.

Cuando terminábamos, muertos de frío, nos refugiábamos con El Lute en su cuartucho. Allí nos hacía una taza de café y nos dejaba ver el sancta sanctorum de su mansión. Léase, un armario cajonero, tirabas de uno de sus cajones y, cuando se abría, podías ver de canto, y perfectamente alineadas, cientos de revistas pornográficas que coleccionaba aquel bendito, a la sazón, según me enteré más tarde, árbitro de baloncesto femenino. De alguna forma tenía que pasarse las horas muertas en aquel páramo de Leganés.

Aquellos viajes me permitieron ganarme también la amistad de José Juan, un tipo inclasificable, buena persona y amistoso como pocos. Vivía en una pensión por la calle Arenal y, a pesar de ser de Cuenca, eso sí como le dijeras lo de la ciudad del crimen te partía la cara, resultaba el más castizo de los madrileños.

Yo lo acompañaba a claquear, quiere decirse a aplaudir. Éramos aplaudidores contratados en las obras de teatro y variedades más granadas que se estrenaban en el centro de la capital. Nuestro sueldo no era dinero sino solo la entrada gratis, ¡pero cómo nos lo pasábamos, además!

De vez en cuando, sobre todo si alguien daba algún cabezazo de aburrimiento, soltábamos un bravo y nos poníamos a aplaudir como unos posesos y, oiga, la gente se animaba y aplaudía también e, inclusive, a la salida comentaba lo buena que era la obra. Estuvimos varios años y nos vimos, por supuesto, toda la etapa del destape. Pero también obras serias y a humoristas de postín que se destaparon entonces como el gran Pedro Ruiz, el mejor humorista que yo he visto jamás.

Luego, José Juan me decía:

—Germán, vamos a ver si vemos a las actrices.

Y allá que nos íbamos nosotros a los camerinos. Con el tiempo nos cogían confianza y departían con nosotros y nos dejaban hacernos unas fotos con ellas que luego mostrábamos a los amigos como si fuéramos Alain Delon. Sí, la mayoría de edad empezaba a dar sus frutos, pensaba yo.

En la universidad empecé a apreciar el conocimiento. El mundo se me desplegaba entonces como un atlas y yo abría mis sentidos para respirarlo hasta el fondo. No eran asignaturas como las del colegio, que parecían instrumentales, aquí te explicaban el mundo, y cómo funcionaba: me embebía de la economía, de la sociología, del márketing, del derecho civil y mercantil, la única pena es que no pudiera tener más tiempo para ello, lo cual me producía no poca frustración.

Y, a pesar del ritmo de vida tan endiablado que llevaba, acometí cómo no, en cuanto cumplí los dieciocho, el examen del carnet de conducir. Y mi padre me prometió dejarme su “seiscientos” de segunda mano, qué alivio para evitarme aquellas innumerables estaciones de metro camino de la universidad.

Recuerdo que mi primer viaje fue a El Sauce Curvo, claro, con mi familia. No podía haber sido a ningún otro sitio. Estábamos en Madrid, pero éramos de Sace, de Sacecorbo, de nuestro querido Sauce Curvo. Y le dábamos el honor de lo que ello significaba: llevando allí a nuestro primer coche o a nuestra novia que, al hacerlo, se convertía en oficial.

Era un orgullo presumir de carnet y de coche, sobre todo allí, donde muchos no lo tenían y lo añoraban. Recorrer aquellas carreteras y aquellas calles, ya motorizado, suponía una constatación de que ibas progresando en la vida.

Pero, aparte de este viaje familiar, mi primer viaje de juventud en coche, con esa sensación de que partías un trozo del mundo y lo hacías tuyo, metiéndolo en el interior del vehículo, yo lo compartí con Martuqui. Fuimos a Segovia.

Nos veíamos de tarde en tarde, pero los dos estábamos muy al tanto de la vida del otro. Sin lazos de obligatoriedad de estar juntos, compartíamos sin embargo la flor y nata de nuestros momentos especiales, como aquel.

Martuqui echaba hacia atrás su asiento cuando estábamos en lo alto de la sierra, estiraba las piernas y las subía sobre el salpicadero.

—Pero, Martuqui, que me van a quitar el carnet antes de tenerlo, ¡que solo tengo un papel provisional!

—Tú controla lo tuyo, que yo vigilo a los guardias. ¡Ah, estos aires de libertad! —exclamaba.

Cuánto me gustaba a mí la sensación de conducir con una chica a mi lado. Compartir la carretera era como compartir la vida. Martuqui se acercaba y me besaba en la oreja, en el oído, donde sabía que me daban escalofríos.

—Pero, Martuqui, deja, que nos la pegamos.

—¿Pegármola? Eso es imposible, con un chico tan juicioso como tú.

Disfrutábamos de aquellos momentos ambos, aunque yo, era una pena, cuánto me arrepiento ahora, no pensaba en Martuqui, sino en mi chica soñada, con la que viajaría a mi lado por todo el mundo. A veces no le ponía rostro a esa chica pero, otras muchas veces, no podía evitar los ojos profundos y misteriosos de Rosa María.

Martuqui me lo notaba y me decía:

—Eh, concéntrate en lo que estamos. ¡No me seas poeta! —Me gritaba.

Llegábamos y yo la invitaba a Casa Duque a comer cochinillo, aunque ella siempre se pagaba lo suyo.

Cuánta paciencia derrochó conmigo Martuqui. Nunca le quité aquel cartel primero que, de forma inconsciente, le colgué de chica fácil, de chica calavera no adecuada para un proyecto serio a largo plazo; como yo, por otra parte, era su poeta esporádico. Tampoco ella nunca me lo pidió. Y fácil ella no lo era, solo que le gustaba estar conmigo, entonces no supe verlo pero nos quedaron a los dos ese conjunto de clips que sujetaban unas postales hermosas, como la de aquel día, de las más bellas que yo he visto nunca.

Esto que me pasaba a mí con Martuqui yo creo que formaba parte de la cultura general de entonces. También les ocurría a las chicas, quizás de forma menos numerosa que a los chicos: se encaprichaban de algún hombre, pero luego lo pasaban por el tamiz de lo conveniente, de lo necesario, de lo juicioso y, si no pasaba el test, quedaría relegado al grupo de los pasatiempos que nunca podrían acceder a su amor de verdad.

En nuestro caso, en los chicos, esas ocasiones, esos pasatiempos, eran mucho más numerosos, porque sentíamos que, a pesar de que una chica no estuviera en el grupo de elegidas a largo plazo, teníamos la imperiosa necesidad de acumular experiencia, digamos sexual, con la que sentirnos seguros para ocasiones venideras.

Aquella noche volvía a casa con Martuqui en el seiscientos de mi padre y yo no pensaba en absoluto en lo que acabo de escribir. Y ella yo creo que tampoco.

Teníamos dieciocho años y toda la vida por delante. Había sido un día magnífico de celebración de aquel carnet de conducir que en aquellos tiempos quería decir tanto.

Sí, el coche vivía los momentos más dorados de su historia. Recuerdo que en todos los programas de concursos, como “Un, dos, tres, responde otra vez”, que se preciara era el premio por antonomasia.

El coche representaba el símbolo del progreso social por excelencia. La primera gran inversión que hacía alguien de aquellos pueblos de la España rural que había emigrado a una gran ciudad como Madrid era comprarse un coche, aunque fuera de segunda mano. Para poder luego viajar hasta su pueblo y enseñarlo a sus antiguos vecinos que todavía no habían emigrado o a otros emigrantes que llegaban a pasar los veranos como él.

—¿No decías que tu cuñado no podía llegar más allá de un Seat ochocientos cincuenta? Pues ahí lo tienes con ese Supermirafiori. ¡Al final te has quedado por debajo, Ramón, como siempre! Y el tal Ramón no se lo podía creer, mientras miraba el cochazo de su cuñado.

—¡Bah, ya sabes que es un presumido! Seguro que no puede mantenerlo. Nosotros, a nuestro ritmo, poco a poco —le contestaba Ramón a su mujer, mientras mimaba a su Renault 8, lo más alto que había podido llegar.

El “dime qué coche tienes y te diré lo que vales” lo llevaban aquellos emigrantes, que solo pensaban en progresar desde que habían salido del pueblo, grabado a fuego en su mente cuando cada noche se iban a dormir envueltos en los sueños de ambición por los que vibraban en la gran ciudad.

Para los jóvenes, sobre todo para los chicos, las chicas conductoras eran todavía muy pocas aunque crecientes, el coche significaba además un factor diferencial de primer orden. ¡Por fin tenían un lugar donde estar con su chica en la intimidad! Un lugar privado, discreto y, sobre todo, suyo.

Los que no tenían coche seguían condenados a aquellos cines de sesión continua, con aquellos asientos tan incómodos y aquella linterna del acomodador que aparecía en el momento más inoportuno. Y, sobre todo, a hacerlo todo en un silencio sepulcral y vergonzante que evidenciaba, todavía más, la falta de recursos de aquel amor tan precario.

Otra solución eran los bailes de pareja, como aquel que yo conocí de la mano de Martuqui. En Madrid estaban concentrados alrededor de la Plaza de Santo Domingo, sobre todo en la calle Leganitos. El problema era que, para garantizarte que los demás no te vieran era necesario que tú tampoco vieras un pijo, con lo cual aquello era como si estuvieras en la ONCE, a veces tenías que ir tanteando hasta encontrar tu bebida en la mesa, con el riesgo de tirarla o coger una que no fuera tuya. Entre semana no estaban mal, tenías intimidad y podías tumbarte en aquellos sofás que era mejor no ver. Una vez al encender un cigarrillo descubrí los lamparones de los que nos habían precedido que nadie se había molestado en limpiar, en fin. Pero los fines de semana estaban abarrotados y, allí, en vez de encontrar intimidad la encontrabas en plural: intimidades. Era como escuchar ocho canciones de amor a la vez en los cuatro altavoces que te rodeaban.

Había otras soluciones más penosas todavía: portales, ascensores, esquinas, callejones, tumbados en los parques... Las parejas llegaban a lo evidente:

—Ay, Arturo, ¿y tú no podrías comprarte coche como mi primo? —le decía Luisi a su chico, limpiándose un zurullo de pájaro que le acababa de caer en el pelo, bajo aquel castaño del parque.

Así que el chico que tenía coche sabía que podía ofrecer a su chica un plus. Un sitio vip donde quererse.

Sí, aquel día, después de estar en Segovia comiendo, recalamos Martuqui y yo al anochecer en la Casa de Campo de Madrid. Había una esplanada boscosa en la que habría, no sé, doscientos coches, uno cada cuatro o cinco metros. Mientras hubo luz se veían las dos cabezas de la pareja acercarse, besarse, fumar, escuchar música... En un momento dado las cabezas empezaron a desaparecer, como si en una piscina todo el mundo hubiera decidido bucear y nadie estuviera sobre la superficie.

Martuqui y yo hicimos nuestros también aquellos dos metros cuadrados. No importaba el freno de mano ni las angosturas de aquellos asientos. Aquel reducido espacio era un trozo del mundo que era solo nuestro y podíamos hacer en él todo lo que acordáramos.

Y, a pesar de los límites de aquel pequeño espacio, y de los que nos poníamos nosotros, quedaba un mundo por descubrir en aquella otra mitad del universo de la que sabíamos tan poco. ¡Y era un placer experimentarlo!

—¡Jo! Esto del coche es jauja, Germán.

Martuqui siempre te subía la moral. Y muchas otras cosas más.

Luego, con el coche, podías llevar a tu chica a su casa, aparcar bajo su balcón y despedirte allí. A ellas les encantaba que sus amigas y vecinas las vieran con un chico que tenía coche, ese sitio vip donde quererse.

—¡Me lo he pasado genial, poeta! Nos llamamos, ¿vale? —Y la chica volcánica se despedía besándome en la boca.

Sí, había sido un día genial aquel de la celebración del carnet de conducir con Martuqui. Cuando iba para casa me di cuenta que todos los días que pasaba con Martuqui eran buenos. Quizás el secreto era que teníamos dieciocho años y toda la vida por delante. O que no había secretos y que debíamos seguir con aquella libertad, con aquel oleaje libertario que nos llevaría en algún momento a alguna orilla.

13. LLEGA LA TRANSICIÓN. NOSOTROS TAMBIÉN QUISIMOS SER REVOLUCIONARIOS

Yo creo que todos, o casi todos, los jóvenes, desde que el mundo es mundo, han pasado por una etapa de rebeldía. Al fin y al cabo vienen a un mundo creado y administrado por otros, aunque les digan que es en su beneficio. Y, cuando ya son conscientes de sus fuerzas y derechos, léase en torno a los dieciocho años, tienen ansias por derribarlo todo. ¿Para hacer un mundo mejor? Desde luego, pero, sobre todo, un mundo donde no sean ajenos, sino protagonistas.

Es la fuerza de la renovación generacional y del progreso. La vida es una carrera de relevos como las competiciones atléticas del mismo nombre, y lo que quiere un joven es que el adulto deje de liderar la marcha y le pase el testigo a él. Como eso no ocurre tan pronto como ellos quisieran, viene la época de la rebeldía, de querer destruirlo todo. En ese empeño, entre otras cosas, ejercitarán los músculos y las pericias que les servirán para cuando, de verdad, les cedan el paso y tengan que construir su propio mundo y hacer realidad sus sueños.

A nosotros también nos llegó nuestra hora. Además, en unas circunstancias que yo calificaría de excepcionales. Franco agonizaba y había una efervescencia general por cerrar ya, cuanto antes mejor, una etapa y empezar otra, que poco menos que inauguraría el mundo: un paraíso de libertad, igualdad y fraternidad, el viejo lema de los revolucionarios franceses.

Un día de aquellos ocurrió el famoso atentado de la calle del Correo, justo al lado de la Puerta del Sol y de la mismísima Dirección General de la Seguridad, que luego, mucho más tarde, sería sede de la Comunidad de Madrid.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, los cuatro miembros de aquella pandilla de empleados de banca novatos que habíamos entrado juntos acordamos echar un vistazo por allí, al fin y al cabo nos quedaba a un centenar y medio de pasos desde la sede del Banco de Crédito Transatlántico, que tenía, y digo tenía, porque sufriría muchos cambios de ubicación a consecuencia de las innumerables fusiones que vinieron luego, en uno de los primeros números de la calle de Alcalá, como creo que ya he dicho.

Sí, aquella pandilla de jóvenes empleados de banca la formábamos cuatro tipos muy jóvenes, aunque de diferentes edades, que trabajábamos en distintos departamentos del Área Internacional —yo en el departamento del señor Bermúdez del que ya hablé—cuyo único pegamento era haber entrado juntos al banco tras aprobar cada uno de nosotros la oposición de ingreso, en mi caso, presentado por el primo de don Braulio y, en el de ellos, por otros familiares suyos.

Jacinto era el mayor del grupo, debía tener unos veintitrés, y era más de derechas que el escudo de la falange, aquel día precisamente estaba que echaba humo despotricando porque no entendía que no estuvieran ya los tanques en las calles.

El siguiente en edad, unos veinte, era Rolando, al que sus padres, unos comunistas históricos,

le habían puesto este nombre que significa "nacido de la tierra". Rolando era de la ORT, un sindicato más rojo que las amapolas, y aquel día era objeto de nuestras bromas y chanzas, la cafetería que habían volado los etarras en la calle del Correo se llamaba también Rolando.

Luego estaba Santi que tenía unos diecinueve y, a pesar de que era solo levemente gordito y de mediana estatura, en todo lo demás era clavado al mismísimo Sancho Panza, es decir, un tipo con los pies en el suelo, sentido común y tratando de llevarse siempre algo para la andorga.

Y por fin yo, que era el benjamín del grupo, al borde de los dieciocho, que no sabía muy bien cómo definirme en aquella época. Quizás solo un chico de pueblo que acababa de llegar a Madrid, muy curioso y cauto. En mi casa, a mi madre solo le preocupaba la micropolítica familiar, es decir, su marido y sus hijos y mi padre a lo único que tenía aversión era a otra guerra civil.

—Germán, lo único que le pido a Dios es que, cuando muera Franco, porque está claro que se va a morir en su cama, no volvamos a las andadas. Le peor que hay es una guerra civil, hijo. ¡Te lo digo yo que la sufrí de niño!

Sí, gracias a muchas personas como mi padre, se haría posteriormente la Transición. Todos estaban dispuestos a ceder en algo, con tal de no llegar nunca al horror de lo que habían conocido en la guerra.

Y era cierto que no había fuerza suficiente para derribar al dictador: la izquierda resistía como podía en la clandestinidad y la derecha democrática se organizaba y oponía una resistencia al régimen creciente pero muy débil frente a la fortaleza de este, izquierda y derecha temían los últimos estertores del franquismo.

Así que, con este escenario, y sacudidos por aquel terrible atentado al lado de nuestro centro de trabajo, salimos a la calle, pero apenas nos pudimos acercar, por un momento aquello nos pareció un paisaje de guerra, coches, camiones y grúas por doquier, y aquel edificio de la calle del Correo, por lo que podíamos entrever tras el cerco, estaba medio volado.

—¡La madre que los parió! —Exclamó Jacinto—. A estos los llevaba yo al paredón.

Rolando se tocaba la perilla.

—Estos métodos indiscriminados no son el camino —dijo pensativo— pero hay que tirar abajo este régimen dictatorial, eso está claro.

—Pues a ver si los de los extremos —miró Santi a Jacinto y a Rolando— os ponéis en plan inteligente. Digo yo, ¿no?

Yo me acordaba de mi padre, la de veces que me decía que los españoles no estábamos acostumbrados a resolver nuestros asuntos sino a estacazos como en el famoso cuadro de Goya. Y, encima, los cuatro estábamos en edad militar.

—¡Qué pena, chicos! —dijo con tristeza.

Los tres me miraron. Aquella palabra: pena, junto con la preocupación, nos invadió de golpe.

Aquel atentado, del que nunca se detuvo a los culpables, se cree que inclusive pudieron ser amnistiados por la ley de 1977, causó trece muertos y medio centenar de heridos. Fue un aldabonazo de que todo se podía ir por los aires. La izquierda se distanció de ETA y apostó por la vía del consenso y del diálogo, pero aquello no había hecho más que empezar.

Franco murió el 20 de noviembre del año siguiente, 1975. Yo tenía dieciocho años, ya para diecinueve. Hubo colas de decenas de miles de personas para ver el féretro, no todas ellas eran de sus ideas, solo apreciaban la paz y el orden tras los estragos de la guerra. En la gente común había preocupación, en los jóvenes y en los perdedores de la contienda, unas inmensas ganas de cambio.

El príncipe Juan Carlos se convirtió en rey y confirmó a Arias Navarro como presidente del Gobierno, pero Arias no era suficiente para contener, ni para canalizar, la marea del cambio que avanzaba por doquier y, medio año más tarde, el rey apostó por el joven Adolfo Suárez, un hombre del régimen, pero con la audacia suficiente para modificarlo desde dentro, con la ayuda de su mentor y protector Torcuato Álvarez Miranda, presidente de las Cortes. Estados Unidos y Europa apoyaban con ganas aquella transición pacífica hacia la democracia.

Los sindicatos y los movimientos estudiantiles empujaban para que el tren del cambio no se detuviera. En la Universidad Autónoma entramos en un periodo de huelgas sin fin, estuvimos meses sin clase y las manifestaciones, protestas y carreras, con los grises detrás, blandiendo la porra, se hicieron frecuentes. Los estudiantes del turno nocturno éramos menos activos en el campus, donde nos empleábamos a fondo era en el trabajo.

En el Banco de Crédito Transatlántico comenzó una huelga indefinida porque habían detenido a dos representantes sindicales. El primer día de huelga, otros activistas subieron por las plantas donde estábamos trabajando, en silencio, no se les permitía hablar, pero con un gran cartel:

—¿Los vamos a dejar tirados? —decía la pancarta.

Los jóvenes se iban levantando a su paso y se unían a los huelguistas. Cuando llegaron a mi departamento, Rolando y Santi ya iban en el grupo. Leandro, José Juan y yo nos miramos, nosotros no éramos muy políticos, simplemente éramos jóvenes, nos levantamos y nos fuimos con ellos. De las chicas, solo la única que estaba soltera y sin novio, Gema, se unió a aquella marea de juventud. Era una huelga indefinida y no todo el mundo podría aguantar los descuentos en la nómina a fin de mes. Cuando nos íbamos vi que el señor Bermúdez sacaba la lista e iba poniendo las cruces.

Aquel primer día solo fuimos a una iglesia, la de San Vicente Ferrer, al lado del Retiro, y nos organizaron para los siguientes. Yo no pensaba, solo me gustaba estar ahí, con la gente de mi generación. Leandro me dijo, cuando estábamos dentro de la Iglesia:

—Germán, ¿tú lo vas a decir en casa?

Eso ya lo tenía yo pensado.

—Mientras no tengan medio de enterarse, no.

—Igual que yo.

Aquella conspiración, clandestina de cara a nuestros padres, todavía nos unía más.

José Juan, que vivía en una pensión, no tenía problemas, claro.

—Si es que sois unos niños...

Aquella conversación nos la interrumpió un aviso por megafonía.

—Que viene la BBC, llega en media hora. ¡La BBC! ¡Vamos a cambiar el mundo, chicos!

Y nosotros nos mirábamos y nos sentíamos importantes. ¡La BBC era como la Biblia de los acontecimientos de impacto mundial!

Al día siguiente nos enteramos de verdad de qué iba aquello. El objetivo que nos habían dado era paralizar el patio de operaciones, bloquear el gran mostrador redondo que había abajo, en la oficina principal, de tal forma que no pudieran acceder los clientes a hacer sus operaciones con los empleados del banco que no hacían huelga.

Nos sentamos todos en el mostrador y conseguimos hacer de muro entre los clientes y los empleados.

De repente, entró un sindicalista y gritó:

—Viene la pasma, están ya en Cibeles. ¡Vamos a aguantar!

Otro se puso en el centro del patio.

—¡Vamos a proteger a las chicas!

El segundo día se habían unido muchas más chicas que el primero, inclusive había algunas embarazadas.

Las pusimos en el centro y nosotros las rodeamos en círculo. A mí, que estaba chocado y alucinado a más no poder, me recordó a las películas del Oeste, con los carros en círculo esperando la llegada de los indios.

Y los indios llegaron. Pero no con plumas y arcos obsoletos, sino con lo último en material antidisturbios. Imponían sus botas de caña alta, su casco con mampara de cristal antiimpactos y, sobre todo, su escudo en una mano y su porra en la otra. Me parecieron unos auténticos gladiadores.

Entraron en el patio de operaciones del banco y no se anduvieron por las ramas. Empezaron a sacudir estopa antes de hablar. Para que el tema no se les desmandara, el jefe, un tipo de casi dos metros y un vozarrón que amedrentaba, habló sin megáfono, no lo necesitaba:

—Desalojad el banco y todos nos ahorraremos problemas, si no tendremos que sacaros de aquí molidos —advirtió.

El sindicalista con más autoridad, un tío canijo, de pelo rizado y barba rala, alzó la voz. Se notaba que estaba curtido en estas lides.

—No nos desalojáis, que lo sepáis, nos vamos nosotros. Vosotros no sois nadie, unos mandados.

El policía ni se inmutó.

—Sí, sí, claro —dijo con sorna—. ¡Vamos! ¡Saliendo! ¡En fila de uno!

¡Qué íbamos a hacer!, ¿enfrentarnos a puñetazos con ellos?

La pasma nos hizo un pasillo y fuimos saliendo en dirección a la calle de Alcalá. En la puerta estaban varios policías.

—¡Dispersaos, cada uno para un sitio distinto! —Nos gritaban.

Nosotros salíamos paralizados, sin casi saber ni dónde estábamos ni qué teníamos que hacer. Los polis de la puerta, a quien veían pasmado, para espabilarlo le sacudían un par de porrazos en la espalda.

-Tú, para allá, ¿es que no te enteras, atontado? —y si el huelguista no andaba rápido, le caían otros dos porrazos más.

Yo, viendo el percal, me propuse que no me tocaran. En cuanto llegué a su altura, salí disparado corriendo en dirección a la Carrera de San Jerónimo.

Corrí todo lo que pude. A la altura de las Cortes, ya sin resuello, me paré un momento y miré atrás. Casi me dio un síncope, un gris corría derecho hacia mí, estaba a unos diez pasos.

Me lancé calle abajo poniendo el alma en cada zancada, con los semáforos a mi favor crucé el Paseo del Prado y ya en la cuesta de los Jerónimos no podía más. Me paré dispuesto a rendirme y miré atrás protegiéndome la cabeza ante el inminente porrazo. Pero detrás de mí, no venía nadie. Sin saber qué hacer, me metí en la iglesia y me derrumbé en un banco. El chico de El Sauce Curvo no sabía ni dónde estaba. Ni qué iba a ser de su vida a partir de entonces.

Me puse de rodillas y recé para que saliera sano y salvo de todo aquel lío. No nos lo iban a poner fácil.

Estuve vagabundeando en dirección a mi casa, tenía mucho tiempo hasta las tres y media, hora a la que mis padres me esperaban para comer ya que aquel día no tenía universidad por vacaciones. Ellos no sabían nada del fregado en donde me había metido en el trabajo. Aparecí por casa como si tal cosa. Pero allí me aguardaban mi madre y mi padre con cara de funeral. Hasta Pepín se fue a nuestra habitación, dormíamos juntos, para desaparecer del escenario de la gresca.

Nada más verlos, supe que algo había pasado. Mi padre me adelantó el telegrama: Eran dos líneas nada más: “Queda usted suspendido de empleo y sueldo. Prohibido entrar en el centro de trabajo hasta nuevo aviso”.

—¿Qué es esto? —me preguntó, más que serio, fúnebre, mi padre.

Yo guardé silencio. Sabía que mi madre no tardaría en entrar con la artillería pesada. Y así fue.

—Eso, ¡qué es esto! ¡Para eso nos vinimos nosotros del pueblo, con todos los sacrificios que hemos estado haciendo por ti! ¿Eh?

Se me quedó mirando, con sus ojos al borde de las lágrimas, yo no podía ver sufrir a mi madre, ella ante mi falta de respuesta continuó:

—¿Para tirarlo todo por la borda? ¡Y qué le digo yo a don Braulio, cuando se entere! Dinos algo. ¡Dinos que es mentira!

Y por ese camino opté yo. Otra contradicción, otra mentira más en mi vida. Aquella ciudad, aquel tiempo me estaban ganando. Por un momento me acordé, como mi madre, de El Sauce Curvo, todo era más fácil allí. Ya no sabía yo ni quién era, ni a dónde iba.

—A ver, no os preocupéis —les pedí—. Se lo están mandando a todo el mundo. Bueno, a casi todo, quiero decir a los jóvenes. Es para protegernos, para que no aparezcamos por allí. Solo pierdo el dinero.

Mi madre me dijo:

—Germán, por lo que más quieras, no pierdas este trabajo.

—Descuida, mamá, sé lo que me hago —le dije a mi madre, como si efectivamente lo supiera.

Tragué saliva:

—No os preocupéis. Esto se acabará en breve —les solté como si yo fuera el hombre del tiempo hablando sobre la última borrasca.

Me fui al baño a lavarme la cara. Me ardía.

Por la tarde acudí a la iglesia de San Vicente Ferrer, donde habíamos quedado. Allí, nada más entrar, me tuve que unir a los cánticos.

—¡No nos moveremos! ¡No nos rajarán! ¡Viva la unión de los trabajadores! ¡Viva la libertad!

Y aquella palabra de “libertad”, era como una mecha que incendiaba la pólvora de toda la juventud que llevábamos dentro aquellos chavales que contábamos entonces entre diecisiete y veinticinco años y que éramos, efectivamente, los más libres de toda la plantilla, no teníamos ni mujer ni hijos, solo teníamos que lidiar, quiero decir mentir en mi caso, a nuestros padres. ¡Era nuestro tiempo! ¡Sí, nuestro tiempo había llegado por fin! ¡Íbamos a cambiar el mundo! ¡Nosotros éramos los únicos que podíamos hacerlo!

Y una fuerza vigorosa me recorría la espalda, por dentro de la espina dorsal. Yo no quería hacer sufrir a mis padres, pero tampoco quería, ni podía, abandonar a aquellos grupos de jóvenes compañeros que luchábamos a pecho descubierto contra los opresores.

Ellos no querían que fuéramos a los centros de trabajo para paralizarlos, ¡pues los pararíamos sin ir!

Se me acercó el sindicalista del pelo rizado y la barba rala de mi banco, Matías, al que apodaban “Carpanta” por las muchas huelgas de hambre que había realizado, venía acompañado de mi amigo de la ORT, Rolando.

—Germán, tú tienes cara de bueno, nadie sospechará de ti. ¿Estás dispuesto a ayudarnos? Si me dices que sí no habrá marcha atrás.

Rolando, como buen amigo, me lo explicó antes.

—Se trata de ir a la Cámara de Compensación, que está al lado de la Gran Vía, en la plaza de Vázquez de Mella. A la primera sesión, a las diez de la mañana. Suelen ir dos personas por banco. Como sabes, allí se “compensan” los cheques a favor y en contra entre todos ellos. Los dos representantes de cada banco se sientan en su mesa y con la sumadora que hay en ella suman los talones y llegan al saldo neto de cada banco con el resto del sistema.

Yo lo escuchaba, me temblaban las piernas, pero no quería echarme atrás. Rolando continuó.

—Tenemos a alguien dentro. Abrirá las puertas a las diez menos cuarto. Todo será muy rápido. Iremos dos personas por banco, tú y yo por el nuestro, otros dos por cada uno de los demás. Entraremos en la gran sala. Iremos cada pareja a nuestra mesa y quitaremos el cable a la sumadora eléctrica, nos lo meteremos en el bolsillo y nada más. Saldremos todos de allí, antes de que lleguen los verdaderos “compensadores”.

Me puse en plan práctico.

—¿Y qué ganamos con esto, Rolando? Volverán al poco con otros cables y ya está.

A Rolando y a Matías, el “Carpanta”, les brillaban los ojos.

—Jurídicamente es imposible. Si no se consigue cerrar la primera sesión de la Cámara hay

que anularla. Y eso quiere decir que el día estará anulado en términos financieros, no devengará intereses, como si no hubiera existido en el calendario, ¿me entiendes? Habremos paralizado el sistema financiero en su conjunto.

Lo entendí. En mi interior luchaban a partes iguales mis ganas por hacer algo importante para mi país, solo había hecho que estudiar y ser el más responsable de todos hasta entonces pero, por otra, me dolía hacer sufrir a mis padres si nos descubrían.

Matías, El Carpanta, que debía conocernos bien, supo cómo inclinar la balanza.

—Germán, tú no figuras en ningún sitio. Si pasa algo yo asumiré el tema. Como no puede ser de otro modo. Pero yo no puedo ir a la Cámara, a mí ya me conoce todo el mundo.

Me extendió la mano para el trato. Lo miré a los ojos. Yo no era sindicalista, ni político, pero le creí. Yo iba a hacer algo importante por mi ciudad, por Madrid, la capital de España, que debía liderar el cambio democrático en nuestro país.

A la mañana siguiente salió todo como estaba previsto. Bueno, casi todo. Entramos y nos llevamos todos los cables de las sumadoras, unos cincuenta calculo, y los metimos en dos bolsas grandes de El Corte Inglés. Bajamos con toda la tranquilidad del mundo por la Gran Vía hasta la Plaza de España, distribuidos entre pequeños grupos. Un poco antes de llegar nos enteramos por un transistor que llevaba Rolando que habíamos conseguido nuestros objetivos: se había anulado la Cámara de Compensación.

Yo iba delante con el grupo que llevaba las dos bolsas con los cables. Llegamos al monumento a Cervantes y allí estuvo a punto de pifiarse todo. Alguien había llamado a la prensa, estaban unos cuantos periodistas con la cámara en la mano.

Antes de que empezaran a disparar con sus “clics”, se adelantó Carpanta: les habló con toda la claridad del mundo.

—Aquí no se saca una cara de estos chavales que lo han dado todo.

Puso las dos bolsas con los cables en el suelo y les indicó.

—Fotografiad solo los cables. Ya tenéis material para vuestros periódicos.

Al día siguiente, las dos bolsas llenas de cables fueron portada en casi todos los periódicos de España. La huelga en el sector de la banca había conseguido doblegar al todopoderoso sector financiero. En una foto en el ABC, rodeando las dos bolsas de El Corte Inglés, se veían algunos zapatos de algunos de nosotros. Entre ellos, la puntera de uno de los míos.

Mi padre recibía todos los días el ABC en el economato. Cuando llegué a comer sentí que me miraba de una forma extraña. Solo me dijo:

—Germán, espero que sepas lo que estás haciendo. No demos ningún disgusto a tu madre, ¿estamos?

Nunca supe si me había descubierto. No dijo una palabra más.

—Descuida, papá, sé lo que me hago.

Aquella misma tarde detuvieron a El Carpanta y a otros líderes sindicales. Aquella victoria en la Cámara de Compensación no les iba a salir gratis.

Me llamó Rolando.

—Germán, tenemos que luchar por Carpanta.

Se iba a organizar un encierro y posterior huelga de hambre en una iglesia de Moratalaz. Era el líder sindical por excelencia en nuestro banco. Estábamos dispuestos a ir todos los jóvenes, más de doscientos.

Se lo dije a mis padres, que iba a participar. Aquello no iba contra el banco, sino contra el régimen. Mi madre, cuando le dije que asistirían todos mis amigos del trabajo: José Juan, Leandro, Santi y Rolando, me miró más tranquila aunque no pudo evitar pronunciar.

—Germán, lleva cuidado, yo ya no entiendo nada de lo que está pasando, pero no quiero perder a mi familia, que es lo único que tengo, después de todo lo que hemos pasado.

Me acerqué y le di un fuerte abrazo.

—Eso no va a pasar, mamá.

Nuestros padres a lo que temían de verdad era a una vuelta a la guerra civil, que les había marcado tanto.

También me llamó Martuqui.

—Lo he oído por la radio. Mi banquero, lleva cuidado.

Tere, mi hermana del alma, me abrazó muy fuerte aquella noche cuando me iba a dormir a la iglesia. Cuando se separó, me dijo:

—Te he metido unas chocolatinas en el bolsillo. ¡Con eso no rompes la huelga de hambre!

A la segunda noche me comí las chocolatinas. La gente del barrio, que estaba con nosotros, se acercaba y, por las ventanas, ya de madrugada y con las calles desiertas, nos metía comida a través de las rejas. No nos moríamos de hambre aunque una buena dieta sí que hacíamos.

Una noche vino a verme Martuqui. Me avisaron en qué ventana estaba y fui a hablar con ella a través de las rejas.

Me trajo un termo lleno de cubata de ron y un buen bocadillo de jamón. Con Martuqui siempre había buen rollo, un colegueo iniciático como el primer día que nos conocimos en el guateque. Cuando me terminé el bocadillo, se acercó a la ventana y se abrió la blusa. Me cogió la mano y se la llevó al pecho.

—¡Pero, qué haces, Martuqui! —Le dije.

—Lo he visto en las películas de cárceles, ¿vosotros estáis encerrados, no?

Me entró una risa incontenible. Y más que nos reímos los dos luego, cuando intentábamos besarnos en la boca a través de las rejas de la iglesia.

Tere también venía a verme, me daba noticias de casa. Y yo le daba notas escritas a mano para mi madre. Conservo una de aquellas en mi maleta.

—“Mamá, tengo en cuenta todo lo que me dices. ¡Estoy tan orgulloso de ti! ¡Te debo tanto que no haría ninguna tontería por nada del mundo! En nada nos vemos, ya lo verás. ¡Te quiero!”.

El que también vino una noche, la quinta, fue alguien que nadie de nosotros nos esperábamos: Jacinto, nuestro compañero de extrema derecha que admiraba a Franco.

Nos trajo cinco bolsas de frutos secos y una buena bota de vino.

Nos dijo, a través de la ventana:

—Una cosa son las ideas políticas y otra la amistad y el compañerismo.

A Rolando, el sindicalista de la ORT, se le saltaban las lágrimas.

—Nunca olvidaré este gesto, Jacinto.

Pasados unos meses se legalizó el Partido Comunista y, con el tiempo, Manuel Fraga, líder de la derecha española procedente del franquismo y Santiago Carrillo, líder del PCE en el exilio, dieron conferencias juntos y fueron un ejemplo de civismo.

Sí, de vez en cuando, uno se llenaba de optimismo. A aquel espíritu cívico de llegar a acuerdos con rivales acérrimos, anteriormente feroces enemigos, en pro de los intereses del estado se le llamó consenso. Y fue una de las claves de bóveda de la transición española. Alabada y laureada en todos los países del mundo en aquella época aunque, como todo lo humano, no fuera una obra perfecta.

Fruto de este espíritu fueron los llamados “Pactos de la Moncloa”, un acuerdo suscrito por los principales partidos políticos, asociaciones empresariales y sindicatos con el fin de estabilizar el proceso democrático y hacer las reformas económicas necesarias para atajar una inflación desbocada que superaba el 25 por ciento. Se firmaron el 15 de octubre de 1977 y supusieron un compromiso de todos los actores políticos y sociales para sacar adelante el país. Sí, aquella generación de nuestros padres puso toda la carne en el asador para no volver a las andadas nunca más. Nunca se lo agradeceremos bastante.

A los pocos días, se resolvió la huelga de hambre en las iglesias. Y nos reintegramos todos a nuestros trabajos. Pusieron en libertad a los líderes sindicales, pero en la patronal se negaron en redondo a devolvernos los descuentos efectuados en nuestras nóminas por aquellas semanas de huelga. Fue un buen pellizco, nos deducían la prorrata de vacaciones, pagas extra y seguridad social, yo desconocía que pudiera ganar tanto dinero cada día.

Con la ley de amnistía de 1977, se borraron de nuestros expedientes aquellas huelgas y sus efectos disciplinarios y yo volví a centrarme en mi profesión y en mis estudios, como siempre había hecho. Hoy me alegro sobremanera de haber colaborado, junto con los chicas y chicos de mi generación, empujando el tren de la Transición por aquellas vías por las que circulaba la ilusión de todo un país, que buscaba un nuevo impulso para superar su historia reciente y consolidarse entre el grupo privilegiado de las más importantes democracias del mundo.

Y me complace rendir homenaje a la gente como Jacinto y Rolando, con ideas en las antípodas, que supieron alcanzar ese consenso básico de respeto y acuerdo para que ese tren no descarrilara. No dejo de preguntarme si hoy, medio siglo más tarde, no deberíamos aprender de ellos.

14. LOS VIENTOS DEL CAMBIO

Sí, la Transición llevaba a nuestro país de una estación a otra. Como su nombre indica, la Transición era un periodo transitorio para adaptarnos a una nueva situación política, pero también social y de costumbres morales. La nueva estación a la que pretendíamos llegar se caracterizaba por una mayor libertad frente a la anterior, dominada por la rigidez y la imposición.

La libertad sentimental, con la nueva ley del divorcio, la liberación de la mujer, con su progresiva emancipación de las tareas domésticas e incorporación al mundo laboral, la libertad sexual y de costumbres con la etapa del destape, el público debate de ideas políticas, libertad de prensa y de crítica, la libertad religiosa, de pensamiento y creencias nos afectaban, no solo al país en general, sino a cada uno de nosotros en particular, que veníamos con la cabeza amueblada con unos enseres fijos en ella desde siempre.

Y qué decir de nosotros, que dejábamos la adolescencia y entrábamos en nuestra primera juventud y teníamos que lidiar con todas las contradicciones que nos dictaban esos cambios, a los que se añadía nuestra inmadurez y falta de experiencia. Si todo el mundo estaba desorientado, aunque expectante, con el cambio, nosotros estábamos subidos en un tiovivo monumental, que no sabíamos cómo conducirlo y, mucho menos, cómo bajarnos de él.

Un día de aquellos me llamó Moncho, el organizador de aquellos guateques nuestros. De vez en cuando, salía con él y con mis primos Ricardo y Javierito y nos íbamos de discotecas.

Se mostraba muy nervioso y preocupado.

—Oye, Germán, si te llama Lucía —Lucía era una chica que habíamos conocido en Caravell hacía algo más de un mes— no le digas ni por asomo dónde vivo, ¿eh?, ni por asomo.

Continuó, cada vez más nervioso.

—Dile que no sabes nada de mí, ¿eh? Nada, lo que se dice, nada.

—¿Pasa algo, Moncho?

Por fin me dijo aquello que le abrasaba por dentro.

—Me ha llamado la muy... y me ha dicho que espera un niño mío. Y yo apenas la conozco, con cuántos habrá estado, ¿eh?, con cuántos...

A mí Lucía nunca me llamó, me hubiera sentido mal pasando de ella, la verdad. Al parecer fue solo un retraso. Respiré hondo al saberlo. Moncho y ella siguieron saliendo un tiempo, aunque al final lo dejaron.

Teníamos los preservativos, cierto. Pero, aquello funcionaba como funcionaba. Muchas veces los comprábamos en el Rastro, con control de calidad cero, y los llevábamos meses en la cartera antes de usarlos. Conocimos a un chico que iba a Hamilton, una disco en Argüelles que también frecuentábamos nosotros. Se acodaba en la barra y se tomaba un cubata tras otro, era joven, no sé, veintipocos, pero mostraba una cara triste y envejecida que impresionaba. Además, estaba

solo alrededor de una hora y luego se largaba a toda prisa.

Acabamos intimando con él y nos contó su historia.

—Llevad cuidado con los condones. A mí se me rompió uno y aquí me veis, me tuve que casar a toda prisa, colgar la carrera y ponerme a trabajar de gasolinero. Odio ser gasolinero. Me escapo cuando me lo permite mi compañero y me vengo aquí, a tomarme un cubata, ver el panorama y sentirme joven. Nada más que eso.

A mí me daba una pena enorme aquel chaval al que llamaban Pedrito. Seguro que su mujer también maldecía a aquel preservativo que les había hundido la vida.

La píldora anticonceptiva femenina se despenalizó a finales de 1978, yo iba ya para veintidós años y su uso tardaría varios años en generalizarse. Así que en nuestra juventud no tuvo apenas papel.

Por ello, yo era extremadamente cauto en mis relaciones. No me gustaba nada terminar como Pedrito. Y tampoco andar como Moncho, sintiéndome un delincuente y abandonando a niños inocentes por ahí.

Martuqui me enseñó el camino en la discoteca de parejas La Noche Lunar.

—Eso, no. Hasta ahí, todo.

Y a base de apaños iba uno lidiando con la naturaleza, con los sentimientos y con las consecuencias de estos.

Descubrí, además, que las chicas estaban encantadas con ese viejo sistema. Una vez que se encontraban seguras se daban de una forma que te estremecía. Y colaboraban para que ambos miembros de la pareja quedaran razonablemente satisfechos. Hombre, no era lo mismo que las relaciones que se decían antiguamente completas, podía argumentar algún macho ibérico, pero en esta vida yo iba aprendiendo que lo importante era ir adaptándose a las circunstancias y, como me decía mi compañero del banco, Santi, que cada día se parecía más a Sancho Panza, en el sentido común, digo:

—Déjate de machos ibéricos, Germán, eso solo lleva a la escasez, y recuerda que lo perfecto es enemigo de lo bueno.

El tío ligaba una detrás de otra.

Había, además, algunos traumas añadidos, como por ejemplo el de la virginidad. La virginidad partía de algo bonito, romántico: “me reservo para ti, el amor de mi vida”. Y, aunque solo se hablaba de la virginidad femenina, la única en teoría comprobable, no era raro entonces, ni mucho menos, que ambos, chico y chica, fueran vírgenes al matrimonio.

El otro día Clara y yo vimos un programa en televisión. Entrevistaban a ancianos que vivían en las residencias. Hablaban de esto:

—Yo solo he estado con este. Me ha hecho siete hijos —decía, orgullosa, una señora de unos ochenta.

—Yo solo me he acostado con una en mi vida, mi pobre Mercedes, que me dejó hace seis meses —decía, con lágrimas en los ojos, un señor todavía joven.

Muchos hombres, cuando hablaban con otros, sobre todo en el bar, no lo reconocían, los hombres siempre han sido de presumir en este tema. Pero eran tan románticos como las

mujeres. Se vivía el primer amor con la intención de que fuera el último. Ese era el intrínquilis. “Apuesto por ti, desde que nos fijamos el uno en el otro”. O el famoso “contigo pan y cebolla hasta la muerte”.

Desconocían cómo era el otro en la cama, pero tampoco sabían apenas nada de otros muchos temas de su amado/amada. Solo había una intuición. Era un amor a pecho descubierto. Hasta el fin del mundo y más allá. Era un amor todo compromiso. “¿Tú me quieres, no?, pues con eso es suficiente”. “Yo a ti te quiero de igual forma, que venga lo que Dios quiera, nada podrá con nuestro amor, con nuestro compromiso”.

Pero, ¿qué pasaba cuando ese primer amor se torcía? A lo mejor una mujer se entregaba a un hombre, pensando que aquel era ese amor último y definitivo y luego no era así. Ya no podría entonces regalar esa virginidad a nadie más. Y entonces ese segundo amor, si llegaba a tenerlo, a veces quedaba soltera para siempre, podría ser considerado “un amor de segundas”, de menor valor.

Por ello, las mujeres, en general, no se entregaban a las primeras de cambio, vamos, ni a las últimas, sin pasar por el altar. Y si ocurría un tropiezo se vivía como un auténtico trauma.

Así que las relaciones sexuales entre jóvenes como nosotros, si uníamos el miedo a los embarazos y el miedo a perder la virginidad, eran un auténtico rompecabezas. En las chicas predominaban estos miedos, los chicos nos veíamos presionados por adquirir experiencia, “a ver si llegado el punto no vas a saber lo que hay que hacer”, te decían los mayores. ¿Y cómo coger experiencia en estas circunstancias? Solo había dos formas y ambas muy tristes:

La primera, eran los burdeles. Aquello era algo mecánico, mercantil e insatisfactorio. Amén de una fuente de contagios de primer nivel.

La segunda, era salir con una chica que no te gustaba, tú le hacías pensar que sí y ella se daba cada vez un poco más y tú ibas cogiendo experiencia con ella. No es que el hombre fuera un taimado, es que el sistema funcionaba así de mal, cuando no se apostaba porque el primer amor fuera el último o cuando esto último fracasaba.

Así que entre los chicos, como creo que ya he dicho, había “chicas y chicas”. Es decir, chicas para pasar el rato y coger experiencia y chicas para enamorarse, con las que se soñaba a diario, con aquellas con las que se viviría un amor romántico para toda la vida.

Las chicas se defendían e iban con el freno de mano echado y también cogían experiencia, aunque de forma más sibilina: tonteaban con unos y con otros, daban esperanzas a unos y a otros, hacían creer lo que no era sin llegar nunca a nada, mientras valoraban cuál de sus varios pretendientes era la mejor opción, para ese amor también romántico y también para toda la vida.

Es decir, vivíamos ambos sexos persiguiendo un ideal, y eso era lo más bonito que había entonces. El riesgo, que es consustancial al amor, era y es, me temo que hoy todavía mayor, la falta de transparencia entre ambos amantes, es decir que el placer de uno de ellos se asiente sobre el dolor del otro.

Todo ello lo vivíamos los chavales de entonces, de la época de la Transición, llenos de una gran ilusión, y de profundos temores, a partes iguales.

Yo sobrevivía a aquel mundo esquizofrénico y cambiante totalmente colgado de mi amor romántico y platónico por Rosa María. Cuando todo se me venía abajo, cuando todo mi mundo se me caía en pedazos, me quedaba colgado de aquella última brocha, entonces le escribía cartas apasionadas que no le mandaba o me atrevía a remitirle alguna sosa e insustancial que ella no me contestaba. Pero a mí me daba igual. Yo había apostado por ella y mi intuición me decía que siguiera haciéndolo. Y eso era todo.

El resto de chicas que me rodeaban eran “otras chicas”. Yo ni las veía siquiera. Y, si alguna vez las miraba, no vería nunca en ellas lo que realmente eran, sino algo subsidiario y subordinado a aquel amor ideal que me llenó, como ninguna otra cosa, en aquellos años. Sin yo saberlo entonces, aquel amor mío por Rosa María fue mi gran evasión de aquella cárcel de trabajo, estudio y sufriente adaptación a Madrid a la que tuve que hacer frente en aquellos duros años. Amén de asimilar todos los cambios políticos, sociales, culturales y religiosos que se producían sin cesar y que afectaban a la mente cuadriculada de un chico de pueblo + internado religioso, como era yo.

Tampoco podía darles a aquellas chicas que se cruzaban en mi vida ninguna continuidad. Aquellas jornadas de dieciséis horas trabajando y estudiando, con los fines de semana ordenando apuntes y preparando exámenes, no me permitían apenas ninguna otra cosa más. Eran atracciones momentáneas que surgían en la discoteca, rollos pasajeros por ambas partes, amistades y troteos provisionales.

Y luego estaba Martuqui, que siempre estaba, que siempre aparecía, mejor dicho, como el Guadiana.

—Soy tu Guadiana —me decía—. ¿Quedamos?

Sí, ahora pienso en Martuqui y me doy cuenta que siempre aparecía en los momentos claves de mi vida: cuando me examinaba para las oposiciones del banco, cuando estrenamos mi primer viaje en coche, cuando la huelga de hambre en aquella iglesia de Moratalaz... siempre aparecía Martuqui.

Uno de aquellos días yo andaba tocado porque había escrito a Rosa María y no me había contestado, como siempre. Y tenía que hacer un gran esfuerzo para seguir apostando por aquel amor, claro.

—Mi banquero, he acabado un curso de cocina. Te invito a cenar esta noche —me dijo cuando me llamó.

Me alegré sobremanera, claro.

—Pero, Martuqui, eres una caja de sorpresas... ¿Vas a invitar también a tus compañeras de piso?

—Ni hablar, que hace mucho que no estoy contigo. Están de vacaciones...

Sí, me di cuenta que ya era verano, una estación infausta para mí, porque todo el mundo se iba de vacaciones, menos yo, a mí me tocaba en noviembre...

Se había cambiado de piso, este estaba por el barrio del Niño Jesús, cerca del Retiro. Quedamos a tomar una cerveza en el parque al anochecer, en una terraza junto al estanque.

Aquella tarde iba guapísima. Martuqui no tenía una belleza, digamos clásica, era una chica

resultona, su belleza era la alegría que derrochaba.

Me quedé un momento mirando el espejo del estanque con la puesta de sol en él.

Se quedó seria. Fue solo un momento.

—¿En qué piensas? —me dijo—. En algún amor romántico, imposible, de los que te hacen sufrir...

Me sorprendió su inteligencia. Pero me escondí detrás de las palabras, que eso se me daba muy bien, la literatura ya asomaba su capote tras mis múltiples burladeros.

—Eso significa que la que lo tiene eres tú...

Se quedó un momento mirándome. Por un instante pensé que iba a decirme algo íntimo, importante. Luego desvió su mirada al estanque y, sin mirarme, exclamó, revistiéndose de nuevo de aquella alegría que tenía.

—Mi gran amor de ahora es la cocina —y se empezó a partir de la risa—. ¡Vamos!

Estuvimos preparando la mesa, atendiendo los fogones y jugando a las parejas, besándonos y abrazándonos, como dos recién casados.

En la mesa no paramos de charlar. Martuqui hablaba siempre por los codos. No es que ella dominara la conversación y no te dejara hablar, sino que sacaba temas continuamente. Era imposible aburrirse con ella.

Cuando terminábamos el café, le dije:

—Joer, Martuqui, contigo le estoy perdiendo miedo al matrimonio... ¡Qué bien lo he pasado!

Ella me vaciló como sabía hacerlo.

—Ay, Germán, Germán... ¡Si es que no te fijas en mí! ¡No sabes lo que te pierdes!

Utilizaba siempre ese flirteo ligero conmigo.

—Pues mira que estoy por quedarme y terminar en la cama contigo, como unos recién casados.

Ella se quedó sorprendida por un momento.

—¡Me parece una idea estupenda! —acabó diciendo, con un brillo especial en sus ojos.

Pensé que iba a ser como las otras veces. Un “todo, menos eso”. Me levanté y la cogí entre mis brazos.

—Un momento —me dijo.

Se fue a su habitación. La vi por la rendija de la puerta entornada cómo sacaba una maleta de debajo de su cama, la abría y desdoblaba un camisón blanco que estaba impecable. Cerró la puerta y, al poco, apareció en el salón con él puesto. Parecía una novia que me miraba con unos ojos fijos y brillantes. Ahora no se reía y permanecía seria y trascendente.

Me alargó su mano y me dijo:

—Vamos, Germán.

Yo hubiera preferido que me llamara con uno de sus apelativos habituales, como “mi banquero”, o “mi chico de El Sauce”. Me empezaba a sentir nervioso. Aquella trascendencia de lo que íbamos a hacer me empezaba a pasar factura.

Me echó los brazos por el cuello. Yo le susurré:

—Tengo un preservativo.

—Ah, muy bien. Pues lo ponemos. Yo pongo, además, mis días infértiles.

Nos metimos en la cama. Nos abrazamos, nos besamos. Yo me encontraba descentrado. Martuqui me gustaba, pero yo no estaba allí, en ese momento.

—No sé lo que me pasa, Martuqui...

Ella me miró. Por fin esbozó una sonrisa y fue otra vez la de siempre.

—Ah, mi banquero, mi banquero... Pues bésame un rato, hasta que nos durmamos...

A media noche me desperté con ella entre mis brazos. Sentí la pasión inmensa de notarla desnuda a mi lado, de querer hacerla mía.

—Mi Martuqui, mi chica volcánica...

Y nos amamos los dos de la forma intuitiva con que se hace la primera vez.

Sí, el tiempo pasaba también por nuestros cuerpos y nuestras cabezas. Martuqui fue mi compañera en aquellos momentos especiales que jalonaron mi devenir durante aquellos años. También yo lo fui para ella. Se había atrevido a hacer aquello que la maniataba, y con quién mejor que con un chico de su tierra, de confianza.

Sí, con Martuqui hice las cosas más importantes de aquella edad que corría por nuestras venas. Tenía la cualidad de que parecieran normales. Y resultaran, sin embargo, hermosas.

A la mañana siguiente Martuqui empezaba sus vacaciones. Se iba con una amiga en un viaje organizado a París. Salía también por primera vez de España.

—¡Cuánto me alegro que me hayas llamado! —le dije—. ¡Nunca lo olvidaré!

—¡No me digas esas cosas, que me quedo!

—¡Tendré yo que ir también a París pronto! ¡A ver si vas a ser más lanzada que yo!

—Yo no soy lanzada, soy de Cogolludo.

—Y yo de El Sauce.

Me acarició con su mano la barbilla. Y luego me dio un beso en los labios.

—Cuídate, mi poeta de El Sauce, ¿vale?

—Y tú, también.

Casi sin dormir y sin pasar por casa, todos estaban de vacaciones en el pueblo, fui al banco a trabajar. Llegué un poco tarde.

Allí había revuelo, yo no sabía qué pasaba, pero algo ocurría. El señor Bermúdez estaba rojo como un tomate y eso que nadie hablaba con él. Y las chicas cuchicheaban unas con otras.

Por fin le hice una seña a José Juan y nos fuimos al archivo.

—Nada, que Leandro tuvo que ir al hospital anoche. Estaba con una chica y tuvo un desgarro ahí —me señaló entre las piernas—, no veas la cantidad de sangre que tenemos metida en esos momentos. Le han operado de fimosis, vendrá mañana.

Sí, el tiempo pasaba por todos nosotros, y nos iba cambiando, nos iba moldeando con su cincel de destino y vida. Nos hacíamos adultos, aunque a veces no quisiéramos reconocerlo, era más fácil, y más divertido, seguir siendo niños.

Leandro vino al día siguiente.

—Esto no es nada, según me han dicho. Mucho más cómodo para las siguientes relaciones. Lo único es que no debo tener erecciones estos días, hasta que me quiten los puntos.

En cuanto José Juan y yo lo escuchamos, nos fuimos a ver a El Lute, el responsable del archivo de Leganés, que guardaba revistas porno también en su mesa de Madrid.

Y le enseñábamos las fotos a Leandro, para mortificarlo.

—Arderéis en la pira del infierno —nos decía.

Y en este plan.

15. HACIÉNDONOS ADULTOS

Hoy voy animoso a mi despacho. Voy a escribir sobre el tiempo del silencio. Aquel en el que vamos poniendo ladrillos, uno a uno, y día tras día, en el muro que sostendrá el edificio de lo que un día seremos. Días de trabajo silencioso, constante y esforzado, de estudio sacrificado y tenaz, de tiempo de ocio fructífero y enriquecedor. Sí, aquellos días en los que nos hacíamos adultos, plenos de esfuerzo, de sudor y de constancia.

Abro el ordenador y, mientras se configura, oigo cómo suena el teléfono en la cocina y lo descuelga mi mujer, Clara. Ella baja la voz, como siempre, y yo soy incapaz de oír nada. Cuando alguna vez le pregunto: “¿quién ha llamado?”, ella siempre contesta: “el doctor Parrondo”. Pero yo creo que a veces no es él.

Sé también que el que llama no quiere hablar conmigo. El otro día que Clara estaba en el baño duchándose, el ruido del agua no le debió permitir oír el teléfono, entonces fui yo a la cocina y descolgué. “¿Dígame?”. Pero nadie dijo nada, me pareció oír una respiración contenida al otro lado de la línea, pero a lo mejor fueron imaginaciones mías.

Tampoco entendía por qué el que llamaba no lo hacía directamente al móvil de Clara. Pero ahora ya lo entiendo. A veces, después de la llamada, Clara sale de casa y me dice que se va a comprar nuevos medicamentos que le receta el doctor Parrondo. Si fuera una llamada o un mensaje por el móvil, yo podría interesarme por él, pedirle que me lo enseñara. Y yo sabría quién llama. Por eso lo hacen así.

Mi mujer y yo tenemos un amor como los de antes, como el que describía ayer, romántico y para toda la vida, y aún más allá, añadiría yo. Así que yo creo que mi mujer no me engaña, con otro, quiero decir. Tal vez me protege, evita que yo sufra, eso creo.

Pero sé que un día, cuando yo ya sea como un mueble inservible, como un reloj averiado que nunca da la hora, ella, que es más joven que yo, todavía una mujer atractiva, podría preguntarse cosas. Rezo porque yo entonces no pueda verlo, sentirlo, quiero decir. Ruego porque antes Dios me convierta en un ser inerte que viva ausente en su lejano planeta, en alguien que solo inspire ternura, ese cariño que yo mismo a veces siento ya por mí, una hormiga insignificante que teclea en su ordenador, como aquel que dibuja en la superficie rizada del agua del mar.

Pero no voy a ponerme triste, de qué me serviría. Además, que me siento afortunado, con la maleta llena de recuerdos a mis pies puedo revivir otra vez aquella vida que yo tuve cuando era joven, cuando me latía el corazón con aquella fuerza extraordinaria, la de un javatillo lleno de futuro, de un futuro esperanzador y motivante, aunque fuera lleno de dificultades, mismamente como era mi país entonces, en aquellos años en donde se dilucidaba nuestro futuro.

Por aquellos días empecé a disfrutar de los conocimientos que adquiriría en la universidad. Conocimientos sobre el mundo, sobre cómo funcionaban las cosas y las personas que lo habitaban. La economía, la sociología, el derecho, me abrían cada día de par en par las ventanas de mi mente.

Y lo que veía, nunca antes me lo había imaginado así. Eran duros golpes para mi mentalidad limitada de pueblo y de internado. Y, una vez vencida esa resistencia inicial, mis ideas cambiaban día a día, las de hoy las consideraba más perfectas que las de ayer, las de mañana derrocarían a las de hoy.

Teníamos en la uni un profesor de Sociología peculiar, Emilio Ruiz, un sordomudo que había comenzado a oír a través de un gran sonotone que llevaba en la oreja, al que todavía no se había adaptado del todo, por ello daba de vez en cuando unos gritos agudos que hacían saltarnos unas risas espontáneas que, dado lo buen hombre que era, tratábamos de evitar.

Salíamos a los jardines interiores de la Autónoma y nos enseñaba bajo un árbol o paseando como Platón.

—Amad la ciencia —nos decía—, pero no caigáis en el frío “cientificismo”. La vida es algo tan complejo que no puede explicarse solo con la ciencia, están los sentimientos, las creencias, la ética... La vida hay que vivirla —y terminaba con un grito agudo que hacía que los pájaros se asustaran y levantaran el vuelo.

Entonces Emilio Ruiz se percataba, se ajustaba su sonotone y continuaba, ahora con un volumen tan bajo que los que nos llevábamos la mano a la oreja éramos nosotros:

—Y amad también el dinero, pero no como posesión. El dinero solo es el valor de vuestro trabajo, el valor añadido que vosotros dais a vuestra sociedad. Esforzarse en ganar más dinero es algo sano, representa vuestra intención de aportar más y de más valor a la sociedad a la que servís. Pero no seáis esclavos del dinero: el dinero es un buen siervo, podréis hacer muchas cosas con él, pero un mal amo.

Yo llegaba a mi casa a las diez de la noche, ebrio de nuevos conocimientos. Cenaba con mis padres y mis hermanos, nos contábamos nuestro día y luego me encerraba en mi habitación, Pepín ya dormía, así que me desnudaba sin dar la luz y me metía en la cama y, allí, a oscuras, me dejaba invadir por aquel torrente de información y conocimientos. Y yo sentía que crecía por dentro, como lo hacen las plantas, cuando alguien las riega con tacto y con inteligencia.

En Economía Española teníamos al catedrático Ramón Tamames, entonces miembro destacado del Partido Comunista de España y diputado en Cortes. Con el tiempo se convirtió en un liberal. Al hilo de sus enseñanzas yo, que carecía de cultura política como la mayoría de los jóvenes de mi generación, iría amueblando mi cabeza y, sobre todo, dotándola de un sentido crítico.

A los jóvenes de entonces nos atraían las ideas de izquierda, porque no se habían aplicado en España en mucho tiempo y juventud e innovación van siempre de la mano y, porque a nivel de discurso, la belleza de palabras como solidaridad, igualdad, protección social eran inigualables. Pero ya entonces Ramón Tamames era crítico con el marxismo leninismo y unos años más tarde Felipe González abjuró del marxismo como guía de la socialdemocracia. Solía decir:

—El comunismo es un sistema para ángeles, pero los hombres no lo son, necesitan estímulos para su creatividad, para su competitividad y eso solo lo da el capitalismo. La iniciativa privada siempre ha sido la punta de lanza del progreso. Pero dejarlo todo al albur de la iniciativa

privada y del mercado pueden dejar inermes a sectores importantes de la población.

Las grandes democracias, iba madurando yo, van alternando en sus gobiernos políticas igualitarias y proteccionistas de izquierda junto con políticas liberales que fomenten el crecimiento de la riqueza. Es decir, crecen más con más capitalismo y reparten mejor con más socialismo.

Pero en España andábamos lejos de esa alternancia óptima, para empezar ni siquiera teníamos una Constitución que amparara la alternancia en el poder. Pero ya iba intuyendo yo cómo me gustaría que fuera el país que recaería sobre los hombros de aquellos jóvenes que tratábamos de formarnos para cuando llegara la hora de dar el relevo a la generación de nuestros padres.

Julián, el portero andaluz de mi calle, con quien yo me solía detener a hablar de vez en cuando, me lo decía en su lenguaje del pueblo llano:

—Germán, el problema de España es que nos dejamos llevar por los extremos y eso nos aleja de comprender a aquel que piensa diferente. Yo creo que ahora, que llevamos sin pelearnos casi cuarenta años, tenemos una gran oportunidad: hacernos todos unos moderados. Perdonar el pasado y aceptarnos unos a otros. Esos son los países que progresan, los que van todos a una, aunque cada uno defienda matices diferentes.

Y yo llegaba a casa e iba moliendo todo lo que leía, todo lo que oía, todo lo que veía en mi casa, día a día. Como un panadero muele el trigo para hacer el mejor pan. Tiempo de esfuerzo y de silencio. Construyendo un país, amueblando una mente tierna y joven, haciéndola adulta.

Donde yo creía que no avanzaba, o avanzaba poco, era en el tema religioso. Pensaba que, en cierto modo, proveníamos, yo al menos, de otra dictadura. La imposición de la religión que sufrimos durante años a la larga le hizo un flaco favor a la misma. Yo tenía algunos cimientos firmes: la trascendencia del hombre que supera a la muerte, el origen divino como hijos de Dios, y la necesidad de hablar con Dios como método de orientación y amparo en nuestra vida en la tierra. Pero todo lo relativo a la Iglesia y sus normas yo no lo veía nada claro. Así que tiraba por la calle del medio y evitaba intermediarios en mi relación con el Creador. Ya no iba casi nunca a misa ni rezaba con oraciones de la Iglesia sino usando mis propias palabras.

Tardaría todavía unos años en congraciarme con aquella nueva generación de sacerdotes, que no tenían nada que ver con lo anterior, mal pagados y poco reconocidos, que se abría paso en silencio ayudando también en la transición política, asistiendo espiritualmente a mucha gente olvidada en los pueblos perdidos de media España o impulsando instituciones como Cáritas que tanto ayudarían en las crisis económicas y sociales que vendrían. Olé por ellos, pensé cuando por fin me di cuenta del cambio, también ellos estaban pasando su transición.

Un día que hablaba yo con Julián, llegó don Narciso, uno de los curas de la parroquia de Manuel Becerra. Nos saludó con un “buenas tardes” y se dirigió a paso rápido a los ascensores.

Cuando el ascensor ya se elevaba, Julián me susurró:

—¿A que no sabes dónde va este?

Me encogí de hombros.

—A consolar a una señora del cuarto, a la que su marido abandonó hace meses —me aclaró

Julián.

—Bueno, a lo mejor necesita orientación espiritual... —trataba yo de defender a don Narciso, a quien apenas conocía.

—Germán, Germán..., seguro que en cinco minutos están ya los dos en pelotas.

A mí aquella rudeza clarividente me rebelaba.

—¿Qué pasa, que los has visto por el ojo de la cerradura?

—Germán, no te tienes que enfadar porque la realidad sea como es. Yo no le juzgo, lo que me gustaría es que cuando tenga las cosas claras, lo explique a sus fieles y a la Iglesia, por supuesto.

A los dos meses de aquello don Narciso pidió a Roma casarse con aquella señora y abandonar la Iglesia. Julián me dijo:

—Tiene todos mis respetos. Tenemos que entrar en una etapa en que se normalicen estas cosas, ¿a ti te gustaría que te crucificaran porque un día dejaras el banco y te fueras, digamos, a trabajar a la Telefónica?

Unos pocos años después se aprobó también la ley del divorcio. Aquel “hasta que la muerte nos separe”, que parecía inamovible, dejaría de encorsetar a algunas parejas que ya no lo eran. Sí, para los jóvenes como yo, era importante conocer la realidad, aunque esta no fuera ese ideal maravilloso que nos habían inculcado en la cabeza, si no lo hacíamos luego sería imposible mejorarla. Y, en todo cambio, en el matrimonio, o en la vocación sacerdotal, por ejemplo, habría que respetar las decisiones personales, una vez acotadas las responsabilidades de las mismas, por supuesto.

El nuevo marco de convivencia que nos dábamos los españoles, la Constitución, se aprobó por referéndum el 6 de diciembre de 1978. Pero la fecha realmente clave fue el 15 de diciembre de 1976 en la que los españoles mediante referéndum aprobábamos la Ley de Reforma Política que derogaba el franquismo y abría las puertas a una Constitución democrática.

Aunque por lo que yo recuerdo hoy aquel 15 de diciembre, es porque ese día yo conocí a Lina. La primera chica con la que yo tuve una relación larga, mi primera novia.

Durante los últimos meses, se habían extendido entre mis amigos, como una mancha de aceite, las relaciones estables, como si aquellos años de tanteos y aproximaciones hubieran llegado a su fin. Y se estuvieran jugando ya las cartas definitivas del amor. Al abrigo de la esperanza en la nueva etapa del país.

Hasta Martuqui me sorprendió. Yo pensé que, a la vuelta de París, sus ansias libertarias se incrementarían, pero un día me llamó:

—Mi banquero, llevo saliendo con un chico seis semanas. Todo un récord para mí.

—Pero, Martuqui, mi niña burguesa...

—Pues puede que siempre haya tenido algo de eso...

—Te deseo toda la suerte del mundo, te la mereces.

—Te llamo para que te animes y hagas lo mismo, como todo lo hacemos juntos...

Martuqui siempre conseguía alegrarme y hacerme reír.

Moncho, Javierito, Leandro, José Juan, Santi y hasta Rolando llevaban saliendo hacía tiempo con sus parejas. Y mi hermana Tere también. Pareciera que todo el mundo, menos yo, ensayara ser adulto, tras una etapa de titubeos juveniles y adolescentes.

—Ah, mi banquero —me decía Martuqui—. Si es que nosotros somos unos idealistas.

Pues aquel plural ya se acababa de convertir en singular. Debía ser yo un idealista empedernido. Todo el mundo sentaba la cabeza antes que yo.

A mí todo aquello me daba igual. Yo iba a mi propio ritmo, pero lo cierto era que, del grupo de amigos de Sace, estábamos en la disco Ricardo y yo solos. Además, hacía unos días que, por casualidad, había descubierto que los versos que un día me escribió en un papel Rosa María no eran suyos, sino de un poema de Miguel Hernández. Eso sí que me había tocado la moral.

Sí, la realidad había veces que era desagradable o, mejor dicho, dejaba de ser infantil y se mostraba sin adornos, en la más absoluta desnudez.

Aquella tarde, después de votar, nos fuimos a Caravell. Mi primo Ricardo andaba un poco depre, acababa de romper con su primera novia, nunca llovía a gusto de todos en eso de las relaciones estables. Así que nos tomamos un par de cubatas para empezar. Yo quería ayudar a mi primo, así que le dije:

—Fíjate en una chica que te guste y te acompaño para empezar el rollo.

Empezar el rollo era lo más difícil en una disco. Si conseguías que se centraran en ti, luego la cosa ya iba como la seda.

Hubo suerte y mi primo Ricardo entabló conversación con una chica morena que, a la postre, años más tarde sería su mujer. Y lo sigue siendo todavía. Tardes tristes acaban en éxito prolongado. Debiéramos tenerlo siempre muy en cuenta.

Así que me quedé solo. Era miércoles y no había mucha gente. Al otro extremo de la pista vi a una chica rubia espectacular. Me acerqué, a veces en la disco te llevabas grandes sorpresas de cerca. Pero aquel día a medida que me aproximaba me iba gustando todavía más.

Yo no me consideraba un chico ni demasiado atrevido ni excesivamente guapo al primer golpe de vista. Pero sí creía que resultaba atractivo cuando se me iba conociendo. Me acordé de Martuqui, siempre que la recordaba me subía la moral, nunca se lo agradeceré lo bastante.

—Ah, mi poeta. Te lo deberías creer un poco más, te lo digo yo —me decía.

Sonreí al recordarlo y, sin nada que perder, me acerqué a ella. Llevaba una chaqueta roja sobre un vaquero negro ajustado, destacaba sobre todo una melena rubia hasta la cintura y unos ojos grandes y azules, que podían ser fríos, yo no los conocí así nunca, o de lo más dulce.

Su amiga acababa de salir a bailar, así que me senté a su lado.

—¿Qué tal estás? —le dije con amabilidad.

Era una chica que debía estar harta de que los chicos se le aproximaran en masa. Y yo tampoco tenía la varita mágica para despertar su interés.

Casi ni me miró. Pero algo de mi voz le debió gustar. Se volvió, seria y, al verme de cerca, me sonrió.

—Bien, ¿y tú?

—Hoy contento, lleno de esperanza.

Se giró todavía más hacia mí, como queriendo saber más.

—Me gusta que le vayan las cosas bien a mi país, bueno, y a todos nosotros, claro —dije, sin pensarlo mucho.

Aquella declaración de bondad general noté que la conmovió un poco. A lo mejor ella también era un poco idealista, pensé, más allá de su distante belleza.

Comenzamos a charlar y se nos pasó el tiempo volando. Me dio su teléfono. Yo pensé que aquello no duraría mucho. Yo era un chico normal, tampoco la bondad personificada, ni mucho menos. Y no estaba seguro, más bien lo contrario, si podría competir con aquella fila de admiradores que suponía que tenía.

Pero con Lina, todo lo que yo pensaba que iba a resultar difícil o inaccesible, acababa siendo fácil y estimulante.

El primer y segundo día que salimos todo fluyó. Ella cada vez se mostraba más cercana, cuando iba a despedirme en el portal de su casa —compartía un piso con otras chicas— y yo no sabía cómo hacerlo, me sonrió con dulzura —nada que ver con la frialdad con la que evitaba el acoso de los moscones— y me dijo:

—Nos besamos, ¿no? —y me enlazó el cuello con sus brazos.

Yo me sentí en otra galaxia, nos besamos varias veces en los labios y, claro, quise ir a más, atrayéndola contra mí.

—Eh, eh, ya habrá otros días —dijo desenlazándose con suavidad—. Porque supongo que los habrá, ¿no?

—¡Claro! —acerté a contestar.

Sacó las llaves del bolso y entró en el portal. Dio la luz y, antes de subir por la escalera, vivía en el primero, se volvió y se despidió con una sonrisa inigualable y un gesto muy femenino levantando y moviendo la mano como despedida.

Lina fue la primera chica con la que yo tuve una relación estable y larga. Y puedo decir que todos los días que estuve con ella fueron agradables. Fui muy afortunado y llegué a pensar, en mi inexperiencia, que eso era lo normal.

Lina, que era algo mayor que yo, yo iba para veinte y ella para veintidós, se fue encaprichando de mí, cada día más, e inundándome con su alegría. Cuando uno está enamorado es imposible no estar alegre. Y comprensivo, y cariñoso. El mundo es un sitio agradable y la compañía de tu amor lo llena todo. A mí me envolvía el amor de Lina que era el mismo que yo había soñado con Rosa María. Ese amor total y primigenio que piensas que será el único de toda tu vida.

A mí me gustaba Lina, ¡cómo no!, lo contrario hubiera sido imposible para cualquier mortal, pero empecé a darme cuenta que mi amor no estaba a la altura del suyo, yo era un chico cerrado, casi hermético, en cuanto a mis sentimientos, producto de aquella larga estadía de aislamiento e indefensión en el internado. No era capaz de abrir mi interior tanto como ella lo hacía. Yo no sé si ella reparaba en ello, a veces yo pensaba que estaba tan feliz que no le importaba nada más.

Y, aun así, ¡cuánto me ayudó!, era una chica espontánea, directa, estimulante y sana. Cuando estábamos juntos, me decía:

—¡Germán! Esto es lo mejor que hay, ¿verdad?

Y yo le sonreía, atónito de que yo fuera la fuente de aquella alegría.

—¡Lo mejor del mundo! —le contestaba y la abrazaba contra mí.

¡Cuántas capas de duro pedernal, de caparazones protectores fui perdiendo ante su sonrisa y ante aquel mar calmo de sus ojos azules! ¡Pero cuántas me quedaban todavía! ¡Seis años acumulando defensas y trincheras para proteger mi vulnerabilidad!

Todas las noches hablábamos por teléfono, no sé, una hora, o más. Sobre fruslerías, sobre nosotros, pero no sobre nuestro futuro sino sobre aquellos momentos que estábamos viviendo. Ni pasado ni futuro parecían existir, solo un presente eterno, que no se agotaba nunca y que nos llenaba de alegría. Cada vez me encontraba más cómodo hablando de mí, siquiera un poco, y ella parecía feliz llevándome a dónde ella me esperaba.

Con Martuqui tenía una relación muy fluida pero, y esa era su gracia por otra parte, representábamos cada uno de nosotros un personaje, “mi banquero”, “mi chica volcánica”, no éramos nosotros, sino solo un resumen precipitado de cada uno. Tampoco podíamos serlo porque nos veíamos muy poco. Con Lina, vivíamos los dos el mismo tiempo, la misma escena en la película de nuestra vida, quizás ella más intensamente que yo.

Cuando íbamos con amigos, descubría su inteligencia emocional, su habilidad para hacer que pasáramos un buen rato. Solo cuando se topaba con alguien presumido, enhiesto, orgulloso, sacaba su frialdad, su distancia, esa que había practicado para quitarse de encima a tanto macho atrevido y tal vez insolente que se le acercaba y que quería conquistarla.

Tal vez por eso se fijó en mí, pensaba yo, quizás me veía en las antípodas de esos perfiles de hombre. Y eso me daba confianza y desconfianza a la vez sobre el futuro de nuestro amor. Quizás yo solo era un capricho momentáneo para ella, que se desvanecería cuando el tiempo pasara. Tal vez por ello seguía yo a veces con el freno de mano puesto, sin abrir mi corazón del todo. Esperando que el tiempo fuera cuajando nuestra relación.

Ah, el tiempo, el tiempo..., ¿por qué el tiempo es diferente en cada amante?, ¿por qué en dos segundos uno de los dos enamorados ya ha hecho la apuesta total y definitiva, la elección de su vida, y el otro necesita dos meses más, o dos años más o, tal vez, nunca llega a tenerlo claro del todo?

Yo no lo sabía, quizás tampoco lo sé hoy. Pero el tiempo vino sobre nosotros y nos puso a prueba.

Cuando llevábamos siete meses saliendo Lina me llamó una noche. Tenía que ir a la ciudad de Jaén, ella era de La Carolina, allí tenía una tía soltera, su madrina Nines, que había sufrido un ictus.

Cuando regresó a Madrid, cuatro días más tarde, me dijo que tenía que hablar conmigo de forma urgente. Quedamos en un pub, en los bajos de la Torre de Valencia, frente al Retiro, que nos gustaba mucho.

Llegué y ya estaba ella. Tenía unos ojos brillantes, sobre la mesa había una lámpara de vela

y la vi bellísima, la mujer más hermosa del mundo. Me miró y me siguió con la mirada desde que entré por la puerta hasta que me acerqué a ella. Nos besamos, percibí un pálpito dramático en sus labios que no había notado nunca. Alguna vez había pensado yo que nuestro amor no tenía esa profundidad que exhalaban aquellas escenas del cine de mi adolescencia que me fascinaban. Sin drama, sin sufrimiento no había amor, me había dicho mi tío Ezequiel, hablando de sus amores imposibles, los únicos que merecían la pena, según él.

Lina me miró, aquella noche había un drama en sus ojos:

—Germán, estoy muy preocupada, pero también alegre, esperanzada.

Me cogió de ambas manos y me lo contó de forma directa y sencilla.

Su tía Nines había quedado hemipléjica tras el ictus. Ya no se podría ocupar de su peluquería, una de las más elegantes que había en Jaén. Su tía Nines fue quien le había inculcado a Lina su amor por aquella profesión desde niña. Lina estaba en Madrid trabajando y formándose en una peluquería de Chamberí, en dos años regresaría a Jaén para comandar con su madrina aquel establecimiento. Todo eso ya me lo había contado ella.

Dos años era mucho tiempo, en ese plazo yo habría terminado la carrera, había pensado yo alguna vez y, llegado el caso, sabría entonces a qué atenerme.

Aquellas previsiones ya no servían. Aquel golpe del destino obligaba a Lina a tomar una decisión. Su madrina le ofrecía hacerse con su peluquería, un negocio exitoso y en marcha, y pagarlo en cómodos plazos con el beneficio de la propia peluquería. Si no aceptaba, tendría que venderla a un tercero para obtener rentas para sus cuidados.

Lina se me quedó mirando.

—Yo no quiero separarme de ti. Eso es lo último que quiero. Nunca he sido tan feliz. ¿Habría alguna posibilidad de que te vinieras conmigo? Aquella peluquería es el sueño de toda mi vida.

Yo estaba bloqueado, aquel manotazo del destino me había dejado sin palabras. Aparte de que cambiar de trabajo y de universidad no sería inmediato ni fácil, abandonar otra vez Madrid y a mi familia por un nuevo destino me resultaba muy duro. Y muy precipitado.

Hubo un silencio entre nosotros. Lina me sonrió y me apretó ambas manos con las suyas. Como si tuviera una solución mágica para aquella disyuntiva:

—Lo he pensado todo mucho, Germán. No he hecho más que pensar en estos cuatro días. Y entiendo lo difícil que es lo que te planteo. Todo se ha precipitado y no puedo reprocharte nada si estás bloqueado ante un cambio de vida tan drástico y tan lejos. Pero hay otra solución, me ha costado pero he convencido a mi tía de ello.

Yo ya me había recuperado un poco del impacto.

—Lina, Lina, podemos esperar, somos jóvenes... querernos en la distancia.

—No, eso no..., —yo sabía el porqué de ello, el matrimonio de sus padres se había roto por la distancia—. Escúchame, Germán. Tengo otra solución, me ha costado, pero la tengo. Tengo el visto bueno en principio de mi tía. Desde el punto de vista del negocio es mucho más arriesgado, pero yo estoy dispuesta. Solo necesito tu compromiso.

Ahora sí que había drama en la voz de Lina. Notaba sus manos temblar entre las mías.

—Verás, Germán. Es un imprevisto que me ha ocurrido a mí y es justo que la que tenga que

moverme sea yo. Mi tía está dispuesta a vender su peluquería y con el producto de la misma comprar otra en Madrid, seríamos socias aquí. Es más arriesgado, porque sería comenzar un negocio, si no va bien tal vez tengamos que venderla y yo quedaría endeudada con mi tía... Pero lo importante es que con esta alternativa yo no te perdería, se lo he pedido, yo soy como una hija para ella y me ha dicho que sí. Podrías seguir haciendo tu vida como hasta ahora. Pero yo este paso no podría darlo si previamente no tengo la certeza de que somos como marido y mujer, ¿me entiendes? Una sola vida, un solo destino y que sea lo que Dios quiera.

Tenía a aquella mujer bellísima junto a mí, poniendo su vida en mis manos. En las de un chaval de pueblo que apenas llegaba a los veinte años. Yo no era tan fuerte como ella suponía. Yo, a veces, no sabía ni lo que me ocurría. A mí me gustaba Lina, probablemente la amaba también, pero necesitaba tiempo, ¡tiempo!, madurar para poder gestionar situaciones como aquella, que me sobrepasaban, que me excedían...

Notaba sobre mis débiles hombros su vida entera, la responsabilidad de las rentas para el cuidado de su tía, la marcha de un negocio del que yo no sabía nada...

Ella me adivinó el pensamiento.

—Germán, eh, eh... —Me cogió la cabeza entre sus manos, como si quisiera aligerarla de toda responsabilidad—. Solo tienes que decirme que me quieres, de esa forma que necesito, lo demás es cosa mía. Solo quiero saber que si me embarco en esto, en esta ciudad que es extraña para mí, es porque gano algo mucho más importante, te gano a ti. Eso sí, para siempre. Sin duda alguna.

De pronto la miré, con un cariño infinito, los ojos se me poblaron de lágrimas.

—Lina, Lina... Necesito tiempo, tiempo... Yo no soy tan fuerte, tú te mereces más que yo...

Ella me miró también, con aquel amor infinito que nunca he olvidado, ni olvidaré. Y con aquella pena que crecía y crecía, anticipando el dolor. Sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Yo no necesito tiempo, Germán, solo comprobar que tu amor es tan fuerte como el mío. Y no tiene por qué serlo. Tampoco yo sabía que me había enamorado así, que esto existía. Ahora ya lo sabes como yo lo sé.

La estreché entre mis brazos. Caminamos por la noche de Madrid, esta ciudad que me dio una vez a Lina.

Unos días más tarde la acompañé a la estación de Atocha a coger el tren para Jaén. Sabía que nunca la olvidaría.

—Lina, me gustaría llamarte, ver que te encuentras bien...

Me puso su índice en mis labios para que no continuara.

—Si me quieres bien no lo hagas, Germán, necesito acostumbrarme a vivir sin ti...

Nunca lo hice. Hasta antes de estar enfermo, cuando cruzaba Jaén por la carretera de Andalucía, camino del mar y pasaba cerca de La Carolina, todavía me acordaba de ella. Allí, hace 250 años, el rey Carlos III trajo a 6.000 colonos alemanes para repoblar aquellas tierras. Dicen que sus mujeres hoy tienen los ojos azules más bonitos de España. Puedo jurarlo. Yo, de lo que más me acuerdo es de su corazón. Aquel corazón tan grande de Lina. Me hice adulto a su lado, que significa saber aceptar que el hombre es solo tiempo y que, a veces, este juega con

nosotros, aunque no pueda quitarnos de dentro aquellos momentos que nos hicieron crecer.

Dondequiera que estés / te gustará saber que / por flaca que fuese la vereda / no malvendí tu pañuelo de seda / por un trozo de pan.

Y que, jamás, / por más cansado que estuviese / abandoné tu recuerdo a la orilla del camino. / Y, por fría que fuese mi noche triste, / no eché al fuego ni uno solo / de los besos que me diste.

Por ti, por ti brilló mi sol un día / y, cuando pienso en ti, / brilla de nuevo. / Sin que lo empañe la melancolía / de los fugaces amores eternos.

Dondequiera que estés / te gustará saber / que te pude olvidar / y no he querido. / Y por fría que sea / mi noche triste / no echo al fuego ni uno solo / de los besos que me diste.

Dondequiera que estés / si te acuerdas de mí.

Esta noche he soñado con Andalucía y con el flamenco. Ahora sé por qué. Hoy el viento de Madrid me trae la fragancia de Lina. Estuve a punto de llevarla a El Sauce Curvo pero, al final, no pudo ser.

Hoy escribo en mi ordenador estos versos que no son míos, sino de un poeta inmenso que se llama Joan Manuel Serrat. Pero solo porque prometí que nadie más escucharía los que yo escribí para ella, para una flor de azahar que un día llenó mi mente de esas extrañas mariposas, cuyas alas solo uno ve, en toda su belleza, cuando se alejan en la lontananza. Dondequiera que estés.

<https://www.youtube.com/watch?v=pWcQ1ATWtQw>

16. FUERA DEL SOÑADO PARAÍSO

Hoy Clara y yo paseamos por un parque cerca de casa, el Parque de Berlín. Sé que todas esas flores que llamean en su pradera, que llenan nuestra vista y nuestra alma de tanta alegría, son solo un reclamo de seducción. Una llamada para encontrar pareja, un ropaje de domingo para atraer al mejor partenaire con el que crear de nuevo vida. Las flores son el maquillaje atractivo de las plantas, como los trinos son las canciones de amor de los pájaros, como la berrea es el grito desesperado de los ciervos para denunciar que no quieren seguir estando solos.

Solo el amor, la búsqueda de él, mueve el mundo, la naturaleza, de una manera tan gigantesca. Durante la adolescencia y la primera juventud nada habrá más importante que la búsqueda del amor en el mundo de los chicos y de las chicas que se asoman a él temblorosos y esperanzados.

Clara y yo volvemos a casa y yo me encierro en mi despacho, con la verde pradera llena de flores del parque. Sí, hoy recuerdo ese tránsito, el de la búsqueda del amor en aquellos años de la Transición. Repaso mis heridas y sus cicatrices. Siento el dolor de las que provoqué por inexperiencia, torpeza o propio egoísmo y también recuerdo el dolor de las que sufrí en propia carne de otras personas, tal vez por lo mismo.

Todas aquellas chicas hoy tienen un hueco en mi corazón y en mi memoria: Consuelito, Mabel, Rosa María, Martuqui, Lina, Ainhoa, Clara... Fueron eslabones necesarios en la cadena de la vida. Estaciones de paso de aquel tren que nos conducía, veloz e ilusionado, hacia ese destino soñado de aquel amor total, de aquel amor definitivo que buscábamos para compartir vida y crear también vida.

Solo por este recorrido de recuerdos del amor por mi mente merecería la pena vivir. Doy gracias a Dios hoy, porque mi memoria me traiga de nuevo el perfume del amor. ¡Qué sería de la vida sin él!

Abro mi maleta de papeles, de recuerdos y, sin embargo, la vida me lleva por otros derroteros.

Uno de aquellos días, de comienzos de 1978, cuando yo hacía cuarto de carrera, me llamó mi padre. Quería hablar a solas conmigo.

—Mira, Germán, prométeme que esto queda entre nosotros.

—¡Claro! ¿Qué ocurre, papá? —No pude por menos que responderle preso de la curiosidad.

—Es una cosa de Sacecorbo, de la gente de Sace, de nuestra gente, porque nosotros seguimos siendo de allí, aunque estemos aquí, ¿me entiendes? —Se me quedó mirando fijamente esperando mi aprobación, así que se la di, claro—. Y es una cosa de hombres, tu madre, tu hermana y Pepín, por niño, quedan fuera, ¿estamos?, mejor que no se enteren —me volvió a mirar fijamente, yo asentí con la cabeza.

Yo, por un momento, mientras mi padre carraspeaba y pensaba cómo decirme lo que me iba a decir, pensé en la gente de Sace, de nuestro querido Sauce Curvo, nuestra gente como había dicho él. Y lo que yo veía es que había dos comunidades en vez de una. La comunidad de los que habían salido del pueblo y la de aquellos que todavía permanecían en él. La primera

incrementaba año a año, la segunda decrecía en la misma proporción.

Debía ser frustrante para los segundos contemplar cómo sus familiares o antiguos vecinos volvían ahora de vacaciones al pueblo, mostrando sus automóviles relucientes, aunque fueran de segunda mano y se ponían como locos a remozar sus casas, a dotarlas de agua corriente, de potentes electrodomésticos. Probablemente en Madrid vivían en un quinto sin ascensor, o en una portería o en una casa ajena de vigilante, anexa a un economato, como nosotros. Pero allí mostrábamos la faz de aquel que vive feliz y todo le va bien, la faz del progreso.

Los cada vez menos numerosos chicos y chicas de mi edad que todavía no habían salido de Sacecorbo, de nuestro Sauce Curvo, llegaban a sentirse mal, incómodos, en su propio pueblo, por el verano, cuando allí coincidía la época de mayor trabajo y se tropezaban con nosotros, los veraneantes, siempre pulcros, mientras que ellos se mostraban sudorosos y llenos del polvo de los caminos.

Así que la gente joven estaba como loca por salir del pueblo y se lanzaba a coger cualquier trabajo que le saliera en Madrid, con tal de huir de allí.

Fue el caso de Casilda, una chica de veinte años, huérfana de padre y de pocos recursos en su familia. Mi padre comenzó a hablarme de ella.

—Casilda se vino hace un mes de dependienta a una pescadería propiedad de un tipo de Albacete, como no tenía donde alojarse, el propio pescadero le facilitó el alquiler de un cuchitril infame en un sótano, cerca de la pescadería.

Mi padre carraspeó de nuevo. Y entró de lleno en el asunto.

—Germán, en Madrid hay gente maja, pero también hay un cupo, como en todos los sitios, de cabrones y de hijos de puta, ¿me entiendes?

Yo le entendía perfectamente, los había también en mi banco, así como en la universidad, en el internado o en el propio Sauce Curvo.

—Bueno, pues este tío, dueño de la pescadería “Todo Fresco” en Moratalaz, ha intentado propasarse con nuestra Casilda, piensa que la tiene en sus manos. La pobre está encerrada en el sótano en el que duerme, sin atreverse a salir, menos mal que le pudo pasar una nota al tío Crescencio ayer, envuelta con el pescado, cuando este fue a comprar una pescadilla para su familia.

—Pues habrá que llamar a la policía, ¿no? Y denunciarlo lo antes posible —dije con firmeza.

Mi padre carraspeó de nuevo.

—¿Para que al final al pescadero no le pase nada, —es la palabra de una contra la del otro —, y nuestra Casilda pierda el empleo y su casa? Esto los de Sacecorbo lo arreglamos de otra manera.

Me miró a los ojos, yo me temía lo peor. El hecho de que se refiriera a ella como “nuestra Casilda”, cuando nosotros apenas la habíamos tratado e incluso mi padre se llevara regular tirando a mal con alguno de sus tíos, no dejaba de mosquearme.

Me explicó la solución.

—Una solución —me dijo— que no puede ser otra en nuestra comunidad. Somos veinte hombres en Madrid y vamos a proteger a uno de nuestros miembros. Y en nuestra casa hay dos

hombres, tú y yo, y haremos lo que acordemos entre los veinte, ¿estamos, Germán?

Yo, por una parte, me sentía orgulloso de estar en aquel grupo, donde se iban a tomar decisiones de adultos, y me alegraba de que Casilda, una de las chicas más vulnerables del pueblo, tuviera aquella alianza de los hombres de su tierra a su favor pero, por otra, pensaba si no habría otra manera: hablar de buenas con el pescadero, denunciarlo a la policía... Mi padre me atajó lo que él sabía que yo estaba pensando.

—Germán, hay que atacar a la realidad de frente. No se puede estar con ilusiones “buenistas”. Lo que pasa es muy grave, nosotros somos una comunidad, muy vulnerables aquí uno a uno, pero menos si somos un grupo cohesionado, unido. Tenemos que defendernos. Y eso es lo que vamos a hacer —terminó con rotundidad.

Quedamos todos en la tienda de patatas fritas que tenía el tío Fabián en Ventas, en el local de la freidora que era bastante grande. Y allí se acordó el plan de acción. Mi padre se empeñó en que yo estuviera en la comisión de cuatro personas que iría a la mañana siguiente a la pescadería. Íbamos mi primo Javierito y yo y dos mayores de la edad de mi padre: Víctor y Leoncio, grandullones y con la piel curtida, ambos trabajaban en la construcción.

El pescadero estaba solo. Entramos y cerramos la puerta por dentro. Leoncio se dirigió a él:

—Te lo voy a decir solo una vez —se acercó Leoncio—. Has cometido una gran falta contra nuestra Casilda. Y la vas a tener que reparar, ¿estamos?

El pescadero, un tipo gordo y cincuentón, curtido en mil batallas, tenía el gran cuchillo despiezador en la mano y arreó un machetazo sobre una merluza que se quedó sin cabeza.

—¿Y si no, qué? —nos miró a los cuatro—. Yo también tengo familia.

Leoncio agarró un gran atún y lo tiró por el suelo. Luego lo machacó de un pisotón.

—Nosotros no somos familia de Casilda. Si yo fuera su padre te cortaba los huevos aquí mismo. Somos de su pueblo. Y estamos todos contra ti, cabrón —dijo mientras echaba mano de un emperador de grandes dimensiones.

El pescadero empezó a notar el temple de aquel obrero de El Sauce.

—Espera, espera... No sé qué os ha contado esa chica. Pero no ha pasado nada.

Víctor, que iba de policía bueno, intervino.

—Lo sabemos, aunque no por falta de ganas tuyas. Pero ella no se puede quedar aquí ni un día más.

El pescadero se relajó.

—Que se vaya, que se vaya, sin problemas... No hace falta que me pague el mes de alquiler.

Leoncio que había dejado el emperador en su anaquel volvió a cogerlo de nuevo.

—Pero este tío... ¿Pretende reírse de nosotros? —Nos dijo dirigiéndose a sus tres vecinos de Sace—. Seguro que tú tampoco le has pagado su salario, ¿eh, cabrón? —Ahora se dirigió hacia él, el pescadero acusó en la cara aquella verdad—. Ella se queda con una mano delante y otra detrás y con el miedo en el cuerpo. ¡Tienes que darle una indemnización! —terminó arrastrando el emperador al borde del anaquel.

—Espera, espera..., ¿cuánto sería?

—Un año de sueldo —intervino Víctor—. Sesenta mil pesetas.

—¿El qué? —se echó adelante el pescadero— ¡Eso es una barbaridad! ¿Y si no os pago, qué? Sois cuatro pringados.

Entonces Víctor corrió la cortina y señaló a los dieciséis que estaban fuera en la calle.

—Esto solo es una pequeña representación de El Sauce Curvo, nuestro pueblo. Somos más de cien. Nosotros no venimos a negociar. O nos pagas las sesenta mil pesetas o no queda de tu tienda ni una astilla, ¿estamos?

El pescadero se sintió, donde realmente estaba, en un callejón sin salida.

Tenía veinte mil pesetas en la caja. Salió al banco acompañado por Víctor y regresó con el resto. Víctor lo metió todo en un sobre y le dijo al pescadero:

—¡Y da gracias que no vamos con el cuento a tu mujer! Pero, ya has pagado bastante. Nosotros somos un pueblo de ley.

Fuimos a buscar a Casilda a su cuchitril. Víctor y Leoncio le decían que estaba todo arreglado. Pero ella no quería abrirnos la puerta, estaba muerta de miedo, decía que no nos reconocía.

—Casilda soy yo, Germán. ¿Me recuerdas? Jugábamos al pañuelo en la esquina de la tía Vitorina. Ya le hemos ajustado las cuentas al pescadero.

Casilda abrió y en cuanto me vio me dio un abrazo como no he recibido ninguno en mi vida.

Aquel día aprendí con orgullo el sentido de pertenencia a un grupo, a una comunidad. Me sentí orgulloso de mi pueblo, Sacecorbo, El Sauce Curvo. Nunca lo olvidaría.

Se lo conté al portero Julián cuando pasé al día siguiente por su acera.

—Dicen que un buen patriota es aquel que quiere más que nadie a su patria, a su pueblo. No aquel que piensa, que los hay, que por haber nacido en él, es el mejor del mundo. Me alegro de que quieras a tu pueblo, Germán.

Aquel año de 1978 sería muy importante para nuestra patria común. El seis de diciembre aprobaríamos en referéndum nuestra Constitución. Nuestros padres estarían orgullosos de constatar que, sabiendo nuestros antecedentes, casi medio siglo más tarde, todavía sigue en pie, rigiendo nuestra vida en común, tan viva como cuando con tanto esfuerzo, con tantas renunciaciones de unos y de otros, vio la luz.

Ojalá nosotros y las nuevas generaciones recordemos siempre el espíritu con el que nació. Ello nos iluminará para seguir caminando como país bajo un marco de convivencia y de respeto.

Aquel año, el penúltimo, fue también el más difícil de mi carrera universitaria. ¡Cuántos estudiantes se quedaban atrancados en él! Así que no me quedó otra que pensar y pensar. En el banco también tenía ración extra, Leandro se marchó a hacer la mili y su trabajo se distribuyó entre todos, entre todos los chicos, quiero decir, entre José Juan y yo. El señor Bermúdez se manejaba mejor con nosotros que con las chicas.

Así que fue un año duro, chocando y peleando con la realidad del día a día. Currando y estudiando dieciséis horas diarias.

Llegó el verano y le pedí al señor Bermúdez unos días para ir a la Fiesta de El Sauce Curvo, no me los podía negar. Y no lo hizo. Quería hacer realidad también mis sueños con Rosa María,

bajaría de las musas al teatro, ya éramos mayores y debíamos actuar como tales.

No sabía yo lo que me esperaba. En aquella búsqueda del amor, en la que me hallaba inmerso como el resto de jóvenes de mi edad, el paraíso, mi paraíso particular, no estaba todavía cerca.

La Fiesta se acercaba y pedí opinión a mis tres confidentes principales. La primera a mi hermana Tere, por eso de ser mujer.

—Yo creo que a Rosa María le gustaste en un principio. Pero creo que has ido perdiendo puntos. Da la impresión de que te tiene ahí, en la retaguardia, no le llenas, pero... Debéis sinceraros entre vosotros, si no es una pérdida de tiempo. ¡Sobre todo para ti, hermanito!

Julián, mi inteligente portero andaluz, fue en la misma dirección.

—Germán, los amores platónicos tienen un porcentaje de fallidos del cien por cien. Se vive, y se sueña, muy bien con ellos. Yo me llevé en mi juventud un tortazo monumental por esto mismo con una chica. Necesitas una mujer de carne y hueso. Yo no sé si Rosa María es esa mujer para ti, no la conozco, pero la única forma de saberlo es preguntárselo, ¿no crees?

A veces pensaba yo que Rosa María había sido y era solo una evasión: evadirme de los días de soledad y encierro en el internado, o de los duros meses de trabajo, estudio y adaptación en Madrid. También una forma de no sufrir en esa búsqueda real del amor. Me preguntaba qué habría pasado con Martuqui, con Lina y con otras chicas que se me acercaban, y me querían o intentaban quererme, si mi mente hubiera estado totalmente libre de aquel amor romántico y platónico.

Por otra parte, era también una forma de creer en el mundo idílico de las intuiciones, y no de los hechos; de los paraísos soñados, más que de las realidades, que siempre están ahí, esperándonos en nuestra mente.

Era apostar por ser niño e inocente, siempre. Huir de un mundo triste, sucio y lleno de carencias. E instalarte en ese paraíso irreal, bellissimo, pero, ay, inútil. Sí, Rosa María era el único reducto adolescente que me quedaba de un mundo maravilloso y bien hecho. Eso son, en el fondo, me dio por pensar, todos los amores platónicos.

No sabía yo entonces que aquel mundo que lo sustentaba, que estaba por debajo, era ese universo literario que, años más tarde, emergería con fuerza de aquellos sótanos interiores. Para eso todavía faltaba mucho tiempo.

Por último, ya en El Sauce Curvo, justo en la víspera de la Fiesta, me encontré con Jesulín, mi mejor amigo.

—Germán, no le des más vueltas, lo que pasa es que esa chica te gusta, siempre te ha gustado, y no quieres perderla. Siempre has pensado que es la chica de tu vida. Ha llegado el momento de saberlo.

La vi de lejos. Estaba en la plaza, con las mismas amigas de siempre. Me acordé de lo último que me dijo Julián, el sabio portero andaluz:

—Las relaciones han de ser equilibradas. No te arrastres continuamente, cada vez tendrás menos autoestima y, además, ella te apreciará menos. No le tengas miedo a su rechazo, sino a no saber la verdad.

Con todo ello en mi cabeza me acerqué. Sentí el impacto de su belleza, como siempre, o aún más. Yo había estado con chicas como Lina, que probablemente eran más bellas que ella, pero la de Rosa María me impactaba más. O me bajaba más la autoestima, como diría Julián. Lo contrario que con Lina. La eché de menos allí mismo. Una premonición de lo que iba a pasar.

Me acerqué y nos saludamos como siempre. Yo, con todo lo que llevaba en mi cabeza, un tanto azorado. Ella más tranquila que las olas del Mar Muerto. Tras unas frases iniciales de ida y vuelta, me miró, yo creo que con empatía hacia lo que yo estaba pensando y pasando en aquellos momentos o quizás con algo de pena.

—¿Estás con alguien? —me dijo.

Yo no entendía la pregunta.

—Sí, que si sales con alguien. En Madrid...

—No, no... —Yo no era del todo tonto, aunque lo pareciera en aquel momento, así que continué la pista—. ¿Y tú?

Me miró como si fuera un buzón de correos. Donde tuviera que introducir un mensaje. Y es lo que hizo.

—Yo sí, desde hace un tiempo.

Fue como un aldabonazo que me dejó como traspuesto.

—Ah, pues que tengas suerte... —Balbuceé, como si se me hubiera parado el corazón allí mismo y no me llegara el riego a la cabeza.

Llegó otra gente y yo me aparté, pasmado. Me faltaba el aire. Jesulín, que lo había visto todo, vino en mi auxilio.

—Germán, Germán... Todos hemos pasado alguna vez por esto. Vamos a tomar una copa...

Al día siguiente me vine a Madrid. Estaba en estado de shock. Por fin todo estaba claro, como yo quería. Pero no podía dar carpetazo a todos aquellos años de esperanza, de ilusión por ella, de aquella manera.

Llamé a su amiga Merche.

—No me digas que no tienes su teléfono. Por favor, dámelo.

Merche me lo dio. Seguro que estaba al tanto de todo. Las chicas cuchicheaban entre ellas sin parar.

La llamé. Estuvo amable conmigo. Quedamos en vernos en la terraza de Riofrío que le venía bien, en la plaza de Colón.

Fue la única vez en todos aquellos años que tuvimos una conversación franca, normal, en la que fuimos Rosa María y Germán, y no dos seres irreales o idealizados. Incluso tuve la sensación de que nos hubiéramos llevado bien. Pero el amor no estaba de nuestro lado, solo había estado en mi cabeza.

—A ti se notaba mucho, Germán —me dijo en una ocasión.

—Si me hubieras hablado como ahora... —Me dijo en otra

En su primera frase estaba la respuesta a la segunda, pensé yo. Pero daba igual, el amor es pájaro asustadizo y ya había volado de nuestro árbol.

Estaba todo dicho. Salimos de la terraza de Riofrío, yo, conmocionado y tambaleándome, Rosa María, ¿quién sabe? Lo más probable es que sintiera que se había quitado un peso de encima, tras haber cerrado un libro ya totalmente ininteresante para ella para centrarse en el que realmente le importaba en aquel momento. Pero, también, quizás, dolida, de empatía por el dolor ajeno que uno va ocasionando en su vida sentimental cuando elige unos caminos y deja otros. Y, por último, eso seguro, con una inyección de autoestima considerable, al sentirse importante y deseada una vez más.

¿Con cuál de aquellos pensamientos se dormiría por fin Rosa María aquella noche? ¡Y qué más me daba ya a mí! Seguro que no sería con aquel mundo que yo soñaba para nosotros en un futuro conmigo.

Ella tenía aparcado el coche allí mismo.

—¿Te acerco a algún sitio? —me dijo.

Yo me quedé un momento parado, sin saber qué contestar. Que me llevara a mi casa me parecía humillante. Como recoger los pedazos de un juguete roto y llevarlos a su destino final. Eso al menos me gritó con su silencio una papelera que colgaba de una farola de la calle Génova, justo debajo de las Torres de Jerez, donde nos hallábamos.

Pero tampoco tenía fuerzas para despedirme allí.

Me metí en el coche.

—Bajo contigo hasta Cibeles.

Nos sentamos uno al lado del otro. Empezamos a circular Castellana abajo. Ella giró su cabeza y me miró.

—Si en algún momento necesitas algo, llámame.

No había sido buena idea meterme en el coche. Y todavía faltaba un trecho para Cibeles. Estábamos detenidos en un semáforo.

—Lo último que haría —le dije tirando de los milímetros de orgullo que me quedaban—. Llámame tú.

El semáforo no cambiaba a verde ni por asomo. Reparé en la canción que sonaba en aquellos momentos en la radio. Un grupo que lo petaba entonces, los Burning. El estribillo decía:

—Mujer fatal, siempre con problemas...

No quise que la fatalidad de la radio me hundiera todavía más.

—Lo siento, me voy, me bajo aquí, si no te importa...

Ya cuando el semáforo cambiaba a verde abrí el coche y salí fuera. Ella, quizás sorprendida, tardó en arrancar, probablemente miraba mi espalda abatida mientras me alejaba. Sonó el claxon del de detrás y Rosa María por fin arrancó, me sobrepasó y se alejó Castellana abajo.

La vi ensamblarse en la distancia con el resto de los vehículos. Como una hormiga común más. Aunque para mí no lo había sido. Ni nunca lo sería.

Aquella fue una de las noches más tristes de mi vida. Llegué a Cibeles y comencé a subir, con lágrimas en los ojos, por la calle de Alcalá, tardaría unos cuarenta y cinco minutos en llegar a mi casa, pasado Manuel Becerra. Fueron la sinfonía del adiós a aquel amor que solo había sido una intuición. Como lo son siempre los primeros amores, por ello son tan maravillosos. Como si todos los planetas se alinearan y te dejaran ver un mundo perfecto. Como el de los sueños.

Aquel duro trayecto fue mi despertar. Vi la realidad tan transparente que me llenó de dolor. Mientras yo deambulaba por la noche inundado de tristeza, ella estaría llamando a su novio. Y contándole cómo le había ido el día.

Yo le dediqué aquellos 45 minutos a ella. Como un último homenaje, en agradecimiento porque al final hubiera sido clara conmigo y también porque hubiera accedido a vernos. Ya no habría más homenajes, me dije con pena.

Tras el primer envite, el dolor fue dejando paso a una sensación de gratitud. Ella había producido en mí esa ilusión, esa mirada mágica sobre el mundo, que había sido maravillosa. Aunque había llegado a su fin. A su fin, con ella. Pero, pensé aliviado, se quedaba en mí para siempre.

No me quedó odio o rencor hacia ella. Pasando Goya, y casi llegando ya a mi casa, descubrí el porqué. Me di cuenta que me iba creciendo dentro la sensación de que no había sido Rosa María, sino yo mismo, el artífice de todo aquel mundo soñado, aquel mundo ideal que había sido como un faro para mí. Me acordé en aquel momento de Lina, la gran Lina, ella también tuvo todo el mérito en su relación conmigo, porque me amaba, siempre gana el que más puso.

Y yo podría seguir creando aquella magia, aquel mundo maravilloso de mis sueños. En el futuro. Si yo aprendía a construirlo con ilusión pero, también, con realismo, claro.

Ese realismo que, cuando divisé mi casa, me hizo prometerme a mí mismo que, aunque no olvidaría nunca a Rosa María, era ya un amor que quedaba atrás para siempre.

Me sentí desnudo, desamparado y solo. Fuera de aquel soñado paraíso que había sido mi refugio en todas las vicisitudes de hacerme adulto. ¿Cómo continuar ya sin esa magia que produce ese gran amor intuitivo y eterno? Sabía que sería un camino pedregoso y duro.

Abrí la puerta del portal, cogí el ascensor y, cuando salí al rellano, sentí de cerca el aroma de mi casa. Tenía a mi familia, tenía a mis amigos de Sace, del banco, de la universidad. Habría otras chicas, las había conocido maravillosas. Esa era mi realidad. Rosa María no era para mí. Eso era todo.

Al día siguiente rompí cientos de versos que le había escrito en todos aquellos años. Pero todavía recuerdo algunos, medio siglo más tarde, salteados, sobre todo de aquel día, de cuando la conocí.

Tenías esa blusa amarilla / y esas manos de bailarina...

*Tenías la cintura tenue / y esa cara espabilada /
de niña lista...*

Eras tan alta y tan pequeña / y, en tus ojos, llena la luna/

Eras como un verde pozo / como una ancha laguna...

¿Qué fue de aquello? /

Guardé en mi mente las esencias /

¡Aunque hace tanto, aún me quedan...! /

Ven aquí, a este mundo que he creado para ti /

Nos columpiaremos en su luz /

Nos beberemos la vida a sorbos /

Como hacen los niños... /

Aquel mundo de los dos juntos se desvanecía o, tal vez, se quedaba solo conmigo. Con el tiempo se fue convirtiendo en algo literario. Una forma de permanecer. Porque el amor, como dicen de la energía, ni se crea ni se destruye, solo se transforma. Los grandes amores los lleva uno consigo toda la vida. Aunque los amantes vivan las suyas propias y amen de nuevo, la semilla del amor los acompañará y los enriquecerá siempre.

Yo me acerco a la cocina donde está Clara. Y, sin decirle nada, la tomo en mis brazos y la beso como cuando era un chaval. Y todo aquello que se me instaló un día dentro, en aquellos primeros años de búsqueda y de sueños, vuelve a revivir entre sus besos.

17. NO MIRES ATRÁS. AQUEL VIAJE INICIÁTICO

Aquel curso de 1978-1979 era mi último año de carrera. Llegué al final exhausto. Sin nuevos idealismos a los que agarrarme, fue una lucha sorda y constante por conseguir mis objetivos. Por terminar la licenciatura en Ciencias Económicas y Empresariales. Llegué con las fuerzas justitas pero no me podía permitir el lujo de mirar hacia atrás. Aprobé todo en junio y hasta con algunos notables y sobresalientes.

Aquella carrera que yo había elegido para contemporizar con mi destino laboral empezó a gustarme en aquel tramo final. Tuvimos que presentar algunos trabajos en grupo: márketing, lanzamiento de nuevas empresas, investigación. Quedábamos en casa de un compañero que estaba casado, Lucas, su mujer nos preparaba unos gintonics y empezábamos las discusiones. Yo era de los más jóvenes y me empapaba de aquella experiencia que derrochaban los más mayores, muchos de ellos con puestos importantes ya en sus empresas, que querían dotarse de una formación que, antes, no habían tenido tiempo de acometer.

El profesor de márketing, Isidoro, nos elevaba la autoestima que, como he dicho varias veces, a estas alturas creo que es lo más importante que alguien puede hacer por ti.

—No os preocupéis de las minucias, vuestro destino es ser líderes en la empresa, ir a lo importante. No lo olvidéis nunca. Aunque ahora tengáis un nivel de mierda en ella.

Lucas nos lo recordaba cuando nos enquistábamos en alguna conclusión:

—¿Qué haría un líder? El líder es el que es capaz de aglutinar al equipo, conducirlo unido hasta la victoria. A ver tú, Germán, ¿qué nos dices?

Lucas con el tiempo llegó a ser un gerente de una empresa del IBEX, era el que más experiencia tenía de nosotros ya entonces, pero no le importaba buscar una solución en el más inexperto que era yo, para desbloquear la situación y llegar al consenso. Ya en aquel tiempo tenía madera de líder.

Íbamos también a hacer unas prácticas al departamento de investigación de Telefónica, a un chalet que tenían en la calle Serrano. Nos decían:

—La informática y la comunicación serán las dos herramientas más importantes del progreso en los próximos años y vosotros, que seréis los líderes empresariales del futuro, debéis conocerlas.

Aquello nos subía la autoestima y nos poníamos a aprender a programar como locos. Yo sentía que se apostaba por nuestra generación para dar el salto que el país necesitaba para los próximos años. Nada es más importante que sentirse uno importante.

Pero a veces me desanimaba, yo no podría, ninguno del turno nocturno podríamos, aprehender toda aquella información, digerirla, porque luego nos esperaban nuestros trabajos donde teníamos que verter una buena parte de nuestra energía y de nuestro tiempo.

Mis padres, cuando me veían de bajón, se volcaban:

—Germán, ¡vamos, un último esfuerzo!

Un día llegué a casa y los encontré a ambos muy sonrientes. Tenían algo que decirme, ¡seguro! Y así era.

—Mira, Germán, tenemos una noticia que darte —empezó mi padre—. Bueno, en realidad, son dos: llevas trabajando casi cinco años, tanto tú como tu hermana nos habéis entregado todo el dinero, hemos trabajado todos como mulos. Ahora que nuestra economía está más saneada es el momento de repartir, te mereces un premio, tu hermana se va a comprar la mejor máquina de coser del mercado, una Singer eléctrica que es el no va más, y con todos los accesorios de una modista de primera y nosotros creemos que tú te mereces un coche, el mejor del mercado también. Nuevo, por supuesto.

Mi madre quería intervenir:

—Germán, solo te pedimos una cosa. Un último empujón para terminar la carrera de forma brillante. Además, a partir de esa fecha, tú recibirás y administrarás todo tu sueldo. Ya eres un hombre y tienes que pensar en tu futuro.

Aquello fue una inyección de moral directamente en vena. Recuperé fuerzas y empuje de inmediato. Y metí el turbo para remachar la carrera como me pedían. No hay nada como las recompensas para lograr los éxitos. Que se lo digan a los entrenadores de delfines, por ejemplo.

Entonces en las familias se funcionaba así: los hijos aportaban todo su salario a la caja común, una casa con muchos hijos, cuando estos se hacían mayores era una casa importante, próspera. Luego, cuando se independizaban, los padres les ayudaban con un buen empujón para comprar el piso y los hijos recuperaban parte de lo ganado por su trabajo. Con una seguridad social en mantillas, cuando los padres se hacían mayores, los hijos se hacían cargo de ellos, pero no para llevarlos a una residencia, sino para acogerlos en su propia casa.

La interdependencia entre los miembros de la familia era entonces muy alta, también entre los de la pareja, ya que muchas madres no trabajaban. Su papel era dirigir y administrar la casa; en general, el hombre aportaba los fondos con su trabajo y ella con su buen hacer, sabiendo comprar barato, cosiendo y confeccionando la ropa a los hijos, cocinando bien, sacaba chispas a ese salario aunque fuera modesto e incluso quedaba para ahorrar y ahorrar, que era el objetivo general de las familias de entonces. Para acumular patrimonio y luego poderlo dejar a sus hijos.

Si la tuya era una familia sana y equilibrada, todos los miembros gozabais de esa red de solidaridad y apoyo sin límites entre unos y otros. La familia entonces era una bendición. Si caías en una familia con problemas en la pareja o la mujer daba con un cabrón, podía ser un infierno, porque no había vías de escape, sino aguantar y aguantar.

Yo me alegro de que ahora sea más fácil escapar de esas familias tóxicas y alienantes, pero también echo de menos esa comunión familiar de entonces que se está perdiendo. Ahora parece que prima más el hedonismo individual y que cada palo aguante su vela, pero leo en los periódicos que la depresión y el índice de suicidios, sobre todo entre los jóvenes, no hace más que subir.

Creo que el empoderamiento individual está bien, pero no puede haber felicidad si no hay compromiso con tus cercanos: pareja, familia, pueblo o nación, para que ellos también sean

felices. Ser felices y ver felices a los que te rodean, e involucrarte para que lo consigan, es la misión de la vida. Así lo veo yo.

A mí, ya sé que no hago más que decirlo, me hubiera gustado tener hijos, para compartir mi vida con ellos y ayudarles a ser felices, Dios no nos dio a Clara y a mí ese don.

Aunque no sé entonces por qué tengo estos pensamientos tan asentados sobre la familia y por qué Clara sigue estando triste después de tanto tiempo, ya se debería haber acostumbrado a no tener hijos, digo yo.

No entiendo muchas cosas. Desde que tengo la enfermedad del olvido sé que me tengo que acostumbrar a vivir sin entender. Y eso es lo que hago. Menos mal que tengo mis cuadernos y mis papeles de cuando era joven. A través de ellos, y de este libro, puedo vivir de nuevo aquel tiempo. Aquel tiempo en que mi familia me ayudó a salir adelante. ¡Qué hubiera sido de mí sin ellos!

Sí, mis padres querían ver felices a sus hijos. Y no hacían más que trabajar y ahorrar para ello. Yo elegí un Renault 12 TS, un coche con aire deportivo que me chiflaba.

—Jo, Germán, ¡y qué asientos abatibles tiene! ¡Te vas a poner morao! —me decía Agus.

Pero para eso todavía quedaba. Estábamos todavía en Navidades, hasta junio que terminaba la carrera, aún faltaba. El coche costaba 500.000 pesetas de entonces, eché unos números por encima y eso era, más o menos, lo que yo había ganado en aquellos cinco años, los padres de entonces lo daban todo para sus hijos y, mis padres, más todavía.

Me di cuenta entonces del valor del dinero y me acordé de lo que nos decía nuestro profesor de sociología, que era bueno pensar en ganar mucho, con él se podían hacer muchas más cosas que sin él, eso estaba claro. Esto también me ayudaba a apretar los dientes para terminar la carrera, por supuesto. En el banco había unas oposiciones para titulados universitarios, si las aprobabas te hacían Jefe de 4ª A, apoderado, algo que tardabas toda tu vida en conseguir, si lo lograbas, por la vía ordinaria.

En esas estaba pensando yo, cuando llegó el sorteo de la lotería y, mira tú por cuánto, al día siguiente estábamos Leandro, José Juan, Jacinto, Santi, Rolando y yo abrazados con cara sonriente, bajo un titular en el ABC que rezaba: “La alegría de los millones del gordo, el 15640”. Miro la foto que guardo en mi maleta y me sonrío por dentro.

No nos tocó ni un céntimo a ninguno. El Departamento Extranjero de Barcelona nos había solicitado que les consiguiéramos dos números enteros en Doña Manolita para sus empleados y la secretaria y un administrativo del director del Servicio Extranjero de Madrid fueron a comprarlos y se quedaron con dos décimos por si tocaba.

Cuando se produjo la noticia, los periodistas se olvidaron de Barcelona y se presentaron todos en Madrid, buscando a los agraciados. A Leandro se le ocurrió la broma y, en vez de buscar a los auténticos afortunados, se liaron a hacernos fotos a nosotros que fueron a los primeros que encontraron saltando felices en la planta.

—Aquí, aquí, ¡nos ha tocado a nosotros! —gritábamos y saltábamos, mientras recibíamos los fogonazos de mil flashes.

Lo malo fue que mis amigos de Sace y de la uni también se lo creyeron y me tachaban de

avaro, rácano y pesetero porque no quise invitarlos a cenar. Inclusive años más tarde, cuando iba a Sace, todavía había alguno que le cuchicheaba a su vecino.

—Ahí donde le ves, a ese le tocó el gordo, lo que pasa es que no lo dice.

Aprendí tres cosas aquel día: el glamur que tienen los ricos, que las informaciones urgentes de la prensa van cogidas con alfileres, y que la mentira siempre castiga a los mentirosos. ¡Aunque qué cosquilleo sentía uno cuando enseñabas la portada del ABC y te miraban con aquellos ojos de plato! Agus me lo dijo:

—Yo te creo, Germán. ¡Yo hasta hubiera pagado por salir en la portada del ABC!

Dos meses después de las Navidades, el uno de marzo de 1979, tuvimos las primeras elecciones generales democráticas en España. De ellas salió el primer gobierno que representaba la voluntad de los ciudadanos. Adolfo Suárez, con mayoría relativa de centroderecha, fue nombrado presidente del Gobierno y Felipe González, socialdemócrata, jefe de la Oposición. El país se ponía en marcha.

En donde yo no levantaba cabeza era en el terreno sentimental. Aquella época post Rosa María sin un ideal donde agarrarme era como el desierto de Los Monegros. Sobrevivía a base de rollos esporádicos en las fiestas universitarias y en las discos. Mi autoestima estaba por los suelos.

Aquella conversación a tumba abierta que había mantenido, ¡por fin!, con Rosa María, me había dejado sin horizontes. Deduje que solo había sido para ella un tonto, un disfrutar de la alegre sensación de tener a alguien rendido a tus pies, ¡con toda la energía que yo había invertido en ella! ¡Me sentía como un imbécil! De hecho me lo dijo: "¡A ti se te notaba mucho!". ¡Toma nísperos! ¡Las mujeres pueden ser de lo más crueles cuando descubren que no les interesas un pimiento y deciden alejarte sin miramientos de ellas!

Probablemente no había significado solo eso para ella, todavía quedaban en mi mente sensaciones de conexión recíproca, pero eso era lo último que debía pensar. Así sería imposible olvidarla. Decidí quedarme con la literalidad de sus palabras. Y cerrar aquel libro, aquella historia para siempre.

Y en eso andaba, no era fácil. Buscaba sucedáneos, sucedáneos intermitentes y momentáneos, en este caso por voluntad mía. No me apetecía estar unido a nadie. Solo a mi tristeza.

Mi hermana Tere que me veía en la mierda me recetaba sus remedios caseros.

—Germán, creo que deberías hacer deporte, te pasas demasiado tiempo sentado...

—¿Y cómo quieres que termine la carrera, lista? ¿Estudiando de pie?

—El otro día me encontré con Dani, me dijo que iba a correr todos los fines de semana, y que tenías su teléfono...

Acabáramos, a saber qué le habría contado mi hermana a Dani. Opté por llamarlo yo, además era un chico que me caía bien.

Dani Díaz era un chico de mi edad, también de El Sauce Curvo, que había nacido en mi misma calle, en la carretera. Sus padres habían emigrado antes que los míos, y no habíamos ido a la escuela juntos, pero nos conocíamos de los veranos.

Le encantó la idea de que corriéramos juntos, así que él venía un domingo a buscarme a mi

casa y yo otro a la suya. ¡A las ocho de la mañana!

No salíamos juntos, cada uno tenía su pandilla, pero cuando corríamos nos poníamos al día. Eran conversaciones depresivas y nostálgicas. Él estaba hecho polvo con una relación intermitente que mantenía con una compañera universitaria, intermitente a pesar suyo, claro. Venía destrozado a nuestra cita, sobre todo cuando no había estado con ella, sino bebiendo para pasar el trago, nunca mejor dicho.

Así que, Dani y yo, nos hacíamos adultos hablando de nuestras penas. Escupiendo y hasta echando la pava, de todo el alcohol y el tabaco que habíamos ingerido la noche anterior, realmente hasta dos o tres horas antes de nuestra cita. Empezábamos a correr ya agotados, nos fustigábamos recordando aquel tiempo nostálgico que ya no volvería y, acabábamos desayunando, mucho más cansados y tristes que habíamos comenzado.

¡Hasta aquel día! ¡En que todo empezó a cambiar! Mientras corríamos, como todos los domingos por la mañana, en el circuito de running de la Casa de Campo, me lo dijo, le salió del alma:

—Germán, tenemos que huir de aquí. ¡Hagamos un viaje juntos!

Me detuve en nuestro trote y lo miré:

—Pero para el verano todavía queda...

—En cuanto empecemos a pensar en ello, a organizarlo, ya habremos salido de aquí.

Tenía razón y no pude por menos que dársela, a mi amigo, Dani Díaz.

Fue mi primer viaje con amigos. Solos Dani y yo, en mi flamante Renault 12 TS granate. Hasta entonces no había tenido vacaciones por los veranos, como he dicho varias veces ya, en mi empresa se cogían por rigurosa antigüedad, pero aquel año era diferente. Me iría a la mili el 1 de septiembre, así que me dieron todo el mes de agosto. ¡Aquello era jauja!

Llegamos a Valencia. Y no pudo empezar mejor la cosa. Logramos dejar el coche muy bien aparcado. Me presenté en la Oficina Principal de mi banco. Y les solté que venía de la Dirección General Internacional. Aquellas tres palabras juntas les impresionaron, máxime cuando les di el nombre del Director General, al que yo apenas conocía. Me dejaron aparcar en la mejor plaza y rodearon el coche con una cadenilla y todo, por los quince días que estaría fuera de Valencia.

—No sabía que eras tan importante —me susurró al oído Dani.

—Ni yo.

Comenzamos con una buena dosis de autoestima.

Y nos dirigimos al puerto. Cogéríamos el barco de la Transmediterránea con destino a Ibiza, —ah, Ibiza, Ibiza...—, que salía a las doce de la noche.

Nunca olvidaré cuando subimos al barco. A la cubierta. Nosotros no viajábamos con derecho a asiento y mucho menos a camarote, sino que íbamos casi de polizontes, en lo que llamaban toldillas de cubierta. Pero allí estaban todos los jóvenes. Una marea de chicos y chicas con ganas de explotar su juventud.

Dani había tenido la idea de rellenar de ron y coca-cola nuestras cantimploras. En cuanto comenzamos a ofrecer, nos convertimos en los reyes del mambo.

Intimamos con un chaval muy especial, Suso, que había venido el tío solo desde Asturias haciendo autoestop y que ya no nos abandonaría en los quince días siguientes. Y con una pandilla estrambótica de cuatro chicas y una especie de gañán enorme que parecía su semental, su gallo de corral. Trabajaban en la novedosa fábrica de Ford de entonces, en Almusafes, y eran más cachondas que la verbena. Debían estar hasta el gorro, como nosotros, de penar durante todo aquel largo año, y ansiaban por llegar a Ibiza y soltarse el pelo y que le diera la brisa.

Estuvimos cantando, bebiendo, bailando y fumando toda la noche, hasta que llegamos a la amanecida a Ibiza. Nos bajamos del barco e íbamos los ocho abrazados por las calles, respirando aquellos aires de libertad.

De pronto, Isabela, que era la más lanzada de las chicas, o la que más bebida iba, se separó y dijo:

—¡Me sobran muchas cosas, aquí no me hacen falta! —y se agachó y se quitó los pantalones, quedándose con unas braguitas negras, apenas cubiertas por los faldones de la blusa.

Luego se nos quedó mirando, hasta que el gañán soltó:

—Chicas y chicos, pues tendremos que hacer lo mismo, ¿no?

Y de esta guisa, después de meter en nuestras mochilas nuestros pantalones, nos dirigimos a la primera tienda que vimos a comprar todo el alcohol que nos cupiera en nuestras cantimploras.

Dani y yo nos miramos el uno al otro. La noche había sido tan excitante que era la primera vez que lo hacíamos.

—Las proletarias siempre han sido unas revolucionarias —sentenció.

Sonreí. Nosotros también lo éramos. Aunque tuviéramos nuestro título universitario colgado ya en nuestra habitación.

Se oyó la voz de aquel gañán que, ahora que lo conocíamos —resultó ser el primo de Isabela, y también trabajaba en la Ford— era un trozo de pan más allá de su imponente fachada.

—Vamos a ir a aquel pinar y plantamos las tiendas. Habrá que dormir la mona, ¡digo yo! ¡Y luego disfrutar de todo esto! ¡Juntos! ¡Que para eso somos jóvenes y estamos de vacaciones! ¡En Ibizaaaaa! Yujuuuuu

—¡Yujuuuuuu! —Respondimos todos, mientras nos encaminábamos, abrazados por la calle, a aquel pinar cercano.

Sí, aquel fue mi viaje iniciático, donde dejaba atrás la adolescencia y primera juventud. Y empezaba otra cosa. Yo no sabía exactamente el qué. Pero había terminado mi formación universitaria y me acababan de llamar a filas, tenía un año por delante para pensar, para disfrutar, para dejarme llevar por aquella juventud rabiosa, a la que había tenido confinada en un cajón y que reclamaba también mi atención. Para vagar por las playas, por los bellos miradores, pero también por los callejones de la noche y sus vericuetos, por los caminos extraños que te marcan los latidos de tu corazón...

Sí, hoy he recordado aquel tiempo. Los Burning, ese grupo auténtico hasta la médula, que me ha acompañado desde entonces, suena de nuevo. Los Burning, ese grupo de perdedores, que nos recuerdan que nosotros también perdimos algo en aquellos años. Nosotros también fuimos

expulsados del paraíso, de aquel mundo idílico de nuestra primera juventud. De nuestros sueños puros y románticos. De aquel primer amor. Y nos dejaron desnudos en plena calle. Sin nada que ocupara nuestra cabeza. Hasta que nuevos sueños, nuevos proyectos, nuevos ideales sustituyeran en nuestra mente a aquellos primeros que nos dejaron derrotados y heridos. Frustrados.

No mires atrás, nos dicen los Burning. Corramos juntos. Huyamos de esta ciudad. Así son los viajes en la juventud. Entonces todo se hacía más tarde, ahora estos viajes iniciáticos los jóvenes los realizan cuando terminan el bachillerato, o antes. Sí, huyamos de esta ciudad, de esta etapa de la vida que se acaba. Vayámonos a Ibiza, o a Bali, o a Hawai-Bombay... A ese sitio maravilloso, a ese paraíso, donde encontrar un ideal que tire de nosotros de nuevo hacia delante. La vida es una huida permanente. Para llegar no sabemos dónde. Como mis pensamientos, que ahora vagan por mi memoria sin orden ni concierto. Buscando no sé el qué. Debe ser cosa de la enfermedad del olvido.

Pero no me importa, me quedan los Burning. Y Luz Casal. Me queda la música y el perfume de lo que fui. Y este libro de recuerdos que es como vivir todo aquello de nuevo.

<https://www.youtube.com/watch?v=kC11Mn4SeQ>

Estuvimos cinco días en Ibiza inolvidables viviendo aquella juventud hippy y libertaria. ¡Pero habíamos quedado con un amigo de Dani en Mallorca!, que era el destino principal de nuestro viaje, aunque antes pasaríamos dos días en Formentera, nuestro reciente amigo, Suso, quería que tuviéramos la sensación de disfrutar de una isla pequeña, de verdad.

Cuando íbamos en el barco camino de Formentera, Dani y yo recordamos cómo se había gestado aquel viaje.

Un día de aquellos de verano, de uno de mis últimos veranos con vacaciones en El Sauce, debía yo tener unos dieciséis, nos habíamos ido a Los Olmos a vagar y a tumbarnos a la sombra sobre la hierba, a fumar, a beber cubatas de la cantimplora de Agus y, sobre todo, a hablar de chicas. Se aproximaban las fiestas de los pueblos vecinos: Canales del Ducado, Canredondo, Abánades, Esplegaresy, por supuesto, la súper fiesta de San Bartolomé de Sace. Estábamos: Dani, Bertín, Ricardo, Agus, Javierito y yo, intentando afinar la puntería en nuestros planes, mientras hacíamos un repaso de todas las candidatas a protagonizarlos.

Pasó por allí un mozo ya de veintitantos, que acababa de venir de la mili, un chaval apuesto y guapo, aunque con un nombre que empujaba a la chirigota: Agapito. "Sí, riéte tú del Agapito, que tiene un ídem que no se lo merca un negraco", había oído yo de él.

El caso es que Agapito se detuvo un momento en el camino frente a la arboleda, seguro que él también se había pasado sus ratos allí haciendo más o menos lo mismo que nosotros. Había venido hacía no mucho de la mili, como dije, de Canarias concretamente, muy cambiado por lo que decían, y las chicas casaderas se lo rifaban.

—¿Qué, dándole al coco con las tías? —nos soltó a modo de saludo.

Nos quedamos un poco descolocados por lo certero de su apreciación.

Tomó la palabra Bertín:

—¿De qué va a ser si no? Como tú, ¿no te digo?

Agapito, condescendiente como un profesor de primaria, cruzó el camino y se sentó con

nosotros.

—¡Dame un trago, anda! —dijo señalando a Agus.

Luego, sin pedir permiso, sacó un Fortuna del paquete de Bertín, lo encendió con mi mechero que estaba sobre la hierba y, después de exhalar laprimera calada, dijo con un aire soñador, mientras miraba a las nubes.

—¡Lo importante en las tías es saber clasificarlas! —destiló por fin, lentamente, como si fuera la fórmula resultante de una alquimia mágica.

—¿Clasificarlas? —ganó tiempo Agus, luego se le ocurrió aquello típico entre los chicos—. Ah, claro, las que están buenas y los fetos.

Agapito sonrió esperando alguna respuesta más ocurrente por nuestra parte. A mí me interesaba poco aquello de clasificar a las chicas, yo ya había encontrado en Rosa María la respuesta a todas mis preguntas, así que permanecí en silencio. Los demás también lo hicieron, más que nada para que Agapito aclarara cuanto antes su solución mágica ante aquel laberinto irresoluble que sentían mis amigos con el tema.

—Si tenéis esto claro no se os embotará la cabeza jamás. Tenéis que clasificar a todas las tías en solo dos grupos, ¡solo dos!, que son: aquellas de las que os podríais enamorar y aquellas otras de las que podríais coger experiencia.

Nos quedamos un poco chocados. Nos miramos unos a otros un tanto decepcionados. Eso ya nos lo habían dicho otras veces.

A mí me surgió una duda. A veces me daba por pensar que a Rosa María yo no le gustaba tanto como ella a mí. Y eso es lo que le dije.

—¿Y si tú te enamoras de una y ella de ti no, qué pasa?

—Una buena pregunta, Germán, pero que tiene una respuesta clara y sencilla, ¿y cuál es? ¡Pues la pasas al otro grupo!

Me quedé boquiabierto. Yo no haría eso jamás. Pensarlo me producía una gran tristeza. El tal Agapito nunca debía haber sentido lo que yo vivía en mi interior en aquellos momentos.

Agapito me miró con cierta ternura. Y soltó una frase un tanto enigmática para mí entonces.

—Al principio hay que pasar la mona —y se dio un nuevo trago con la cantimplora—. Luego, todo se olvida.

Pero a Bertín no se le olvidaba aquello que le zahería la cabeza, y un poco más abajo de la cintura sobre todo, aquello del enamoramiento le importaba más bien poco, él andaba en una fase de conquista total al sexo opuesto.

—Agapito, eso está muy bien. Pero la experiencia, ¿cómo se coge?

Agapito fumó otra calada del Fortuna de Bertín y, tras expirlarla, entornó los ojos de nuevo y dijo con firmeza:

—Donde estén las suecas, que se quiten todas las demás. Esas te ponen al día sin que tú tengas que hacer absolutamente nada. ¡Os lo digo yo! Yo me doctoré haciendo la mili en Canarias. Y, ahora, ya veis, impartiendo clases en Sace. ¡Y en los alrededores!

Aquel año llevaron el agua corriente a Sacecorbo, me acuerdo muy bien, el progreso llegaba

también aquellos pueblos perdidos. Eso de lavarse por trozos en un balde, o en los navajos de La Vega con las ranas se acababa. Otro día escribiré de ello. Hoy tengo que hacerlo de las suecas, una fuente del progreso sexual para toda aquella generación de entonces. Era el inicio del boom del turismo.

Agapito nos había recomendado al final:

—Vosotros que vivís en Madrid y tenéis posibles no esperéis a la mili, daos un garbeo por la costa y os acordaréis de mí. ¡Os lo juro, chavales! ¡Las suecas son lo mejor que hay!

Sí, hoy me he acordado de las suecas porque me ha llamado Dani y me ha preguntado que qué tal estoy. Todo el mundo me pregunta que qué tal estoy. Como si fuera un bicho raro. A mí ellos también me parecen muy raros y no les pregunto nada. Le he dicho que bien, claro. Y también que si se acordaba de las suecas. Pero Dani se ha salido por la tangente, yo creo que no se acordaba o no quería hablar de ello.

Pero yo sí que me acuerdo, ¡y muy bien!, de aquel otro día que me llamó unos años más tarde de cuando hablamos con Agapito en la arboleda de Los Olmos. Cuando estábamos pensando en organizar aquel viaje para olvidar nuestro mal de amores.

—Oye, Germán. Mira, me acaba de llamar Chema, un amigo mío que está haciendo la mili en Palma. Me dice que se está poniendo morado con las guiris, ¿qué te parece si nos dejamos caer por allí?

El viejo remedio de que la mancha de una mora con otra verde se quita. Las chicas de la Ford ya lo habían hecho, —cuánto aprendí, ¡y cuánto olvidé!, yo con Isabela, una especie de Martuquí, mucho más acelerada—, pero el misterio de lo foráneo envolvía nuestra mente, la nuestra y la de millones de españolitos que en aquellos años descubrían sus cuerpos medio desnudos en las playas españolas, tal vez como ellas buscaban la rudeza y la simpleza de aquellos españoles morenos y medio gitanos, hartas de los rubios, y sosos, de su país. Así se había gestado aquel viaje.

Suso quería enseñarnos Formentera. Allí había muchas guiris.

—A nosotros nos interesan las suecas, ¿verdad Germán? —le cortó Dani, recordando a Agapito, cuando nos empezó a explicar.

—Sí, sí, suecas también hay —nos tranquilizó Suso.

Cogimos el ferry desde Ibiza, nos había costado dejar a nuestras libertarias de la Ford, la verdad, y llegamos a Formentera casi al anochecer. Cerca del puerto había unas decenas de guiris, Suso, que era el único de nosotros tres que decía que hablaba inglés, nosotros constatamos una vez más la inutilidad de nuestro francés, se acercó a un grupo de tres chicas, estuvo hablando con ellas y, sobre todo, gesticulando y señalando con el índice la carretera. Cuando ya lo tenía todo claro volvió con nosotros.

—Nada, chicos, todo claro —nos confirmó—. Hay una fiesta esta noche. En una casa grande que hay en la carretera, a la altura de La Tramontana. Se llama La Noche Tramontana, precisamente. Música, algo de hierba y chicas colocadas. ¡La de Dios! —concluyó.

—Queremos suecas, pero que hablen español —insistió Dani.

—Claro, claro, vamos a alquilar unas bicis. Nos unimos con ellas y ya vamos juntos.

Nos pareció oportuno, allí casi todos los guiris iban en bici.

Preguntamos por una casa de alquiler de bicicletas pero, cuando volvimos con ellas, no había rastro de las guiris. Ya se habían marchado. Así que cogimos la carretera en dirección a La Tramontana.

Se había hecho de noche. Una noche oscura, llena de diminutas estrellas en el cielo y una luna menguante. Íbamos solos por la carretera, de vez en cuando pasaba un automóvil. Era una carretera estrecha. Yo iba con cien ojos, aquello no me parecía nada seguro.

Sobrepasamos La Tramontana y no vimos ningún establecimiento con ese nombre.

—A ver, Suso, ¿te has enterado bien? —inquirió Dani.

—Bueno, tenían un mal inglés. Pero algo de La Tramontana han dicho. Eso, seguro.

Acabáramos. Estábamos perdidos en mitad de la isla en medio de la noche. Regresar a por nuestras cosas, las habíamos dejado en una taquilla en el puerto, nos parecía cansado y arriesgado. Amén de si estarían abiertos a esas horas. Se hizo un silencio entre nosotros, parados en nuestras bicis a un lado de aquella carretera sin arcén.

De repente, se hizo nítido el arrullo del mar, aguzamos el oído. El oleaje estaba muy próximo.

—¿Chicos, qué os parece que durmamos aquí, en esta desconocida playa, con las bicis a nuestra cabecera, sin saber ni dónde estamos? —sugirió Suso.

Y eso es lo que hicimos. Era una noche muy agradable. Acomodamos nuestros cuerpos en la arena y nos quedamos mirando las diminutas estrellas, fumando un pitillo. Un delgado rayo de luna se perdía en el infinito dorando las rizadas aguas.

Ha pasado mucho tiempo, y he viajado mucho, pero no recuerdo una noche tan bella como aquella que pasamos entonces, cerca de Es Caló. La amistad, la luna, el mar y nuestra juventud, ¿se puede pedir algo más?

Pero, dicen que los buenos momentos no duran siempre. ¡Ni mucho menos! Cuando amaneció y nos despertamos, Suso dio un respingo. ¡Se había dormido encima de un hormiguero!

Se levantó sacudiéndose a las hormigas de encima y corrió hacia el mar, era una cala de arena blanca, rodeada de rocas. Lo vimos entrando en el agua a toda velocidad, buscando alivio a la picazón.

Al poco lo oímos lanzar un gruñido espectacular, como el de un oso herido. Levantamos la cabeza y lo vimos salir del agua a la pata coja, dando alaridos y mirándonos con unos ojos saltones y estupefactos.

—He pisado un erizo, ¡esto duele la reostia! —nos soltó, casi sin poder hablar.

Dani y yo nos levantamos de aquel colchón de arena y corrimos a socorrerlo.

¡Qué mala suerte! Una de las púas del erizo, de un par de centímetros, había entrado justo entre la uña y la carne del dedo pulgar. Se había roto y allí se había quedado.

Lo sentamos en el suelo y Dani, que tenía las uñas más largas que yo, intentó agarrarla y extraerla. Pero no asomaba la punta y, además, a cada intento de apretar para que saliera, el pobre Suso, daba unos alaridos como si se le partiera el alma.

En la carretera paramos a un ciclista y nos informó que había un puesto de salud a unos cinco kilómetros en El Pilar de la Mola, y allá que nos fuimos, el pobre Suso también pedaleando, no quedaba otra. Allí, embadurnado de aceite y de pomadas, consiguieron extraer la púa que el bueno de Suso insistió en quedarse de recuerdo. Nos dimos un buen almuerzo y, lo que es la juventud, todavía nos quedaron fuerza y ganas para acercarnos a Las Salinas, tras quince kilómetros pedaleando, y flotar sin esfuerzo en sus aguas saladas. Suso, decía:

—Ah, Dios nos da dolor solo para que luego comprobemos el placer de su creación —suspiraba, relajado y traspuesto, flotando boca arriba en aquellas aguas que eran una bendición.

Su pulgar miraba al cielo como confirmando todo lo que había dicho su dueño.

Sí, la amistad es aliada de la juventud. En aquel viaje iniciático, donde compartíamos in experiencias e ilusiones a partes iguales, floreció aquella amistad entre nosotros que hizo, que los años siguientes, nos lanzáramos a nuevas aventuras juntos. ¡Aquellos chicos del ámbito rural, Suso era de un pueblo de Asturias, tenían unas ganas inmensas de conocer, de comerse el mundo!

Llegamos a Palma de noche y nos dirigimos a un piso, que tenían alquilado en el barrio viejo, Chema, el amigo de Dani que hacía la mili allí, y sus amigos. Nos había dicho que nos dejaba la llave en el bar de enfrente, él tenía guardia esa noche. Pero cuál sería nuestra sorpresa cuando el barman nos comentó que a Chema le había sido imposible acercarse a dejar la llave, pero que podíamos entrar por la terraza.

Así que nos dispusimos a hacer una de las varias cosas que un chico de internado religioso, como yo, no se hubiera atrevido a intentar. Teníamos que subir a pulso por el canalón hasta el primero, allí, colgarnos de una cornisa un par de metros y, en el vacío, saltar la barandilla de la terraza y colarnos dentro. Había un riesgo claro de costalazo, amén de que algún vecino se asustara y llamara directamente a la policía. El barman nos tranquilizó, en el peor de los casos él saldría al paso con las instrucciones del arrendatario, nuestro amigo Chema.

Con más miedo que alma nos fuimos encaramando por el canalón, yo exigí ser el del medio, por nada del mundo me hubiera quedado el último, eso se lo reservamos a Dani, al fin y al cabo él era el amigo de aquel impresentable de Chema, ¿no?

Entramos y nos encontramos un antro de lo más pringoso que yo he visto en mi vida. Aparte de destartalado y sucio, en el baño no había alcachofa de ducha, sino un bote de coca-cola con el culo agujereado.

—¿Y aquí se traen los militronchos a las guiris? ¡Madre mía, ya tienen que tener ellas valor!

Al día siguiente quedamos con Chema en una playa de Magaluf, donde había más alemanas que en Alemania.

Chema era una versión gemela del maño Deogracias del tren. Ambos descendientes del pulpo de las siete manos. Empezamos a jugar en el agua pasándonos uno a otro un balón. Una excusa para echarlo cerca de unas irlandesas que se sentían allí tan perdidas y extranjeras como nosotros. El tal Chema, con un rostro como el frontón de El Sauce Curvo, intentaba meter mano a cualquiera de las irlandesas cerca.

—¡Í'm hot! (estoy caliente) —repetía por lo bajinis a cualquiera de las irlandesas—. ¿Are you hot? (¿Estás tú caliente?). —Y extendía la mano por debajo del agua para toquetear a las rubias aquellas.

Ellas se reían y se hacían las locas mientras trataban de apartarlo. Pero una de ellas al poco ya se estaba morreando con él en el agua. Unos minutos más tarde, ya poniéndose el sol, se fugaron los dos no sé dónde. Tal vez a algún sitio fresco para bajarse mutuamente la temperatura.

Las otras tres, un poco menos locas que su compañera, pero también con ganas de marcha, le explicaron a Suso, el único que entendía algo de la lengua de Shakespeare, que se iban a cambiar a su apartamento, lo señalaron con el dedo, estaba justo enfrente de nosotros y que las esperáramos en la playa.

Chema nos había dejado dicho:

—No perdáis el tiempo intentando hablar, es imposible entenderse con ellas, os lo digo yo, que solo necesito cuatro palabras de inglés. La vía es ponerse a beber como un cosaco o fumarse unos canutos, que por aquí se consiguen así —chascó los dedos en señal de facilidad—, aunque esto último yo no lo hago porque me cae la mundial en el cuartel si me pillan, pero vosotros al ataque por esas dos vías.

Así que compramos una botella de ron y unos litros de coca-cola, el costo, nos dijo Suso que era el único que tenía experiencia en el tema del chocolate, era mejor adquirirlo cerca del piso, en el barrio viejo de Palma.

En cuanto bajaron las tres irlandesas, empezamos a darle al ron, con unos vasos de plástico que nos habíamos mercado en el súper. Había anochecido ya, pero estábamos sentados en corro los seis en la playa al borde del agua. Ya iba quedando poca gente.

Era un rollo de lo más raro. Ellas hablaban en inglés, bien con sus amigas o con nosotros que no las entendíamos ni papa y nosotros en español hacíamos lo mismo.

—Habrá que empezar como Chema, a meterlas mano —le soltó Dani a una irlandesa, que sonrió y movió la cabeza en plan afirmativo. Aquello era la monda.

Tuvimos que comprar una segunda botella y que unos hippies se pusieran cerca a tocar la guitarra. La música y el alcohol bajaron las defensas por fin de aquellas mozas.

Nos empezamos a besar y a abrazar tumbándonos con ellas por la arena, una pena de sus vestiditos limpios que se habían puesto, pero dos municipales que nos observaban se acercaron y nos dijeron que allí de eso nada. Tampoco nos dejaban ellas subir a su apartamento, seguro que allí tenían alguna prima o familiar y no querían desmelenarse y que luego se supiera en la católica Dublín. Todo esto a través de Suso, vete tú a saber si el tipo se enteraba o no de las cosas.

Así que nos fuimos con ellas a Palma. Suso en unas callejuelas empezó a susurrar a unos medio moros que había:

—¿Costo? ¿Costo?

Consiguió unos trozos de chocolate y vino con una sonrisa de oreja a oreja. Yo estaba que alucinaba. A veces me llevaba las manos a la cabeza y estaba a punto de huir de aquel grupo,

descendíamos por una pendiente que a mí empezaba a darme miedo. Pero entonces Dani me pasaba la botella, ya bebíamos directamente a morro, y volvía a regresar como cordero manso a aquel rebaño.

Otras veces era Sue, la irlandesa con la que me había emparejado, la que viéndome pensativo, se acercaba:

—What do you think my dear? (¿Qué piensas cielo?)

Y antes de que yo contestara nada se daba un morreo conmigo que, por el alcohol que llevaba ella encima, era ya como si me lo diera directamente con la propia botella.

Subimos a nuestro apartamento —ahora sí, Chema nos había dado la llave— y, lo que son las cosas del alcohol, hasta lo encontré atractivo y cómodo. Nos dejamos caer sobre unos sofás vetustos que había en el salón y Suso, que ya tenía alguna experiencia con el hachís, preparó seis porros como la trompa de seis elefantes. Yo a aquellas alturas ya no tenía capacidad de reacción, sino solo de seguidismo borreguil.

A mí fue el que más efecto me hizo según me contaron más tarde, Suso creía que había un trozo de más pureza y me tocó a mí. El caso es que ascendí a un estado de relajación suprema y de clarividencia máxima. De las pocas cosas que recuerdo era que podía leer perfectamente los pensamientos de mis amigos y, aún más, ¡toma nísperos!, de las propias irlandesas antes de que empezaran a hablar. Aquel era un mar de sintonía entre el mundo y yo.

Acabamos cada uno con nuestra irlandesa en una habitación, en aquellos camastros en los que mejor era tumbarse, alucinado perdido, que pensar en los que previamente habían pasado por allí.

Sue, viendo mi estado, sonreía y se mostraba de lo más feliz. Tenía un hombre a su disposición para hacer con él lo que le placiera.

—My baby, my dear... —me decía mientras me desnudaba.

A media noche me desperté tras el colocón. Sue rezongaba a mi lado. Olía a alcohol que echaba para atrás, a qué iba a oler si no la pobre, y roncaba como la vieja trillana de El Sauce subiendo por las Siete Revueltas.

Me vestí y salí a la calle. Hacía una noche espléndida. Me encontré conmigo mismo. Me senté en un banco que allí había y al poco apareció Dani.

Nos miramos y nos entendimos sin hablar.

A la mañana siguiente nos dividimos. Dani y yo alquilamos un coche, queríamos recorrernos Mallorca entera, Suso, Chema y un par de militronchos que vinieron se quedaban con las irlandesas.

Una vez recogimos el coche paramos a echar gasolina. Allí había dos chicas haciendo autoestop, notamos que nos analizaban de arriba abajo, era la ventaja de hacerlo en la gasolinera, podían darse una idea de con quién se montaban.

Por fin se acercaron. Eran dos zamoranas de la Castilla profunda.

—Nos montamos con vosotros, pero no hacemos nada que no queramos, ¿queda claro?

—Como el agua.

Lo pasamos en grande. Y disfrutamos de Mallorca, esa isla tan bella, tan sugestiva.

Mi chica, Lucía, era una nadadora de primera, Montse, la de Dani, tampoco lo hacía mal, habían nacido junto al lago de Sanabria. Nosotros dos, como representantes de un pueblo de secano solo nadábamos lo justito. Cuando íbamos a una cala que no conocíamos, Lucía iba caminando por el agua.

—Aquí hago pie —decía—. Ojo, aquí, pozo —nos alertaba unos metros más allá.

La primera noche amagaron con irse a dormir a una habitación diferente, ellas dos en una, nosotros dos en otra, pero, al final nos fuimos cada uno con una.

Eran muy claras:

—Hacemos hasta ahí, más no. ¿Queda claro? —me dijo Lucía, cuando nos quedamos solos, debía ser de la misma escuela que Martuqui.

—Como el agua.

Dani y yo nos conocíamos perfectamente ese percal. Aunque la última noche hubo regalo extra.

En el piso de los militronchos de Palma cuando volvimos había novedades, una no muy buena, aunque solo se quedó en el susto. Nada más irnos nosotros, esa misma noche, un coche atropelló a uno de los militronchos amigos de Chema, mientras iban con las irlandesas al piso, ciegos de alcohol como siempre. Afortunadamente solo había sido un raspón, pero no les quedaron ganas de fiesta por unos días.

Dani y yo nos miramos, quizás recordando las viejas enseñanzas de Agapito.

—Las buenas son las suecas —habría dicho.

Nosotros solo habíamos probado las irlandesas, pero como el producto nacional, ¡nada de nada! Al día siguiente llegamos a Valencia, nos despedimos de Suso, ¡quedábamos citados para el siguiente año! Y pusimos rumbo a Madrid. A ambos nos esperaba el pelo al cero y el uniforme caqui. ¡Dios, aquello era un no parar!

Cuando llegamos a Madrid, sentíamos que todas nuestras preocupaciones amorosas que nos martilleaban antes de aquel viaje iniciático habían quedado atrás. Como si una nueva, y feliz, etapa empezara a partir de entonces. ¡No teníamos ni idea de lo que nos esperaba!

Hoy recuerdo aquellos días de evasión, como si yo en aquel viaje hubiera sido otro, una persona diferente, desconociendo que ese es el secreto de todos los viajes. Lo aprendí entonces, viajar es desconectar de tu realidad y de tus limitaciones diarias y, por un momento, romper tus cadenas y volar. Cargar las pilas y regresar con ellas a tope, para intentar convertir tu rutina diaria en una aventura.

Ahora ya no viajo. ¡Odio los coches! No puedo montarme en ellos. Yo no sé el porqué, pero seguro que hay algo que me produce esta fobia, aunque yo lo desconozca. Lo único que sé es que si lo intento me pongo muy nervioso y me duele la cabeza tanto que creo que me va a estallar. Gracias a Dios que Clara conduce y me trae todo lo que necesito.

Así que, —ya sé que es una pena—, yo no puedo cambiar mi realidad haciendo un viaje soñado. Ni puedo evadirme para olvidarme de esta enfermedad del olvido —vaya chiste que me ha salido con este juego de palabras, ¿verdad?—. Pero tengo esta maleta llena de recuerdos y este libro, que escribo como si fuera un viaje, un viaje por aquel tiempo de mi juventud, y con él

puedo aguantar en pie cada uno de los días eternos que nos quedan de este sofocante e interminable verano de Madrid, esta ciudad que será el último refugio de mis últimos días.

18. LA MILI Y EL FIN DE LA INOCENCIA

Volví a casa de mi viaje y la vida seguía. Y la muerte también. Apareció como un zarpazo premonitorio de aquel año negro que me esperaba. Mi abuelo Joaquín murió de repente y dejó a mi abuela Leonor sumida en la soledad, todos sus hijos estaban en Madrid.

Quisieron traerla y que viviera con ellos, un par de meses con cada uno de sus tres retoños. Pero ella prefirió permanecer en El Sauce Curvo. Allí había nacido, se había casado con un chico de allí, el abuelo Joaquín era su vecino de calle, allí había tenido a todos sus hijos y había cuidado de todos sus nietos. Arrancarla del pueblo era arrancarla de su hábitat de siempre.

A partir de ahora su vida sería un manojo de ausencias. Pero también de recuerdos. Sus personas queridas ya no estaban a su lado, pero todo lo que miraba y tocaba le traía recuerdos de ellas. Todas las tardes se daba un paseo desde su casa, en la carretera, hasta el cementerio, al final de la Cuesta de San Roque. Allí hablaba un rato con su marido Joaquín, el único hombre que había habido en su vida, desde que un día este se fijó en ella, cuando solo tenía catorce años y él dieciséis. Luego iba a la tumba de sus padres, limpiaba la lápida y se llenaba el pecho de fragancias de su niñez.

Nunca salió en su vida de El Sauce Curvo, y ojalá no tuviera que salir. Solo esperaba que un día, cuando Dios dijera, se mudara desde su casa en la carretera a esta pradera verde del cementerio, silenciosa y soleada que, para ella, era otro barrio más del pueblo, en el que vivían ya muchos de sus seres queridos.

Sí, aquel mundo de la abuela Leonor, ¿era tan diferente al que nos tocaba vivir a sus nietos en la gran ciudad!, en aquel Madrid gigantesco que devoraba a sus habitantes haciéndolos irreconocibles, huérfanos de su terruño y de sus simples principios de vida. Aquella era la ciudad de la complejidad, de la ambición y de la confusión. Yo a veces echaba de menos la sencillez, la hondura y la autenticidad de vidas como las de mis abuelos Joaquín y Leonor.

Pero ellos habían vivido las suyas de la forma que habían sabido, querido y podido, como todos, y ahora nos tocaba a nosotros enfrentarnos a las nuestras. Eso es lo que me dijo mi abuela Leonor:

—No te preocupes por mí, Germán. Voy a vivir como deseo. Tú deberás vivir como te marca tu tiempo, que es muy diferente a como fue el mío. Pero no te olvides nunca de tus raíces, de toda la gente que un día te quisimos. Eso, lejos de distanciarte de tu tiempo, te acercará a él, pero con asideros firmes. Te lo aseguro.

Qué sabías palabras las de mi abuela Leonor. Pero hoy me levanté triste, porque me toca escribir sobre una época dolorosa y confusa de mi vida. Aunque también hubo momentos luminosos en ella, momentos divertidos y llenos de ilusión.

Tuvimos la despedida de quintos. Nuestra pandilla de Sace se juntó y nos dieron un fiestón a Dani, que se marchaba a Córdoba, y a mí, que me marchaba a León. Fue como una despedida de soltero, antes de casarnos con el ejército. Había un aire de cambio de etapa, en muchos

trabajos de entonces te preguntaban cuando aplicabas para un puesto:

—¿Ha hecho usted la mili?

Cuando la habías hecho, se añadía a tu currículum un poso de madurez, de adultez, de seguridad y seriedad que antes no tenías. Por ello había que celebrar el iniciar esta etapa. Y eso es lo que hicimos por los bares y tascas del centro de Madrid. Agarramos una cogerza monumental y agotamos la noche cantando abrazados por las calles. Hasta entonamos el “Adiós con el corazón” que reservábamos para las grandes ocasiones étlicas.

Unos días antes de incorporarme a filas me llamó Martuqui. Hacía casi un año que no la veía, pensaba que ya se había ennoviado y todo, conservaba en su agenda la fecha de mi incorporación a filas.

—Hola, mi soldado, ¿creías que ya te habías olvidado de mí? —me dijo cuando me llamó.

—Pero, Martuqui, qué alegría. Si pensaba que ya estarías preparando tu boda.

—Menos lobos, caperucita, que ya hace dos meses que no salimos.

Nos vimos y fue igual que siempre. Tenía la virtud de hacer que el tiempo no pasara entre nosotros. Era capaz de mantener algo fresco y novedoso en nuestra amistad, que la dotaba de una consistencia que superaba los largos periodos de ausencia.

Ya vivía sola. En un apartamento pequeño y coqueto en Hortaleza. Su ascenso en el trabajo se notaba, aunque la carrera de Derecho, por esas mayores responsabilidades se resentía, se hallaba en cuarto, ese curso siempre terrible en todas las carreras, con algunas pendientes de tercero.

Me invitó a cenar en su casa, cada vez cocinaba mejor, la verdad. Me recordó aquella vez primera que me quedé a dormir con ella. Fue igual, solo que ambos teníamos más experiencia, como si ambos hubiéramos hecho la mili.

—Cuando termines la mili, —continuó ella con mis pensamientos— si esto sigue igual entre nosotros, tendremos que pensar en algo, mi soldado, ¿no?

—Totalmente, mi chica Guadiana. Cada vez te veo más como río río. Ya sabes: corriente continua de agua, no esporádica ni intermitente.

Los dos flirteábamos, como siempre pero, como siempre, también decíamos algo de verdad.

Ninguno de los dos éramos conscientes de que sería la última vez que nos veríamos en plan pareja. Al poco, yo empecé a salir con Ainhoa, se lo dije, ella conocería al hombre de su vida, un empleado del Banco Español de Crédito.

No paré de reírme cuando me comentó su profesión.

—Es lo más parecido a ti que he podido encontrar —añadió.

Otra puerta que se cerraba a lo que quedaba de mi adolescencia. De sus brillos más generosos y hermosos. De Marta, aquella chica especial, electrizante y única, a la que le gustaba que la llamaran Martuqui. Fue un placer compartir con ella todos aquellos momentos luminosos que vivimos.

El Servicio Militar Obligatorio, comúnmente llamado *la mili*, arrancaba desde el siglo XVIII, cuando la incorporación de profesionales al ejército no era suficiente, se trató de compensar con las levas de vagos y maleantes pero esto último aportaba más problemas que soluciones, así que

se obligó a los varones jóvenes a incorporarse al ejército por un periodo de sus vidas. En la dictadura este servicio se incorporó a las Leyes Fundamentales del Movimiento: “Constituye título de honor para los españoles el servir a la Patria con las armas. Todos los españoles están obligados a prestar este servicio cuando sean llamados con arreglo a la Ley”.

En 1979, cuando yo la hice, la duración oscilaba entre 15 y 18 meses, estaba prohibido casarse y salir al extranjero durante la incorporación a filas y no se permitía la objeción de conciencia, que llegó en 1984. Tras una reducción del plazo a 9 meses en los años noventa, se suprimió por un ejército profesional en 2001.

Aparecimos todos los reclutas en El Ferral del Bernesga, León, el primero de septiembre. Allí estaba, en una extensa llanura llena de árboles, el Campamento de Reclutamiento con varios barracones para albergar a 3.000 soldados y un campo de maniobras enorme.

El primer día nos cortaban el pelo, nos duchaban en unas duchas públicas en herradura, donde íbamos corriendo desnudos entrando por un extremo y saliendo por el otro y nos ponían un montón de vacunas en ambos brazos, a mí me recordó cuando ponían el hierro en las reses de una ganadería.

Luego nos repartían las ropas y el petate al buen tuntún, quiere decirse de forma aproximada a tu talla. Si no te entraba la bota o, por el contrario, te parecías a Charlot con ellas, debías ser tú quien encontraras a otros militronchos con un problema inverso al tuyo.

Cenamos también un cocido aproximado: una sopa aguada y unos garbanzos que bien pudieran servir como balines de nuestros fusiles. El agua sabía a tuberías, aunque también se corría el rumor de que era el sabor del bromuro, un compuesto para rebajar las erecciones de aquella manada de varones en edad y no nos volviéramos locos con la forzada abstinencia.

Por fin nos fuimos a dormir, el recluta de debajo de mi litera, Rufino, tenía una cara mezcla de tristeza y de abatimiento.

—Yo no aguanto esto. Tengo un suplicatorio planteado por depresión. Si no me lo dan, lo mismo pierdo la cabeza y hago cualquier cosa —me dijo.

—Ojalá te lo den, Rufino. Cuenta conmigo en todo caso para llevar esto lo mejor que podamos —yo tampoco vibraba con aquello, pero llevaba toda mi vida adaptándome, no había otra.

Al día siguiente empezó el tute. Bajo un sol de justicia empezamos a hacer la instrucción:

—¡Izquierda, ar! ¡Derecha, ar! ¡Paso ligero!

Acabábamos reventados, exhaustos. Pero había algo en el ambiente del campamento sano, reconfortante. ¡Éramos todos iguales! ¡Brotaba un compañerismo entre nosotros entrañable! ¡Nos uníamos para capear el temporal! Los seis que dormíamos en las tres literas más cercanas nos hicimos muy amigos.

Descubrí que la esencia del ejército era la desaparición de tu persona como ser individual. Todo el mundo nos mandaba, te tenías que cuadrar ante los superiores, que allí eran todos, y saludarles con un:

—¡A sus órdenes!

Lo repetiríamos cientos de veces al día.

Éramos autómatas de la obediencia, robots disciplinados, peones del ajedrez del ejército. En la guerra no se discute, se obedece al superior, se entrega la vida por tu compañero, eres una bala contra el enemigo que otro, tu superior, dispara. Quizás sea la única manera de mantener unido a un ejército en la guerra, y en la paz, mediante la obediencia absoluta e inmediata a lo que te mandan.

Por ello, cuando terminábamos la jornada, lo celebrábamos por todo lo alto, poniéndonos de alcohol hasta las cejas en la cantina de los soldados. Nuestros mandos hacían lo propio en la cantina de los oficiales, quizás por lo mismo.

En ningún sitio, en toda mi vida, he visto circular tanto el alcohol.

Aparte de la instrucción, lo que sí molaba era aprender a disparar: con fusil, el famoso Cetme, con metralleta, que era mucho más difícil que en las películas, porque el arma se te iba para arriba y acababas disparando al cielo y con pistola, que parecía un arma más de tiempos de paz que de guerra.

Entendí la fascinación e incluso el erotismo que siempre han producido las armas. El peligro y la muerte siempre han sido sensaciones turbulentas a la vez que aleccionadoras. Así que cuando vestías tu uniforme e ibas armado, un brillo de importancia asomaba a tus ojos y te engallabas al caminar como hacen los machos en el periodo de celo delante de las hembras, aunque allí, era una pena, las hembras brillaban por su absoluta ausencia.

Y luego estaban los servicios a la comunidad que te imponían, porque en el campamento no entraba nadie aparte de los soldados. A mí me tocó uno de cocina memorable, duraba 24 horas, pero a mí me pareció una semana, si no más.

Empezamos como a las cinco de la mañana. Tuvimos que ir en unas furgonetas a un almacén y cargar la carne, depositada en unos enormes frigoríficos, decían que llevaba congelada décadas, procedente de Argentina, las patatas, las cebollas y demás alimentos para el día. Luego corríamos a preparar los desayunos. Los 3.000 soldados se levantaban con un hambre de caballo y aparecían en los comedores a las siete treinta. Ya entonces el sargento de cocina, con los nervios a flor de piel, empezaba a sacudir patadas y mandobles.

—¡Tú, atontado, mueve el culo con esos croissants, que pareces una tortuga baldada! —y te largaba un escobazo si no te alcanzaba con brazos o piernas.

Cuando se terminaba el desayuno, empezaba el trabajo gordo de la comida: no he llorado tanto en mi vida como pelando cebollas tres horas seguidas, luego limpiábamos las ollas de metro y medio donde se cocían las lentejas, nos metíamos en ellas de pie y allí les dábamos con un cepillo que a lo mejor era el mismo con el que se limpiaba el suelo o los baños, había guarros que hasta hacían pis en ellas. Se llenaban luego de todo lo que encontrábamos además de las lentejas, cebollas, patatas, trozos de carne, cigarrillos y hasta algún escupitajo de alguno que se creía gracioso.

Cuando se acercaban las dos, la hora de comer, el sargento Berlanga estaba ya al borde de un ataque de nervios. Lo mejor era no estar a su lado. Yo, viendo el percal, estuve lavando una cacerola en un cuartito, media hora seguida, ni por asomo salía a la sala principal, allí volaban los puntapiés y hasta los tomatazos.

El pobre Rufino, mira que se lo dije, se quedaba de pie en una esquina o inclusive, con la esperanza de que le concedieran el suplicatorio, se hacía el bueno y le preguntaba al sargento que qué hacía. A este le llevaban los demonios y acabó plantando dos tortas al pobre chaval que cada día entendía menos lo que pasaba.

Así todo el día hasta que te relevaban a las cinco de la mañana, molido como el saco de un boxeador. Y encima con el desconsuelo de que no volverías a probar aquella comida salvo que te murieras de hambre.

A las tres semanas de aquel cautiverio nos dejaron ir un domingo a León. Aquello fue como soltar a una manada de toros del toril. Íbamos en el autobús cuando llegamos al pueblo de El

Ferral, una aldea del tamaño de El Sauce. La primera mujer que vimos debía ser una viuda de unos setenta, rigurosamente de negro.

—¡Tía buena! ¡Me pones como nadie! ¡Eres lo más guapo que hay! ¡Vente a la cama conmigo, moza!

La señora miraba a todos los lados, pero era ella la única que iba por la acera de la carretera que cruzaba el pueblo. Cuando la sobrepasamos, miré para atrás y una gran sonrisa se le había pintado en la boca.

Llegamos a León y aquello fue el despiporre. El maño Deogracias y el militroncho Chema eran aprendices a nuestro lado. Tres semanas sin ver a una mujer y, allí, había centenares. Lo de El Ferral había sido una pequeña anécdota de lo que pasaría durante todo el día por las calles de la capital leonesa.

Nosotros no íbamos a disfrutar de las vidrieras de la catedral sino a ponernos ciegos de alcohol en todo bar, cantina y antro que nos topáramos y a decirles a aquellas féminas todas las burradas que, ya sin la brida de la buena educación rota por los cubatas, nos llegaban a nuestra mente calenturienta.

Recuerdo que por la noche llovía a cántaros. Nosotros perdimos el autobús y cogimos un taxi. A mí, como a todos los que nos controlamos en exceso cuando estamos sobrios, el alcohol nos hacía estragos y nos desinhibíamos hasta términos vergonzantes. El taxista acabó echándonos de su coche, yo me empeñaba una y otra vez en ponerle mi gorra.

Caminamos dos kilómetros bajo la lluvia por la carretera hasta llegar al cuartel. A mí me sujetaban como podían por los hombros para mantenerme en pie. Al día siguiente los tenía llenos de moratones.

Lo peor fue en la retreta, que era cuando el oficial de guardia pasaba lista y todos contestábamos “presente”.

Oí mi nombre y apellidos y yo dije la verdad:

—Palafox Rodríguez, Germán.

—Ausente.

Carcajada general. El capitán dijo muy serio:

—Ese gracioso que se quede al final.

A mí se me empezó a pasar el efecto del alcohol a velocidades supersónicas. Le susurré a mis amigos.

—¡Echadme una mano, please (por favor)!

Pepe y Ramón, que eran unos compañeros como la copa de un pino, se arriesgaron por mí:

—Mi capitán, —se dirigió Pepe al oficial, cuando nos quedamos solos con él—. Está muy perjudicado, eso es todo.

El capitán me miró. Era un oficial noble. Se imaginaba lo que había ocurrido con aquella escapada a León. Tal vez también a él le había pasado en otras ocasiones. Luego miró a Pepe y a Ramón.

—Vosotros respondéis por él. Como se salga de madre esta noche os empapelo. ¿Queda claro?

—Sí, señor. ¡A sus órdenes!

Yo a esas alturas estaba más cuerdo ya que en toda mi vida.

Llegó la Jura de Bandera, para mí ese momento emotivo y bello debiera haber cerrado nuestra instrucción militar, todo lo que vendría después sobraba: una vida poco militar, sino aburrida, llena de inactividad y parca de alicientes, nos esperaba.

Me quedo con la visita de mi familia, aquellos pasos bajo el himno de España y el momento sublime de besar la bandera. El servicio a tu país era una causa noble, otra cosa era cómo se estructuraba luego todo aquello.

Volvimos todos en mi flamante Renault-12 TS. Tendría una semana de permiso, antes de incorporarme al Estado Mayor de la Capitanía General de Valladolid.

A mí no me apetecía nada el año largo que me esperaba en un destino que barruntaba, como luego ocurrió, era el de un oficinista con nada que hacer durante todo el día, sentado en su silla de mecanógrafo con una vida contemplativa y, sobre todo, perdida en las tuberías de los entresijos más ineficaces e improductivos de aquel trabajo pseudo militar.

Yo acababa de terminar la carrera y bullía en proyectos que forzosamente tenía que aparcas. En mi vida sentimental estaba libre del pasado y disponible para encarar con realismo una nueva etapa y, tal vez, la última en la búsqueda del amor definitivo en mi vida, y aquella estadia en una ciudad a la que no iba a volver no me aportaba nada.

Tal vez por todo ello, levanté el teléfono y llamé a Ainhoa. La había conocido el día de nuestra despedida de quintos por las tascas del centro de Madrid. Me llamó la atención su seguridad, era una chica muy atractiva y resuelta. Además, era conocida de lejos de Dani, aunque los que conectamos aquella noche fuimos Ainhoa y yo. Antes de irnos a otra tasca y seguir celebrando en ella nuestra despedida de quintos, le pedí el teléfono:

—No soy el mejor plan. Pero me gustaría poder llamarte algún día cuando venga a Madrid de permiso —le dije.

—¡Claro que sí! —me contestó con aquella rotundidad que desprendía en todos sus actos, cogió un boli del bolso, arrancó una servilleta de papel del servilletero y me apuntó el número en ella..

Quedamos unos días más tarde. Me sorprendió su aspecto. Vino con la cara lavada, no súper arreglada como cuando la conocí y, aun así, me pareció inclusive más atractiva.

También ella se encontraba en un cambio de etapa, quizás por ello el nuevo look, nos contamos nuestras vidas un poco por encima. Me llamó la atención un comentario suyo, no de ese día, sino de otro posterior, cuando ya habíamos intimado algo más:

—¿A ti también te han roto el corazón? —en cuanto lo dijo, se arrepintió de ello, fue la única vez que la vi insegura—. Era una broma, ¿eh? —rectificó.

Me quedé en silencio, fue la primera vez que no supe reaccionar, cosa que me ocurriría a menudo con Ainhoa. No entendía ni por qué me lo había dicho sin venir a cuento, ni tampoco por qué lo había retirado. Quizás quiso hablar de alguna experiencia suya y luego cambió de opinión.

El caso es que me atraía tanto su seguridad como su misterio. Cuando nos besamos por primera vez, en otro permiso que vine, no sentí la alegría de otras veces, ni tampoco el impulso por acelerar nuestra intimidad, algo me inclinaba a ralentizar nuestra relación.

Sí percibí en ella, sin embargo, esa alegría que dan los comienzos, el repunte de la ilusión por lo nuevo y, quizás, también una inicial decepción porque yo no empujaba ese tren con la misma velocidad que ella.

Quedamos en escribirnos. Alguna vez nos llamábamos por teléfono, este tampoco estaba disponible siempre, ni mucho menos. Pero en la mili las cartas eran mucho más importantes que las llamadas. Sin mucho que hacer, los soldados leíamos y releíamos las cartas de nuestras chicas una y otra vez. Y buscábamos en ellas los horizontes de ese universo que nos esperaba cuando termináramos, de ese mundo nuevo en que volveríamos a ser nosotros, más allá de aquellos muros donde solo éramos, vestidos con unos uniformes cada vez más desgastados, la sombra de lo que una vez fuimos.

España también vivía momentos de zozobra. Había gente poderosa que no quería que los españoles vivieran en paz resolviendo sus problemas con la palabra. En 1980 ETA cometió 395 atentados que dejaron 132 víctimas mortales y 100 heridos, y además hubo 20 secuestros. Fue un año de los más oscuros y violentos de la reciente historia de España. Los cimientos y los todavía endeble pilares de la joven democracia española temblaban como nunca ante aquellos terribles impactos y cada vez más gente se preguntaba cuánto podíamos aguantar así, con un estado inerme ante la violencia.

En cada atentado, el capitán general de la VII Región Militar, Ángel Campano, nos reunía en la capilla de la capitanía y asistíamos los doscientos de su estado mayor a un oficio religioso por las víctimas. Yo observaba, al terminar el acto, las mandíbulas contraídas y los bisbiseos de los altos oficiales de la región, no entendían que aquello estuviera ocurriendo y el ejército estuviera allí encerrado, sin poder hacer nada.

El edificio de la Capitanía General era un viejo y destartado palacio en la Plaza de San Pablo, en el centro de Valladolid. En la capilla los soldados nos colocábamos pegándonos a las paredes rodeando los muros de la misma, temían que no aguantara el peso y pudiera venirse abajo. Todo en el ejército lo encontré viejo, ineficiente y desfasado.

Lo que hacíamos era de una inutilidad tremenda. Recuerdo que teníamos que proteger a un civil que iba todas las noches a la estación de tren a recoger el correo militar que recibía el capitán general, servicio de escolta, lo llamaban. Pues bien, íbamos dos soldados de escolta en la parte de atrás del interior del vehículo, uno de aquellos cuatro latas, una pobre réplica de lo que hoy sería un todo terreno. El civil y cartero era el conductor del vehículo.

Nosotros íbamos armados con dos fusiles de asalto sin ningún arma corta. Hubiera sido facilísimo atacarnos, inclusive con un simple cuchillo, dado que era imposible para nosotros enderezar y apuntar con nuestros fusiles por la falta de espacio dentro del coche.

Otro servicio que hacíamos era el de “escribiente de servicio”. La primera vez que me tocó, me dijo el sargento:

—¡Germán, no te despegues de este teléfono en las siguientes 24 horas! Si llama alguien, avísame por este otro aparato —un segundo teléfono que había allí—, a este número.

Luego me enteré de que quien estaba de servicio era un coronel, se iba a su casa y dejaba encargado dicho teléfono de urgencias a un teniente, el teniente al sargento y el sargento aquel día a mí. Nunca había sonado aquel teléfono negro a ninguno de los soldados en la vida. Decían

que a saber si funcionaría.

El colmo de los servicios era uno que denominaban la puerta de León. León era una calle lateral que daba al edificio de capitanía. Pues bien, por la parte interior había una mesa pegada a la puerta y allí sentado durante doce horas seguidas debía haber siempre un soldado. Su única misión era abrir el pestillo de aquella puerta para que salieran por ella los miembros de la familia del capitán general, si no deseaban salir por la puerta principal. No íbamos armados, porque había vigilancia armada en el exterior, nuestra función era solo levantar un pestillo. ¡Alguna ocupación nos debían dar a aquellos doscientos soldados de reemplazo que holgazaneábamos todo el día deambulando por aquel viejo edificio!

Si no estabas de servicio, sino en tu destino diario, la situación era la misma. Yo trabajaba en la primera oficina del estado mayor, junto con otros tres soldados. Era aquel un cuartucho siniestro, adosado a la oficina propiamente dicha, donde trabajaban un coronel, dos comandantes y dos tenientes. Nosotros rodeábamos con cuatro sillas pringosas a una mesa destartada con dos máquinas de escribir en ella. Los dos soldados con menor antigüedad escribíamos de vez en tarde algo a máquina. Los otros dos, simplemente miraban todo el día.

La vagancia que ibas adquiriendo a medida que pasaba el tiempo y ascendías en aquella escala de antigüedad: chivo (novato), padre (hasta 6 meses), abuelo (hasta 12 meses) y bisabuelo (más de 1 año) era colosal. Al final te costaba hasta abrir y cerrar los ojos.

—¿No habría algún chivo que lo haga por mí? —decía adormilado el bisabuelo Pepón, que ya no hacía absolutamente nada.

La mili tenía dos o tres cosas buenas, sobre todo para la gente de la España rural, hoy España vaciada: los chavales salían de su pueblo, a veces por única vez en su vida, y conocían algo del mundo. También aprovechaban para aprender un oficio, sacarse el carnet de conducir que allí era más fácil, etc., y podían obtener alguna experiencia de mando por antigüedad sobre gente mucho más preparada que ellos, o de la ciudad. La mili era una oportunidad de enriquecimiento vital para las personas menos favorecidas.

Para el país en general la mili producía una mezcla de todas sus regiones muy interesante: catalanes, gallegos, castellanos, vascos, andaluces, aragoneses, etc., sufríamos las mismas penalidades y nos uníamos entre nosotros. A veces se fermentaba una amistad de por vida que cohesionaba al país. Ahora, vivimos en compartimentos estancos, defendiendo cada región sus intereses sin que haya una experiencia compartida como aquella.

Por contra, era una pérdida de tiempo mayúscula para la gente preparada, universitarios, funcionarios o profesionales, no solamente los quince meses que empleabas convirtiéndote en un vago redomado, sino los dos años anteriores en que tu situación laboral era precaria:

—Ah, pero le falta a usted hacer la mili —te decían si buscabas un empleo.

Por otra parte, aquella obediencia absoluta a los mandos y a sus directrices iba en detrimento de tu autonomía personal y luego estaban las bromas a los novatos, a veces muy dolorosas y humillantes que, en las personas de baja autoestima, podían causarles verdaderos traumas, cuando no cosas peores.

—Germán, el otro día me encontré con uno de Caballería, me dejó de piedra. ¿Te acuerdas de Rufino? —Me dijo mi compañero Ramón.

—Claro, el que dormía debajo de mí en el campamento, estaba pendiente de que le dieran una baja por depresión —le contesté.

—Pues el pobre ya la tiene, pero de forma permanente —me respondió contrariado—. Sentía claustrofobia y, a pesar de ello, en unas maniobras lo metieron en un tanque, salió el hombre trastornado, los veteranos se reían de él y, a partir de entonces, mucho más, una noche le hicieron la taquilla y el pobre Rufino al día siguiente que tenía guardia se descerrajó un tiro con su cetme.

Yo me quedé helado. ¡Un chaval de veinte años! ¡Pobres padres que tanto habrían luchado por sacarlo adelante! Fue uno de los más amargos tragos que tuve que pasar durante aquel año aciago.

La taquilla era una broma que rayaba en la tortura. Te metían en uno de aquellos armarios metálicos que teníamos al lado de la litera y te amenazaban con tirarlo, contigo dentro, por la ventana. Luego te lanzaban desde la cama, o desde una silla, pero había un momento en que tú dentro del armario y casi sin aire, sentías cuando caías al vacío. La gente se orinaba del susto y cosas peores.

A mí y a otros dos que entraron conmigo nos hicieron el botijo: mientras dormíamos, echaban agua desde un botijo u otro recipiente a un vaso. El fluir del agua y el ruido de la misma te aflojaban tus esfínteres y el resumen era que te meabas en la cama y amanecías con una mancha enorme entre las sábanas, siendo la rechifla de todos. En fin.

Las bromas se retroalimentaban como en el caso del maltrato. Los chivos maltratados cuando llegaban a abuelos maltrataban aún más a los nuevos chivos, para desquitarse, y estos a los siguientes. Había algunas bromas graciosas que unían a todos pero, por lo general, era un trago molesto que teníamos que pasar. Yo con la experiencia del internado surfeé bastante bien aquellas olas pero, a gente muy sensible, como el pobre Rufino, se la llevaron por delante.

Luego estaban los asuntos sentimentales. Las parejas tenían que lidiar con la distancia que producía la mili y con la aproximación de otros pretendientes o pretendientas. La lucha por obtener permisos en los cuarteles era tremenda, con los enjuagues, pagos, zancadillas y pillerías mil que esto traía consigo. ¿Cuántas parejas se fueron al traste con la mili? Nadie lo sabe, pero se cuentan por miles.

Sí, la vida personal se tensionaba al máximo con el servicio militar, como la situación de nuestro país se complicaba en aquel año de 1980. Ya a finales de 1978 los militares intentaron un golpe con la denominada Operación Galaxia. En pocos meses, asaltarían el Congreso de los Diputados, febrero de 1981, y estarían a un pelo de lograr sus objetivos; la inestabilidad, la crisis económica, la ola de atentados y la endeblez de un gobierno en minoría eran el caldo de cultivo.

Yo quería aprovechar aquella época de destierro en los cuarteles antes de que sucumbiera en aquella marea de aburrimiento y vagancia. Trataba de remediar una vida militar que, en realidad, era una vida en la nada.

Pedí trabajar en el banco en Valladolid y allá que me iba un par de tardes a la semana. A través de un cura que conocía don Braulio, siempre don Braulio, obtuve un pase pernocta para dormir en casa del párroco aunque, en realidad, una vez lo obtuve, dormía en una habitación que me alquilé y empecé a estudiar inglés en una academia.

En aquella habitación en lo que pensaba mayormente era en Ainhoa, que era el referente más atractivo que se alzaba en mi vida. Empecé a escribirle versos y a ponerla en un pedestal, donde yo pudiera colocar un alto faro que iluminara aquellos tristes días.

Parecer que te estoy viendo / y es no, que solo es sueño. / Soñar, que te estoy soñando. / Lejano estoy de ti / aunque así te acerco. / Y allá no hay ya, ni cuándo. / Riendo el sol por fin está / que ya te espero.

Siempre había necesitado el faro de una mujer en mi vida. Me entretenía haciéndole un retrato en un espejo, rayando con un cincel la capa de plata del reverso. Fueron horas y horas de trabajo minucioso. Quedó muy bonito. Sobre él le escribí los versos de arriba, cuando lo terminé ya tenía una profunda ilusión en mi corazón de nuevo: Ainhoa.

Ainhoa, una chica que no acababa de engancharme con su presencia, me ganó con su ausencia, en aquel barrizal de vida sin sentido que yo llevaba, y fue cobrando un protagonismo que llegó a ser total en aquellos meses. Vivía para obtener un permiso y acercarme a Madrid a verla, no siempre conseguía ese pase y era una gran frustración para mí.

Cuando estábamos juntos, sin embargo, yo volvía a casa con una sensación agri dulce. Ainhoa era una chica atractiva, con una gran seguridad aparente en sí misma, tenía también algunos destellos esporádicos de alegría, pero había muchos momentos en que se quedaba en silencio, con una tristeza difusa que te contagiaba, había algún drama en ella que yo desconocía.

Ese drama por una parte me atraía, debía tener yo querencia por las complicaciones como mi tío Ezequiel, pero yo con quien mejor funcionaba era con las chicas alegres y dulces, tan distintas a ella, que sabían sacar de mí toda mi chispa: como Consuelito, Mabel, Martuqui o Lina.

Tampoco era pródiga en sus cartas ni me ofrecía conversaciones jugosas o intelectualmente interesantes, su punto era aquella seguridad y frialdad que mostraba que hacían mella en mí, que en aquella época estaba absolutamente descentrado. Recuerdo que Triana sacó una canción con una letra que yo le hubiera aplicado sin duda a ella: “Tu frialdad”. <https://www.youtube.com/watch?v=Lo4k7W6Iowc>.

Un día, al principio, me vino con un montón de fotos, una caja llena, desde cuando era niña a incluso instantáneas con antiguos novios, una en un Simca verde. Aquel día quiso contarme cosas, pero como siempre le ocurría, no llegaba a hacerlo y se las quedaba muy dentro otra vez. Fue entonces cuando me dijo:

—¿A ti también te han roto el corazón? —me quedé un momento parado ante estas palabras de ella tan inesperadas—. Déjalo, era una broma.

Un día de julio de 1980, probablemente un miércoles o un jueves, me llamó al cuartel. Lo cual era engorroso porque llamaba a la centralita que estaba en la oficina del brigada de la compañía y, desde este despacho, el brigada tenía que enviar a un soldado a buscarme a las oficinas del Estado Mayor que estaban en otra planta, localizarme y que bajara yo a contestar el teléfono, allí, delante del propio brigada y del resto de soldados de la oficina. Realmente aquella vía telefónica solo se usaba en casos importantes o urgentes.

Así que, mientras ella llevaba esperando como unos diez minutos, allí bajé yo, con una

mezcla de satisfacción por su atrevimiento y su espera y, por otra, de cierta tristeza porque tampoco me contestaría a la carta que le había enviado hacía unos días y, por tanto, no podría releerla y elevarme la autoestima una y otra vez como hacían los otros soldados con chica en Madrid o en el resto de España.

—¿Cómo estás?, bien, ¿no? Oye, ¿vas a venir este finde? —me dijo con desenvoltura y expectación.

Y antes de que pudiera contestar, ella agregó:

—Yo, lo más probable es que no esté en Madrid...

No tenía a la mano ningún permiso para acercarme a la capital ese finde y, con estas noticias, mucho menos todavía. Sin embargo, por eso que decía de las luchas por los permisos entre nosotros, se me abrió un hueco y a última hora pude coger el tren el viernes por la tarde camino de Madrid.

Me acordé de lo que me había dicho: "...lo más probable...". En cualquier caso, si no estaba, siempre sería una gozada huir de Valladolid.

Solía Ainhoa salir de trabajar entre ocho y nueve de la tarde. La llamé por si había habido algún cambio de planes y me lo cogió una compañera:

—Pues sí está, se encuentra despachando con el jefe.

—Ah, gracias.

Eran las siete de la tarde. Me duché y fui con mi coche a buscarla. La esperaba en la puerta de su casa, sería una sorpresa.

La sorpresa me la llevé yo. Pasaron las nueve y media, las diez, las diez y media, ya de noche cerrada apareció un Simca verde, el mismo de aquel anterior novio que salía en las fotos que me enseñó, lo recordé al instante y me quedé paralizado. Ella se bajó del coche a paso rápido y, casi rozando el mío, yo estaba dentro pasmado, entró en su portal.

En cuanto me rehíce la llamé por teléfono a su casa y bajó. Allí se hizo un lío:

—No es lo que parece —me acordé de las películas descubriendo al amante metido en el armario—.... Yo nunca podría ser feliz con él, nunca, ¿sabes?

—¿Ah, no? Se te veía muy contenta..., y yo sin saber nada.

—Te lo íbamos a decir —ahí, en aquel plural, estaba condensada toda la historia.

Ni siquiera dije nada. Ella continuó como si tal cosa.

—Podríamos quedar mañana si quieres y hablamos.

Yo estaba alucinado. Quedé con ella por ver si me aclaraba algo. De vuelta a casa me acordé que, de vez en cuando, algún sábado por la tarde me decía que tenía que ir a un curso de contabilidad a una determinada academia. Me acerqué a la mañana siguiente y el horario estaba colgado en la puerta, los sábados estaba cerrado.

No me lo podía creer. Al día siguiente me aclaró que iban a darle las clases a su empresa, desde la mencionada academia, no que ella fuera a la misma. Quedamos en continuar hablando a mi vuelta en el próximo permiso.

Al próximo permiso vine a Madrid, aunque no se lo dije a ella, y comprobé todas sus mentiras. Cuando a mí me escribía que iba a salir con unas amigas, con quien salía en verdad un día tras otro era con el del Simca verde. Se besaban en la boca al despedirse, yo lo veía muy

bien desde mi coche, aparcado muy cerca de su casa.

Nunca he entendido las mentiras en las relaciones. Y más si son persistentes. Puedo entender que aparezca un exnovio cuando estás con otro, y más en la distancia, y tengas un momento de aventura con él. Pero seguir persistiendo y persistiendo en la mentira cuando te han descubierto me hacía no salir de mi asombro.

Le seguí el juego un cierto tiempo. Más que nada por entender qué estaba pasando. Nunca supe si el otro chico también sabía que salía conmigo o no. Intuyo que sí lo sabía.

Yo por lo que estaba anonadado era porque me hubiera equivocado tanto con ella, en su doblez, eso me generaba una inseguridad tremenda en mi intuición. Que el amor no fluyera entre nosotros lo entendía, eso puede ocurrir y no pasa nada, uno se levanta fácilmente, pero lo que más me dolió es que no me mostrara ni un solo gramo de sinceridad, de empatía, en ningún momento.

Fue un engaño total hasta el final. Y yo no hacía más que darle vueltas a lo que me contaba, inclusive a veces me echaba la culpa por aquellos momentos iniciales que estuve titubeante con ella.

No podía entender que fuera tan egoísta y marmórea como parecía. Y que yo, torpe elevado al cuadrado, la hubiera elegido como mi chica, me apuñalaba yo con estos pensamientos un día y otro.

Una tarde se lo comenté a Julián, el sabio portero andaluz de mi calle.

—No lo pienses más. Sal de esa relación ahora mismo —me dijo—. ¡Ahí, no! —y chascó los dedos, haciendo mención a su nombre: Aino-ha.

Y eso fue lo que hice.

Nunca me devolvió el borrador definitivo que le dejé de mi primera obra literaria que escribí en aquella habitación alquilada. Y eso que me prometió hacerlo. Otra mentira más. Ni le preocupó en absoluto que me quedara un recuerdo amargo de ella.

Pasados muchos meses, un día, al regresar a casa, me dijo mi hermano Pepín.

—Te ha llamado una tal Ainhoa. Dos veces.

Me acordé al instante de Julián. ¡Ahí, no!

Aquel fue el fin de mi inocencia. Hasta entonces, bien como amante, bien como amado, siempre había tenido suerte en el amor. Las chicas que había conocido habían merecido mucho la pena, independientemente de que lo nuestro, por inmadurez propia de la edad, no hubiera cuajado. Fueron unas chicas valiosas. Debería tenerlo muy en cuenta de cara al futuro.

Con Ainhoa descubrí, en cambio, la tristeza y el dolor, gratuitos e inútiles, que sobran en algunas relaciones fallidas. Tal vez, al que han hecho mucho daño, acaba produciéndoselo a los demás. “¿A ti también te han roto el corazón?”.

Sí, la vida era un aprendizaje continuo. Aquellos novatos que habían sufrido las bromas más crueles en los cuarteles eran los más agresivos cuando aparecían ante ellos los siguientes novatos. Como en el amor. Y uno tenía que saber apartarse de aquellas relaciones tóxicas y destructivas que no iban a ningún sitio. Eso también formaba parte del aprendizaje de la vida.

Cuando terminé el Servicio Militar, volví a correr con Dani en la Casa de Campo, y nos contábamos nuestras experiencias, la mili también había hecho estragos en su vida sentimental,

con una relación tóxica como la mía. Me lo contó un día.

—Germán, mi ex chica, Ana, me la pegaba con un antiguo novio, Joaquín. Parece que la historia es la siguiente: cuando ellos dos salían juntos, Joaquín, en un desliz, dejó embarazada a otra chica y se tuvo que casar con ella, aunque siempre estuvo enamorado de Ana. Mientras Ana salía conmigo, Joaquín volvió con ella, pero hay un niño pequeño de por medio y, por el momento, todavía no han definido qué tipo de relación van a tener. Y Ana, entre tanto, salía con los dos. A mí solo quería retenerme, por si le fallaba su relación con Joaquín. Así de simple. Y de doloroso.

Le expliqué lo que me dijo Julián, el sabio portero andaluz. Le hizo mucha gracia. Luego nos lo repetíamos a menudo entre nosotros, cuando Ainhoa o Ana aparecían de rondón por nuestras cabezas.

—¡Ahí, no! —gritábamos los dos, chocábamos las manos para darnos ánimos y seguíamos corriendo.

19. DUEÑOS DE NUESTRO DESTINO

Hoy me he levantado triste y angustiado. He dormido muy mal por la noche. En sueños he revivido otra vez aquellos días de pesadillas y de mentiras, de celos y de tristeza de aquel periodo de la mili.

Trato de recuperarme, aquello ya pasó, me digo, hoy escribiré de lo que ocurrió después. Aquella etapa cada vez más ilusionante en la que poco a poco íbamos haciéndonos dueños de nuestro destino.

Abro el ordenador y, mientras se configura, oigo cómo suena el teléfono fijo en la cocina. Clara descuelga, y baja la voz como siempre. Desde mi despacho no puedo entender lo que habla.

Al poco viene ella, ya vestida de calle, y me dice:

—Voy a bajar a hacer la compra. Tardaré como hora y media.

La observo, lleva un vestido de verano amplio y lleno de colorido. Va muy guapa.

—He oído que llamaba alguien. ¿Quién era?

—Ah, el doctor Parrondo. Nada nuevo. Contestaba a una llamada mía. Todavía no tienen los resultados de las últimas pruebas.

—Ah, el doctor Parrondo —le digo, no a ella, sino a mi interior.

—Bueno, Clara, pues aquí estaré cuando vuelvas. Voy a empezar a escribir —le contesto, mientras le ofrezco una sonrisa de despedida.

Ella se acerca y me besa los labios. Percibo una colonia que no recordaba. Aunque a veces sé que no recuerdo las cosas.

—Adiós, Clara —le digo, cuando ella ya está cerca de la puerta.

—Adiós, Germán, te dejo escribir.

Oigo cómo cierra la puerta. No sé por qué creo que ella no va a hacer la compra. A lo mejor estoy susceptible después de los sueños de esta noche. Por un momento, siento de nuevo el mareo de la mentira que llega a mi vida.

—Y si no va a la compra, ¿dónde va ella tan guapa? —Me digo a mí mismo con la angustia inundando mi interior.

Dejo el ordenador y voy corriendo a la terraza del salón. La que da sobre la entrada de nuestro bloque en la urba. ¡Se me acaba de ocurrir algo! ¡Que no me deja respirar! ¡Esa angustia, esos celos, que ya creía olvidados me atenazan de nuevo!

Me inclino sobre la balaustrada de la terraza, agunto el aire en mi pecho, expectante. Desde aquí puedo ver lo que más me interesa esta mañana: si ella sale con el carrito de la compra o no. ¡Ruego a Dios porque no me mienta, porque me haya dicho la verdad!

Parece que tarda en salir. Coger el ascensor y bajar cuatro pisos no dura mucho, y luego cruzar el portal, abrir la puerta y salir, yo ya la alcanzaría a ver entonces, bueno, antes de salir están los buzones, recuerdo que a Clara le gusta abrir nuestro buzón y ver las cartas que hay. A veces las abre allí mismo y luego tira los sobres en una papelera que hay en la salida. Sí, debe de ser eso, que se ha entretenido en el buzón. O con alguna vecina, jubilada como ella, que también sale a la compra.

El corazón se me pone a cien. ¡Qué haría yo sin Clara! ¡Ella es mi memoria y mi todo! ¡No podría vivir sin ella! ¡Yo, aquí, solo y desorientado!

Me inclino más sobre la balaustrada. Por fin veo un brazo que sobresale sobre el vano del portal. ¡Es el de Clara! Luego aparece Pepita, la señora del tercero, a la que se le ve medio cuerpo. Se las oye hablar, aunque a mí, en el cuarto piso, no me llegan con claridad sus voces.

Por fin salen las dos. Retengo la respiración. Cierro los ojos. ¡No quiero verlo, Dios mío!

Pero tengo que ser valiente, aceptar la realidad y, luego, ver qué puedo hacer yo.

Los abro.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! —Levanto las manos juntas al cielo.

Dejo escapar el aire retenido con un gran suspiro de alivio. Clara arrastra su carrito. Camina con Pepita que también lleva el suyo. Doblan la esquina del jardín de la urbanización, en dirección a la calle. Todo vuelve a la normalidad.

Yo retomo, tranquilo y feliz, aquella etapa tan importante que empezó aquel año, a finales de 1980.

Un día de aquellos, al salir del banco, coincidí con el señor Bermúdez, me alegré porque tenía ganas de hablar con él. Aproveché que en el ascensor no bajaba nadie más.

—Señor Bermúdez, ahora que he terminado la carrera, me gustaría aumentar mis responsabilidades en el departamento —le dije tras las típicas frases protocolarias.

—Eso está muy bien, Germán, ahora precisamente vamos a sacar una plaza de Jefe de 6ª A para una documentación de reporte que tenemos que enviar al Banco de España. Prepárate bien que tienes posibilidades.

Una vez que había terminado la mili y la carrera, necesitaba el impulso de nuevos retos. Aquella plaza me venía muy bien hasta que salieran las que realmente me interesaban: las de titulados, que eran Jefes de 4ª A y apoderados.

El señor Bermúdez, antes de decirme adiós, me recomendó:

—Estudia inglés, Germán, es el idioma del futuro. Y tú estás en el Área Internacional.

Tomé buena nota y me matriculé de inmediato en una academia de idiomas cerca de mi casa. Mis padres, en cuanto me oyeron, movieron sus hilos. A la noche siguiente me habló mi madre:

—Le he comentado el tema a doña Ramona, la hermana de don Braulio. Conoce a una profesora del Instituto Británico que vive justo enfrente. Si quieres aprender rápido, las clases particulares son lo mejor. Te haría un precio especial y tu padre y yo te pagaríamos la mitad. Ah, y me ha dicho que hay un curso excelente, aunque muy caro, en una escuela de negocios muy buena, el Instituto de Empresa, de banca internacional. Infórmate, Germán, que ahora hay que echar el resto para tu futuro.

Mis padres querían rematar todo aquel esfuerzo que habían hecho conmigo y que se empezaran a ver los frutos. Yo estaba tranquilo, con todos aquellos pasos veía que más pronto que tarde mi futuro profesional quedaría encaminado.

Pero para ser dueño de mi propio destino, tenía que ser dueño primero de mí mismo. Después de todos los titubeos adolescentes y juveniles, necesitaba encajar todas las piezas de mi mundo interior, coger ese poso de seguridad en mis creencias y en mis valores. Conocer también mis límites y posibilidades.

Comencé a leer libros de psicología, de liderazgo, de comunicación y de autoayuda. Y mi mundo interno se desplegó ante mí como un atlas. Practicaba ejercicios de concentración y meditación, de respiración y de higiene del sueño y mi mente respondía con una agilidad y eficiencia mucho mayor.

Tras la mili, tenía también ganas de expulsar lejos de mí aquella vagancia física que arrastraba. Consolidé con Dani nuestras carreras en la Casa de Campo, que eran la mejor terapia física y hasta mental para el desgaste de la semana y comencé a ir a un gimnasio en el barrio.

La dimensión espiritual de la vida apareció entonces con serenidad, sin sobresaltos. Reflexionar sobre nuestra existencia, sobre la muerte, sentirme miembro de la comunidad humana, una comunidad solidaria y de destino compartido, añadían a mi vida ese plus de hondura, de autenticidad y de sentido. Creí de nuevo en la trascendencia del hombre, su origen divino y su permanencia, más allá de la muerte.

Aquellos días y meses fueron los de la recuperación tras la época gris de la mili. Como las plantas recién regadas, me iba a la cama ebrio de sensaciones positivas y me sentía crecer por dentro.

Sí, yo me recuperaba y reforzaba mis cimientos, como otras chicas y chicos de mi generación que llegaban a la edad de la verdad, aquella en que te preparas para independizarte, para hacerte dueño de tu destino y también para hacerte cargo del destino de otros que puedan depender un día de ti, como tus hijos o tus padres, cuando se hagan mayores.

Nos preparábamos también para liderar un día la sociedad, las empresas y los organismos públicos, para llevar sobre nuestros hombros el peso del país, como entonces lo llevaban nuestros padres. Y nos sentíamos en la obligación de hacer un país mejor, más justo y más próspero que ellos. Por una sencilla razón, porque habían invertido mucho más en nosotros, nuestros padres lo habían hecho todo solos, a pleno pulmón.

Pero toda aquella esperanza acumulada por la generación de nuestros padres y por la nuestra, la de los jóvenes de la Transición, estuvo a punto de venirse al traste el 23 de febrero de 1981.

Aquella tarde yo estaba haciendo horas extraordinarias en el banco en la calle de Alcalá, a una manzana del Congreso de los Diputados. Teníamos música de la radio de Leandro para hacernos más llevadera la extensión de la jornada.

De repente, pararon la música y dieron la siguiente noticia:

—Un grupo de guardias civiles ha entrado en el Congreso. Parece ser que persiguen a un miembro de ETA que pudiera estar dentro. Pero la situación es muy confusa.

Nosotros estábamos terminando ya, así que Leandro y yo nos acercamos a husmear qué pasaba en el Congreso.

Había algunos curiosos como nosotros, pocos, preguntamos a un guardia civil que estaba en la calle, al pie de la escalinata de los leones.

—Sí, hay una operación antiterrorista. No puedo decir más —nos contestó.

Serían como las seis y media de la tarde. Aquello no daba para mucho más, así que cogimos el metro y nos fuimos por la línea II, Leandro vivía un poco más allá de Ventas, por lo que hicimos todo el recorrido juntos.

—Estos de ETA están forzando las costuras del Estado —reflexionó Leandro—. Cualquier día los militares se hartan de poner los muertos y dan un puñetazo en la mesa. Ya lo verás.

En cuanto llegué a casa, supe cuánta razón llevaba mi compañero Leandro.

Un periodista de la cadena SER que radiaba el nombramiento de Calvo Sotelo como presidente del Gobierno por la dimisión de Adolfo Suárez, tras irrumpir el coronel Tejero en el Congreso, pistola en mano, al grito de “Quietos todo el mundo”, dejó abierto el micrófono de ambiente y todos los oyentes pudieron asistir en directo al intento de golpe.

Mi padre me abrazó nada más llegar. Estaba serio y pálido. Preocupado porque mi hermana Tere todavía no había llegado a casa.

—Germán, Germán..., a esto es a lo que he tenido miedo toda mi vida. A que volvamos a las andadas.

Al poco llegó mi hermana y toda la familia junta, como en el resto de España, nos pegamos a la radio en aquella noche a la que se bautizó como “la noche de los transistores”. Con todos los miembros del Gobierno, y con todos los diputados del Congreso, secuestrados, con los tanques en Valencia patrullando las calles, todo el mundo esperábamos, como el propio Tejero y sus hombres, que llegara esa autoridad que se hiciera cargo de la nación: se barajaban dos nombres, el general Alfonso Armada o el propio rey Juan Carlos.

Con el corazón en un puño, llegamos a la una y cuarto de la madrugada. El rey, que había estado toda la noche hablando con los capitanes generales de cada una de las regiones militares y parando su adhesión al golpe, habló por fin a los españoles con rotundidad:

—Confirmando que he ordenado a las autoridades civiles y a la Junta de Jefes de Estado Mayor que tomen las medidas necesarias para mantener el orden constitucional dentro de la legalidad vigente... La Corona, símbolo de la permanencia y unidad de la patria, no puede tolerar en forma alguna acciones o actitudes de personas que pretendan interrumpir por la fuerza el proceso democrático...

Habían sido siete horas de infarto. Y de temor. Algunos hasta se movilizaron para alcanzar la frontera con Francia. Por fin, a las nueve horas del 24 de febrero, Tejero y Alfonso Armada se rendían firmando el denominado “Pacto del capó”, a cambio de que no tuvieran responsabilidades los guardias civiles de teniente para abajo. Los diputados pudieron abandonar el Congreso a las 11,45 horas. Habían estado 17 horas secuestrados. Y toda España con ellos.

La derrota del golpe supuso un refuerzo y revitalización de nuestra democracia y todos los actores políticos pusieron de su parte para evitar que algo así fuera a producirse de nuevo.

Cuarenta y dos años más tarde, puede decirse que lo lograron.

Con un país cada vez más homologado con las grandes democracias occidentales, las ansias por salir de España y conocer el mundo se incrementaron sobremanera, sobre todo entre los jóvenes. Queríamos conocer y que nos conocieran. Lo segundo ya lo habíamos conseguido, España era ya una de las primeras potencias mundiales en recepción de turistas. En lo primero, los jóvenes ya dábamos nuestros primeros pasos.

El primer viaje que yo hice fuera de España fue a Viena, en el verano de 1981, con veinticuatro años cumplidos, a esta edad, hoy en día, los jóvenes se han recorrido medio mundo. Muchos de nuestra generación trabajábamos y estudiábamos, con vacaciones incompatibles, como en mi caso. Y luego estaba la mili, en la que tampoco te dejaban salir. En fin, era lo que había entonces: muchos kilos de ilusión, cartera estrecha y un suspenso en idiomas.

Recuerdo que tardé dos días en llegar a Viena desde Madrid en tren, con aquel viejo sistema para jóvenes, que creo sigue en vigor, ¡el Interrail! Se había fundado en 1972 y permitía, a un precio muy modesto, viajar por treinta países de Europa durante un mes.

Hicimos una escala estrambótica en Ginebra, donde arribé a las dos de la mañana y, tras el cierre de estación, ¡estos suizos y sus horarios!, me vi con mi maleta en la calle vagando por la noche ginebrina rodeado de todo el lumpen propio de esas horas.

—Si quieres, deja tu maleta tras ese seto y luego la recoges —me dijo un venezolano que dormía al raso.

Pero yo no soltaba mi maleta ni por asomo.

Claro que eso solo fue el comienzo. Cuando por fin arribé a Viena, tras coger un taxi y entregarle al taxista la dirección escrita en un papel, porque yo no sabía una palabra de alemán y muy pocas de inglés, nos dábamos cuenta entonces que el francés solo servía para ver películas eróticas al otro lado de los Pirineos, llegué a la residencia de estudiantes donde Suso, el viejo amigo de Ibiza, que estaba haciendo un cursillo de alemán, me había invitado a compartir habitación con él y pasar unas semanas por Austria y luego por el sur de Europa.

Me dijeron en recepción que mi amigo no estaba pero que me daban la llave de la estancia para que dejara mis cosas. Recuerdo que abrí la puerta y me topé a la altura de mis ojos con varias cuerdas que iban de un lado a otro de la habitación en las que había colgados varios sujetadores y braguitas. En fin, dejé la maleta en un rincón sin tocar nada y me dispuse a esperar a mi amigo, ¡y a prepararme para la cama redonda que me aguardaba esa noche!

Como el lector probablemente ya haya adivinado, estas cosas no pasan ni en las películas. Todo se aclaró más tarde, cuando vino mi amigo y otro suyo con su novia, con quien se había cambiado de habitación para acoger a esta última, porque la suya era más pequeña.

Aun así recuerdo aquel viaje como algo inolvidable. Para un chico de pueblo, Viena es una maravilla, al igual que Salzburgo e Innsbruck. Luego volvimos por la capital del romanticismo, Venecia, con sus vaporetos, y en Milán nos esperaba la guinda de las sorpresas.

Alquilamos allí una habitación para pasar la noche. La dueña de la pensión al revisar los pasaportes para la ficha policial, le preguntó a Suso:

—Asturias, ¿dónde está?

—Al norte, señora, en el Cantábrico, junto a Cantabria y el País Vasco —le contestó Suso.

—Ah, el País Vasco... —repitió la señora, lo único que al parecer le sonaba.

A las seis de la mañana sonaron unos fuertes golpes en la puerta. Suso, cuya cama era la más cercana a la misma, se enrolló una sábana al cuerpo, se había lavado los calzoncillos y dormía desnudo, y se dispuso a abrir. Yo también me desperté.

Observé desde mi cama cómo la sábana de Suso caía al suelo y se quedaba en pelotas. En un segundo supe el porqué. Dos carabinieri con metralleta en ristre, junto con la dueña de la pensión, entraron en la habitación.

Nos pidieron nuestros documentos, los examinaron e hicieron unas llamadas. Nos dijeron que no podíamos abandonar aquella habitación hasta nuevo aviso y se quedaron con los pasaportes.

Nosotros estábamos pasmados. A mediodía por fin se arregló aquel desaguisado y pudimos proseguir nuestro viaje. Había habido un robo en una armería del barrio, propiedad de unos italianos de origen español y, al presentarse los carabinieri en la pensión, la dueña les había dicho que éramos vascos. De ETA, debieron colegir los policías, y acto seguido fueron y nos encañonaron.

Con el susto en el cuerpo proseguimos hasta Niza y Cannes, mi afición al cine ya despuntaba entonces, y subimos hasta París. Para mi gusto la ciudad monumental más importante del mundo.

Aquel viaje nos llevó a otros los años siguientes, las ansias de conocer el mundo eran infinitas en nosotros. Media vida sin salir del pueblo y ahora queríamos llegar al fin del mundo. Nos recorrimos toda Europa, Suso, Dani y yo. Llegamos hasta Narvik, el último pueblo con tren en Noruega, nos dieron un certificado, que acabo de ver en mi maleta, de haber pasado el Círculo Polar Ártico. Habíamos subido hasta allí para disfrutar de las auroras boreales.

Llevábamos un ajedrez para entretenernos en el tren, eran luchas encarnizadas entre los tres. Al pasar de Dinamarca a Noruega jugábamos Dani y yo y, estábamos tan enfrascados en nuestra partida, que partieron el tren en dos para meterlo en un ferry y no nos dimos ni cuenta.

Ya en Noruega, vino el revisor, le dijimos que nuestras mochilas con la documentación las teníamos con nuestro amigo Suso en el otro vagón, miramos para atrás y medio tren se había evaporado. Con el alma en un puño, estuvimos esperando a que unieran ambas partes del tren y que nuestras cosas siguieran estando allí. Para colmo, Suso se había subido a la planta de regalos del ferry y, cuando se quiso dar cuenta, ya habían sacado los trenes del mismo y el seguía en la cubierta del barco. Fue un auténtico caos. La policía noruega decía:

—Ah, spaniards, spaniards... —a veces la imagen que mostrábamos de nuestro país coincidía con la que nuestros anfitriones tenían en su cabeza: una desorganización total.

Pero nosotros remábamos y remábamos, aunque fuera a contracorriente. Los viajes tienen un origen y un destino, y una ilusión que los mueve, como la vida. Los viajes son a los hombres lo que los juguetes a los niños, practicábamos en ellos la gimnasia de la vida. Una vida independiente y autónoma, fuera de casa.

Dormíamos a veces en las estaciones, enterrados en la arena de las playas, o conocíamos a gente que nos invitaba a su casa. En Ámsterdam liábamos unos porros con alemanes, franceses

y belgas, Suso se encargaba de ello, y ensayábamos esa comunidad internacional que años más tarde cristalizaría en los famosos Erasmus. O nos enrollábamos con chicas que salían, como nuestro grupo, a soltarse el pelo fuera de España o incluso con las locales de por donde pasábamos, que querían tener una aventura exótica y breve con unos latinos como nosotros.

La primera vez que cogí el avión fue a Londres en un viaje inolvidable. Dani y yo, echándole un par, sin saber apenas inglés, nos enrolamos en un viaje alrededor de toda Gran Bretaña exclusivamente para jóvenes internacionales, organizado, nunca lo olvidaré, por la agencia Contiki. Nunca he vivido nada igual. Dormíamos dos noches en campings, en tiendas de campaña de seis u ocho personas, chicos y chicas todos juntos entre dieciocho y treinta años y otras dos noches en camas de hotel.

Era un viaje simpático y gamberro. Recuerdo que en el hotel más lujoso de Glasgow interpretábamos “la muerte de la araña”, nos tumbábamos en el suelo y movíamos brazos y piernas, los ricachones y los condes y duques del lugar se partían de la risa o nos miraban iracundos. En Manchester, la ciudad “black and white”(blanco y negro), por el color de sus casas, salimos desnudos a la calle, únicamente nos cubríamos nuestras partes con papel de periódico, con su color “blanco y negro”.

Fue un baño de libertad y de frescura total. Yo alucinaba cuando me acordaba de aquellos paseos llenos de recato y disciplina por la alameda de Sigüenza, cuando no nos dejaban ni coincidir con las chicas de los corazonistas.

Cuando lo contaba en Madrid a mis amigos de Sace y les ponía los dientes largos, Agus me decía.

—Germán, al año que viene me apunto.

—Pero antes, apúntate a una academia de inglés, Agus —le decía yo.

Aprender idiomas era otra forma de viajar, de conocer mundo, de intercambiar experiencias y poder interactuar con personas de otras culturas. En suma era enriquecerse y dotarte de una cualidad muy valiosa para el mundo global que venía.

España había sido un país autárquico y aislado y en general los jóvenes teníamos poca formación en idiomas. Solo los del sector turístico, que lo necesitaban como el comer, lo aprendían inclusive sin salir de España.

El resto íbamos a aquellas academias sin profesores nativos, donde se hacía lo que se podía. Para dar un salto cualitativo había que rascarse el bolsillo y salir fuera.

Los que lo hicimos nos dimos cuenta que, además de inglés, aprendíamos otras cosas: había otras culturas, otras formas de vivir en el mundo, y eso te quitaba rigidez y papanatismo. Como decía el dicho: “el mal nacionalismo se cura viajando”.

Yo pasé un mes en Oxford, dormía en casa de una familia entrañable en un chalet adosado en Kidlington. El marido, Tom, era policía, un “Bobby” como los llaman allí, su mujer, que tenía un nombre de cine, Beverly, (en Beverly Hills viven las estrellas de Hollywood), era muy miedosa y, por la noche, cuando su marido estaba de guardia, dejaba un perro enorme que tenía vagando por la casa.

Bev me dio una llave y los primeros días que no había mucha confianza entre el perro y yo

me las veía y deseaba para acceder a mi dormitorio en la primera planta. Yo acababa engañándolo con un trozo de chorizo que me traje de España y lo encerraba en el baño, lo malo era si quería levantarme a hacer pis a media noche, claro...

No sabían una palabra de español, ni habían salido nunca de Inglaterra, yo fui su primer estudiante, yo creo que nos mirábamos ambas partes como si fuésemos marcianos. Logré que intimáramos con la típica botella de cognac que nos recomendaban llevar, ¡cómo bebían Tom y Bev! ¡Y hablaban! ¡Cuánto aprendí con aquellas sesiones etílicas!

A mí me sorprendía, aparte de las comidas, el que no hubiera cortinas ni persianas en las ventanas, bien cierto era que con el “english weather” y sus negras nubes la luz siempre era mortecina, pero allí se dormía con el horario del sol. Tenían una niña de cinco años, Noami, que debía pensar que yo era tonto, me miraba raro y no paraba de hablar, sin ton ni son, no esperando nunca ninguna respuesta mía. Hacía bien, dado que no conseguía pescarle ni una sola palabra.

Yo aprendí mucho, sobre todo hablando con aquella familia, en la academia y en las calles de Oxford había una proporción de británicos y españoles no mayor que la que te encontrabas en Benidorm. Fue un error ir en agosto.

Encima nos acabábamos juntando con españoles ¡y españolas! Tanto ellos como ellas allí hacían un ejercicio de olvido, olvido de sus novios/novias, quiero decir, y aquella estancia en Oxford era un paréntesis en sus relaciones peninsulares. Yo salía allí con una chica canaria, tenían fama, y con razón, por su dulzura, yo la llamaba “my little peach” (mi pequeño melocotón), y no se molestaba en ocultar las cartas que le enviaba su novio. Allí no llegaban las promesas de su compromiso que quedaban en ámbito España. Otra experiencia más.

Recuerdo especialmente una visita a la famosísima isla de Wight, legendaria por sus festivales de música y, sobre todo, una noche que aterrizamos por error en una discoteca gay. Yo alucinaba viendo los besos y magreos que se daban aquellos tíos, sin pudor alguno. Pasarían muchos años hasta que esto pudiera verse en las discos de Chueca en Madrid. Como decía, aprendías no solamente inglés, sino cómo era el mundo en su diversidad.

España también se adentraba en su futuro, dando pasos en una normalización necesaria. En 1982 llegó al poder el partido socialista, por fin los perdedores de la guerra civil, invisibilizados durante la dictadura, tenían la oportunidad de dirigir el país, hacerlo avanzar sin revanchas ni rencores, con su propia impronta.

Todo aquello que hacíamos los jóvenes de la Transición: aprender idiomas, viajar por Europa, cartearnos con amigos extranjeros, etc., tuvo su clímax en la adhesión de España a la Unión Europea en 1986. Después de tantos años de aislamiento, España entraba en el club de las mejores y más prósperas democracias del mundo y aseguraba su futuro.

Por fin, en 1996, se cerraba el círculo de la normalización democrática con el relevo de la izquierda por el centroderecha de José María Aznar, tras su victoria en las elecciones de ese año. Y los españoles podían disfrutar, alternativamente, de las mejoras que tanto el liberalismo como el socialismo podían ofrecerles.

En aquellos años ochenta, los jóvenes de la Transición también peleábamos por nuestro

propio futuro, por independizarnos de nuestros padres. En mi casa, mi hermana Tere fue la primera:

—Germán, me ha llegado la hora. Carlos y yo queremos formar una familia.

Carlos era de un pueblo de Segovia, similar a El Sauce. Al final, después de aquella primera experiencia fallida de Tere con un madrileño, cada oveja volvía con su pareja.

—Cuánto me alegro, Tere, te echaré de menos aquí, lidiando con los papis.

Yo, por aquellos días, a lo que me enfrentaba era a un salto profesional importante. Había superado la Oposición de Titulados en el banco y presentaba mi primera gran operación en el Consejo de Administración de la entidad. Todos aquellos esfuerzos de mis padres para pagarme el internado de Sigüenza, aquella época ardua del “estudias y trabajas”, la remontada tras aquella época gris de la mili, y toda la adquisición de experiencia posterior, fructificaban en aquellos años decisivos.

Cuando entré en la sala del Consejo me esperaban en ella veinte prohombres de la economía y de las finanzas españolas. El presidente, el Marqués de Monseco, me miró de arriba abajo y le pasó la palabra al secretario, este leyó el orden del día:

—Se presenta a continuación para discusión y aprobación en su caso préstamo de 100 millones de dólares a favor del proyecto Eurotúnel que unirá Francia y Reino Unido bajo el Canal de la Mancha, siendo el ponente D. Germán Palafox Rodríguez, analista senior de nuestra división de riesgos. Dado que es su primera intervención en este Consejo, haré una pequeña reseña biográfica: Germán Palafox nació en 1957 en El Sauce Curvo, Guadalajara, y se incorporó al banco por oposición en 1974...

Respiré hondo y me sentí honrado al escuchar mis modestos orígenes en aquella sala tan rimbombante, El Sauce Curvo también estaba allí conmigo...

Aquella tarde, cuando salí del banco, me fui a tomar unas cervezas con mi viejo compañero Leandro para celebrarlo a Nebraska, que estaba allí cerca.

Según estaba charlando con él en la barra de aquella cafetería, mi mirada se cruzó con la de una chica que estaba junto a la ventana con una amiga.

Hubo un chispazo de luz que me entró por los ojos y me recorrió la espalda por la espina dorsal y ya no pude alejarme de ella, de su sonrisa.

Leandro se dio cuenta de que no le hacía ni caso. Paró de hablar y me miró pidiéndome alguna explicación.

—¿Qué te parecen esas dos de la ventana? —le dije.

Y, sin esperar su respuesta, me acerqué a ellas.

Una de aquellas chicas era Clara, la mujer de mi vida.

20. EL SECRETO DE CLARA

Sí, Clara entró en mi vida y se adueñó de ella. La inundó con su sonrisa de esa luz que todavía continúa.

Yo llevaba un cierto tiempo disponible para el amor. No quería iniciar ninguna relación si no sentía algo especial en mi interior. Era como si ya todo aquel periodo de aprendizaje, de preparación para amar, se hubiera cumplido ya. Solo quedaba que apareciera por fin la mujer definitiva, la mujer de mi vida.

Me di cuenta que Clara era esa mujer por la que yo había estado soñando desde siempre. Tenía la sencillez de Consuelito, la madurez de Mabel, el embrujo de Rosa María, la alegría de Martuqui y la belleza de Lina. Hasta Ainhoa también aportó algo, Clara era de su mismo barrio, casi vecinas, así que el camino para ir a recogerla a su casa ya me lo sabía.

Sí, hoy pienso en Clara. Después de casi cuarenta años, aquí seguimos juntos. Hemos subido y bajado muchas cuestas, hemos sorteado todas las curvas que nos ha presentado la vida y aquí permanecemos, codo con codo, en esta última estación a la que nos ha dirigido el destino. La estación, terrible, que este me ha reservado para mis últimos días: la enfermedad del olvido.

Hoy, que estoy cuerdo, voy a llamarla por su nombre de verdad, el nombre del que la descubrió, un psiquiatra y neurólogo judío-alemán que se llamaba Alois Alzheimer. El doctor Alzheimer murió joven, a los 51 años, de un ataque al corazón. Yo no sé cuánto viviré, creo que poco, pero no por mi enfermedad que supongo que sigue su curso, sino por el corazón como el doctor Alzheimer.

Mi corazón sufre por quién más amo. Por la mujer de mi vida. Por Clara. Sé que me miente, sé que no es transparente conmigo, sé que me oculta detalles importantes de su vida.

Hace un rato he sentido el ascensor, “tiene que ser Clara, que vuelve de la compra”, me he dicho.

Me he levantado animoso, dispuesto a ayudarla cuando ella llegue al rellano. Le gusta que le ayude sacando del carrito las cosas más pesadas, como las cajas de leche o las botellas.

Efectivamente es ella, viene con una sonrisa en la boca y me da un beso. Me deja a mí, como siempre, el carrito y yo lo entro en la cocina. Clara se marcha a nuestra habitación a cambiarse de la ropa de calle.

Entonces suena el teléfono fijo de la cocina. Yo lo descuelgo. “Dígame”. Pero nadie dice nada. Yo retengo la respiración y agudizo el oído. Me parece oír otra respiración también contenida al otro lado de la línea. De repente se oye un grito infantil, un grito de un niño o una niña de pocos años. Entonces la persona que llama cuelga abruptamente.

Sí, así ha ocurrido. No quieren hablar conmigo, solo con Clara. Trato de no darle importancia, aunque la tiene. Porque me ha pasado otras veces. No quiero empezar a pensar, sé que no es bueno para mi cabeza, porque se embota y luego me duele y me pongo raro, muy raro. A veces lloro, otras, grito. Se me pone muy mal humor y luego lo pago con Clara.

Así que me olvido y saco las cosas del carrito. Cojo unos pepinos envueltos en una redecilla verde y noto que se cae al suelo un papelito. Me agacho y lo recojo. Es el ticket de la compra en Mercadona. Es una relación bastante larga de productos que suma 193,50 euros. Le echo un vistazo por encima. Lo más caro son unos envasados de jamón ibérico, junto a ellos leo, en una ojeada rápida, un bote de colacao y cereales de chocolate. En casa no comemos jamón, sube la tensión, ni tampoco chocolate, es malo para el azúcar. No sé por qué Clara los habrá comprado.

Voy sacando las cosas del carrito y dejándolas en la mesa, para que luego Clara las coloque en el frigorífico como a ella le gusta, yo ahí no me meto.

El carrito solo está lleno hasta la mitad. Me doy cuenta que hay muchos más productos en el ticket que en el carrito. Y tampoco veo ni los envasados de jamón, ni los cereales de chocolate.

Vuelve Clara, con su ropa de estar en casa. Yo ya había dejado el ticket sobre la mesa. Me sonrío y me da un beso de nuevo.

—Germán, ya me encargo yo de ponerlo en el frigo. Muchas gracias. Vete a escribir si quieres.

Yo no sé qué decirle. Por fin me atrevo y le digo solo algo de lo que se me pasa por la cabeza.

—Clara, ha llamado alguien. Pero no me han contestado. ¿Tú sabes quién puede ser?

Cuando termino me quedo mirándola fijamente. Ella se pone un poco nerviosa, yo la conozco bien. Luego se recupera y me dice como si nada:

—No te preocupes, a mí también me pasa. Pepita, la del tercero, a la que también le ocurre a menudo, me dice que son llamadas automáticas por ordenador para campañas de marketing.

Se acerca de nuevo y me sonrío otra vez.

—¿Qué quieres para cenar?

No sé por qué le digo lo que le acabo diciendo:

—Me gustaría comer un poquito de jamón ibérico, solo un poco...

Ella se para, algo sorprendida.

—Ah, de acuerdo, el próximo día compro unos envasados. ¿Te pongo un filete esta noche?

Yo me quedo pasmado. No sé qué decir. Bajo la cabeza en señal afirmativa y acabo por irme a mi despacho a reflexionar sobre todo esto que me ocurre. Yo sé que mi cabeza me juega malas pasadas, tengo que pensar despacio en todo ello. Tampoco quiero entrar en una discusión violenta con ella. Luego me siento culpable cuando la veo llorar y yo me encuentro entonces todavía peor.

Así que vuelvo a mi despacho, sabiendo que Clara me miente. Pero no sé por qué. No quiero pensar que se haya cansado de mí y tenga una aventura con otro. Pero, aunque no quiera pensarlo, lo pienso. ¡Dios mío!, ¿qué sería entonces de mí?

Rebusco por mi maleta de recuerdos, como si allí pudiera estar la clave de lo que me pasa. Hay una carpeta que pone: “Primeras literaturas”.

Sonrío, la literatura siempre ha sido el sedante para calmar mis problemas. La gran evasión para no pensar en las cosas sucias y feas de este mundo.

Sí, la literatura siempre me hace inocente, noble, íntegro. Ojalá el mundo fuera un mundo

literario y no real, lleno de mentiras. Pero no quiero pensar en las mentiras, solo deseo leer aquellas primeras cosas que yo un día escribí. Mis primeras literaturas.

Hay varios papeles escritos a mano y a máquina. Cojo el primero de ellos, son cuatro cuartillas cosidas con una grapa en una esquina, escritas en una letra varonil, llena del vigor de la juventud.

Se llama “El joven escritor”, este título encabeza en mayúsculas el centro de la primera página. Dice así:

«Hoy el joven escritor juega con su hijo en los sofás y en la alfombra del salón. Está contento hoy el joven escritor. Ha sacado unos minutos y ha garabateado un poema y unas ideas para esa primera novela con la que sueña. Las cuartillas duermen en una esquina de la mesita baja, las tiene que ordenar con otras que tiene por otros sitios, por otros cajones de la casa. Un día que tenga tiempo. Ese día que espera que algún año llegue.

Pero ahora se lo está pasando en grande con su hijo. Un hijo es el mejor poema. Un niño de dos años es un loco de atar. A él le gusta estar con él, sumergirse en ese mundo sin reglas racionales, en ese mundo de descubrimientos y locuras.

Le llaman por teléfono. De su empresa. Él pide responsabilidades y luego no debe quejarse de que se las den, aunque hoy sea sábado por la tarde, casi por la noche ya. Su mente se dirige a la realidad perentoria de los problemas que le plantean. Cree que consigue solucionar lo que su interlocutor le inquiere. Cuelga y vuelve con su hijo.

Este, probablemente aburrido, ha reparado mientras tanto en ese par de hojas que él había garabateado y las había depositado en la mesita baja del salón. Las ha cogido, las ha estrujado, las ha doblado y desdoblado de mil maneras, como si tratara de encontrar en ellas el motivo del porqué su padre pasa de él. E incluso se las ha llevado a la boca para probar a lo que sabe el papel, no deben haberle gustado y las ha roto furibundo.

El joven escritor observa el desastre. Tampoco será hoy ese día en el que él ponga algún ladrillo en esa obra con la que sueña. Ahora llega la hora de las cenas, de los baños, de prepararse para ir a dormir. Como tantas otras veces.

Por fin se queda solo cuando en la casa se esparce el silencio. Su mujer se acerca. Le pone una mano en el hombro:

—Te espero —le dice suavemente.

—Sí, reina. Un momento —le responde, mirando las cuartillas arrugadas y medio rotas.

No quiere que se pierda en el limbo del olvido ese pequeño poema que le ha brotado como un regato de la pureza de la nieve blanca. Ni esas ideas primigenias para alumbrar un día esa novela con la que sueña.

Trabaja, copiando en otro, con limpieza y aplicación, el manuscrito que el niño destrozó. Luego lo mira, tiene que guardarlo bien y reunir también todos esos fragmentos que deben estar en varios cajones de los muebles de la cocina y del salón. Otro día lo hará. En estos momentos detecta que la inspiración se sienta a su lado y le impele a continuar vertiéndose en el papel.

Escribe como deben deslizarse sobre el agua los surfistas, si él supiera surfear, claro, pero se lo imagina. Cuando te coge en volandas la inspiración todo es un patinar sobre el hielo blanco.

Recorrer el blanco de la página, quiere uno decir, sin aburrirte ni cansarte jamás.

Ha escrito otras dos cuartillas. Las relee satisfecho. Estas las guardará en su mesilla para que no se pierdan.

Con ellas en la mano se dirige a su dormitorio. Su mujer le había mirado de una forma especial antes de irse a dormir.

—Te espero —le había dicho.

La única que espera encendida ahora es la lámpara de su mesilla, su mujer duerme dulcemente.

Apaga la luz y se dirige, con la difusa y plomiza claridad que apenas entra por el visillo de la ventana, al otro lado de la cama. Abre el cajón de su mesilla y coloca en él sus cuatro cuartillas con el mismo mimo y delicadeza que cuando deposita a su hijo dormido en su cuna.

Luego, sin hacer ruido, abre la cama y se desliza en ella. Se siente bien, respira hondo y sueña un momento poniéndose ambos brazos bajo su cabeza. Mañana encontrará otro rato para poner el siguiente ladrillo en su obra.

Mira a su mujer. Tiene una bella esposa. Y muy joven todavía. Los dos son muy jóvenes. Su cuerpo le atrae en la oscuridad.

Se acerca y la abraza suavemente. Ella apenas murmura:

—Estoy dormida.

Él la besa el pelo, la atrae contra sí. Un momento nada más.

Luego se retira. No le parece justo despertarla. Se consuela pensando que ha escrito un bello poema y unas frases hondas y originales, muy literarias, en sus cuatro cuartillas.

Le hubiera gustado hacer el amor esta noche, más incluso que otras noches. Pero tendrá que ser mañana, si el niño y todos los astros del firmamento se ponen en línea, como se habían puesto hoy...

A veces la literatura le atrapa y le roba otras cosas. Como una pequeña venganza por todas las traiciones que él le asesta día a día.

Mientras trata de dormirse, se jura que mañana sin falta ordenará de una vez todos sus papeles».

Me quedo pasmado. Cuando leía, he revivido en mi mente aquella escena. ¡En la realidad! Era yo. ¡Era yo! Yo soy el escritor del relato. Y la mujer del escritor es Clara. Cuántas veces ella me decía. “Ven a la cama, te espero”. “Sí, ahora voy, reina” le contestaba yo, y a veces me demoraba escribiendo un poema o una idea para mi futura novela. Sacando esos minutos de tiempo que no tenía en el resto del día. ¡Esos momentos después de haber acostado a nuestro niño!

—¡Nuestro niño! —me repito, atónito.

Luego teníamos un niño. ¡Tuvimos un hijo!

No, no puede ser, me digo, me grito dentro de mí. Debe ser mi cabeza que me juega malas pasadas. Debe ser el doctor Alzheimer que se venga de mí porque voy a morir mucho más viejo que él. Y tal vez no me lo merezco. ¡Dios mío! ¿Qué me está pasando?

Entonces me acuerdo del bote de colacao y de los cereales de chocolate en el ticket de la compra de Clara. Algo que se les da a los niños por la mañana, para su desayuno. Pero..., ¿seré estúpido?, me digo a mí mismo, no pueden ser para nuestro niño, imbécil, que eres solo un

imbécil desmemoriado y egoísta, ¡nuestro hijo debe tener ya treinta y cinco años!

Respiro hondo, me tranquilizo, debe ser un fallo, uno más, de mi memoria enferma. Pero, solo un momento más tarde, me acuerdo del grito del niño que he escuchado por la línea cuando han llamado por teléfono. ¡Y cómo colgaba la persona que llamaba inmediatamente después! ¡No entiendo nada! ¡Dios mío, me estoy volviendo loco! ¡Dios mío, apiádate de mí!

No sé lo que está pasando. No comprendo lo que me ocurre. Empiezo a llorar, inerte y desconsolado. Las lágrimas me bajan por las mejillas y llegan a mi barbilla, se quedan ahí agarradas a su cornisa y luego caen en tromba y me ponen perdidas las rodillas del pantalón.

Lllaman de nuevo por el teléfono de la cocina. Oigo su timbre como un aldabonazo, que se me mete por los orificios de los oídos hasta el interior del cerebro. Clara descuelga y baja la voz hasta convertirla en un susurro. Es una conversación breve. Cuelga y la oigo caminar por el pasillo en dirección a nuestra habitación. Seguro que va a cambiarse de ropa para irse a la calle.

Se ha citado con la persona que llama, me digo, clarividente, y lleno de tristeza. Se ha citado con su amante. Su amante ha encontrado un hueco y la llama para verse. Ah, las urgencias del amor. No pueden vivir el uno sin el otro, me susurro con pena.

Me quedan unos gramos de orgullo todavía. No quiero que me vea llorar cuando entre a mi despacho a despedirse, a decirme que se va a la farmacia, o a comprar, u otra mentira de las que acostumbra. No quiero darle más pena de la que seguramente le doy.

Me saco el pañuelo del bolsillo y me limpio la cara, bien limpia. Me la pellizco para que me suba el color. Me arreglo el pantalón y me seco con el pañuelo las lágrimas de las rodillas. Respiro hondo y recompongo mi figura.

La oigo venir por el pasillo. Abre la puerta de mi despacho.

—¿Qué tal, rey? —me dice.

Yo no la miro, hago como que escribo mi libro en el ordenador.

—Bien, casi estoy terminando mi libro. Hoy he escrito cuando te conocí. Aquel día en la cafetería Nebraska, ¿te acuerdas? —le digo con una docena de puñales de tristeza clavados en mi pecho, que disimulo todo lo que puedo.

Clara me sonrío. Con esa sonrisa que vale cien mil quilates. Yo lo sé. Seguro que su amante también lo sabe.

—¡Cómo habría de olvidarlo, rey! Pues habrá que celebrar lo de tu libro. Y luego tendrás que escribir otro y otro. Porque tú eres escritor y los escritores escriben, ¿sabes?

Está muy guapa, su cara se refleja en la pantalla del ordenador, y se la ve muy contenta, deseando salir y encontrarse con él. Se acerca a darme un beso de despedida, yo disimulo que estoy concentrado en una frase difícil para no girarme y que me vea los ojos. Ella no quiere distraerme más. Me echa los brazos por el cuello y me besa en el pelo.

—Me he dado cuenta que se me han olvidado algunas cosas en el mercado. Vuelvo en un rato, luego me enseñas lo que has escrito —me dice con aparente cariño.

No es cariño, es compasión, lástima, pena, me fustigo dentro de mí. Ah, la compra otra vez, ya ni siquiera hace esfuerzos buscando excusas nuevas, debe pensar que soy tonto, quiero decir más de lo que soy.

Siento un volcán en mi interior que ruge, que corre por mis arterias quemándome todo lo que

encuentra. Pero yo doy a mi voz un tono neutro, indiferente.

—Ah, muy bien. Así aprovecho para revisar unas cosas.

Ella me da otro beso en el pelo, cierra la puerta de mi despacho y se marcha.

Yo me quedo con la fragancia de su ausencia. Y —me digo, muerto de miedo y de dolor— con el doctor Alzheimer y su presencia. Que es lo único que me va a quedar. El doctor Alzheimer y yo, los dos juntos, para siempre. Él murió en 1915 y yo ya estoy muerto, en realidad somos los dos ya la misma cosa. Un espectro fantasmal que ni siquiera sabe que lo es. Me hablo a mí mismo como si fuera otro, en segunda persona.

Sales a la terraza, para verla una última vez. No seas hipócrita, te dices, sales para ver si al menos lleva el carrito y te puedes engañar una vez más, diciéndote que no pasa nada.

El pecho, con la respiración entrecortada, es un acordeón desinflado y marchito. Te agarras a la barandilla y te inclinas hacia abajo.

Esta vez no tarda. No se encuentra a Pepita, la vecina del tercero. La ves salir con ese paso airoso que lleva a veces. Cuando va contenta a algún sitio que le gusta. Sí, va contenta, caminando con garbo y, por supuesto, sin ningún carrito para la compra que le acompañe. Sientes el puñal de esa mentira entrando en tu corazón.

Te podrías tirar desde allí mismo, echándote por la barandilla, te dices, y terminar así esta vida que ya no tiene sentido. Pero tienes que revisar tu libro, un escritor no puede dejar su obra sin revisar. Además, tienes que terminarla. Tú pensabas que el final sería otro. Que le ofrecerías tus vivencias a tu mujer, como cuando escribiste “Memorias del Sauce Curvo” y que sería un libro homenaje para todos los de vuestra generación. Ahora el final será otro, todavía no sabes ni cuál.

Te gustaría saberlo. Irás tras ella y descubrirás todas sus mentiras. El final de ese amor que se te apareció un día en la cafetería Nebraska de la calle de Alcalá y que tú pensabas que sería para toda la vida. Un amor de los de antes. De los de siempre.

Pero nada es para siempre, constatas con clarividencia y tristeza. Todo se acaba muriendo. Como la vida, que también se muere un día y no queda nada de ella. “De mí quedarán mis libros”, te consuelas. “Y qué más me da ya”, te dices, abatido.

Te pones unas sandalias y sales rápido al rellano a coger el ascensor. Te das cuenta que hace un calor sofocante en el rellano, estamos a finales de julio y el cambio climático nos está destrozando el verano. Todavía más, te dices, de lo que lo ha hecho.

Vas a paso rápido, la ves saliendo de la urba, menos mal que el portero Miguel la ha entretenido un poco, si no la hubieras perdido. Tú no te entretienes, pasas por el cubículo del portero, sin mirarlo siquiera, con un gesto hosco y desabrido. Miguel es muy amable y siempre le gusta parar a los vecinos y hablar un poco con ellos. Se queda pasmado viéndote como una sombra agria y enfurecida que no se detiene.

En la calle la sigues a una prudente distancia. Nunca has tenido la ocasión de verla tanto tiempo de espaldas, caminando. Siempre la recuerdas a tu lado. Ahora es como si se alejara de ti, como si su mundo estuviera distante del tuyo. Te apuñalas el corazón una y otra vez pensándolo.

Ella acelera el paso, como si tuviera prisa por marcharse de vuestra casa. Se la ve contenta, rápida, como si ansiara llegar.

Dobla la esquina y coge Víctor de la Serna. Vosotros hacéis lo mismo cuando salís a pasear juntos, allí está vuestra farmacia, te dices con un poso de esperanza. Pero ella la sobrepasa sin ni siquiera mirarla, debe estar harta de un hombre enfermo como tú. ¿Quién va a comprar ahora tus medicinas?, te dices, apuñalándote de nuevo.

¡Por qué esta tristeza que te acongoja no acaba de una vez contigo! Desearías morirte allí mismo. Caerte redondo al suelo, que alguien que pasea por la calle te viera y diera un grito de sorpresa y Clara volviera la cabeza, corriera a tu lado, se arrodillara en el suelo contigo, y tú expiraras entre sus brazos. En estos momentos nada te gustaría más.

Cruzáis Ramón y Cajal y llegáis al Parque de Berlín. A su lado hay un tiiovivo infantil, donde una docena de cochecitos giran dando vueltas en ese mundo de colorines y de sueños.

Clara llega y se besa con una madre de unos treinta y cinco años. A ti te recuerda vagamente a alguien que conoces, a lo mejor es una vecina de la urba. A su lado hay un niño de unos seis o siete años, rubito y precioso. Clara lo mira, lo abraza, lo besa, lo coge en brazos a pesar de lo mayor que ya es.

La mamá entonces se va Ramón y Cajal arriba. Debe tener algún recado que hacer. Clara se queda con el niño y se dirige al encargado del tiiovivo con el monedero en la mano. El niño entonces se gira y te ve, tú estás allí, en la esquina, parado como un pasmarote, mirando.

Clara deja al niño en el suelo para pagarle al encargado, el niño te sonríe abiertamente y va corriendo hacia ti con los brazos abiertos.

—¡Abuelo, abuelo...!

21. EL REGRESO AL SAUCE CURVO

Han pasado varios días. Sé que mi mujer Clara me quiere. Sé que nunca ha dejado de quererme. ¡Y doy gracias a Dios por ello! A pesar de mi situación me siento el hombre más dichoso del mundo. ¡De verdad!

Espero al doctor Parrondo, es un médico que me conoce, que quiere lo mejor para mí, aunque a veces no sepa cómo hacerlo. La salud no es como las matemáticas, me dice. Hoy va a probar algo nuevo conmigo, me explica en cuanto llega.

El doctor Parrondo, Clara y yo bajamos al garaje. Allí me da un sedante, pero yo no me atrevo a conducir mi coche, como me pide. Clara se pone al volante y yo a su lado, el doctor Parrondo detrás de nosotros. Clara arranca el coche y salimos a la calle.

Allí nos está esperando Virginia, mi nuera. Va en su propio coche. En el asiento de atrás va la alegría de mis días: mi nieto, que se llama como yo: ¡Germán! Germán me llama y yo salgo de mi coche y me acerco.

—Quiero verte conducir, abuelo, como antes, cuando venías a buscarme al colegio —me dice.

Vuelvo al coche y le digo a Clara que quiero conducir yo. Ella consulta con la mirada al doctor Parrondo y este asiente.

—Germán, eres un buen conductor. Adelante —me dice.

Me siento en el volante y me abrocho el cinturón. Miro por el retrovisor y encuentro la sonrisa de mi nieto Germán. Me siento bien con ella. Me dice Clara que es igualito que yo. También me dice que nuestro hijo, que también se llama Germán, se parece mucho a mí. Hoy vamos a verlo a El Sauce Curvo, por eso vamos toda la familia.

Yo no consigo recordar la cara de mi hijo. El doctor Alzheimer me castiga con ello, está enfadado conmigo. Quizás porque él murió más joven que yo, a los cincuenta y un años, de un ataque al corazón como creo que ya he dicho. Y me tiene envidia.

Mi mujer Clara ayuda a mi nuera a sacar adelante a mi pequeño Germán, cuando mi hijo está fuera, como ahora, que vive, no sé por qué, en El Sauce Curvo. Mi nuera Virginia la llama a menudo, para que le haga la compra, jamón para ella y cereales para el pequeño Germán, o para que se quede jugando con nuestro nieto cuando ella tiene que hacer otras cosas.

Pero el doctor Parrondo no quería que yo lo supiera. Tampoco sé por qué. Me dice el doctor Parrondo que era para proteger mi memoria.

Ahora me dice que las cosas han cambiado. Y que sí puedo ver a mi nieto. Yo lo que creo es que el doctor Parrondo no sabe lo que me pasa, no tiene ni idea, como él dice la salud no es como las matemáticas. Y dos y dos pueden ser cinco, o inclusive mucho más, vete tú a saber.

Dejo de pensar en estas cosas. Tengo que concentrarme en el viaje. Me ha dicho el doctor Parrondo que vamos a El Sauce Curvo. Otro cambio de opinión más por su parte. Antes no quería que fuera a mi pueblo ni por asomo.

Yo no discuto, me dejo hacer y ya está. Pero lo cierto es que tengo unas ganas locas por llegar

a mi pueblo, abrazar a mi hijo y recordar bien su cara para que no se me vuelva a olvidar, pasear por sus calles y respirar ese aire tan puro que tiene.

Miro a Clara, sonriente a mi lado, me pide que si puede ir ella pendiente del freno de mano, ¡como hace tanto que no conduzco...! Yo le digo que sí, ni por asomo querría ahora que me quitaran del volante, le he prometido a mi nieto que conduciría y eso es lo que voy a hacer. Ella posa su mano sobre el freno.

Miro hacia atrás, hacia el doctor Parrondo, no sé por qué pero pienso que él es mi jefe y que debe darme permiso para arrancar, siempre fui un hombre muy disciplinado y obediente, debe ser por mi estancia durante tantos años en el internado de Sigüenza. Él me mira con confianza:

—Adelante, Germán.

Entonces arranco el coche y me acuerdo de cuando fuimos a Valencia Dani y yo, para conocer a las suecas. Me decía que era un gran conductor. Y también me acuerdo cuando estrené mi primer coche: aquel Renault 12 TS granate y llevé a mis padres y a mis hermanos a El Sauce Curvo por primera vez. Y por último me acuerdo de mi primer viaje con Martuqui a Segovia y cómo me decía que era imposible que nos pasara nada porque yo era el hombre más juicioso del mundo. Sí, Martuqui siempre me subía la moral.

Y con la moral bien alta, doy el intermitente y me incorporo a la calzada. Veo por el retrovisor que Virginia y el pequeño Germán me siguen a una prudente distancia.

Me doy cuenta que el conducir, como el montar en bicicleta, no se olvida. Cada vez me encuentro más a gusto llevando mi coche. No entiendo por qué antes le tenía esa fobia.

Salimos de la M-30 y nos incorporamos a la A-2. Me acuerdo entonces de cuando vine a Madrid la primera vez por esta misma carretera que, en aquel tiempo, no era una autovía sino de doble dirección, con un tráfico infernal y muchos coches que se averiaban, parados en las orillas. ¡Cuánto ha cambiado mi país también! Las vidas y los esfuerzos de nuestros padres y luego de nuestra generación, la de los jóvenes de la Transición, han merecido mucho la pena, me digo con orgullo y con satisfacción.

Pasamos la nueva sede del ABC y recuerdo la foto que me sacaron de mi zapato con las bolsas llenas de los cables de las sumadoras de la Cámara de Compensación, cuando luchábamos por conseguir aquella libertad para nuestro país con la que soñábamos. Nos la merecíamos y lo logramos. Aunque hay que mantener viva esa llama de regeneración siempre, porque al poder hay que vigilarlo de cerca, para que esté al servicio público y para que haya siempre una alternativa que lo mejore.

Pasado el ABC hay muchas sedes de empresas punteras, acierto a ver la sede del Banco Transatlántico de España y América, aquel banco donde yo empecé y al que di mi inteligencia, mi trabajo y una buena parte de mi vida. Es uno de los bancos más importantes de España y de Europa, tras no sé cuántas fusiones. Entré en él de joven, casi un niño, impelido por mis padres que pensaron que era lo mejor para mí y acorde a ello realicé la carrera de Empresariales, que tampoco hubiera sido mi primera opción. Les cogí cariño con el tiempo y el compromiso, esa palabra que hoy no se estila y por ello creo que la gente es tan poco consistente, yo me alegro sobremanera de aquel matrimonio laboral, porque no es tan importante el sitio sino el cómo y el para qué. Y yo allí pude crecer y aportar valor a la sociedad que me tocó vivir.

Salimos de Madrid, esta ciudad que es la madre de tantos hijos que no son suyos, a mí me recuerda a las gallinas cluecas de mi pueblo, a las que añadías otros huevos ajenos y sacaban adelante a esos polluelos igual. En ella he vivido la mayor parte de mi vida y es probable que muera también en ella. A estas alturas los dos nos conocemos bien. A mí ya no me engañan sus fastos ni sus alharacas y ella sabe que, aunque yo no nací aquí, daría mi vida por ella, que solo significa vivirla a su lado. Un día tras otro.

Giro mi cabeza y me encuentro con los ojos de Clara, pendientes de todo lo que hago, como siempre. Su mano en el freno, protegiéndome por si acaso. Somos como dos agapornis que duermen y viven y sueñan en el mismo palo de esta jaula, que es la vida limitada que me ha tocado vivir. Su amor me llega, me llena y me compensa, soy tan afortunado que solo con pensar que no estaría, para mí no merecería la pena vivir.

El doctor Parrondo, detrás de mí, no dice nada. Siento su aliento sobre mi cuello. A veces, sin que él tal vez lo pueda controlar, noto que se altera, que se acelera. Debe ser por eso que cambia tan a menudo de opinión y de tratamiento conmigo.

Miro por el retrovisor y, a una prudente distancia, veo a mi nuera Virginia y al pequeño Germán, detrás de ella. El pequeño Germán es como un fruto dorado en esta etapa última de mi vida.

Llevamos ya más de la mitad del viaje, aparece el cartel del desvío de Sigüenza, ese lugar en el que yo terminé mi niñez y acometí la adolescencia, siempre solo, como todos mis compañeros, sin padres a nuestro lado. Eso nos marcó para bien y para mal. Aprendimos a vivir a base de resistencia y sublimación, que es apechugar con el difícil presente pensando en el gozo de un futuro mejor. Como nuestro país en aquellos duros años. Como nuestros padres, hechos de sufrimiento, carencias e ilusión por el futuro, que eran sus hijos. Que éramos nosotros.

Cojo el desvío para Cifuentes, esta carretera me la conozco bien. He venido muchas veces por ella, desde Madrid a El Sauce Curvo. Cruzamos las lomas pobladas de lavanda. Ahora, en agosto, están preciosas, su color verde púrpura brillante, florido, me inunda de luz mis ojos, su olor denso y penetrante me llega, con su aroma de recuerdos y olor de infancia. Suelto una mano del volante y bajo la ventanilla para respirarlo, mi mujer Clara se remueve en su asiento y agarra el freno. Yo la miro:

—Solo quiero respirar la fragancia de mi niñez —le digo.

Ella me sonríe, se relaja.

—Ya sé que de pequeño ibas con tus padres a segar el espliego y después lo cocías en una gran caldera, para destilar luego las gotas preciosas del perfume de lavanda.

—Así es, Clara, este olor es la estela de mi niñez.

Llegamos a Cifuentes, con su balsa y sus cien manantiales. Aquí nació Rosa María, con quien brotó el primer amor de mi adolescencia, aquella luz, aquella deflagración que nacía en sus ojos. Un amor soñado, un amor platónico y sublimado. Literario.

Sí, la literatura siempre ha sido el parapeto donde yo me he protegido de la soledad y de la faz oscura de este mundo. Para convertirla en algo mágico, que me permite caminar sobre las ascuas y llegar más allá de la triste realidad con la que, a veces, nos golpea la vida. Tal vez como hago ahora, que escribo y escribo, para olvidarme de la enfermedad del olvido.

Salimos de Cifuentes y encaramos el valle de las Tetas de Viana. Hace miles de años el mar llegaba hasta los acantilados de ambos promontorios. Me imagino conduciendo mi coche por esta carretera submarina que serpentea bajo el mar. Tal vez yo soy solo un alma perdida que bucea en las aguas profundas de su memoria.

Llegamos a las Siete Revueltas y empiezo a sentirme mal. Me tiemblan las manos, se me seca la boca. Me duele la cabeza, las sienes son como una piel de tambor que apenas contienen a unos desbocados latidos llenos de estruendo.

Abro la boca, apenas puedo respirar, me falta el aire. Veo por el retrovisor a lo lejos los ojos de Germán. Clara me observa, la noto preocupada, su mano en el freno. No puedo más. Hay una señal que advierte de animales que cruzan la carretera. ¡Nooooooo! Piso el pedal del freno con fuerza, Clara tira del freno de mano, el coche se detiene, luego me abraza, mis ojos se cierran, la oscuridad me inunda, no puedo más.

Voy con mi hijo en su coche. Vamos hablando de lo bien que lo hemos pasado en El Sauce Curvo, Clara en la parte de detrás disfruta con nosotros. Llegamos a las Siete Revueltas, hemos apurado un poco en el pueblo, Virginia y el pequeño Germán nos esperan en Madrid, y la noche se nos ha echado encima.

De repente, salimos de una curva y allí está él, mayestático en mitad de la carretera, mirándonos, tal vez tan sorprendido como nosotros. El ciervo tiene una astada enorme, mide más de dos metros de largo y es tan alto como una persona, debe pesar más de doscientos kilos.

Yo me quedo petrificado, la España vaciada se llena de ciervos que salen de noche a alimentarse, nuestro coche se abalanza irremisiblemente contra él, el ciervo abre unos ojos de espanto y pena. Mi Germán duda qué hacer, pero yo lo conozco bien, esos ojos le mueven a la compasión, gira el volante para evitar el fatal encontronazo, las ruedas chirrían en la gravilla, hay un momento en que el tiempo se detiene.

Luego la muerte dicta sentencia. El coche pierde adherencia y nos despeñamos dando vueltas por la pendiente. Hay una roca asesina al fondo. Sobre ella va a golpear nuestro coche a la altura de la cabeza de Germán.

Estamos boca abajo en el vehículo. Los gritos de Clara resuenan en la noche. Doy una patada a mi cristal y salgo por mi lado. Luego abro la puerta de Clara. La escena es dantesca a la luz de los faros, todavía brillantes del auto.

Vamos los dos, con el alma sobrecogida, a la puerta de Germán, está encallada. Consigo abrirla, Dios me da una fuerza desmedida.

Germán está inconsciente, la cabeza llena de sangre, tiro de él fuera del coche. Clara y yo somos como dos náufragos peleándonos con la oscuridad. Arrastramos a Germán frente a los faros. Allí nos damos cuenta. Tiene la cabeza destrozada. Como si se la hubieran machacado en un almirez.

Clara da un grito desgarrador. A mí se me nubla la vista. Veo entre tinieblas cómo otro coche para en la carretera y sus dos ocupantes corren hacia nosotros.

Luego aparece el doctor Parrondo y me grita, como siempre, una sarta de mentiras.

—Germán, Germán, usted no es culpable. Usted no conducía.

Yo me tapo los oídos. Este valle hace miles de años estaba cubierto por el mar. Yo me

sumerjo en él. Para vivir una vida de silencio, una vida sin memoria. Sin recuerdos. Una vida que ya no es vida. Pero que no duele.

Oigo la voz del doctor Parrondo otra vez, que me grita, que me zahiere de nuevo. Hasta me da un par de bofetadas el tío. Solo por devolvérselas me quiero despertar.

Clara y el doctor Parrondo me miran con sus ojos clavados en mí.

Me despierto como de un profundo sueño. Hace un día hermoso de agosto. Y los ojos de Clara son más bonitos y más cálidos que nunca.

Yo le hablo a esos ojos que son mi vida entera.

—Clara, ya recuerdo la cara de nuestro hijo.

Y Clara me abraza. Como si hubiera regresado a casa después de un largo viaje.

22. LA VIDA SOLO ES ESPERANZA

Hoy hace un día de agosto espléndido. Lleno de brillos y de sol. Mi despacho se vuelve un sitio luminoso y alegre.

El otro día cuando fuimos al cementerio de El Sauce, donde están enterrados mis padres y mi hijo, se acercó el pequeño Germán y me cogió de la mano:

—No se te ocurra morirte abuelo, qué haría yo sin ti...

Así que no me queda más remedio que hacerme amigo del doctor Parrondo.

Miro por la ventana de mi despacho el cielo azul. Es de una transparencia y luminosidad que impresiona. Me acuerdo del firmamento de El Sauce. Ya no entiendo lo de lejos y cerca. Los une mi corazón, que está partido entre los dos.

Las calles de mi ciudad están tranquilas, la gente descansa del trabajo de todo un año. Me siento orgulloso de mi país. Del esfuerzo de tantas generaciones que nos han traído hasta aquí. Yo he conocido a la de mis padres, la generación de la posguerra, que nos sacó adelante a base de sacrificio, austeridad e ilusión por sus hijos. Y a la nuestra, la de los jóvenes de la Transición, que tuvo que lidiar con todos los cambios necesarios para modernizar nuestro Estado. Este libro, que hoy termina, va dedicado a ellas. Nada me gustaría más que estuviera a la altura de lo que se merecen.

Cierro pues mi maleta de recuerdos. Su hijo es este libro que nacerá en breve. Como me dijo mi abuela Leonor:

—Tú deberás vivir como te marca tu tiempo, que es muy diferente a como fue el mío. Pero no te olvides nunca de tus raíces, de toda la gente que un día te quisimos. Eso, lejos de distanciarte de tu tiempo, te acercará a él, pero con asideros firmes. Te lo aseguro.

Y eso es lo que le digo yo a mi pequeño Germán. Y a las nuevas generaciones. Echar de vez en cuando la vista atrás, hará que vuelvas a sentir los abrazos de la gente que tanto te quiso. Sabrás que, debajo de ti, hay unos cimientos firmes, hechos de amor y esfuerzo de todos los que te precedieron y amaron.

Suena el teléfono de la cocina, oigo hablar a mi mujer Clara.

—Pues está terminando su libro. Sí, veníos para acá, podemos bajar a la piscina de la urba... Sí, por supuesto, dile a Germán que el abuelo le enseñará a nadar de espalda...

Ahora sí que puedo oír la conversación de Clara. Se me acelera el corazón, palpita la vida que llega otra vez a mi lado. Así que tengo que terminar este libro. La vida no puede esperar.

Porque toda ella es solo esperanza.

Escrito en Madrid y en Sacedorbo, en sus orígenes El Sauce Curvo, desde la primavera de 2022 hasta el otoño de 2023.

DEDICATORIA ESPECIAL

A mis padres (in memoriam) y a mis hijos.

A mi mujer y cómplice, Natividad, por compartir conmigo esta vida
única.

**Si te ha gustado esta novela, seguro que te gustará también:
“Memorias del Sauce Curvo”.**

<https://amzn.to/3hBuNkx>



Y también “El donante”: <https://amzn.to/3BZtNln>. Vídeo presentación:

<https://www.youtube.com/watch?v=dAEpgezPBFg>



OPINIÓN Y VALORACIÓN DEL LECTOR

Muchas gracias, querido lector, por llegar hasta esta página. Por mi parte mi labor de escritor termina aquí. Espero que esta novela te haya gustado y te haya dado que pensar. Esa será mi mayor recompensa.

La única manera de seguir mejorando por mi parte es recibir de la tuya tu opinión y comentarios sobre este libro o sobre otros míos. En la página de Amazon de cada uno de ellos hay un apartado para hacerlo. Te lo agradecería mucho. Y otros posibles lectores también.

Y si, además, deseas enviármelos directamente encantado de escucharte. Mi email: francisco.rodriqueztejedor@gmail.com. Muchas gracias.

Mi página de Amazon, donde puedes ver toda mi obra:

https://www.amazon.es/Francisco-Rodr%C3%ADguez-Tejedor/e/B071DP2WMT/ref=dp_byline_cont_ebooks_1

ADVERTENCIA

Esta novela trata de reflejar fielmente el espíritu de la generación que fue joven en tiempos de la Transición. Pero los personajes, las situaciones, las entidades, empresas y lugares donde se desarrolla *Lejos del Sauce Curvo* son una mera ficción creada por el autor, aunque estén ajustados a la naturaleza humana y a ciertos hechos. Por lo que cualquier parecido con la realidad pasada o presente será, pues, solo una de las muchas coincidencias que a veces ofrece el caprichoso destino.